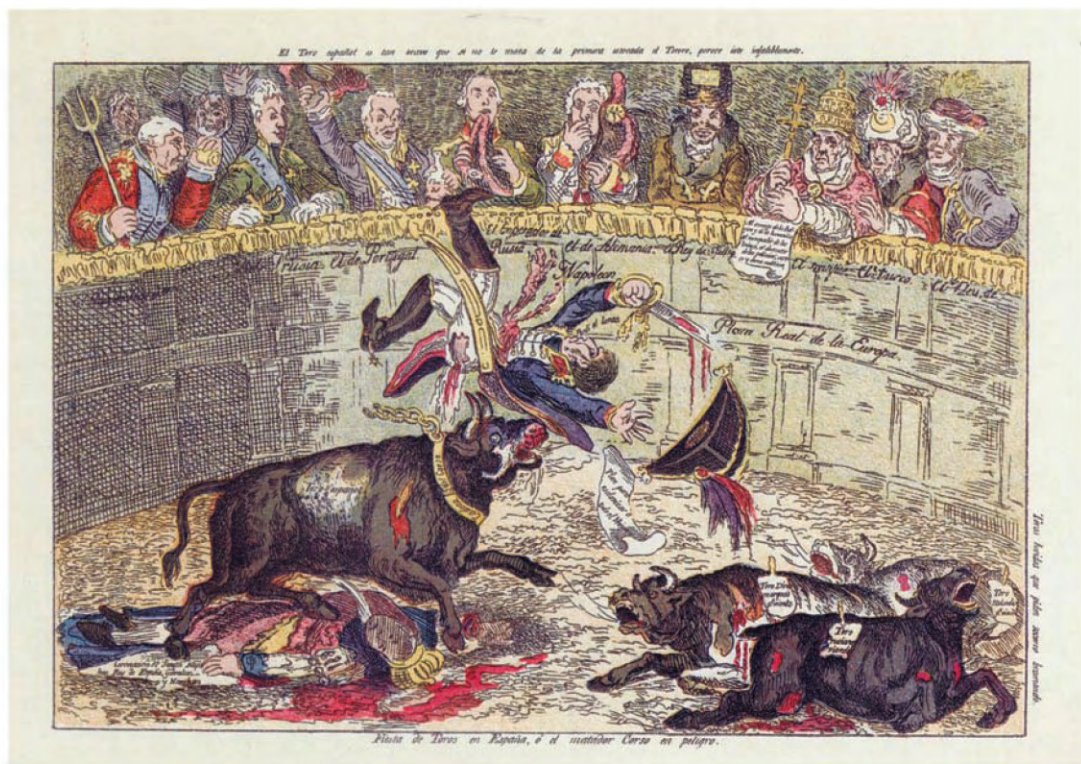


Los toros josefinos

*Corridas de toros en la Guerra de la Independencia
bajo el reinado de José I Bonaparte (1808-1814)*

Enrique Asín Cormán



XX PREMIO *Los Sitios de Zaragoza 2005*

Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”



XX PREMIO
LOS SITIOS DE ZARAGOZA
2005

COLECCIÓN ESTUDIOS
HISTORIA

Los toros josefinos
Corridas de toros en la Guerra de la Independencia
bajo el reinado de José I Bonaparte (1808-1814)

XX Premio Especial de Investigación Histórica
Ayuntamiento de Zaragoza

Enrique Asín Cormán



Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”

*

Institución «Fernando el Católico»

Excm. Diputación de Zaragoza

Zaragoza, 2008

Publicación de la **Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”**

Coso, 100 - 3º 4ª • 50001 Zaragoza

Tfno. 976 22 80 42 / 976 23 56 61 • Fax 976 23 61 72

prensa@asociacionlossitios.com • www.asociacionlossitios.com

Publicación número 2.774 de la **Institución «Fernando el Católico»**,

(Excma. Diputación de Zaragoza)

Plaza de España, 2 • 50071 Zaragoza

Tfno. (34) 976 28 88 79 • Fax (34) 976 28 88 69

ifc@dpz.es • www.ifc.dpz.es

FICHA CATALOGRÁFICA

ASÍN CORMÁN, Enrique

Los toros josefinos. Corridos de toros en la Guerra de la Independencia bajo el reinado de José I Bonaparte (1808-1814) / Enrique Asín Cormán.- Zaragoza:

Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza”, 2008.

272 p.: il. 76; 24 cm.

ISBN: 978-84-7820-943-9

XX Premio Los Sitios de Zaragoza

1. Aragón-Guerra de Independencia 1808-1809. I. “Los Sitios de Zaragoza” e Institución «Fernando el Católico», ed.

© de los textos: el autor

© de la edición: Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza” e Institución «Fernando el Católico»

Ilustración de la cubierta:

Fiesta de Toros en España ó el matador corso en peligro. Anónimo h. 1813.

ISBN: 978-84-7820-943-9

Depósito Legal: Z-846-2008

Diseño y realización: Contexto Gráfico

Saludo	7
Presentación	9
Prólogo	11
Introducción	17
Capítulo I: Un poco de historia	23
Capítulo II: Napoleón y España. La crisis dinástica.....	39
Capítulo III: José I y Madrid	53
Capítulo IV: La plaza de toros de la puerta de Alcalá.....	69
Capítulo V: Con la Iglesia hemos topado.....	73
Capítulo VI: Toros cesantes	83
Capítulo VII: Llegan los franceses. Hospitalidad y agasajo que no falten ...	89
Capítulo VIII: Fernando VII también quiere toros	107
Capítulo IX: Toros que no falten... aunque no esté José	115
Capítulo X: La Navidad española de Napoleón	121
Capítulo XI: El rey intruso torero	129
Capítulo XII: La tournée andaluza de José I.....	141
Capítulo XIII: El arco de triunfo o abajo la puerta. La agencia taurina de José I.	153
Capítulo XIV: ¡A los toros!, pero antes a Misa	165

Capítulo XV: Un aguilucho en el nido del aguila imperial	181
Capítulo XVI: “San Napoleón”	193
Capítulo XVII: Viene Wellington y José I se asusta	201
Capítulo XVIII: “No había nada que hacer con España”. -¡Au revoir, Don Pepe!.	209
Capítulo XIX: Las memorias militares francesas	219
Notas	227
Bibliografía	251



La plaza de Toros de Zaragoza es uno de los edificios más emblemáticos de nuestra provincia, y acumula en sus paredes siglos de historia, arte y cultura.

En los últimos tiempos, resulta patente el esfuerzo que desde la Diputación Provincial de Zaragoza, propietaria del inmueble, se ha realizado para su conservación y modernización del Coso que a iniciativa de Ramón de Pignatelli se construyó en 1764 para colaborar al mantenimiento de la Casa de Misericordia. Cabe destacar la colocación de la cubierta móvil y la remodelación integral de los tendidos de la plaza, que la han convertido en una de las más bellas y a la vez cómodas y funcionales de todas existentes en el mundo.

La Diputación Provincial de Zaragoza siempre ha apostado en todos los concursos que periódicamente convoca para la organización, programación y gestión de los festejos taurinos, por el fomento de la historia y la cultura taurina en nuestra provincia, valorando especialmente cuantas iniciativas al respecto son formuladas por los aspirantes a gestionar la plaza de toros de Zaragoza.

En el caso que nos ocupa, la Diputación Provincial de Zaragoza valora muy positivamente la iniciativa de TOROS ZARAGOZA, S.L. para la edición del presente libro y la excelente idea de obsequiárselo a todos los abonados, sumándose gustosamente a la difusión de una parte importante de nuestra historia y cultura, especialmente en un año en el que se celebra precisamente el bicentenario de muchos de los hechos que se narran en el libro y que forman ya parte de la más gloriosa y legendaria historia del pueblo zaragozano.

Deseo que el presente libro sea del agrado de todos los lectores y felicito a todos cuantos han hecho posible la edición del mismo.

Javier LAMBÁN MONTAÑÉS
Presidente de la Diputación Provincial de Zaragoza



Garrochista andaluz. Así eran aquellos aguerridos “Lanceros de Jerez” que tan definitiva intervención tuvieron en la batalla de Bailén. Grabado popular de la época.



En su proposición para tomar parte en la contratación, mediante concurso, convocado por la Diputación Provincial de Zaragoza de la organización, programación y gestión de los festejos taurinos del coso de La Misericordia de Zaragoza, durante las temporadas correspondientes a los años 2007 y 2008, la empresa TOROS ZARAGOZA, S.L., a la postre adjudicataria del concurso, ofertó una programación y actividades relacionadas con la conmemoración de los Sitios de la Ciudad de Zaragoza en 2008.

Además de una serie de propuestas que se ofertaron y van a cumplirse puntualmente durante esta temporada de 2008, como el concurso infantil de pintura basado en la figura de Goya, la corrida concurso, una corrida goyesca, un apartado conmemorativo del Bicentenario en la página web oficial de la plaza y una recreación histórica de algún momento representativo de los Sitios de Zaragoza, TOROS ZARAGOZA, S.L. ha colaborado activamente con la Institución “Fernando El Católico” de la Diputación Provincial de Zaragoza y con la Asociación Cultural “Los Sitios de Zaragoza” para promover, a través de la edición del presente libro, la difusión de la Fiesta de los Toros, de su historia y de su cultura.

TOROS ZARAGOZA, S.L. se congratula de poder regalar a cada uno de los abonados de temporada de nuestro querido coso de “La Misericordia” un ejemplar del libro que ahora tiene en sus manos, una iniciativa que espera consolidar en futuras temporadas. Con todos estos actos, además de cumplir lo ofertado, se da un paso más en la apuesta de TOROS ZARAGOZA, S.L. por el futuro y difusión de nuestra plaza y de nuestra Fiesta.

Queremos mostrar nuestro más efusivo agradecimiento a todos los que han hecho posible la edición de este libro. Felicitamos especialmente a su autor, el buen aficionado Enrique Asín, por su premio y por su trabajo en pro de la Fiesta en Zaragoza. Deseamos que el libro sea de su agrado y lo disfrute, y que la labor cultural realizada por TOROS ZARAGOZA, S.L. se vea complementada con una brillante temporada taurina 2008 que deje satisfechos a todos los aficionados taurinos zaragozanos.



Joaquín Costillares.

Di. Juan de la Cruz sculp

Le Fameux Joaquín Costillares.

Hablar de sátira es hablar de mordacidad, crítica e ironía a un tiempo. Aunque pueda parecer quizá exagerada la apropiación del género por Quintiliano, que en su *Institutio Oratoria* la proclama invención romana, *satura nostra tota est*, no cabe duda que fueron sus ilustres predecesores, Horacio y su maestro, Gayo Lucilio (verdadero creador de la sátira moralista), los que en sus *sententiae* dotaron de cauce adecuado a tan cáustico modo de enjuiciar comportamientos sociales.

Y aunque desde Horacio, o Quintiliano si se prefiere, hasta Roberto Donoso ha corrido mucha tinta en tales lides, no cabe duda que es su faceta política la dehesa más vasta –por hablar en términos taurinos, a tenor del contenido de este libro– en la que puede pastar la res de la disconformidad, antes de embestir contra el poder público correspondiente. En el caso que nos ocupa es el ilustre *intruso* quien porta, con más deseo que acierto, el capote. Pues bien, de todo eso habla el libro que tenemos ahora entre las manos. De mordacidad, de política y de embestidas. Y con ironía fina, por supuesto, para que no falte ningún ingrediente.

Pero he citado a Roberto Donoso, porque en sus particulares sátiras chilenas, eleva a derecho del pueblo lo que en el *italum acetum* romano era sólo prevención moral. En este libro se ejerce ese derecho, polémico pero incuestionable, de zaherir a los hombres públicos, siempre vulnerables ante sus propias debilidades. Sus páginas hablan de eso, de flaquezas, de traición, de historia amarga, de debilidad... y de grandeza. Porque por la fuerza de su voluntad, el pueblo resurge de sus cenizas.

Hemos empezado hablando de sátira y de intrusos. Quizá sería bueno refundir ambos. El peyorativo *panem et circenses*, aforismo certero como pocos, con el que Juvenal denunciaba la costumbre de los emperadores de obsequiar al pueblo con trigo y juegos para congraciarse con él y evitar así sus posibles juicios adversos, se ha extendido hoy en su traducción literal, “pan y circo”, para calificar el esfuerzo de determinados dirigentes por desviar la atención.

Pan y circo. Aunque por las quejas de José Bonaparte, y no digamos las de su corte de “josefinos lagoteros y trepadores” (así los califica el libro), poco pan se ponía en juego. En cuanto al circo, lo había más entre bastidores que en la propia plaza. Resulta curioso cómo en algo tan intrascendente como unos esporádicos fes-

tejos -si lo comparamos con la sangrante situación de un país en armas- se evidencian sin embargo las rencillas, la ambición y la arrogancia fuera de todo límite. Entre los propios “virreyes” –así se consideraban de hecho los gobernadores militares franceses- el respeto al rey marioneta brillaba por su ausencia, haciendo inútiles los intentos de gobierno de José I hacia los españoles, por mucho que fueran, según parece y después de todo, “súbditos muy queridos”.

Hay en este libro idas y venidas de todo tipo sobre la agitatío taurina. La variedad y número de fuentes consultadas por el autor es verdaderamente extraordinaria, y evidencia un conocimiento del mundo del toro a lo largo de los siglos verdaderamente fuera de lo común. Desde la amenaza de excomunión que el Papa Pío V en su *Salutis gregis dominici* dirigía a cuantos se acercasen a la “bárbara costumbre”, pasando por toda clase de filigranas diplomáticas de los sucesivos reyes de España que pretendieron aliviar el desmesurado castigo sobre un festejo tan popular y arraigado.

El anecdotario que va exponiéndose a los ojos del lector es verdaderamente interesante. Por citar alguno particularmente curioso, el encargo recibido por Goya cuando los desposorios de Carlos IV y María Luisa, de decorar la Plaza Mayor de Madrid para una corrida de toros “digna de un rey”, debiendo no sólo organizar el festejo, sino diseñar incluso los vestidos y ropillas de los lidiadores y servidores del ruedo. O el incidente de Godoy con motivo del vuelo del primer globo Montgolfier, el llamado “motín del globo”, que de anecdótico pasó a ser muy significativo. Al constatar lo apto del coso taurino para motines, revueltas y algaradas, decidió receloso el Primer Ministro, la supresión de todo festejo, lo que trajo como consecuencia el rápido incremento de su ya creciente impopularidad.

Pero el autor no se detiene únicamente en las vicisitudes del arte del toreo. Ahonda en la situación política y militar de España ante el intento de cambio de dinastía, Borbones por Bonapartes, y en los desesperados esfuerzos de José I por congraciarse con el pueblo, tratando de ser “el rey amado que yo anhele”, siempre sometido al vendaval de decisiones que le imponía su hermano el Emperador, poco dado a contemplaciones. Interesante la anécdota del Napoleón vencedor en Madrid, ensimismamiento ante un cuadro de Felipe II cuando va a comunicarle a su hermano que al fin tiene “esta España tan deseada”. ¿Qué pensamientos cruzarían por su cabeza durante los largos minutos en que estuvo contemplándolo, totalmente abstraído?

Encontramos a lo largo del libro una profusa pormenorización de vicisitudes, desencuentros... hasta finalmente la llegada de Wellington y el conocido cambio de tornas. La última lidia taurina se dio en la Navidad del año 1813. Sin embargo el

telón ya se había bajado virtualmente el 11 de diciembre, con la firma del Tratado de Valençay que demostraba, como muy bien dice el autor, que el águila imperial era cada vez menos águila y aún menos imperial.

Debemos felicitar a Enrique Asín por doble motivo. Por haber conseguido una recopilación tan exhaustiva de todo lo relacionado con el apasionante mundo del toro en tan aciagos tiempos, y por haber sabido además transmitirlo con un estilo ágil y un tono a un tiempo respetuoso e irónico, muy peculiar. Le ayuda en eso su larga tradición de imprescindible referente en el mundo taurino.

Felicidades Enrique, por tan espléndido y redondo trabajo. Para general conocimiento, me permito la confianza del tuteo porque nuestra amistad se remonta a los lejanos tiempos del colegio, pues ambos compartimos pupitre en los Escolapios durante largos y dichosos años.

Y si como dices en tus párrafos finales, no se ha agotado ni mucho menos el filón histórico y documental, de este apasionante asunto –estoy citando literalmente tus palabras– me uno a los muchos que sin duda te han animado, y más que lo harán, a que continúes en esta línea, extraordinariamente interesante, de divulgación.

Santiago GONZALO TIL
Presidente de la Asociación “Los Sitios”

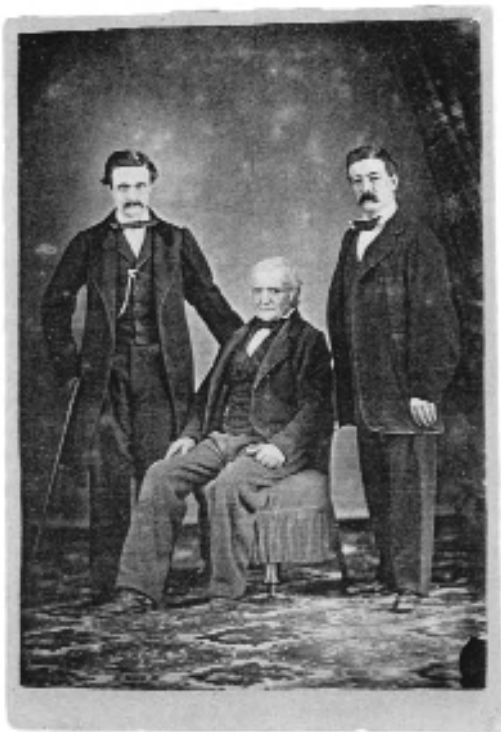


Enrique Asín Cormán recibió este XX Premio en el Paraninfo de la Universidad de Zaragoza el 18 de febrero de 2005, en el tradicional acto anual de entrega de medallas y distinciones de la Asociación Cultural "Los Sitios de Zaragoza". De izquierda a derecha, Francisco Binaburo, ex-presidente de la Asociación, que recibió un diploma honorífico por el infatigable trabajo desarrollado durante su mandato; María Victoria Pinilla, alcaldesa de La Muela, que recibió la Medalla de Honor concedida a su pueblo; Antonio Becerril, Teniente de Alcalde del Ayuntamiento de Zaragoza, que recibió una Medalla de Honor; Enrique Asín, José Antonio Armillas, presidente de la Asociación, y Ramón Guirao, quien impartió una conferencia acerca de los altoaragoneses distinguidos durante la Guerra de la Independencia.

LOS TOROS JOSEFINOS
CORRIDAS DE TOROS EN LA GUERRA DE LA
INDEPENDENCIA BAJO EL REINADO DE
JOSÉ I BONAPARTE (1808-1814)

XX Premio Especial de Investigación Histórica
Ayuntamiento de Zaragoza

por
Enrique Asín Cormán



Henry Davoise (sentado) junto a sus hijos Antonio y Enrique. H. 1860.

A la memoria de mi abuelo tatarabuelo HENRI DAVOISE CLERMANT, bordelés cuyo apellido ostento yo en sexto lugar y que, acompañando al ejército de Napoleón en su calidad de “maître chapelier”, conoció la gesta zaragozana del 2º Sitio; y tan impresionado quedó, que volvió a nuestra ciudad años más tarde para quedarse, tomar estado y fundar una sombrerería en la calle del Temple nº 23 en cuya casa, todavía hoy en pie, nacieron todos sus descendientes; mi madre, Conchita Cormán Davoise, fue la última en ver allí su luz primera.

Para todos ellos, mi oración y mi recuerdo.

Enrique ASÍN CORMÁN

Gaznápiros, animales, si estais probando lo que digo -añadió con energía don Luis-. Lo que pasa en España, ¿qué es? Es que el Reino ha tenido voluntad de hacer una cosa y la está haciendo, contra el parecer del Rey y del Emperador. Hace tres meses había en Aranjuez un mal Ministro, sostenido por un Rey bobo, y dijisteis: “No queremos ese Ministro ni ese Rey”, y Godoy se fue y Carlos abdicó. Después Fernando VII puso sus tropas en manos de Napoleón, y las autoridades todas, así como los generales y los jefes de la guarnición, recibieron orden de doblar la cabeza ante Joaquín Murat; pero los madrileños dijeron: “No nos da la gana de obedecer al rey, ni a los Infantes, ni al Consejo, ni a la Junta, ni a Murat”, y acuchillaron a los franceses en el Parque y en las calles. ¿Qué pasa después? El nuevo y el viejo Rey van a Bayona donde les aguarda el mayor tirano del mundo. Fernando le dice: “La corona de España me pertenece a mi; pero yo se la regalo a usted señor Bonaparte”. Y Carlos dice: “La coronita no es de mi hijo sino mía; pero para acabar disputas, yo se la regalo a usted, señor Napoleón, porque aquello está muy revuelto y usted sólo lo podrá arreglar”. Y Napoleón coge la corona y se la da a su hermano, mientras volviéndose a ustedes, les dice: “Españoles, conozco vuestros males y voy a remediarlos”. Pero ustedes se encabritan con aquello y contestan: “No camarada, aquí no entra usted. Si tenemos sarna, nosotros nos la rascaremos; no haya más Rey de España que Fernando VII”. Fernando se dirige entonces a los españoles y les dice que obedezcan a Napoleón; pero entre tanto, muchachos, un señor que se titula alcalde de un pueblo de doscientos vecinos, escribe un papelucho, diciendo que se armen todos contra los franceses; este papelucho va de pueblo en pueblo, y como si fuera una mecha que prende fuego a varias minas esparcidas aquí y allí, a su paso se va levantando la Nación desde Madrid hasta Cádiz. Por el Norte pasa lo propio, y los pueblos grandes, lo mismo que los pequeños forman sus Juntas, que dicen: “No, si aquí no manda nadie más que nosotros. Si no reconocemos las abdicaciones, ni admitiremos de Rey a ese don José, ni nos da la gana de obedecer a ese Emperador, porque los españoles mandamos en nuestra casa, y si los reyes se han hecho para gobernarnos, a nosotros no nos han parido nuestras madres para que ellos nos leven y nos traigan como si fuéramos manadas de carneros...” ¿Estamos? ¿Lo comprendéis? Pues esto, ni más ni menos, es lo que está pasando aquí. Y ahora contéstenme los alcornoques que me oyen: ¿Quién manda, quién dispone las cosas, quién hace y deshace, el Rey o el Reino?

Posiblemente no haya mayor resumen, mejor y más breve manera de plasmar en un puñado de líneas el porqué de una situación tan dramática, tan trágica, tan espeluznante y heroica como la que le tocó vivir a España en la Guerra de la Independencia; una guerra de casi siete largos años, más sus tensos preludios diversos, -toda una eternidad para un país como el nuestro-, que quizá no halle, entre tanto y tanto como de ella se ha dicho y escrito, una síntesis más crítica, aguda, llana y feliz -a su vez todo un análisis-, que la que don Luis de Santorcaz hace en este denso y monolítico parlamento con que se inicia el capítulo XIX del “Bailén” de los Episodios Nacionales de don Benito Pérez Galdós.

El laureado novelista, en este ficticio personaje de Santorcaz -un hombre pintado con cierta veladura de misterio, conocedor de Napoleón, ex-combatiente de sus ejércitos y copartícipe de sus imperiales victorias, con quien batalló por Europa llegando a batirse en esa maravilla del arte de la guerra que fue Austerlitz- pone la voz del pueblo español, quejumbrosa y somarda,alzada contra el invasor. Este Santorcaz tan guerreado, que comprende perfectamente las nuevas ideas de la Revolución, entiende que algo tiene que empezar a cambiar en esta tierra de Dios, aunque él esté con el pueblo levantado, hombro con hombro, y con su ejército tan peculiar; a pesar de su sublime admiración por el genio militar del corso Emperador. De su mano, de la guía conductora de este cicerone personaje de Galdós, nos lleva el autor a sentir el retumbar de la artillería, el silbido de los obuses y a morder el polvo del combate en el centro mismo de la batalla como la de Bailén, tan excepcional y asombrosa, que marca un hito definitivo, simbólico y real, en los bélicos anales de la historia del mundo.

Por vez primera los invictos ejércitos de Napoleón son derrotados; el águila imperial quiebra su vuelo “tocada de ala”, esparciendo sus plumas descañonadas por la llanura de un campo de batalla, por vez primera, quedando maltrecha en su encarnadura, en su honor y en su prestigio de imbatible gloria. Por vez primera, rabia el Emperador de ira y vergüenza porque sus ejércitos ya no son invencibles, y a su recién nombrado Conde del Imperio, el mariscal Dupont, lo llena de oprobio porque *nunca ha habido nadie tan estúpido, tan inepto y tan cobarde* y le envía refuerzos bajo el bastón del “más valiente entre los valientes”, el también mariscal Michel Ney. Y por vengar personalmente la afrenta toma el mando de su *Grande Armée* y al frente de sus 250.000 soldados pisa Napoleón por vez primera, suelo español -*Il faut que j’y sois*-, dando con ello a nuestro ejército una importancia suma que hace siglos que no tiene.

La esperanza española alumbrada ilusoriamente por la victoria de Bailén, alimentada por la creencia vana en un Napoleón ya vencido -él también creyó que lo de España era un “coser y cantar”, un desdén de paseo militar-, dura lo que un cabo de

vela y pronto se suceden los infaustos episodios de Zaragoza y Gerona... Una y otra vez es derrotado el ejército español. Un ejército decimos tan peculiar e improvisado, esencialmente popular y militarmente disparatado, pero ejército al fin, que no es una milicia de soldados sino de hombres, sin disciplina ni instrucción castrense alguna, a cuyo revoltijo armado se integran paisanos de toda edad, clase y condición, ancianos, mujeres y niños; campesinos, contrabandistas consentidos y presidiarios sumariamente redimidos o indultados por la guerra, aristócratas bohemios y patriotas, y aventureros sin ideales, son sus principales componentes sin que falten las cuadrillas de toreros fusileros y los escuadrones de lanceros formados con lo más florido de la torería de aúpa, garrochistas y picadores varilargueros, que tornan puyas en lanzas al acoso y derribo de empenachados dragones y coraceros franceses. En este ejército, por haber, hay hasta soldados. Que es España entera y no la milicia la que lucha hasta la muerte.

Y en ese amasijo había, naturalmente, tropas regulares españolas, cuerpos reglamentados con suizos y walones y la crema de los excelentes regimientos de línea, al lado de los regimientos provinciales sin estrenar en la guerra, entremezclados con todo ese submundo de tropilla de “granujas, vagabundos de la sierra, chulillos de Córdoba, holgazanes convertidos en guerreros al calor de aquel fuego patriótico que inflamaba el país; perdidos y merodeadores, que ponían al servicio de la causa nacional sus malas artes... eran los elementos del ejército andaluz” cuya base componían las tropas del campo de San Roque, mandadas por Castaños, y las que de Granada trajo Teodoro Reding, a las que se agregaron los batallones de paisanos: cinco creados en Sevilla y dos regimientos de caballería, uno de tiradores de Cádiz, más los de Jerez, Carmona, Utrera, Osuna, Montoro, Cabra y Jaén... “al lado de las casacas blancas con solapa negra, carmesí o azul, que vestían la mayor parte de los regimientos de línea; al lado de las levitas azules con bandolera que vestían walones y suizos, veíamos los chaquetones de paño con que se cubría la gente colectiva. Entre los altos morriones de la artillería y las gorras de los granaderos, llamaban la atención nuestros blancos sombreros portugueses, y las gorras de cuartel, y los tocados de innumerables con que se cubrían sus chollas los tiradores y voluntarios de los pueblos... aquel ejército hacía reír”.

Muchos fueron los toreros tanto de a pie como de a caballo que, en partidas de guerrilleros, en batallones de fusileros y en ágiles escuadrones de lanceros proporcionó Andalucía a su ejército variopinto, heterogéneo y multicolor, enganchados por amor a la Patria y animados por salir del forzoso cese a que, desde 1805, la prohibición de toda actividad taurina les había llevado. Su instrucción militar era nula y grande su indisciplina pero más lo eran aún el arrojo y el valor de su condición torera que les hacía ideales -igual que ocurría con los *desterrados voluntarios de la*

vida social y robinsones culpables entregados a su albedrío como llamaba Bernaldo de Quirós a los bandoleros-, para desempeñar misiones arriesgadas con una gran eficacia. De entre la gente de coleta -la gente “de pelo”-, picadores, matadores y banderilleros, salieron excelentes y muy aguerridos soldados que prestaron grandes servicios al ejército y a la causa. Y de estos hombres, mas de otras cosas, queremos tratar en este pequeño ensayo histórico, con visos literarios y alguna muy sutil irrisación, según se mire al trasluz de la fantasía, de licencia novelesca.

Porque este no es un libro de guerra propiamente dicha, ni un tratado más de la historia de la Independencia; ni siquiera pretende ahondar en el estudio de lo ya tratado y estudiado antes con magisterio ejemplar por otros autores sobre este tema napoleónico, adonde habremos de acudir cuando el caso lo requiera en apoyatura histórica para sustentar nuestro asunto. Pero lo haremos , únicamente, por esa razón de estática haciendo incursiones en guerrilla con la *petite histoire* por el campo abierto de la Historia grande. Nuestro propósito en este libro es claro y preciso y, aunque de trasunto conocido para los específicos estudiosos de tan apasionante tema, no está suficientemente divulgado ni completado su estudio, al que queremos contribuir humildemente aportando algunas luces nuevas sobre algunas zonas de penumbra histórica, sin presunción de haber acabado con ello, ni mucho menos, con las sombras. Nuestro objetivo aquí es puramente taurómico por lo que daremos por hecha, dicha y sabida la historia toda de la “francesada” picoteando en ella para lograr nuestro propósito.

Es creencia generalizada, e incluso se ha afirmado y reafirmado en el pasado por mentes y plumas de considerable peso histórico y literario, que la Fiesta de los Toros se eclipsó durante la invasión y la guerra napoleónicas, llegando a no celebrarse festejo alguno durante este período. Y nada más lejos de la realidad y nada más impropio en autores como Adolfo de Castro, por ejemplo, que, en su obra *Combates de toros en España y Francia* hace firmemente semejante aserto. Este historiador, miembro correspondiente nada menos que de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia, afirma en su obra citada que “las personas adheridas a la causa del rey José no pensaron en restablecer las corridas de toros porque no convenían espectáculos tales que daban siempre ocasión a libertades en las plazas. Y además porque las circunstancias eran muy difíciles para exponerse a provocar conflictos, aunque el rey José se hubiera allanado a consentir estos regocijos sangrientos”. Y es también muy extendida -quizá lo fue más que lo es ahora- la teoría, una convicción rayana en la superchería, de que José Bonaparte, el intruso y maltratado Pepe Botellas, es el culpable de ese ostracismo y abandono taurinos -realmente inexistentes como veremos- de una de las manifestaciones más hondamente sentidas por el pueblo español como es la de los Toros. Bien, pues, ni lo uno ni lo otro

son hechos ciertos y, antes al contrario, en honor a la verdad hay que decir que, cuando el 18 de octubre de 1807 los primeros contingentes franceses al mando de Junot atravesaron la frontera camino de Portugal, ya llevaba vigente casi tres años la Real Cédula de Aranjuez, firmada por Carlos IV, “prohibiendo absolutamente en todo el Reyno, sin excepción de la Corte, las fiestas de Toros y de Novillos”. La supresión de las corridas fue un hecho durante los años 1805, 1806 y 1807 -mientras duró la privanza de Godoy que fue su verdadero autor a la sombra-, pero ya no a partir de 1808 cuando, salvo el año 1809 en que las gravísimas vicisitudes y consecuencias de la guerra hicieron poco menos que imposible su celebración, una vez desaparecido el favorito, recobraron su ritmo ya ininterrumpido. A esto último contribuyó decisivamente la actitud favorable del rey intruso quien, lejos de prohibirlas y deseoso de disfrutarlas, para congraciarse con el pueblo, las promocionó en extremo hasta el punto de darlas gratis... pagando el pueblo.

Así pues, este es nuestro claro y preciso propósito en este sencillo trabajo: las corridas de toros durante la “francesada”, bajo el reinado de José I Bonaparte; y de ahí el título y el subtítulo: *Los toros josefinos. Historia de las Corridas de toros en la Guerra de la Independencia bajo el reinado del Rey José I Bonaparte (1808-1814)*. Un trabajo que esperamos responda a las expectativas que este título sugiere, y es que, guste o no la Fiesta de los Toros, se disfrute o sufra con la contemplación de su Tauromaquia y se entre en la vieja polémica, ya secular, sobre la licitud y la conveniencia o la abolición de las corridas, o todo lo contrario, no podemos hurtar ni sustraernos a la evidencia de que Los Toros son un hecho sociocultural íntimo del pueblo español y que su historia es un pedazo importante de la Historia de España.

Mas, no se asuste el lector y atrevase a entrar en estas páginas en las que quizá halle entretenimiento, que ese es nuestro deseo; y si con ello conseguimos deleitarle habremos alcanzado nuestra mayor aspiración.

Entre tanto, y a modo de personal desafío, nos iremos entonando los zarzueleros ripios de Ricardo de la Vega:

Es esta Fiesta Española
que viene de prole en prole
y ni el gobierno la abole
ni habrá nadie que la abola



Combate de las zaragozanas con los dragones franceses, el 15 de junio de 1808, en los mismos muros de la plaza de toros de la Real Casa de Misericordia de Zaragoza.

CAPÍTULO I:

UN POCO DE HISTORIA

Hacía calor en Bayona aquel viernes 8 de julio de 1808 en que tras la jura de la nueva Constitución -la Constitución de Bayona- y una vez tomado juramento de fidelidad a los miembros de la Junta Española allí constituida, comenzaba oficialmente el reinado del nuevo rey de España José I. Realmente, este rey -*premier et dernier* le llamó el general Thiébault en sus *Mémoires*- había sido nombrado por su hermano Napoleón para ceñir la corona española el 4 de junio anterior, tras un *tour de force* para hacerle abandonar la de Nápoles en la que, sin duda, se encontraba muy plácidamente. Al día siguiente, obedeciendo minuciosa y puntualmente al Emperador, cruzó el rey José la frontera de su nuevo reino convirtiéndose, desde el momento mismo de poner pie en España, en el “rey intruso”. En una marcha lenta de cortas jornadas y muchas paradas por dejarse ver (1), pudo darse cuenta de la frialdad con que era acogido en todas las localidades, grandes y pequeñas, con ese desdén marca de la casa con que España obsequia a los huéspedes no gratos y a las visitas molestas. Rápidamente percibió el tufillo hosco del rechazo del pueblo y concibió la intención, sincera y sentida, de que fuera la benevolencia el lema de su reinado y el afecto de sus súbditos el primer objetivo de su real Gobierno. La hostilidad y el gélido ambiente le acompañarían siempre, hasta aquel 28 de junio de 1813 en que volvió a cruzar la misma frontera, definitivamente, para jamás regresar a España.

El día 16 el regio cortejo avistó Burgos donde entró a eso de las ocho de la mañana por entre la tropa de hombres del general Rey, ayudante de campo del Emperador, que desde media legua antes hacía guardia. Salvas de ordenanza y repique de campanas saludaron su entrada en la ciudad, con muy poca gente en la calle y algunos balcones -los indispensables por cumplir con el protocolo del *bureau* de propaganda- adornados con colgaduras; algunos tímidos “¡Viva el Rey!” con voz apagada salidos de gargantas compradas, y poco más. Alojado en el palacio arzobispal junto a la catedral, ésta impresionó a José I aunque le pareció sombría y le resultó fría -como todo lo que hasta ahora había visto y vivido en España, salvo las noticias de guerra que venían envueltas en sangre caliente y fuego abrasador-, quizá porque era el primer y magnífico monumento que compemplaba tan a placer desde su entrada en el reino. Allí, en Burgos, le noticiaron la victoria de sus tropas en Medina de Rioseco: “El general Merlín, que llega en este instante del campo de batalla de Rioseco, dice que el enemigo ha perdido en realidad más de diez mil hombres, muertos, heridos y prisioneros...”, escribe al Sire aquella noche. Sin embargo, el solemne *Te Deum* de rigor se celebraría en la catedral burgalesa...

Al día siguiente, accediendo a los consejos de Colonna de dejarse ver congraciándose con los lugareños de villas y ciudades, salió a cabalgar, casi sin escolta por el Espolón y a orillas del río. Nadie, ni un alma encontró a su paso y los que encontraba se ocultaban de prisa y corriendo en el primer portal o detrás de un árbol. Quizá ya todos sabían, a la velocidad polvórea del correr de las noticias, lo del saqueo de Rioseco, y lo exteriorizaban aumentando su actitud de hostilidad y vacío. Aprovechó el rey intruso para cruzar el río y tranquilizar su espíritu en una visita turística al monasterio de Las Huelgas, recibiendo la segunda y gratísima impresión artística, ésta muy emocionante, del viaje desde Bayona hacia la Corte. Un viaje que a él le hubiera gustado hacer en otras circunstancias, desde luego incruentas, en cumplimiento de una misión pacífica y esperanzadora para un pueblo al que había que sacar del atolladero del antiguo régimen a poder ser sin disparar un solo tiro ni derramar una sola gota de sangre. Esta era su ilusión de todo corazón, mas, ilusión al fin. Él, que había conseguido del Sire la prohibición de los saqueos y desmanes innecesarios, tendría que llegar al trono encaramándose a los cadáveres y chapoteando en la sangre; y, menos mal que lo de Rioseco era una acción anterior a su verdadero reinado. Sin embargo, *c'est la guerre* y esta batalla suponía una victoria francesa que, mirándola desde el punto estrictamente militar, le daba fuerza para proseguir el camino hasta la Corte y afianzaba su seguridad y su autoridad ante el enemigo. Evidentemente, el “rey intruso” no era Napoleón.

José Bonaparte emprendía, optimista, el camino de Madrid adonde llegó el día 20. Destinado a la quinta de recreo del duque del Infantado en Chamartín, partió de allí en solemne comitiva a hacer la oficial entrada en Madrid aquel mismo día.

Verificóla, pues, en aquella propia tarde a las seis y media, yendo por la puerta de Recoletos, calle de Alcalá y Mayor hasta Palacio. Habían mandado colgar y adornar las casas. Raro o ninguno fue el vecino que obedeció. Venía escoltado, para seguridad y mayor pompa, de mucha infantería y caballería, generales y oficiales de Estado Mayor, y contados españoles de los que estaban más comprometidos. Interrumpíase la silenciosa marcha con los solos vivos de algunos franceses establecidos en Madrid y con el estruendo de la artillería. Las campanas, en lugar de tañer como a fiesta, las hubo que doblaron a manera de día de difuntos. Pocos fueron los habitantes que se asomaron o salieron a ver la ostentosa solemnidad. Y aun el grito de uno que prorrumpió en “Viva Fernando VII” causó cierto desorden, por el recelo de alguna oculta trama. Recibimiento que representaba al vivo estado de los ánimos, y singular en su contraste con el que se había dado a Fernando VII en 24 de marzo.

Con este ambiente madrileño tan hostil y el helado recibimiento popular, avanzó la real comitiva por entre dos filas de soldados con uniforme de gala que le presentaban armas. El cortejo, formado esencialmente por tres carrozas, se abría y cerraba con sendos escuadrones de caballería, magníficos e imponentes por su porte y formación. En el primer carruaje iba el rey solo, llevando a los flancos de las portezuelas a los generales Merlín y Franceschi-Delonne y a su ayudante de campo Clermont-Tonnerre; el general Saligny ocupaba, también solo, el segundo, y la tercera carroza, vacía, era de respeto.

El rey José I había salido de Bayona con un séquito nutrido e importante, de notables y grandes de España en un cortejo de más de sesenta carrozas. A Madrid llegó con tan sólo los ministros y alguno más; ni el conde de Orgaz, su chambelán, aparecía en la comitiva y hubo que llamar al duque de Osuna. Pocos realmente le acompañaban en el séquito de los que en Bayona le habían reconocido como Rey, los “juramentados”, a quienes pronto el pueblo llamó “afrancesados” y a los que, después, se agregarían muchos más que hubieron de seguir a Bonaparte a Francia -se habla de miles de familias- en su marcha definitiva de 1813. Otros, los más, por mor de ser llevados en lenguas y acusados por el pueblo de “bonapartistas” y de “josefinos”, reservaron su presencia pública aguardando tímida y prudentemente en Palacio la llegada del nuevo rey. Así los grandes de España y el propio duque del Infantado que se adelantó para esperarle a pie de escalera. Tras una audiencia en el salón del Trono y pretendiendo seguir con una tradición real muy española de salir al balcón a recibir la aclamación popular, Savary, que había organizado todo el ceremonial de la “triumfal” entrada oficial y que había mandado acuñar unas medallas conmemorativas de plata para arrojar a la supuesta multitud enardecida, comunicó al rey la supresión de tal salida al balcón de Oriente porque en la plaza no había pueblo al que saludar. Bonaparte se quedó sin vítores y sin aclamación, pero, eso sí, con muchos miles de medallas de plata en las que su efigie y la fecha querían conmemorar un día para todos, rey y pueblo, inolvidable. Savary, abochornado, mandó castigar a los campaneros que tocaron a muerto y a otros “entusiastas” del recibimiento...

A propósito de la actitud del pueblo madrileño en aquella adversa y desfavorable acogida a su “intrusa Majestad”, hasta el periódico *The Morning Chronicle* llegó el texto de un pasquín que en epigramáticos versos textualmente decía:

En la plaza hay un cartel
que nos dice en castellano
que José, rey italiano
viene de España al dosel.

Y al leer este cartel
dixo una maja a su majo:

Manolo pon ahí abajo
Que me cago en esa ley;
Porque aquí queremos rey
Que sepa decir: ¡Carajo!

Esta acogida destemplada tuvo mucho de parecido con la dispensada al austríaco pretendiente Carlos en 1710 a quien el pueblo recibió con igual o superior vacío acallando los pocos vítores que se le dieron con sonoros vivas a Felipe V. El cortejo de Carlos de Austria nada más llegar a la puerta de Guadalajara torció a la derecha y se salió por la calle de Alcalá porque aquella “era una corte sin gente”.

Sesenta y dos años más tarde de la entrada de José I, el martes 28 de diciembre de 1870, Madrid, que había dormido bajo un grueso manto de nieve, se echó a la calle a pesar del frío reinante para desayunarse con una noticia que venía a dar un golpe seco a la incertidumbre política reinante: la noche anterior, a hora ya muy avanzada, al salir del Congreso el general Prim con sus ayudantes y camino del Ministerio de la Guerra, unos apostados en la calle del Turco le dispararon varios trabucazos hiriéndole mortalmente. El pueblo, aterido de frío y de miedo, de angustia e incertidumbre, se preguntaba por el desenlace de aquel suceso acaecido precisamente el día –festividad de los Santos Inocentes– en vísperas de la arribada a España del nuevo rey –un rey “de alquiler”– Amadeo de Saboya. Se suponía que a esperarle debiera salir el propio Prim al muelle de Cartagena adonde el Duque de Aosta llegaría en la mañana del día 30 a bordo de la fragata “Numancia”. Mas los sucesos agriaron la ya de por sí agrídulce circunstancia, para un rey, de sentirse “inquilino” en un trono deshabitado. El recibimiento no pudo ser más desairado y desabrido, sin que ni la falúa con el Gobierno ni siquiera el vapor del práctico del puerto hicieran acto de presencia en la cartagenera bahía; el cañón que debía disparar las salvas de ordenanza enmudecía en un sospechoso silencio. En Cartagena aquel día el frío estaba en el ambiente. Un frío que acompañaría a Don Amadeo en los casi tres años de reinado español sin que él –como ocurrió sesenta y dos años antes con José Bonaparte– lograra calentarlo nunca.

Al final de esta jornada deplorable y triste para el nuevo rey, pero no destructora de su moral siempre enhiesta, escribió puntualmente al Sire:

Hice hoy mi entrada en Madrid. No me han recibido los habitantes de esta villa como lo hicieron los de Nápoles, ni como lo han hecho las tropas fran-

cesas; sin embargo, menos mal de lo que pudiera tenerse de los habitantes de una ciudad en la que las disposiciones son muy adversas. Vuestra Majestad, habrá visto por mi carta de ayer que me he percatado de la necesidad de reforzar a Dupont. Esta tarde ha marchado un correo al general Gobert con la orden de unírsele. Pensaré en el mariscal Bessières en cuanto conozca mi situación en torno al Toisón de Oro. No encuentro un céntimo en las arcas. Que Vuestra Majestad haga todos los esfuerzos posibles para nuestro socorro.

Y en otra carta al Emperador, al respecto del choque psicológico con el sentir del pueblo español, le dirá quejoso: “Enrique IV tenía un partido, Felipe V no tenía sino un competidor que combatir, y yo tengo por enemiga una nación de doce millones de habitantes, bravos y exasperados hasta el extremo. Se habla públicamente de mi asesinato, pero no es este mi temor. Todo lo que se hizo aquí el 2 de mayo fue odioso”.

Como puede verse, José Bonaparte estaba lo que se dice en todo. Ni siquiera la penosa y pesada jornada de su presentación oficial en la Corte española había empañado su optimismo, ni mermado su alto sentido de la responsabilidad que, aunque con lamentos, asoman por entre las líneas de sus misivas a su Sire hermano. Su con-



Entrada triunfal de los franceses en Madrid el 4-12-1808.

ciencia convierte en comprensión su extrañeza ante el glacial comportamiento del pueblo, justificado por los trágicos sucesos de armas de Rioseco –*pensaré en el mariscal Bessières...*, a quien tiene que obsequiar, de muy mala gana, con el Toisón de Oro, después del saqueo y la destrucción de un pueblo rendido sin oponer resistencia-, de Toledo y de Cuenca.

Rioseco pagó duramente la derrota padecida casi a sus puertas (...) el enemigo, con pretexto de que soldados dispersos habían hecho fuego cerca de los arrabales, entró en la ciudad matando por calles y plazas. Los vecinos que quisieron fugarse, murieron casi todos a la salida. Allanaron los franceses las casas, los conventos y los templos, destruyeron la fábricas, robándolo todo y arruinándolo. Quitaron la vida a mozos, ancianos y niños, a religiosos y a varias mujeres, violándolas a presencia de sus padres y maridos. Lleváronse otras al campamento, abusando de ellas hasta que hubieron fallecido. Quemaron más de cuarenta casas y coronaron tan horrorosa jornada con formar de la hermosa iglesia de Santa Cruz un infame lupanar, en donde fueron víctimas del desenfreno de la soldadesca muchas monjas, sin que se respetase aun a las muy ancianas. No pocas horas duró el tremendo destrozo.

En Toledo, los soldados del general Vedel –seis mil infantes y setecientos de a caballo- estaban instalados en la ciudad, habiendo destrozado a las afueras artillería y caballería. El 19 de junio debían salir de refuerzo para Dupont cuando al abandonar sus puestos para emprender la marcha, varios lanceros borrachos que estaban alojados en el Monasterio de Santa María de las Nieves y cuya bodega habían tomado por asalto, mataron a degüello al prior y a unos monjes, saqueando y destrozando el convento, robando los vasos sagrados y otros preciosos objetos de culto y arrancando altares, retablos y pinturas. Como fin de fiesta de aquella orgiástica borrachera de guerra, prendieron fuego al monasterio que quedó arrasado con todos sus monjes dentro. Muchas de estas joyas de la orfebrería religiosa española acabaron en manos de los usureros –los carroñeros de todas las guerras- en vista de que los plateros y almonedistas de Madrid se habían puesto de acuerdo en negarse a comprar la preciada rapiña.

Y lo de Cuenca:

... Juntándose, pues, número considerable de paisanos, alentados con aquellos que calificaban de triunfos, fue necesario pensar en dispensarlos. Con este objeto se ordenó al general Caulincourt, apostado en Taraneón, que marchase con un brigada sobre Cuenca. Dio vista a la ciudad el 3 de julio, y una gavilla de hombres desgobernada le hizo fuego en las cercanías a bulto y por corto

espacio. Bastó semejante demostración para entregar a un horroroso saco a aquella desdichada ciudad. Hubo regidores e individuos del Cabildo eclesiástico, que, saliendo con bandera blanca, quisieron implorar la merced del enemigo; mas resuelto éste el pillaje, sin atender a la señal de paz, los forzó a huir, recibéndolos a cañonazos. Espantáronse a su ruido los vecinos, y casi todos se fugaron, quedando solamente los ancianos y enfermos y cinco comunidades religiosas. No perdonaron los contrarios casa ni templo que no allanasen y profanasen. No hubo mujer, por enferma o decrepita, que se libertase de su brutal furor. Al venerable sacerdote don Antonio Lorenzo de Urban, de edad de 83 años, ejemplar por sus virtudes, le traspasaron de crueles heridas, después de recibir de sus propias manos el escaso peculio que todavía su ardiente caridad no había repartido a los pobres. Al franciscano al padre Gaspar Navarro, también octogenario, atormentáronle crudamente para que confesase dinero que no tenía. Otras y no menos crueles, bárbaras y atroces acciones mancharon el nombre francés en el no merecido saco de Cuenca.

En el espíritu del “rey intruso” estas noticias indeseables, atroces y bárbaras que manchaban el nombre de Francia, producían el escozor propio de quien venía a España convencido de ser portador de un nuevo estilo de vida con unas reformas ilustradas:

... entrando en territorio de la nación que la Providencia me ha confiado para gobernar, debo manifestarle mis sentimientos. Subiendo al trono cuento con almas generosas que me ayuden a que esta nación recobre su antiguo esplendor. La Constitución cuya observancia vais a jurar, asegura el ejercicio de nuestra religión, la libertad civil y política, establece una representación nacional; hacer revivir vuestras antiguas cortes, mejor establecidas ahora, instituye y siendo ahora el garante de la libertad individual, será también el asilo honroso con cuyas plazas se verán recompensados los más eminentes servicios que se hagan al Estado... Pasiones ciegas, voces engañosas, e intrigas del enemigo común del continente que sólo trata de separar las Indias de la España, han precipitado algunos de vosotros a la más espantosa anarquía; mi corazón se halla despedazado al considerarlo; pero mal tamaño puede cesar en un momento. Españoles: reuníos todos; ceñíos a mi trono; haced que disensiones internas no me roben el tiempo ni distraigan los medios que únicamente quisiera emplear en vuestra felicidad. Os aprecio bastante para no creer que pondréis de vuestra parte cuantos medios hay para alcanzarla; y este es mi mayor deseo.

Esta declaración de intenciones, fechada en Vitoria el 12 de julio de 1808, a poco de pisar tierra española, aun con el formalismo oficialista lógico de estos casos, da una idea clara del talante del nuevo rey y supone un claro adelanto de su programa

de gobierno. Sin embargo, a pesar de su obsesión y sus esfuerzos por convencer a los españoles de que vean en él a un soberano ilustrado y no a un tirano –“la realidad es que no hay un solo español que se declare por mí, exceptuando el pequeño número de personas que han asistido a la junta (en Vitoria) y que viajan conmigo...”-, siguen llamándole el “rey intruso” y el “usurpador”. Sin que él ni nadie de su entorno puedan evitarlo.

José I se instaló en el Palacio de Oriente a cuya vista quedó, cuando llegó en su oficial entrada, maravillado por su bellísima traza y su magnificencia, sorprendiéndole hallarlo en perfecto estado por cuanto sobre su expolio le habían contado sus propios generales, temiéndose encontrarlo muy menguado en su alhajamiento y mobiliario. Sin embargo, todo parecía estar intacto. Realmente, la Corte de España no residía habitualmente en Madrid sino en los Reales Sitios: en el de Aranjuez donde se pasaba el invierno y la primavera, en los de La Granja y Riofrío para el verano y en el de El Escorial en otoño. En Madrid la Corte sólo se encontraba de paso, y generalmente en el cómodo Palacio del Buen Retiro, pero tan sólo por unos días entre junio y julio, de camino a La Granja, y otros pocos en Diciembre en el traslado de El Escorial a Aranjuez; y quedaba El Pardo para practicar el deporte de la caza, a la que tan apasionadamente eran todos los Borbones aficionados. En la última etapa del reinado de Carlos IV, ni siquiera esos pocos días tenía la Corte madrileña, que en 1806, por ejemplo, no quiso el rey ni acercarse a Madrid pasando a Aranjuez directamente. Así nos lo contó Blanco White (2), testigo de excepción de los acontecimientos madrileños de aquella época, y al que hay que acudir obligatoriamente para beber en su fuente de cronista de la Villa y Corte en el período primisecular que nos ocupa.

Este autor, cuyo verdadero nombre era José María White Crespo, que estuvo cerca de la Corte –la que según Alcalá Galiano *verdaderamente no existía para la capital sino como para una ciudad de provincia*- y mucho más de Godoy, tuvo ocasión de ser testigo de excepción del último besamanos del superministro, postrera ceremonia cortesana del valido antes de su patética caída, en el Palacio de Oriente donde el hasta entonces todopoderoso “reinaba” en solitario como *el monarca verdadero o el considerado como tal* una vez por semana. Aquella corte de Godoy, más que la de un ministro parecía la de un rey y sus ceremonias las de un emperador. Congregada la gente en un largo salón, aparecía el ministro por un extremo rodeado de imponente y numeroso séquito de oficiales abriéndose paso lenta y majestuosamente por entre los que ansiaban verle, tocarle, adularle y obtener de él algún cargo o favor, inclinándose a su paso. Fue en aquel último besamanos donde Godoy dijo en alta voz: *Caballeros, los franceses están avanzando rápidamente sobre nosotros; debemos estar en guardia, porque hay mucha mala fe de su parte*. Entretanto, mientras esto sucedía allá por los primeros días de marzo de 1808, la Corte estaba

en Aranjuez y se rumoreaba que haciendo planes para huir los reyes a Méjico imitando la fuga de los monarcas portugueses. La pretendida escapada sólo quedó en un no mal fundado rumor que entre todos se impidió fuera verdad.

Bonaparte, conecedor de todos estos extremos españoles para los que se había preparado puntual y concienzudamente, y pensando siempre en atraerse a sus nuevos súbditos como fuera, comenzó por establecer su corte en Madrid a diferencia de sus antecesores en el trono. Este interés por estar en el mismo centro de la vida española no pudo evitar que su estancia madrileña en el real Palacio –un palacio que le recordaba a los de Nápoles y Caserta, independientemente de sus proporciones– sufriera un sinfín de interrupciones por cambio de residencia: once días en Madrid, desde su llegada oficial hasta su salida a uña de caballo tras lo de Bailén; dos meses en Vitoria, trece otra vez en Madrid, cuatro entre Sevilla y Granada, un año en Madrid de nuevo, año y medio en Valencia, otros seis meses en Madrid y un mes en Valladolid; y unos tres meses además, aproximadamente, en más de cincuenta poblaciones distintas por aquello de pernoctar en los múltiples desplazamientos. Todo este ir y venir, todas estas mudanzas y ajetreos sumados, conforman los cinco años de reinado del “intruso” rey José I en España.

Nada ofendido, aunque sí entristecido, por el recibimiento español como el austríaco Archiduque Carlos un siglo antes, el francés tomó posesión de Palacio y se dispuso a reinar inmediatamente, principiando por la recepción, admisión y audiencia de Consejos, autoridades y gente principal que fueron debidamente a cumplimentarle y a jurarle fidelidad. Para ello se aprovechó la festividad de Santiago Apóstol, 25 de julio, en sagaz coincidencia de la celebración del santo patrón del reino con la proclamación del “intruso” como rey de España, pretendiendo halagar con ello la tradición y la devoción religiosa del pueblo (3). Al juramento sólo se resistieron el Consejo de Castilla y la Sala de Alcaldes de la Casa y Corte apoyándose en hacerse eco del sentir del resto de las provincias. De este atasco y obcecación vino en distraerles el sorpresivo acontecimiento de Bailén...

Mas, antes de hacer huir al recién llegado rey por causa de la victoria andaluza del general Castaños, es conveniente el retrato, siquiera abocetado, del talante y la personalidad del hombre “que en tiempos serenos, y asistido de autoridad, si no más legítima, por lo menos de origen menos odioso, no hubiera el intruso deshonrado el sobro, más sí cooperado a la felicidad de España”. Es el conde de Toreno quien esto dice de José Bonaparte al que retrató, con suaves y breves trazos, en un perfil delineado diríase que con una comprensiva benevolencia nada dudosa, por otro lado, de adulación y afrancesamiento. El puntual cronista e historiador de la guerra de la Independencia, testigo presencial de sus hechos, dibuja así al personaje:

Suave de condición, instruído y agraciado de rostro, y atento y delicado en sus modales, hubiera cautivado a su partido las voluntades españolas, si antes no se las hubiera tan gravemente lastimado en su pundonoroso orgullo. Además la extrema propensión de José a la molicie y deleites, oscureciendo algún tanto sus bellas dotes, dio ocasión a que se inventasen respecto de su persona ridículas consejas y cuentos, creídos por una multitud apasionada y enemiga. Así fue que, no contentos con tenerle por ebrio y disoluto, deformáronle hasta su cuerpo, fingiendo que era tuerto. Su misma locución fácil y florida perjudicó en gran manera, pues, arrastrado de su facundia, se arrojaba, como hemos advertido, a pronunciar discursos en lengua que no le era familiar, cuyo inmoderado uso, unido a la fama exagerada de sus defectos, provocó a componer farsas populares, que, representadas en todos los teatros del reino, contribuyeron, no tanto al odio de su persona, como a su desprecio, afecto del ánimo más temible para el que anhela afianzar en sus sienes una corona.

Son muchas las plumas que han dedicado su tinta a la figura malentendida, incomprendida y, sin duda poco conocida por los españoles de aquella época - y aun de esta nuestra a pesar de que los múltiples y profundos estudios biográficos e históricos han iluminado sus casi bicentenarias sombras- de José Bonaparte. Las de Cambroner, Dufour, Moreno Alonso, Balansó, marqués de Villa-Urrutia, Claude Martín, Mercader Riba y Vallejo Nájera entre otras, son sólo un puñado tomado casi al azar del ingente listado de tratadistas e historiadores del rey francés y la “francesada”. Y todas ellas han hecho demostración del posicionamiento, correctísimamente político, de un gobernante guiado no sólo de afanes reformistas e ilustrados, sino de una honda preocupación por la unidad nacional, que le llevó incluso a enfrentamientos con el Emperador evitando que éste anexionara a Francia las provincias al norte del Ebro. Su aire renovador, su sensibilidad italiana con barniz a la francesa, le movieron a proteger las artes y las letras y a fomentar las obras públicas y el urbanismo continuando la gran labor de Carlos III; este vehemente afán embellecedor de la capital, que todavía tenía mucho de poblachón manchego y mucho pelo de dehesa que rasurar, y la prisa por crear espacios abiertos entre el laberinto callejero madrileño -las plazas de Oriente, del Rey, de Santa Ana, del Carmen, de San Martín, de los Mostenses y de San Ildefonso entre otras- le valió el sobrenombre de “Rey Plazuelas” (a la memoria acude sin gran esfuerzo el similar recuerdo de Franco y su política hidráulica salpicada de pantanos). Y algún apodo más ganó sin esforzarse, víctima de esa facilidad e ingenio que gasta España cuando su pueblo se pone a bautizar y motejar a quienes, sobre todo, se le atragantan, volcando entonces en ellos el más destilado de los venenos. Sin que nadie pueda explicar el porqué, le colgaron al “rey intruso” -quizá este de “intru-

so” sea el único remoquete con cierta razón de ser- los sambenitos de “Pepe Botellas” y de “Pepino el Tuerto” impropios y absurdos en una persona casi abstemia y con un aspecto agradable y bien parecido que gozaba, además, de una visión perfecta.

No obstante, estos motejos parece ser que provienen de dos de sus primeros decretos dados en 1809 un tanto apresuradamente, casi sin haberse sentado aún en el trono, una vez retornado a España tras lo de Bailén. En menos de un mes de reinado decretó aquello de que “En todas las provincias de España queda libre la fabricación, circulación y venta de naipes desde el día 1 de marzo próximo...”, y aquello otro de “Queda suprimido desde este día, 15 de febrero, en todas las provincias de España el estanco de aguardientes y rosolís (4) y libre su fabricación, circulación y venta”; ambas resoluciones y sus precursoras circunstancias -a buen seguro motivadas por un objetivo demagógico y guiadas por su obsesivo afán de ganarse al pueblo- sólo sirvieron, además de favorecer los respectivos comercios de barajas y licores, para dar qué pensar a sus malintencionados súbditos -que eran los verdaderamente jugadores y bebedores- sobre las aficiones insanas del monarca por el “burle” -de donde vendría lo de “el tuerto” por el guiño del ojo propio de los tramposos en el juego- y el alcohol.

Estas expresiones, exteriorización de un odio nacional y patriótico hacia el invasor, tienen en esta última condición su único argumento.

Porque José Bonaparte -y ya procuramos tener buen cuidado de no caer en la tentación de la lisonja gratuita y mitificadora- no fue cualquier cosa; y a pesar de su delicado papel dentro del imperio, de su rol de marioneta en el teatro napoleónico, tildado de estafermo y de testafarro de su Sire hermano, no fue simplemente un “hombre de paja” manejado por el Emperador y constantemente dirigido a distancia a través de sus “sombras” el mariscal Jourdan y el embajador Laforest, que le informaban diariamente -Napoleón recibía diariamente más de 150 informes- de la buena marcha de su muy especial misión: convertir a José Bonaparte en una prolongación del mismísimo Napoleón. El “rey intruso” tenía su propia personalidad, muy bien definida por un carácter firme y podría decirse que muy bien educado, reciamente formado desde la primera juventud y adolescencia en que, a falta de un padre muerto prematuramente, hubo de hacerse cargo de una familia en la que él era el mayor de catorce hermanos. Y José Bonaparte tenía entonces 17 años.

De suyo inteligente, con un gran sentido de la responsabilidad y de la obediencia una vez burlado el deseo paterno de ver a su primogénito convertido en un alto eclesiástico, y encarrilada la troupe de pequeños bonapartes, marchó a Italia a cur-

sar estudios de Derecho con el maestro Lampredi de Pisa, obteniendo en un año el título y doctorado en Derecho Civil y en Canónico. La obtención del cargo de abogado del Consejo Superior de Córcega sería el importante paso inmediato en una carrera jurídica que prometía ser meteórica y brillante para, con el estallido de la Revolución Francesa, pasar como Comisario de Guerra a Marsella con toda la parentela a cuestas. En la portuaria ciudad, como consecuencia de su boda con Julia Clary, hija de un próspero comerciante, se dedicó a los negocios y a la asesoría hasta que su hermano Napoleón, un año menor que él, que ya había trepado por la escala del generalato del ejército italiano, lo convirtió en ministro plenipotenciario del gobierno del Directorio de Parma y más tarde embajador de Francia en Roma. A la eclosión del Imperio se alzó José Bonaparte como Gran Elector, y cuando en 1805 la campaña obligó a Napoleón a marchar de París, fue José quien rigió los destinos del Gobierno con tal tino, que se le reconoció capacitado para el mando supremo del ejército que marcharía sobre Nápoles apoderándose de aquella hermosa tierra, otrora perteneciente a la Corona de Aragón, de cuya conquista salió designado como su rey.

En Nápoles aprendió José Bonaparte, rápidamente, la lección primera del arte de gobernar que antepone a todas las demás cosas el pueblo soberano, haciéndose querer de él, acercándose a él y pensando, por adelantado, como él. Pronto los napolitanos le dieron su afecto que supo ganarse con astucia y ojo clínico, con mucha mano izquierda y no poca demagogia, en acciones eminentemente populares y no menos populacheras que tanto gustaban al pueblo llano; a las medidas políticas acertadas y muy efectistas por contraste con el rígido gobierno borbónico anterior, supo ponerles el adobo y las especias del pueblo tocando con gracia su fibra sensible, sus devociones, sus gustos y tradiciones. El pueblo de Nápoles adoró a su “re Giusseppe” -bajo cuyo reinado conoció un estado de bienestar nunca alcanzado antes- hasta tal punto que, cuando en 1808 supo que se le había nombrado rey de España con orden de incorporación inmediata, hasta revueltas hubo intentando impedir su salida de aquel plácido y próspero reino que quedaba así abandonado, dejado de la mano de Dios.

Y esta misma política quiso aplicar José I en España, “saliéndole la nuez cucona y el tiro por la culata”, sin que ni siquiera la siempre bien recibida medida de rebajar los impuestos surtiera el deseado efecto capaz de borrar lo intruso de su remoque, de lavar su imagen apreciando su prestigio y de hacer florecer en algo la popular estimación. Todo lo intentó para popularizarse, desde los paseos a pie, a caballo y en coche descubierto por los sitios más concurridos de Madrid, a la asistencia a misas, rosarios, letanías y sermones, sin olvidar el teatro y los toros -objeto de este nuestro trabajo-, hasta llegar a hacer de la paella -que le repugnaba y le

sentaba como un tiro- y del cocido platos habituales en su refinada mesa y en su cocina netamente francesa y muy elaborada. Mas todo fue inútil. Y la creación de una nueva y propia Orden Real cuya condecoración estaría llamada a ser el atractivo señuelo de adeptos importantes y distinguidos -la Orden real de España sólo serviría para general rechifla y para que el cruel y destructivo ingenio español la bautizara, con burla y chanza, como la “*Orden de la Berenjena*” (5), porque de ese color morado era la cruz de su insignia. Para el pueblo este josefino galardón -que contaba con collares, cruces, grandes cruces y veneras- era un desdoro y recibirlo una deshonra consiguiendo con esta popular censura el contraproducente efecto que su invención buscaba, poniendo a temblar a los posibles y distinguidos galardonados. No obstante, Goya la aceptó gustoso sin importarle un bledo lo que el pueblo dijera por prender en su pecho “la berenjena de los vendidos” y por hacer pública su fe al intruso: “Juro ser siempre fiel al honor y al rey José Napoleón”. Sus pinceles y su arte también se vendieron al francés y a los afrancesados...

Convencido de que haber entrado en España no suponía haber “entrado” en el corazón de los españoles, escribió con mal disimulada y pesimista predicción a su hermano: ... *Estáis en un error, Sire, vuestra gloria sucumbirá en España (votre gloire echouera en Espagne). Mi tumba señalará vuestra impotencia.*

La correspondencia prácticamente diaria entre José Bonaparte y Napoleón es, como suele ocurrir en estos casos y más cuando, como en éste, se trata de dos hermanos, el mejor para conocer a ambos a través de sus epístolas, sinceras y espontáneas, en las que, con un estilo cortés, respetuoso y jerárquico, las expresiones brotan como los borbotones de un fresco manantial. Quejumbrosas, pedigüeñas, angustiadas, pesimistas, fraternales y censoras, son sus cartas radiografía y retrato de los dos personajes y análisis de sus actos a través de sus manifestaciones, toda vez que constituyen el mejor mapa de campaña y diario de guerra para seguir paso a paso, en el mismo epicentro de las operaciones, el desarrollo de la contienda desde su gestación hasta su desenlace. Y además con unos cronistas de excepción como son sus propios protagonistas.

Cuarenta años más tarde, convenientemente recopiladas y ordenadas por Du Casse bajo el título de *Mémoires et correspondance politique et militaire du Roi Joseph* vieron estas cartas la luz pública en el París de 1854. De ellas entresacaremos algunos párrafos significativos que ilustren esta pequeña semblanza ambientadora de José Bonaparte, de su época y de su reinado, tan efímero todo ello como interesante, que para nuestro trabajo son imprescindibles. Y aún acudiremos también a las memorias militares de algunos de los generales de Napoleón que intervinieron en esta guerra.

Independientemente de su recibimiento y su proclamación *-tout a été médiocrement* (todo ha sido mediocre), se lamentaría José- tan poco halagüeños, contaba el intruso con un puñado de incondicionales españoles afrancesados con quienes consultar y pulsar -no encontraba gente que quisiera ser espía o, simplemente, colaboracionista, y hasta se dio el caso de no disponer de vehículos de transporte porque habían sido adrede inutilizados por los españoles para no verse obligados a hacerlos rodar para él- el ritmo del país y aún más conocer su opinión. O'Farril, Cabarrús, Mazarredo, Urquijo, Azanza y los duques del Parque y de Frías fueron sus primeros “amigos” a los que se añadieron Navarrete, Campo Alange, Negrete y otros que nos irán saliendo en el camino. Estos últimos le acompañarían a Vitoria en su huida por lo de Bailén. Una huida, por cierto, que disgustó sobremanera a Napoleón -las huidas no constaban en su ideario- surgiendo entre ellos la discordia y los reproches: *V. M. No hace justicia a su hermano -se lamentaba José- cuando cree que aquí no hay cabeza que dirija; no me falta cabeza ni corazón, no en balde me he criado al lado de vos.* Napoleón, que al parecer no creía dotado a su hermano para general ni para político, no obstante su carrera anterior y los nombramientos a título de rey para Nápoles y España, y menos aún con clara capacidad de resolución ante los conflictos difíciles y graves, pasaba por alto a su hermano tratando directamente los asuntos importantes con los generales franceses, por lo que hubo de tenerse que oír la correspondiente queja de José al saber que el Sire se lo saltaba a la torera: “Escribir al general Belliard, al mariscal Bessières, al general Monthion, que desaprobais las operaciones realizadas por el ejército, es despojarme de la confianza que debo inspirar para lo sucesivo. Escribir a todo el mundo lo que no debe decirse más que al jefe, es quitar a mi autoridad el prestigio y la fuerza, no menos necesarios en el ejército que en el gobierno... Ruego a V. M. no dé órdenes más que a mí, que yo las haré ejecutar”. Nada consiguió con estos justificados lamentos y ruegos porque Napoleón siguió tratando directamente con los generales; acaso sí consiguió, únicamente, aumentar el desdén de éstos que, entregados al saqueo y alentados por la actitud desautorizadora del Emperador, no le hacían ningún caso e, incluso, de alguno de ellos hubo de decir: *El Mayor general Berthier no me trata como rey...*, lo que nos hace pensar, además, en algún tipo de conducta irreverente.

La soledad de José I en su corte de España era evidente. Apartado incluso de su familia por las circunstancias de la guerra -Julia, su esposa, y sus hijas las princesas Zenaida y Charlotte permanecieron en su finca de Mortefontaine, cerca de París, y cerca de Napoleón ante quien la reina Julia era la mejor embajadora de su esposo por la que el Sire sentía un afecto muy especial- y llevado de su intensa debilidad por las mujeres, se refugió en una serie de amores y amoríos de mucho fuste siendo amante de grandes damas a cuyos maridos compraba con cargos, prebendas y títulos que hacían más llevaderas sus doradas cornamentas. Su gran afi-

ción por las faldas, su verdadero defecto -todo un exceso- nunca le fue echado en cara por el pueblo que prefirió seguir tildándolo de borracho y de tahúr. Los nombres de damas tan principales como los de doña María del Pilar Acedo y Sarría, marquesa de Montehermoso y condesa de Echauz del Vado, a cuyo marido hizo grande de España y primer gentilhombre de cámara; el de la condesa de Jaruco, doña Teresa Montalvo y O´Farrill, sobrina del afrancesado ministro O´Farrill, para la que como nido de amor compró Bonaparte un magnífico palacio en la madrileña calle del Clavel esquina a la glorieta de Bilbao, de un millón de reales; y el de la hija de ésta, Merceditas -muerta prematuramente la madre-, en quien José halló continuidad amorosa a cambio de conceder al marido, el general Merlín, el título de conde de Merlín, son algunos de los que ilustraron la agenda amorosa del galante rey intruso, que se reveló como un perfecto tenorio, y para quien el amor, durante su reinado en España, fue su mejor amigo, compañero y balsámico consuelo a su real soledad.

Y como era de esperar, el pueblo, tan soberano, no quitaba ojo a todo cuanto hacía y deshacía su malamado monarca intruso, no siendo ajeno a ninguno de sus *affaires d’amour*; enseguida comenzaron a oirse pícaras coplillas de las que una, alusiva al “lío” con la marquesa de Montehermoso, elevaba su verde tono de este jaez:

La Montehermoso
tiene un tintero
donde moja su pluma
José Primero

*POR el correo he recibido la Real Cedula de
S. M. del tenor siguiente:*

REAL CEDULA
DE S. M.

Y SEÑORES DEL CONSEJO,

POR LA QUAL SE PROHIBEN ABSOLUTAMENTE
en todo el Reyno, sin excepcion de la Corte las
Fiestas de Toros y Novillos de nuette,
con lo demas que se expresa.



AÑO

1805.

REIMPRESA:

En Tolosa, por Don Francisco de la Lanza, Impresor de la M. N.
y M. L. Provincia de Guipúzcoa, y del Tribunal del Corte-
gimiento de la expresada Provincia.

Portada de la Real Cédula de Carlos IV, de 1805, prohibiendo la celebración de las Fiestas de Toros en todo el reino. Reimpresa en Tolosa (Guipúzcoa).



CAPÍTULO II:

NAPOLEÓN Y ESPAÑA. LA CRISIS DINÁSTICA.

“Toda España desea otro orden de cosas; todo el mundo sufre y espera con paciencia que el emperador se digne un día ocuparse de este país para volver a poner cada cosa en su lugar”.

(Beauharnais)

Someramente siquiera, ya que no es éste un estudio profundo sobre la Independencia, y más por ambientar la escena y centrar la acción, hay que analizar el proceso conducente a la situación que vivió España en el período 1808-1814.

Una Europa volcánica, en erupción guerrera, ardía por los cuatro costados bajo las alas del águila imperial napoleónica que parecía no encontrar freno a su magnífico vuelo. Tras las victorias de Jena y Austerlitz y después de la firma del tratado de paz de Tilsit con Rusia, el poder de Napoleón llegaba a su apogeo y su figura adquiría los tintes mágicos del mito. Sus hazañas, agrandadas por la distancia, elevadas a la épica categoría de la leyenda convertían al *petit caporal*, como le llamaban sus soldados en la campaña de Italia, en el mayor genio militar de la historia moderna, en el “hombre del siglo”. Un auténtico delirio general, bordado de asombro y recamado de admiración tenía poseída a la mentalidad del mundo, dominada a Europa e inquietada a España.

Desde sus tiempos juveniles en la academia militar de Brienne, Napoleón -al que llamaban sus compañeros *nez au paille*, por su afilada y aguileña nariz-, siempre manifestó sin ambages dos sentimientos íntimos que le acompañaron durante los quince años de vida política y militar: su indisimulado desprecio por el populacho al que llamaba la canaille y su odio por Inglaterra que, como una fijación mental indeleble, llegó a perseguirle obsesivamente durante toda su existencia. Los ingleses nunca perdonan y aquella obsesión anglófoba del Sire tuvo también su vengativo final; un 30 de julio de 1815, Napoleón, vencido y cautivo a bordo de la fragata inglesa Bellerophon, recibió la visita de Lord Keith quien, haciendo oficial su derrota, le comunicó la decisión real: “Ha sido escogida para su futura residencia la isla de Santa Elena”. El espectáculo Napoleón había terminado. Aquel comunicado ponía fin a la carrera militar más fulgurante, quizá, de la Historia; una carrera que comenzó en 1785 cuando al ceñirse a la cintura por primera vez la espada de cadete, aquel muchacho “de pequeña estatura, solitario, suspicaz y rencoroso” -“el

muchacho está hecho de granito pero con un volcán dentro”, al decir de uno de sus instructores- acariciándola con fruición exclamó: “Sólo su empuñadura pertenece a Francia; el filo es mío”.

Es, sin duda, esta su obsesión antibritánica una de las más poderosas razones político-militares, si no la más, para la invasión y guerra de España. La crisis dinástica y el estado de cosas en la monarquía española, cuyos reyes vieron en el Emperador al árbitro supremo de sus intestinas desavenencias y ambiciones, públicas y notorias, que el astuto Napoleón -“Yo sé cuándo hace falta quitarse la piel de león para adoptar la de zorro”, dijo a propósito una vez en Finkenstein- aprovechó haciendo extensivo su arbitraje de la familia real a todo el reino español que, naturalmente, incluía las colonias y posesiones americanas, fue otra importante razón, nada desdeniable, para intervenir en España. Y no hay que olvidar otra, no menos poderosa, cual era, al decir del historiador Martínez de Velasco, la de “el temor a cualquier rama dinástica de los Borbones, pues podría convertirse en un potencial catalizador de la oposición legitimista y, por tanto, un factor desestabilizador para la nueva legitimidad de la cuarta dinastía napoleónica” (6).

El trono español se sostenía a duras penas sobre un trípode divergente mal asentado en la discordia y la disensión, entre la ambición, la intriga, el secretismo y la “camarilla”. El triángulo formado por el rey, el príncipe de Asturias y Godoy sería la figura geométrica más apropiada para simbolizar la tensa y deteriorada situación. Carlos IV, considerado por sus súbditos como “bueno, débil y necio, doblegado y sumiso a una mala mujer”, a menudo enfermo y cansado, era un pelele en manos de la reina y se dejaba balancear dulcemente en los brazos del omnipresente y omnipotente Godoy, complacido, como un recién nacido. Carlos IV era un hombre blando, melancólico y desdichado, de una pobreza intelectual excesiva que no le permitió, a pesar de todos los esfuerzos de su vida por conseguirlo, arrancar ni un solo sonido medianamente afinado a su viejo violón. En una ocasión, hablando con su padre, le señaló la buena suerte que, desde el punto de vista conyugal, tenían los reyes. Carlos III le preguntó en qué basaba esta peregrina opinión. A lo cual contestó el bueno de Carlos IV que las mujeres de los reyes no podían cometer adulterio ya que no encontrarían hombres de su estirpe de quien enamorarse. Carlos III exclamó pensativamente: “¡Qué necio sois, hijo mío!”.

El valido, “admitido a la familiaridad de los dos reales esposos”, como él mismo reconoció en sus Memorias, temeroso de perder su poder, se dedicó a sembrar cizaña entre el rey y su hijo Fernando a quienes desunió y enfrentó inculcando en el bonachón Carlos IV la total desconfianza en el príncipe de Asturias. Del futuro Fernando VII decía Godoy al rey que era “un joven sin talento, sin instrucción, sin

aplicación, en fin, un incapaz, un bestia...” logrando sin mucho esfuerzo apartarlo completamente a él y a los suyos, de las tareas de gobierno propiciando con ello que la desplazada “camarilla” formara el “partido fernandista”. Para estos partidarios, y para la opinión pública en general, nada afecta a Godoy, el príncipe de Asturias era la máxima esperanza de la Nación. Y en el baricentro de ese triángulo, evidentemente, estratégicamente colocada, el águila imperial de Napoleón dominando desde las alturas esperando el momento preciso para lanzarse sobre su presa española en una operación más de astucia y sorpresa que -craso error- de fuerza.

También el Emperador tenía en ese momento su particular triángulo mental: su eterna obsesión inglesa, un Portugal probritánico y una España a la que veía como un aliado forzoso, necesario, imprescindible. Miel sobre hojuelas, pues, eran la ingenuidad de Carlos IV, la necesidad del príncipe de Asturias y la ambición de Godoy que anhelaba un reino y un trono propios. Solo restaba mover adecuadamente y a su tiempo todos los hilos de esta urdimbre para matar varios pájaros de un tiro.

Al bueno del rey se le caía la baba sintiéndose amigo de Francia y del Emperador -“íntimo aliado de Su Majestad”-, y príncipe de Asturias, animado por su antiguo ayo y preceptor don Juan Escóiquiz que “creía desde tiempo atrás que el apoyo de Napoleón era el único medio de que el príncipe escapara a los peligros que corría”, llegó a convencerse de que el Sire era su único clavo ardiendo al que debía agarrarse: “Los franceses venían a proteger al príncipe de Asturias contra el de la Paz, castigando a este último por haber en 1806 tenido y declarado el intento de separarse de la amistad de Napoleón”, según contó Alcalá Galiano en sus Memorias.

El águila imperial comenzó a agarrar sus presas. La personalidad, el prestigio y el poder de Napoleón, incomparables con los del valido, “llevaron a Godoy a firmar el Tratado de Fontainebleau por el que se permitía el paso hacia Portugal de las tropas francesas acantonadas en la frontera, al príncipe de Asturias a solicitar en matrimonio cualquier princesa de la dinastía de los Bonaparte y a los partidarios de Fernando acariciar la esperanza de tomar el poder con ayuda de los buenos oficios del emperador”. Esto último nos lo contó así el historiador Martínez de Velasco a lo que sería bueno añadir que, tras la oferta matrimonial que haría emparentar al príncipe con Napoleón, éste, habiendo recibido la llamada por respuesta, se lamentó en una carta a su embajador Bauharnais, que éste hizo llegar a Escóiquiz, referente al presunto “novio”: “No compro ni vendo, ni hago nada sin garantía. ¿Ha recibido usted alguna carta o algunas palabras oficiales sobre este asunto?”. Este picotazo del águila imperial surtió su rápido efecto en forma de una extensa misiva que el muy afectado príncipe envió a Napoleón desde El Escorial en la que, materialmente, se ponía como una alfombra a los pies del emperador (7). En sus memorias dice

Tayllerand al respecto: “En esta época el matrimonio con una sobrina de Napoleón debía asegurar, al parecer, el quebrantado trono de España al príncipe de Asturias, y poner a este hermoso y generoso país al abrigo de desmembramientos. Se podía, sin debilidad, preferir este resultado al que han traído acontecimientos imprevistos”.

El Tratado de Fontainebleau se firmó el 27 de octubre de 1807 pero antes, el día 18 del mismo mes, ya habían cruzado la frontera española las primeras tropas francesas al mando de Junot -unos 24.000 soldados- so pretexto de batallar contra el anglófilo Portugal invadiéndolo y haciendo que la familia real portuguesa huyera a Brasil bajo bandera inglesa. No hay que olvidar aquí que a Godoy se le había prometido una buena porción del país luso, la región de Los Algarves, para sentar sus reales en un futuro trono. Además se acantonaron más tropas al otro lado de los Pirineos al mando del general Moncey, entre Bayona y Burdeos, a la espera de intervenir según los acontecimientos peninsulares. Había comenzado, sorda y traídoramente, la invasión napoleónica de España con la aquiescencia de la Corona y bajo la legalidad de un tratado de amistad y alianza. La siguiente maniobra, soterrada y astuta, del águila imperial sería la eliminación de los Borbones del trono de España para sentar en él, como en Italia y Holanda, a un “napoleónida”. Para ello y para cubrir las apariencias ante el mundo, ante la Historia y, sobre todo, para no soliviantar al pueblo español había que emplear toda la habilidad posible, toda la artería de que se fuera capaz para engañar a la familia real -al pueblo no consiguió engañarlo nunca- y obtener de ella de todos los derechos al trono.

En un principio parece ser, al menos en ello están de acuerdo casi todos los historiadores y estudiosos, que no estaba entre los planes de Napoleón la anexión de España a Francia sino, más bien la creación de un país subsidiario colaborador, geográficamente bien situado y con unas posibilidades marineras enormes -por aquello de su obsesión por la pérfida Albión-, que ayudara a mantener el nuevo orden europeo instaurado a sangre y fuego. Sin embargo, fue durante aquel invierno cuando maduró la idea de sustituir a los Borbones por su hermano José a quien le había ofrecido el trono de España con la implícita obligación de aceptarlo, naturalmente. Sus añagazas no se hicieron esperar y puso en marcha la máquina del engaño. El águila imperial se lanzó en picado sobre los regios corderillos que cayeron en sus garras ingenua e inocentemente.

Cuenta Tayllerand en sus repetidamente citadas memorias que, en su calidad de allegado al emperador, al conocer los planes de éste le desaconsejó la invasión de España: “Le aconsejé que ocupara Cataluña hasta que consiguiera la paz marítima con Inglaterra. Declarareis -le decía yo- que conservareis esta prenda hasta la paz, y con ella sujetareis al Gobierno español. Si la paz se retrasa, es posible que

Cataluña, que es la menos española de todas las regiones de España, se adhiera a Francia: hay ya tradiciones históricas sobre ello; y quizás entonces pudiera ser incorporada definitivamente a Francia. Pero todo lo demás que hagáis además de esto, sólo os producirá amargas lamentaciones”. ¡Magnífica clarividencia la de este hombre tachado a menudo de intrigante, marrullero e instigador; Y buen conocedor que parecía de las peculiaridades de España pues, en efecto, en febrero de 1810 se creó un gobierno de Cataluña independiente del de José Bonaparte; en 1812 Cataluña fue incorporada al Imperio para volver a su lugar en 1814, incluso la incorporación del Valle de Arán a Francia fue rechazada y retornó a la Corona de España.. El general francés Foy anotó que “Cataluña se considera a sí misma como un pequeño Estado...”.

A principios de 1808 comenzó la invasión y ocupación de la península, ante los atónitos ojos de los españoles que veían pasar ante sus narices sin saber por qué nada menos que al invicto ejército de Napoleón, entrando en su suelo, de enero a marzo, un contingente de tropas de unos 90.000 hombres (las cifras no son exactas



Defensa del Sitio de Gerona.

pues hay discrepancia entre la documentación histórica consultada) que en un despliegue sagaz y habilidoso, con el mínimo ejercicio de la fuerza, fueron ocupando los castillos y ciudadelas de San Sebastián, Pamplona, Figueras en Gerona y Montjuich en Barcelona. Nadie sabía nada, nadie entendía aquel despliegue de fuerzas tan alejadas de Portugal y de la amenaza inglesa, pretexto utilizado hasta entonces por el invasor para cruzar militarmente la frontera; ni siquiera el “cuñadísimo” Murat conocía el verdadero alcance de la operación. Así de zorro era Napoleón. Sin embargo, antes de la ocupación de estas plazas fuertes, el rey dio un Real Decreto tranquilizando al pueblo con su bondad e ingenuidad acostumbradas: “... Respirad tranquilos, sabed que el ejército de mi caro aliado, el Emperador de los franceses, atraviesa mi Reino con ideas de paz y amistad. Su objeto es trasladarse a los puntos que amenaza el riesgo de algún desembarco enemigo...Conducíos como hasta aquí con las tropas del aliado de vuestro buen rey y vereis en breves días restablecida la paz de vuestros corazones...”. Al conocer estos más que sospechosos movimientos, la corte, que como casi siempre estaba en Aranjuez, cayó presa del pánico; al rey no le llegaba la camisa al cuerpo y a Godoy comenzaron a asaltarle grandes temores prontamente confirmados en su propia y omnipotente persona. El valido pensó en “mudar asiento a país seguro”, quizá acordándose de la familia real portuguesa, e intentó trasladar la corte a Sevilla en lo que bien pudo haber sido un gran acierto al haber podido escapar de las garras imperiales y salvar con ello la dignidad de la Corona. El conde de Toreno opinó con esta decisión: “Don Manuel Godoy obró atinadamente y la posteridad no podrá en esta parte censurarle”. Pero, claro, como suele suceder, para una vez que al señor valido se le ocurre algo válido viene el pueblo soberano y le premia con un motín que a poco le cuesta la vida: a pesar de la protección de un escuadrón de guardias de corps, que lo llevaba detenido al cuartel de esta fuerza por orden expresa del rey, llegó “con un ojo casi saltado de una pedrada, un muslo herido de un navajazo y los pies destrozados por los cascos de los caballos”. La consecuencia inmediata fue la abdicación forzada de Carlos IV -asustado e indefenso sin su Godoy, impotente y abrumado, se doblegó a la conjura de la “camarilla” que le obligó a abdicar- a favor de su hijo, auténtica esperanza del pueblo: “Como los achaques de que adolezco no me permiten soportar por más tiempo el peso del gobierno de mis reinos, y me sea preciso para reparar mi salud gozar en clima más templado de la tranquilidad de la vida privada, he determinado, después de la más seria deliberación, abdicar mi corona en mi heredero y caro hijo el Príncipe de Asturias...”.

Conocida la abdicación en Madrid aquella misma noche, la alegría explotó en jolgorio y el pueblo dio rienda suelta a su contenido odio contra el favorito caído manifestando su contento. Mesonero Romanos hizo su oportuna crónica: “No hay que decir que todos los balcones se abrieron y atestaron de gente que con vivas y apa-

sionadas aclamaciones respondían a tal algazara, agitaban los pañuelos y con las palmas de las manos, con panderos, clarines y tambores de Navidad reproducían, hasta lo infinito, aquel estallido de entusiasmo popular”. Tan pronto se conoció en las provincias el feliz evento la reacción fue idéntica a la de la corte; sirva de ejemplo la relación de un cronista voluntario zaragozano llamado Faustino Casamayor que, en un diario personal anotó, día a día, el discurrir de los hechos de todo el período de la Independencia vividos personalmente in situ desde la ventana de su propia casa de Zaragoza.

Día 22 de marzo de 1808: se tuvo noticia en esta ciudad delo ocurrido en Madrid con el Príncipe de la Paz, su prisión y movimientos contra su persona, y el Real Acuerdo celebró uno extraordinario en virtud de la Real Orden de S.M. de 18 del actual, del Real Sitio de Aranjuez, en el cual se leyó el Decreto de haberle exonerado del Almirantazgo de España e Indias, de Generalísimo y demás honores y cargos que tenía, cuya noticia la celebró este vecindario con mucho entusiasmo y alegría, la que se anunció por carteles impresos aquella misma tarde. Habiendo tenido noticia de otro Decreto los estudiantes, y de lo demás ocurrido en Madrid, se presentaron al señor Rector y Catedráticos pidiendo se les entregara el retrato de dicho príncipe que estaba colocado en el teatro mayor junto al del Emperador Carlos V lo cual habiéndoseles negado, se entraron en dicho teatro y lo descolgaron arrastrándolo por todo el patio de la Escuela escupiéndolo y pisándolo, y luego puesto en un palo marcharon con él hasta el Coso, llevando haces de leña para quemarlo, gritándole mil injurias y desvergüenzas, arrastrándolo igualmente por todo el Coso, pisándolo y dándole de navajadas, innombrándole con los dictados de traidor, y ruin, y habiendo encendido una hoguera frente a casa de don Antonio Ximeno, pues aunque quisieron quemarlo junto a la Cruz del Coso, acordándose que en aquel santo lugar fuesen quemados los cuerpos de los Santos Innumerables Mártires de Zaragoza, desistieron por no darle tan honroso sitio, por cuya causa después de haberse repartido algunos trozos menudos de dicho retrato, echaron lo restante a las llamas hasta consumirse, gritándole al mismo tiempo mil iniquidades, esparciendo últimamente las cenizas al aire. Inmediatamente determinaron proclamar por Rey al Príncipe de Asturias, y comprado un retrato o estampa suya de Casa de los Alemanes, acomodándolo sobre un dosel encarnado, donde escribieron Vivan los Reyes, lo llevaron en triunfo a cuyo tiempo pasando el general Guillelmi en su coche y pedíndole la licencia se les concedió echando los sombreros al aire y gritando Viva el rey, y habiéndose juntado 12 músicos todos estudiantes, puestos en dos alas más de 200 a cada lado, la música, y el retrato en medio con repetidos vivas y aclamaciones fue llevado a la casa donde habita el Teniente

General D. Carlos Mori 2º Comandante del Reino, donde se hallaba el general, y habiéndolo presentado a Su Excelencia y tocado varias sonatas, prosiguieron en el mismo tono por todo el Coso hasta la Universidad, colocando el retrato en el mismo sitio que estuvo el de Godoy concluyéndose esta plausible función con varios alegros hasta que se hizo la noche en la que se tiraron varios voladores y todo fue regocijo así en los estudiantes como en los demás vecinos de la Ciudad, sin haber ocurrido desgracia ni alboroto alguno, concediendo el Claustro vacaciones hasta el lunes 28.

El nuevo rey, Fernando VII, proclamado por aclamación popular, hizo su entrada triunfal en la corte el día 24. El pueblo de Madrid, espectro humano de todas las Españas, tan aficionado y acostumbrado a estos fastos y a los espectáculos regios - “Tres cosas hacen salir de casa a los cabales: procesiones, toros y personas reales”, dice un viejo refrán español-, se agolpaba en las calles para vitorear a su “deseado” y joven monarca, cuando todavía su rostro no había desfruncido el ceño del odio al “Príncipe de la Injusticia”, “Generalísimo de la Infamia” y “Gran Almirante de la Traición” recién defenestrado: “Hombres y mujeres, niños y ancianos se abalanzaban a él a besar sus manos, sus ropas, los estribos de su silla; otros arrojaban al aire sus sombreros, o despojándose de sus capas y mantillas las tendían a los pies de los caballos, y hubiéranse arrojado ellos mismos como los indios budistas bajo las ruedas del coche...”

Y esas mismas gentes ebrias de triunfal populismo habían contemplado atemorizadas el día anterior el amenazador desfile del impresionante ejército de Murat, gran duque de Berg, quien albergaba en su ambición la esperanza de que su cuñado Napoleón le premiara con la corona de España una vez quitado de en medio el estorbo de los Borbones. El generalísimo Murat, soberbio, arrogante, a caballo “todo aterciopelado y engalanado como vestido para una mojiganga”, seguido por una deslumbrante escolta de coraceros, inspiraba a su paso una mezcla de miedo, inquietud e indignación que hinchaba las venas del pueblo. Pronto le inventaría la gente chufas, remoquetes y coplillas; en razón a que se decía que en su juventud había estado de pinche de cocina al servicio del príncipe de Conté, surgió la primera:

Dicen que el señor Murat
está acostumbrado al fuego
digo si tendrá costumbre
quien ha sido cocinero.

Otra vez Mesonero Romanos describe el sentir de aquellos madrileños futuros protagonistas de una de las sublevaciones más épicas y famosas de la Historia: “...

desde aquel mismo instante empezó a caer la venda de los obcecados españoles y empezó a germinar la sospecha sobre la verdadera índole de la presencia en España de las tropas napoleónicas: al paso que, desde aquel punto, también empezó a verificarse la vergonzosa serie de humillaciones de Fernando y su corte, a las que correspondía el arrogante Murat con el desvío y reserva que, sin duda, le estaba encomendado por su cuñado el emperador”. Porque, realmente, aquel altanero general, con su atemorizador paseo militar del que se esperaba obtener un psicológico efecto en la moral de la población y de la corte misma, llevaba en su misión órdenes muy concretas de enviar a Francia a Carlos IV y a su hijo, con tanta sutileza como firmeza, en cumplimiento de los arteros planes del emperador. Uno de ellos, el de suscitar la honda enemistad entre ambos “reyes” con un acto lo suficientemente provocador del padre para hundir al hijo, consistió en conseguir de Carlos IV la revocación de su abdicación:

Protesto y declaro que mi decreto del 19 de marzo, por el que abduco la corona en mi hijo, es un acto al que se me ha obligado para prevenir mayores males y la efusión de sangre de mis bien amados súbditos. En su consecuencia debe ser considerado nulo y sin ningún valor”. Toda una iniquidad considerada por la historia como “un error gravísimo y una deslealtad rayana en crimen de lesa majestad hacia el nuevo rey.

Convencido por el embajador extraordinario general Savary -que había sido enviado por el emperador para consumir su engaño y ordenar a Murat el traslado escalonado a Francia, *de grado o por fuerza*, de toda la familia real Godoy incluido- Fernando VII se puso en viaje camino de Vitoria donde falazmente se le aseguró que le esperaba el mismísimo Napoleón en persona, su panacea para todos los males. *Sin pompa alguna ni ruido* partió el joven rey, totalmente ilusionado, al encuentro con su salvador en la mañana del 10 de abril; Murat, envió inmediatamente una posta al águila imperial dándole satisfacción de la celada: “La partida se ha realizado esta mañana sin resistencia; el general Savary viaja con el príncipe -el señor duque de Berg nunca reconoció a Fernando como rey- y será dueño de su persona, puesto que le escoltan nuestras tropas y el mariscal Bessières y el general Verdier le proporcionarán todos los medios necesarios para llegar”.

Pronto corrió la voz de que Napoleón viene a España a encontrarse con el “Deseado” y todo el mundo se alborota: ¡El Emperador, aquí!. Se dice que si la entrevista será en Burgos y allí se dirige la real y esperanzada comitiva; pero no, parece ser que no será en Burgos sino en Vitoria, donde se le había prometido en un principio. Y entre la aclamación popular a su paso por villas, pueblos y aldeas, el nuevo rey encamina sus caballos hacia la capital alavesa adonde llegó el día 14.

Tampoco estaba allí Napoleón ni, como se barruntaba, estaría nunca. La “camarilla” acompañante, decepcionada ante el fiasco que abría levemente sus ojos al engaño, aconsejó a su rey volver grupas a Burgos permaneciendo allí, a una prudente distancia intermedia, en una confiada espera. Además, algo que puso la mosca tras la oreja de la regia comitiva, fue el haber observado durante todo el trayecto el gran despliegue de tropas francesas, más los 8.000 soldados que ocupaban Burgos, con lo que el rey se sentía “tan en poder de los franceses como en Madrid, sin que en muchas leguas al contorno hubiese el menor Cuerpo de tropas nuestras”. Savary, veloz como un rayo y viendo que el pichón podía escapar a sus garras de gavilán, excusando a su emperador por sus muchas ocupaciones bélicas, y en evitación de que éste pudiera disgustarse perjudicando con ello la negociación fernandina y los asuntos de España, sugirió y logró, por aquello de que “si la montaña no viene a ti...” que el blanco palomo cruzara la frontera y se llegase a Bayona donde, gustosamente, le recibiría el Sire. Entre tanto, naturalmente, Fernando VII protestó -al fin y al cabo un rey con su Consejo y todo- por escrito al emperador quien por boca de Savary le contestó que “... se dejaba cortar la cabeza si al cuarto de hora de haber llegado a Bayona no le ha reconocido el emperador por rey de España y de las Indias. Por sostener su empeño empezará, probablemente por darle el tratamiento de alteza; pero a los cinco minutos le dará el de majestad y a los tres días estará todo arreglado y S. M. podrá restituirse a España inmediatamente”. Mentira, falacia y cinismo franceses sobre las blancas plumas del inocente palomo español. Napoleón se despojaba la piel de león para mostrar la de zorro...

Todavía ilusionado y con la esperanza apenas lesionada, Fernando VII cruzó la frontera el día 20 de abril camino de Bayona. Uno de sus consejeros acompañantes, el aragonés marqués de Ayerbe, anotó en su cuaderno de viaje el espanto que un premonitorio *graffiti*, escrito sobre un arco a la entrada de la localidad francesa de Ogunna, le produjo; al pasar bajo él pudo leer claramente: “Quien nombra y destituye reyes es más que rey”. Tayllerand, que es quien nos ha contado todas estas referencias históricas y que fue testigo excepcional de toda esta trama de la encerrona de Bayona, nos relata cómo, casualmente, en el tramo del viaje entre Vidaute y esa ciudad Fernando VII “se encontró con su hermano el infante Don Carlos quien, acompañado de Frías, Medinaceli y Fernán Núñez, venía al encuentro de su desgraciado hermano. El rey los hizo subir a su coche, y allí se enteró, con la mayor sorpresa, de que Napoleón les había comunicado la víspera que jamás volverían a Madrid y que uno de los hermanos del emperador iba a ocupar el trono de España. Insisto sobre la hora en que fue hecha esta declaración porque demuestra que se había dispuesto de 18 horas para hacerla llegar a Irún donde, como se ha visto, el rey Fernando hubiese podido sustraerse a sus captores. A una legua de Bayona no quedaba a los príncipes más que el recurso de una triste resignación...”.

Una vez en Bayona, en el castillo de Marracq, Napoleón, frío y desafinado, comenzó la implacable negociación, todo un chantaje alevoso, para arrancarle a Fernando la renuncia a su favor de los derechos al trono de España. Éste no accedió ni se arrendó aún a pesar de ofrecerle a cambio “...el reino de Etruria, un año de renta de este mismo reino, una de sus sobrinas en matrimonio y, en el caso de que muriera sin hijos, la sucesión establecida en la línea masculina de los príncipes sus hermanos”.

Fernando no cedió a la extorsión y el chantaje y, tras un ultimátum que vencía a las once de la noche de aquel mismo día, Napoleón llamó a Carlos IV a Bayona -obligatoriamente acompañado, eso sí, de su queridísimo valido sin el que el viejo monarca no era nadie; de paso, Napoleón conseguía tener a todos los “pájaros” en la misma jaula- quien llegó con su compañía, reina incluida, el día 30 a las cuatro de la tarde. El viejo monarca se avino a todo echándose en los brazos de su para él “aliado y amigo” quien no cesaba de echar leña al fuego de la cuestión familiar contra el heredero Fernando. E instó enérgicamente a éste para que, una vez protestada por su padre la abdicación, cumpliera con su deber de príncipe de Asturias devolviéndole la corona por una renuncia pura y simple. Amenazado el Consejo de Fernando VII e incluso él mismo la renuncia se redactó y se envió a Carlos IV quien inmediatamente nombró al gran duque de Berg, el arrogante y ambicioso Murat, lugarteniente general del reino; acto seguido, hizo cesión de sus derechos a Napoleón quien desde ese momento ya tenía en sus manos poderes y facultad para traspasarlos a su hermano José. La gran traición de Napoleón se había consumado y su plan había salido a pedir de boca llenando con ello de oprobio la que bien pudiera haber sido una de las más honrosas páginas de la historia d España. De honrar y vengar esa historia ya se encargaría el pueblo español, tan sólo unos días después, en el estallido sangriento y glorioso del 2 de mayo y en los cinco años de guerra posteriores.

No obstante lo conseguido por la aviesa mente del emperador, una vuelta más al tornillo del potro de tortura habría de darle Napoleón en lo que parecía ser el último vuelo de caza del águila imperial sobre sus víctimas borbónicas españolas. Para asegurar y “blindar” la suculenta operación, dándole a la vez un carácter oficial y un aire benefactor y caritativo, entendió el Sire llegado el momento oportuno de proponer al príncipe de Asturias, a sus hermanos y a su tío el infante Don Antonio un *tratado de cesión de todos sus derechos a la corona española* comprometiéndose a cambio a entregarles Navarra, donde residirían, y a que percibieran las rentas de sus encomiendas y patrimonios de España de las que poder vivir con arreglo a su dignidad real. Es otra vez Tayllerland quien memorializa y relata estos hechos magníficamente.

Fijadas las bases de este tratado, cuya redacción se confió a Escóiquiz y a Duroc, partieron los príncipes para Valencia, donde los confinó Napoleón

gasta que fuera habitable el castillo de Navarra. Se detuvieron dos días en Burdeos y el 19 de mayo hicieron su entrada en Valencia. Yo estaba allí desde hacía varios días. El momento de su llegada ha dejado en mi ánimo una impresión que no se borrará nunca. Los príncipes eran jóvenes y todo en torno a ellos, en sus vestidos, en sus coches, en sus criados, ofrecía la imagen de siglos pasados. La carroza de que los vi descender hubiera podido tomarse por un coche de Felipe V. Este aire de antigüedad, al recordar su grandeza, aumentaba el interés de su situación. Eran los primeros Borbones que volvía a ver después de tantos años de desastres y tempestades. No fueron ellos quienes experimentaron cortedad alguna; fui yo, y me complazco en decirlo.

Es preciso apuntar aquí, a modo de una nota al margen, que Tayllerand, personaje político tan rico en matices, asistió a la Revolución Francesa desde su cargo de Diputado del Clero a los Estados generales y, en 1814, a requerimiento de los aliados llegados a París constituyó un Gobierno provisional el 1 de abril e hizo que el Senado proclamara la caducidad del régimen napoleónico, llamando él mismo a Luis XVIII al poder.

Y aún relata el mismo memorialista cómo todavía hubo otra ocasión, camino de Bayona, en que Fernando VII pudo haberse zafado de las garras de la imperial águila huyendo tranquilamente.

A las once de la noche llegó el rey a Irún con su séquito. Descendió en casa de Olazábal, que estaba fuera de esta pequeña ciudad, guardada por un batallón del regimiento del rey. El general Savary no llegó hasta las siete de la mañana del día siguiente. De este modo el rey y su Consejo se encontraron ocho horas solos, sin ninguna escolta francesa, en una casa española situada a orillas del mar, donde varias barcas estaban atadas a estacas colocadas en el mismo jardín de la casa. Cuando llegó Savary y vio la escena, y casi con inquietud, se dirigió apresuradamente a la casa donde permanecía el rey, a quien encontró plácidamente dormido.

Este revelador relato da idea del carácter de Fernando VII y valora su postura ante Napoleón a quien se entregó sin reservas. Éste dijo un día a Tayllerand: “El príncipe Fernando me llama su primo al escribirme. Trate de hacerle comprender que eso es ridículo y que debe llamarme simplemente Señor”. Y estando después en el dorado y aburrido confinamiento de Valençay -castillo propiedad del mismo Tayllerand- Fernando VII se humilló desmesurada e indignamente ante su opresor cometiendo la iniquidad de llegar a felicitarle por las victorias obtenidas sobre los españoles...

Entre tanto, el 15 de mayo convocó Murat en Madrid la Junta de Gobierno para darle a conocer la idea de Napoleón de convocar en Bayona una Asamblea General de la que había de salir una moderna Constitución que fundamentaría el “nuevo régimen” en España. Esa Asamblea habría de tener ciento cincuenta diputados entre los tres estados y celebraría su sesión inaugural en el plazo justo de un mes. Pero el miedo, la desconfianza y la desertión -algunos de los diputados elegidos fueron secuestrados en el camino para evitar su comparecencia- rebajaron la cifra de participantes a sesenta y cinco asambleístas logrando con coacciones elevarlo a noventa y uno el día de la clausura, un caluroso 7 de julio. Aquella Constitución de Bayona que bien pudo ser la llave que abriera las puertas de España hacia la modernidad no se usó sino en ocasiones, a temporadas y por la fuerza de los acontecimientos que las tropas napoleónicas imponían, pasando prácticamente inadvertida. A quien sí no le quedó más remedio que jurarla fue a José I quien, rey in pectore de Napoleón desde hacía ya un tiempo y nombrado públicamente el 4 de julio, comenzó a reinar oficialmente el día 8 tras esa jura y recepción de la misma por parte de sus “fieles” componentes de la Asamblea española de Bayona. El día 20 de julio hizo el nuevo rey su entrada oficial en Madrid, lo cual sitúa este punto en las primeras páginas de esta historia .

Acabaremos aquí este capítulo justamente donde empieza el reinado de José I no sin traer a colación, a modo de pequeño colofón separador, un par de consideraciones que nuestro “confidente” Tayllerand nos hizo: “Los que conocían a España y a los españoles no se engañaron. Predijeron que el orgullo español no se pensaría ni en su indigencia ni en los peligros y encontraría en la indignación y en la desesperación vigor y recursos acrecentados sin cesar. El título de invencible, vinculado al nombre de Napoleón por continuas victorias sobre ejércitos regulares, se hizo discutible, y de España aprendió Europa que Napoleón podía ser vencido”.

Y así fue.



Parte externa de una semimaqueta de la Plaza de Toros madrileña de La Puerta de Alcalá. 1846.

CAPÍTULO III:

JOSÉ I Y MADRID

Los siglos no terminan exactamente con arreglo a la cronología del calendario. Los vaivenes sociales, los altibajos económicos y los movimientos culturales de una centuria no finiquitan el 31 de diciembre del año finisecular sino que sus influencias y consecuencias suelen adentrarse al menos una década en la siguiente. Bien puede asegurarse que el período que nos ocupa, el del reinado de Bonaparte, a pesar de la pretendida modernidad del nuevo régimen napoleónico, fue una prolongación dieciochesca de aquella *época goyesca* que el advenimiento de un nuevo siglo no alteró significativamente. España seguía anclada en el *siglo de los chisperos* y parecía feliz en sus limitaciones y en sus infortunios soportando, como casi siempre, a sus gobernantes y en especial al omnímodo Godoy cuya dictadura caía en cascada y a borbotones desde las alturas hasta el más bajo fondo del pueblo. Un pueblo que todavía añoraba al rey Carlos III a pesar de sus ministros ilustrados, Aranda y Floridablanca, tan poco “populares” ellos y tan antitaurinos, por aquello de que ilustración y pueblo nunca en España fueron muy hermanados.

Si hacemos caso al censo de Godoy de 1797 -luego el rey intruso mandó hacer otro- puesto en duda por sociólogos e historiadores posteriores, la población de España en aquel momento era de 10.541.221 habitantes de los que 156.672 vivían en Madrid; era una población *fundamentalmente rural con una mentalidad agraria* en la que el analfabetismo era una verdadera lacra muy generalizada. La sociedad, jerarquizada en los tres estamentos clásicos integrados por la nobleza (unas 400.000 personas), el clero (168.000 almas) y el pueblo llano, se vertebraba en grandes regiones que a través de sus ciudades capitales y al amparo de la Corona bajo la figura paternal, elevada y simbólica, intocable y sacrosanta del rey, configuraban la monarquía y el reino de España -de las Españas- y de las Indias.

Grandes crisis de abastecimientos azotaban al país desde 1790 fruto de las malas cosechas, meteorologías adversas, guerras -que nunca faltaban- y depresión económica, hasta llegar al cúlmen de 1811-1812, los años del hambre; alguien escribió que en aquella época *familias enteras llevaban sellado en su semblante la miseria*. Y la tierra, principal fuente de riqueza nacional -además de una mediocre industria manufacturera y un comercio de ultramar todavía boyante-, se la repartía en grandes latifundios apenas un 6% de la población compuesto por la nobleza y el clero. También hay que reconocer en desagravio comparativo que este espectro social de España no era muy diferente del de otros países de la vieja Europa e incluso algu-

nos bien podían mirarse en el espejo español. Es el caso del reino de Nápoles, por ejemplo, de donde salió el rey José para venir a ceñir la corona de una nación compuesta de *una chusma gobernada por un atajo de curas*, al decir de Su Alteza Imperial y real el Emperador Napoleón, su hermano.

Pero ¿con qué España se encontró José I cuando empezó a reinar ¿Qué veía el bien intencionado Bonaparte desde las ventanas del Palacio Real? ¿Qué choque visual y emocional turbó su ánimo?. Pues, al parecer, y pese a su buena voluntad, al igual que su imperial hermano subestimó las fuerzas espirituales y guerreras de la raza hispana, el nuevo rey pecó de optimismo pensando que con su talante ordenado y conciliador, agradable y simpático, enseguida se metería al pueblo español en su real bolsillo. Ambos se equivocaron y los dos fracasaron en sus respectivos intentos como, evidentemente, demostró el tiempo. El “paseo militar” de ocupación de Napoleón fue toda una gran guerra, y el reinado de Pepe Botellas fue para él un calvario; el de “invasor” y el de “intruso” fueron los nombres que el pueblo español grabó para ellos dos a sangre y fuego en su corazón y en su memoria. Porque si la recepción que el pueblo le hizo a José al entrar en Madrid, desde el momento mismo de pisar suelo español al pasar por ciudades, pueblos y aldeas estuvo dominada por la frialdad, el desdén, el desprecio y, por qué no, por el odio inmenso y el contenido deseo de venganza surgidos después del 2 de mayo, tiempo tendría de comprobar por sí mismo el verdadero talante de las gentes de España. Unas gentes diversas, muy distintas entre sí por mor de la geografía y lo precario de las comunicaciones, aisladas en sus ancestrales tradiciones y atávicas costumbres, curtidas por los vientos y los soles de cien climas diferentes, cetrinas y enjutas por las hambres seculares pero hinchidos sus pechos todavía por las apergaminadas páginas de gloria del libro de su historia. Un libro que todavía tenía páginas en blanco, listo para ser escrito en ellas uno de los capítulos más gloriosos y brillantes iluminado con el rojo minio, muy caliente, de la sangre española y ahumado con el negro hollín francés de la imperial artillería. Y en ese libro Don José I iba a salir muy mal parado -incluso injustamente mal parado-, algo que enseguida intuyó, que pronto aprendió y que más tarde lamentó no sin gran decepción profesional, confirmando su primera visión pesimista de que “*con esta gente española no hay nada que hacer*” y de que la campaña de España sería el principio del fin del Imperio.

El rey intruso tuvo tiempo más que suficiente para saber de qué pie cojeaban sus súbditos y notar sus diferencias raciales, idiomáticas, sus variopintas culturas y sus gustos populares en los grandes desplazamientos provinciales forzados por la guerra y en sus habituales paseos por Madrid acompañado por sus ayudantes edecanes, sus ministros, gentilhombres y cortesanos. Gustaba el rey francés de dar frecuentes giras por toda la ciudad y sus alrededores, en un afán desmedido por acercarse al pueblo que le obsequiaba con las más inicuas maldades de su ingenio en dicharachos infa-

mes, coplillas soeces y remoquetes injuriosos que, a su paso, podía oírlos el mismo rey sin el menor signo externo de desagrado ni acción alguna de represión.

COPLILLAS Y RIPIOS POPULARES CONTRA JOSE I:

Es mi voluntad y quiero
ha dicho Napoleón
que sea rey de esta nación
mi hermano José primero.

Tráelo, Marica, tráelo.
A Napoleón,
Tráelo y le pagaremos
La contribución

Es mi voluntad y quiero
responde la España ufana
que se vaya a cardar lana
ese rey José postrero.

Viene por la Ronda
José primero
con un ojo postizo
y el otro huero

Ya se fue por La Ventas
el rey Pepino
con un par de... botellas
para el camino.

Salud, gran rey de la rebelde gente;
salud, salud Pepillo diligente,
protector del cultivo de las uvas
y catador experto de las cubas;
hoy te celebra mi insurgente mano
desde el grandioso emporio gaditano;
y sin quebrarme mucho la cabeza
al momento tropezara
mi pluma con tus raras cualidades;
no llenaré el papel de vaciedades,
como hacen a tu lado
necios aduladores
de tu persona y derrengado trono,
que te dexan corrido como un mono,
celebrando virtudes que no tienes,
y coronan tus sienas
con laureles de Marte, o bien de Apolo,
cuando al tyrsos de Baco aspiras solo...

A menudo estos paseos urbanos, en los que se hacía acompañar por sus arquitectos y ayudantes, tenían la doble misión populista-demagógica y, a la vez, técnico-sanitaria en su otro obsesionado afán –Pepe Plazuelas- por mejorar la ciudad de su Villa y Corte que, en todos los aspectos, dejaba tanto que desear. Madrid, lo diremos una vez más, caleidoscopio y crisol de las Españas, albergaba el muestrario racial, el espectro de todo el pueblo hispano que la habitaba pudiéndose valorar, casi siempre a la baja, desde ella el resto de las provincias y ciudades del reino.

El consabido viejo “poblachón manchego” se enredaba en un marasmo de calles y callejuelas, malempedradas algunas, y en un amasijo de casas y casuchas *miseras en cuyas puertas se acumulaban las inmundicias del “¡agua va...!*, sobre las que descollaba el sobresaliente perfil de las casonas y palacios que, si bien ricamente decorados y engalanados en su interior, poco realce arquitectónico aportaban al conjunto urbano a no ser por las siempre habidas excepciones notables; los palacios del Duque del Infantado en las Vistillas de San Francisco, el de Medinaceli en la Carrera de San Jerónimo, frente al de Villahermosa y al del Duque de Híjar, más arriba del Congreso, el de la Condesa del Valle de San Juan en la Plaza de los Mostenses y el de Alcañices en la calle de Alcalá donde hoy se alza el Banco de



¡A las Cortes! ¡Viva la Pepa!. Pintura anónima.

España, competían entre otros más con los edificios oficiales erigidos casi todos en el último tercio del siglo anterior gracias al impulso y munificencia de aquel gran “alcalde” que fue Carlos III. (8) Naturalmente que por encima de todos ellos el Palacio de Oriente destacaba dando a la casi siempre ausente Corte el toque externo más esplendoroso; el regio alcázar impresionó vivamente al nuevo inquilino francés el día de su entrada oficial en Madrid: “Tras unos pasajes angostos, desembocamos de repente ante el palacio real. Grandioso edificio. Al descender de la carroza pasé un momento a contemplarlo. Semeja al de Nápoles y al de Caserta, pero más grande y mucho más hermoso; no recuerdo un palacio igual”. Asimismo más tarde confesaría, con gran asombro y alegría, cómo encontró su interior de cuidado y esplendente, en excelente y lustroso estado de conservación, rica y gustosamente alhajado, dando la impresión de “no haber sido tocado desde la marcha de los reyes; los robos de que se acusan a los oficiales franceses o fueron de poca monta o se han repuesto...”.

Según nos cuenta quien fuera cronista oficial de la Villa y Corte, Carlos Cambronero, el perímetro de Madrid a la llegada de José I estaba reducido a pequeñísimas proporciones. Las tapias que rodeaban la población comenzaban en la Puerta de Alcalá; seguían la línea por detrás del Retiro y del olivar de Atocha a buscar la puerta de este nombre y las Rondas de Atocha, de Embajadores, de Toledo y de Segovia; rodeaban el Campo del Moro y la Montaña del Príncipe Pío hasta el Portillo de San Bernardino que venía a estar en la hoy calle de la Princesa y en sitio próximo a la de Ventura Rodríguez, que entonces existía con el nombre de Quitapesares; seguía el límite de Madrid por la Ronda del Conde Duque a tomar los bulevares de Alberto Aguilera, Carranza, Sagasta y Génova; y dejando a su derecha la Puerta de Recoletos, daba vuelta por detrás de la Casa de la Moneda a terminar en la Puerta de Alcalá, que se ha tomado como punto de partida. Las Puertas principales o de registro, que eran las de Alcalá, Atocha, Toledo, Segovia y Fuencarral, se cerraban a las diez en invierno y a las once en verano mientras que las demás puertas y portillos se cerraban a las oraciones y no se abrían hasta la salida del sol. Dos paseos, el del Retiro y el del Prado, el primero compartido con los reyes mediante zona reservada para ellos y el segundo, llamado Salón del Prado adonde se concentraba la *demi-monde* y el todo Madrid para dejarse ver en un repetitivo ir y venir, arriba y abajo, luciendo lujos y modas, carruajes y criados (9).

Las calles, sin alcantarillado y sin pavimentar, con unas mínimas aceras -de tres pies de anchura según auto del Consejo de Castilla de 1612- que no sobresalían en nada del arroyo o calzada, presentaban un lamentable aspecto que las lluvias y el invierno convertían en auténticos lodazales. Era costumbre cristiana

por todo el mundo observada que, al paso de un entierro, había que detenerse, descubrirse y persignarse en señal de respeto; situación que se agravaba si lo que procesionaba era el Viático: entonces, además de esas piadosas acciones, había que hincarse de rodillas apeándose de las cabalgaduras y de los coches allí donde ocurriera, clavando los hinojos en el barro y posando los vuelos del vestido en los charcos. Cochero hubo que perdió su empleo por no saber desviar oportunamente el carruaje por otra calle al oír la campanilla anunciadora de la sagrada procesión del Viático.

En verano, el calor y el estiaje reducían el aforo de las fuentes públicas y así las de la Castellana, Abroñigal alto y bajo, de la ermita de San Isidro, de la Teja, de Alcubilla y la del Berro -de la que bebían los reyes- que abastecían Madrid, no eran suficientes y los aguadores hacían su agosto pregonando su bien escaso líquido. Acudir a la fuente con el cántaro y la caña telescópica era diaria obligación y lugar común de las más típicas situaciones que el sainete y la zarzuela han plasmado con feliz gracejo y pimpante música durante un par de siglos. Y uno de estos sainetes titulado *Los Baños del Manzanares*, plasmaba cómicamente las escenas que en unas frágiles barracas, metidas en el agua del “aprendiz de río”, protagonizaban los ocasionales bañistas goyescos que no podían pagar los cuatro reales que costaba un pediluvio en la casa de baños de Lavapiés. Un coche de mulas -los caballos tardarían aún muchos años en sustituirlas- costaba cuatro reales por viaje urbano y treinta si se alquilaba por medio día; las calesas y calesines se reservaban para ir a los toros, de merienda o de romería, casi siempre utilizados por la retrechera manoleería, racial y castiza, que aparentaba por su aspecto y desenfado una desocupación general y un estado de fiesta y jolgorio perpetuos.

Bien es cierto que las crisis de abastecimientos, las hambrunas, la depresión económica y, a mayor abundamiento, la horrible guerra habían llenado las calles y plazas de desocupados, cesantes, mendigos, truhanes y vividores de la limosna y la caridad ajena en una abigarrada fauna urbana de lamentable estampa. Porque también había en el revuelto río de la miseria la ganancia de los desaprensivos pescadores de un, todavía no inventado, trágico estraperlo. Carlos Rojas pone en boca de su “Yo, Goya” unas magistrales descripciones de aquellas penurias nacionales escenificadas en la Corte.

Para deleite de especuladores, interceptaron los guerrilleros diez mil quintales de trigo camino de la Corte. Prendieron fuego al transporte, se llevaron las monturas y degollaron a los jinetes de la escolta. Subió la fanega de candeal a quinientos reales y la doble libreta a catorce. Para pagarse el pan, arruinaban su hacienda los más poderosos. Mientras en la calle Mayor o

para el caso en las de la Montera y Carretas agonizaban los famélicos en el arroyo, fachendosos y opulentos mercaderes juntábanse en la Puerta del Sol a vanagloriarse. Se horneaba mezclando la harina de trigo con la de cebada, maíz, algarrobas y almortas. De almortas malvivíamos y moríamos como se fue apagando Josefa. Según me dijo el doctor Arrieta, del uso prolongado de aquella harina venía la letargia, la parálisis y la atrofia de tantos y tantos contrahechos pordioseros, amanecidos en las calles de la Corte... Con joyas se pagó la galleta de cebolla y la almorta. Por un saco de bellotas se enajenaron casas enteras. Se comía a las ratas y a los muertos. Del Rastro al Prado se dieron muchos casos de canibalismo... El propio rey José horneaba en Palacio y sufría casi tanta penuria como nosotros... Ya se habían terminado la harina y las encendajas hasta en Palacio... Tan conspicuo y afrancesado como Meléndez Valdés, admitía que sólo los especuladores, los alcahuetes y los ladrones medraban en la miseria de la Corte.

Leídos estos dramáticos extremos que hielan el alma y aparte lo novelado de su expresión que puede parecer exagerada, ellos no son sino la plasmación escrita de las espeluznantes escenas grabadas por Goya en *Los Desastres de la Guerra*, tremenda crónica gráfica de los horrores que se cometieron en aquella contienda feroz y encarnizada.

Es lástima, injusta e indignante, que después de tanta historia desgarrada, al final de tanta pena y tanta gloria, haya persistido por encima de nuestra verdadera identidad hispana y sobre nuestra auténtica personalidad, el estereotipo sobado y repugnante, absolutamente falso, de la España de castañuela y pandereta; tan sólo porque unos cuantos viajeros extranjeros románticos, a buen seguro aburridos ellos, vieron divertirse -y no luchar- a nuestros antepasados. Porque sobre tanta desgracia y tanta penuria el indígena español sabe divertirse -sobreponerse- sobre el dolor y solazarse contra la vida y la muerte. De ese jipío y del lamento sonoro de una guitarra nace, estremecida, la soleá; y de esa lidia tenaz que se debate entre la vida y la muerte, con gallarda altivez, surge la fiesta de los toros. Ambas cosas en la masa de la sangre hispana, espesa, roja y caliente, que sabe ponerse de pie para empuñar una espada o para trenzar, airoso, un bolero.

El pueblo, a pesar de todo, se divertía y muy bien. Todavía hoy nuestras diversiones y nuestras fiestas son el asombro de cuantos de allende las fronteras nos visitan; y salvo las inevitables modernidades técnicas, las mediáticas que al mundo igualan, seguimos en España divirtiéndonos, en muchas ocasiones como antaño. Eran aquellos tiempos que nos ocupan muy dados a la conspiración, tan de suyo natural siempre como necesaria en aquellas calendas, y a la intriga, para

las que cualquier esquina o rincón ciudadano era ágora propicia para el complot y la maquinación; las plazuelas se llenaban de ociosos, holgazanes y confabuladores que desafiando los bandos disuasorios *-los grupos de más de ocho personas serán considerados sediciosos-* buscaban las diarias mentiras de la Gazeta siempre envenenadas por la napoleónica propaganda. Los tenderetes de mercadillo, las barberías y las tabernas, tan españolas, eran los mentideros habituales donde las habladurías desembarcaban frescas y los rumores, siempre de buena tinta, adquirirían carácter de noticia que había que contrastar y oficializar en las botillerías y en los cafés. En éstos, naturalmente, había muchas categorías y mil tertulias jerarquizadas por quienes las presidían y convocaban distinguiéndose las de los patriotas de las de los ilustrados y de algunas otras, muy satanizadas, llenas de josefinos afrancesados; sin dejar de lado a los numerosos espías que se infiltraban en todas ellas para servir de “confite” correveydile traficando con la confidencia y la delación. Famosos eran aquellos cafés goyescos de la Corte cuyos retóricos nombres de La Fontana de Oro, La Cruz de Malta, el de SanLuis o el de El Angel en los que se reunía lo más florido de la variopinta sociedad madrileña, cuando todavía la luz de los velones no había sido reemplazada por el novedoso resplandor de las lámparas de *Monsieur Quinquet* y los braseros de dorado y bruñido azófar aportaban en invierno unas pocas calorías en su turno. Algún contertulio viajero contará, de vuelta de Londres, que en aquella corte británica algunas calles principales ya han sido iluminadas con faroles de gas por un tal William Murdock y que, en Francia, otro tal “mesié” Appert ha desarrollado un sistema para mejor conservar los alimentos enlatados, lo que ha hecho que el Sire Napoleón -el “empeoraor” le llaman ingeniosamente algunos- le haya premiado con 12.000 francos pensando en adoptar el invento para el avituallamiento de sus tropas en España (el botulismo sería un gran aliado de las tropas españolas causando, a veces, más bajas que éstas).

En los cafés se sabe todo, se habla de todo y se conspira contra todo. Manipulada toda la prensa europea por los “gacetilleros” imperiales al mando del inefable Tayllerand -“Seguramente tiene Napoleón más enemigos a causa de este periódico (*Le Moniteur*) que por sus cañones”- en la que lanzaban sus falseadas noticias (los *canards*) para desorientar al enemigo -“Si llevo a dejar la prensa con las riendas sueltas, no duro ni tres meses en el poder”, diría después el emperador- , era en los cafés donde podía obtenerse información fiable sobre el desarrollo de la invasión y de la guerra. Pero también era allí donde, a pesar de los trágicos acontecimientos bélicos de cada día, podía escucharse el rasgueo de una guitarra acompañando coplas, seguidillas y fandangos que el ingenio y el atrevimiento de algunos espontáneos lanzaban al aire aún a riesgo de la propia vida:

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa

Con las bombas que tiran
los fanfarrones
se hacen las gaditanas
tirabuzones

Con las balas que tira
el mariscal Sout
hacen las andaluzas
velo de tul

Bonaparte en los infiernos
tiene su silla poltrona
y a su lado está Godoy
poniéndole la corona
Sus compañeros
Van de dos en dos:
Murat, Solano
Junot y Dupont

La osadía de los arriesgados troveros y sobre todo su “chispa” ocurrente y popular (hay quien opina que el vocablo “chispero” viene precisamente de esa condición ocurrente e ingeniosa del pueblo español en general y de algunos sitios en particular, como Cádiz o Madrid, en los que siempre ha habido gente con “chispa”, mas, nos inclinamos aquí por la creencia de que tal vocablo proviene a modo de ocurrente gentilicio de las gentes del barrio de Maravillas, de los menestrales trabajadores de las fraguas y talleres del arte del hierro que tanto abundaban en ese castizo enclave madrileño), llevó al pueblo, harto éste de oír a todas horas el himno del invasor, La Marsellesa, tocado por los pífanos y fanfarrias de los regimientos imperiales en sus movimientos y desfiles por la corte, a poner sobre su música una letra española, todo un escarnio, convirtiéndolo en un auténtico canto de guerra:

A las armas corred, españoles,
De la gloria la aurora brilló;
La nación de los viles esclavos
Sus banderas sangrientas alzó.

¿No escuchais en los campos vecinos
los infantes franceses bramar?
¿No los veis con frenética furia
los hogares del pobre talar?

Los fuertes aceros
Patricios guerreros
Al punto empuñad:
Marchad, sí, marchad.

Resuene el tambor
Veloces marchemos
Y la sangre española venguemos
Derramada con ciego furor.

Fuego y sangre españoles valientes
Son los polos de la libertad;
Guerra, guerra al tirano y su gente
Guerra, guerra, briosos clamad.

Despertad, españoles valientes,
Que escuchais de la Patria el clamor,
Quien no acuda a salvarla brioso,
Será indigno del nombre español

Esta afrenta poética y musical, tan arriesgada, fue la ruina de muchos mozos que, en las noches oscuras del Madrid ocupado, jugaban a burlar las patrullas “gabachas” aprovechándose de su exhaustivo conocimiento de la maraña de calles, callejuelas, cavas y pasadizos; los soldados franceses, al oír su propio himno ultrajado, perseguían a los osados rondadores sin éxito las más de las veces. Pero alguna mañana, sin embargo, el escarmiento francés se dejaba notar apareciendo en una plazuela, cuando no en la mismísima puerta de su casa, el cadáver suspendido de algún mozo cantante ahorcado.

Sin llegar a estos extremos tan luctuosos y por encima de todos los horrores y desastres de la guerra, como ya se ha dicho, el pueblo distraía sus pesares con las tres diversiones fundamentales clásicas que durante siglos le han caracterizado: los bailes, el teatro y los toros. Y ambos tres divertimentos no se libraron tampoco de limitaciones, trabas administrativas y prohibiciones morales, civiles o religiosas a través de los tiempos, de los vaivenes políticos y de las personas que detentaban en cada momento el poder. Y las tres diversiones adquirirían carta de naturaleza extraor-

dinaria en los días feriados con motivo de las fiestas locales, patronales o gremiales y siempre, o casi siempre, con permiso oficial.

En la Corte eran muchos los días festeros que se celebraban con bailes, verbenas y romerías al aire libre cuando el tiempo o el calendario lo permitían. Desde el mismo día 1 de enero, fiesta de los Manolos, hasta la noche de San Silvestre, en que se *echaban los años y los estrechos* coincidiendo con la Nochevieja, el año estaba bien surtido de fechas señaladas en que echarse a la calle, al monte o al prado a lucir el cuerpo serrano y a olvidar las estrecheces del hambre y las penurias de la guerra: los *panecillos del santo* por San Antón con los paseos de mulas, caballos y burros por las calles de Hortaleza y Fuencarral en busca de su ración de cebada bendita; los *tres días de careta* por Carnaval, con comparsas de tuna, música, bailes y *embromamientos con libertad de lengua*, jaleo y locura en unas auténticas *bacanales modernas*; las máscaras del Miércoles de Ceniza y el posterior *entierro de la sardina*; la romería a la ermita de San Isidro el 15 de mayo; el magnífico y ostentoso desfile de coches y carrozas del día del Corpus, después de la solemne procesión religiosa, en que se inauguraba oficialmente el verano y sus modas, parisinas naturalmente, llegando ese día a costar un clavel la módica cantidad de 20 reales; la inmediata inauguración de las verbenas -de San Antonio, de San Juan y San Pedro, de las calles de Alcalá, de Santiago, de Embajadores y San Cayetano, de la Paloma, de la Virgen del Puerto-, las ferias septembrinas, los días de difuntos convertidos en verdaderos festines de buñuelos, y el famosísimo día de San Eugenio, 15 de noviembre, en que, abierto el monte de El Pardo con libertad de coger y comer cuantas bellotas se quisiera -era un favor real tradicional y benéfico-, el pueblo usaba y abusaba ampliamente de ese consuetudinario derecho arramblando con cuantos castañáceos frutos podía, en una especie de vengativa cobranza indirecta por los impuestos y otras reales cargas que había de soportar. Y siempre, tradicionalmente, los buñuelos, las rosquillas, los aguardientes y las limonadas componían la popular gastronomía de aquellas jornadas festivas que terminaban, invariablemente, con un baile.

Es digna de estudio la desmedida afición de aquella gente de la época goyesca por el baile, en todas sus manifestaciones y variedades, del uno al otro confín de España. Tal era la obsesión de todas las clases sociales por el baile que durante el reinado de Carlos III se habían dado por este prudente monarca cazador las necesarias normas para que se reprimiese la danzarina pasión nacional, viéndose obligado a volver a permitirlo en 1785 en evitación de mayores males. Se bailaba desenfrenadamente en todas partes, desde el más encopetado salón aristocrático de la nobleza -la contradanza, el minué, el “amable” de Bretaña- hasta la más maloliente taberna, o en la santísima calle. Y, al parecer, esto no acababan de entenderlo bien los gabachos ni otros visitantes asténicos de cuerpo y alma con menguado

espíritu. José I, en cambio, quizá bien aconsejado sobre su natural perspicacia y buena voluntad, pronto se dio cuenta de las aficiones, pasiones y debilidades de su pueblo adoptivo prestándose de inmediato a satisfacerlas a pesar de la enérgica y austera oposición de clérigos y moralistas que veían en la danza la causa de muchos de los males del reino.

Otros visitantes extranjeros, que todo hay que decirlo, quedaban extasiados ante la riqueza folclórica y la exuberante sensualidad estética de las danzas españolas, de todas las regiones, en contraposición paradójica de todas las miserias por las que España atravesaba. El famoso Casanova con su acostumbrado erotismo escribió que en el fandango se encuentra

la expresión del amor desde su nacimiento hasta el fin, desde el suspiro que desea hasta el éxtasis del goce”. Otro extranjero nos dejó escrita su impresión sobre el fandango: “Primero hubo los minuets. Todo el mundo estaba triste y afectado. Un personaje grave, el bastonero, hacía bailar los minuets, los hombres a un lado, las mujeres al otro. Pero empieza el fandango, encrespándose sobre guitarra y violín, Los hombres se mezclan con las mujeres, la pareja salta en el medio y jóvenes y viejos, tíos y sobrinas, toda la asamblea repite el tono del fandango. La medida está marcada con precisión maravillosa por las dos personas que debían usar castañuelas pero que al no tenerlas lo hacen con los dedos. A esta armonía no se puede resistir. De todas partes seguían la cadencia. Los bailarines se unen y se alejan. La mujer juega un gran papel en esta clase de lucha, sobre todo la andaluza, que destaca con el meneo o movimiento elástico que dan a sus cuerpos.

Carlos III prohibió los teatros con “música y meneos”, siendo luego autorizados por Carlos IV con, como diríamos hoy, la calificación moral de “para mayores con reparos”.

Llegados aquí se nos antoja preciso hacer un pequeño paréntesis para dar cuenta de cómo el pueblo español ha dado muestras seculares de una extraordinaria permeabilidad cultural y de una capacidad de absorción y asimilación para lo exótico ilimitada, sin perder su genuina y autóctona personalidad para acabar imponiéndose sobre lo extranjero e influyendo poderosamente en ello. Con Felipe V, no sólo se afrancesó sino que se italianizó la Corte, se introdujo la música, el canto, la danza y la escena italianos orillando, cuando no despreciando, condenando y prohibiendo, estas mismas manifestaciones si eran españolas, las cuales hubieron de subsistir a ras de calle, a fuerza de casta, y a pesar de las mil penurias acaecidas. Exactamente igual que las fiestas de toros que, unas y otras, deben bastante de su supervivencia al malamado e intruso rey José I.



Paseillo en Madrid con un Escuadrón de Húsares.

Con la llegada de Farinelli a la Corte, el famoso soprano *castrato* llamado realmente Carlo Broschi, venido de Italia para mitigar la melancolía de nuestro primer Borbón, comenzó esa italianización pues él, además de introducir en España la ópera italiana, durante sus 23 años de privanza, trajo a un sinfín de músicos, cantantes, actores y danzarines que, para solaz de la Corte en los coliseos del Buen Retiro y en los Reales Sitios, ejercieron su hegemonía y monopolio en demérito de los españoles: “llovían los fantásticos regalos para los italianos; los españoles acaso lograban una caja de chocolate y estaban condenados a la miseria y a limosnas póstumas”. Fernando VI, tan melómano y demente como su padre, siguió imponiendo su gusto por lo italiano hasta que su hermano Carlos III despidió al *castrato* devolviéndolo a su país.

Dos de estos músicos italianos, Scarlatti y Bocherini, afincados definitivamente en la Corte madrileña, extraordinarios ambos, sufrieron la influencia racial de la fuerte personalidad española componiendo muchas obras plenas de nuestro hispano carácter. Bocherini, sobre todo, fue quizá el más influenciado de todos ellos llegando incluso a colaborar muy estrechamente con don Ramón de la Cruz con quien llegó a estrenar alguna zarzuela como la titulada “*Clementina*” en 1778. Como ejemplo hermosísimo de la españolización de la música de Bocherini, nos viene a las mientes su bellísimo *Fandango*, *op.37* compuesto para los duques de



Osuna y que en la reciente película *Goya en Burdeos* (Carlos Saura.1999) es magistralmente interpretado por el conjunto de cuerda Bellas Artes y el bailarín solista José Antonio quien hace una exquisita recreación goyesca de este popularísimo baile.

También el bolero, durante mucho tiempo danza esencial para las clases bajas, asciende por las marmóreas escaleras de los palacios llegando a los más encopetados salones de la nobleza y a los afrancesados jardines de Aranjuez y La Granja. Los bailarines del bronce y los más encalabrinados de la *gente crúa* le ponen las primeras especias para el flamenco: Antón Boliche “el Boliche”, funde en el bolero lo más cañí de las tiranas, los polos y los fandangos antiguos con el fuego del baile andaluz traído por gentes morenas de Sevilla, Cádiz y Granada. El pueblo, el pueblo español, sabe divertirse en casa, en la taberna y en la calle acompasando su ritmo con una guitarra y, a veces, con el de los obuses y las balas de los gabachos invasores.

Y con un baile se terminaban, obligatoriamente, las funciones de los teatros que repartían su público entre los de El Príncipe (hoy Teatro Español) recién edificado, y el de la Cruz en la calle del mismo nombre, dedicados éstos a las compañías dramáticas en las que figuraban el gran Isidoro Máiquez y su esposa la Antonia Prado;

la Manuela Carmona, la María García, la María Maqueda y la Antonia Baus; Antonio González, Casanova, Vicente Camas y los graciosos Querol y Orós; la gran Rita Luna, en pleno apogeo de su fama, se retiró inesperada e injustificadamente en 1807 sin sospechar que, un año más tarde, iba a ser llamada de nuevo a escena para divertimento de S. M. José I. Fue el Teatro del Príncipe el primero que estableció lunetas o butacas en su patio, donde hasta entonces se permanecía de pie ocupado sólo por hombres; y también lo fue adoptando, en vez de las velas de sebo y esperma, los revolucionarios *quinquets*.

En el espacio que actualmente ocupa el Teatro Real y sus alrededores, se alzaba el coliseo de los Caños del Peral dedicado casi exclusivamente a la ópera cuyo escenario, italianizado, vio desfilar a todos los artistas importados por Farinelli; e italiana fue la última ópera allí representada: *La nina pazza per amore*, de Paisiello, en junio de 1810 -a cuya representación asistió el rey intruso-, procediéndose inmediatamente a su derribo.

Estas eran las diversiones favoritas de aquellos españolitos madrileños, que son extensivas, con sus peculiaridades, a todas las provincias de España, cuando José Bonaparte asomó su ojo -tenía dos, indudablemente- por la pirenaica frontera; estas y la de los toros que siempre fue la preferida y más apasionada de todas.

Porque además de todo lo anterior, de las tabernas, de los casinos, del gusto por el juego, por la caza y por la religión -había 19 parroquias y 69 conventos con un sinfín de iglesias abarrotadas siempre de fieles y de “beatas” rezadoras de rosarios, triduos, novenas y mil otras letanías-, las fiestas de toros eran lo más apetecido y celebrado, toda vez que sin duda era -la plaza- el único sitio donde el espectador podía manifestarse a gusto, casi sin represión alguna, a voz en cuello -aullando, como dijo Víctor Hugo-, desahogándose y despotricando contra la autoridad competente -a menudo alcaldes, Corregidores y Jefes Políticos- y contra el mismísimo rey si allí asistía.



Curiosa fotografía de la Plaza de Toros de La Puerta de Alcalá, de Madrid, en la que se celebraron las corridas de toros de José I Bonaparte, realizada en 1873 desde un globo aerostático por Eduardo Marín de Hijas. Esta plaza fue derribada en 1874.

CAPÍTULO IV:

LA PLAZA DE TOROS DE LA PUERTA DE ALCALÁ

Independientemente de todos los festejos taurinos que se celebraron en el período josefino que nos ocupa en distintos lugares de España, que no fueron muchos y de los que reseñaremos algunos, la gran mayoría tuvieron lugar en Madrid por razones obvias de permanencia de la Corte. Es por eso por lo que en este estudio se habla tanto de la capital del Reino donde realmente se centra la acción del trabajo. Y a pesar de contar la ciudad con una Plaza Mayor espléndida y viejo escenario de grandes fastos taurinos regios, ninguno de los celebrados en este tiempo (1808-1814) lo fue en plaza alguna que no fuera la existente extramuros de la Puerta de Alcalá, expresamente construida al efecto para esos precisos festejos.

Realmente, esta plaza de la Puerta de Alcalá, aunque erigida para dar funciones de toros era, como casi todas las del mundo, polivalente y en su recinto se dieron fiestas, mojigangas, funciones circenses, fuegos de artificio, suelta y elevación de globos aerostáticos, llegando, como ya se verá, a tener todos los usos a que las circunstancias de guerra y paz obligan, como el de almacén municipal o campo de concentración de prisioneros. Esta plaza, aunque definida por muchos como “la primera de obra de fábrica”, era casi toda de madera y su construcción había tenido dos antecedentes previos, en los mismos parajes, de dos plazas anteriores de madera: una primera de 1739 a 1941, y otra segunda de 1743 a 1748. Pero aún hubo alguna otra plaza más.

No vamos a remontarnos aquí, por innecesario, a la Plaza del Arrabal formada fuera de las murallas en tiempos de Juan II, ni muchos menos, pero sí a la que existió en el llamado Soto de Luzón (Casa Puerta) -en lo que hoy es, aproximadamente, la plaza de Pardo Bazán-, toda ella de madera, erigida a petición de la Archicofradía de San Isidro para dar tres corridas por mañana y tarde y otras dos en cesión a los Reales Hospitales, en 1737. Esta plaza, erigida bajo la dirección del Arquitecto Municipal don Pedro de Ribera, había de servir de modelo para las tres que después se edificarían extramuros de la Puerta de Alcalá. Y cuentan más los cronistas en referencias de fiestas celebradas anteriormente en plazas situadas en las cercanías del palacio de Medinaceli, en el mismo Camino de Alcalá (¿), en Atocha y en una última en Hortaleza, sin olvidar la que Felipe IV mandó levantar en las inmediaciones del Buen Retiro para dar fiestas de toros de aire aristocrático, digamos... “de cámara”.

La plaza que a nosotros nos ocupa, la tercera y definitiva extramuros de la Puerta de Alcalá -que duró en activo hasta 1874-, fue edificada a expensas del rey Fernando VI de su propio peculio y donada a los Reales Hospitales Generales y de la Pasión como fuente de ingresos para ayudar a su mantenimiento. Por un decreto de 8 de octubre de 1754 el rey cedía la pertenencia y propiedad de la plaza a los dichos Hospitales, dándoles amplia facultad para que la explotasen bien por sí mismos o por arrendamiento, según lo considerasen de mayor utilidad, y ordenó se expidiese carta de privilegio y confirmación la que se firmó en el Real Sitio de El Escorial el 5 de noviembre de ese mismo año. Se construyó esta plaza conforme a la traza y planos de los arquitectos don Ventura Rodríguez y don Fernando Moradillo “con unas proporciones de 608 pies de largo y 480 de ancho con 408 balcones en todo su perímetro, estando cubierta por un tejado de madera teñida de rojo...”; más tarde se añadieron las caballerizas y el macelo y, ya en 1833, se concluyeron los tendidos de piedra que sustituyeron a los primitivos de madera adquiriendo el conjunto un aforo de 12.000 localidades.

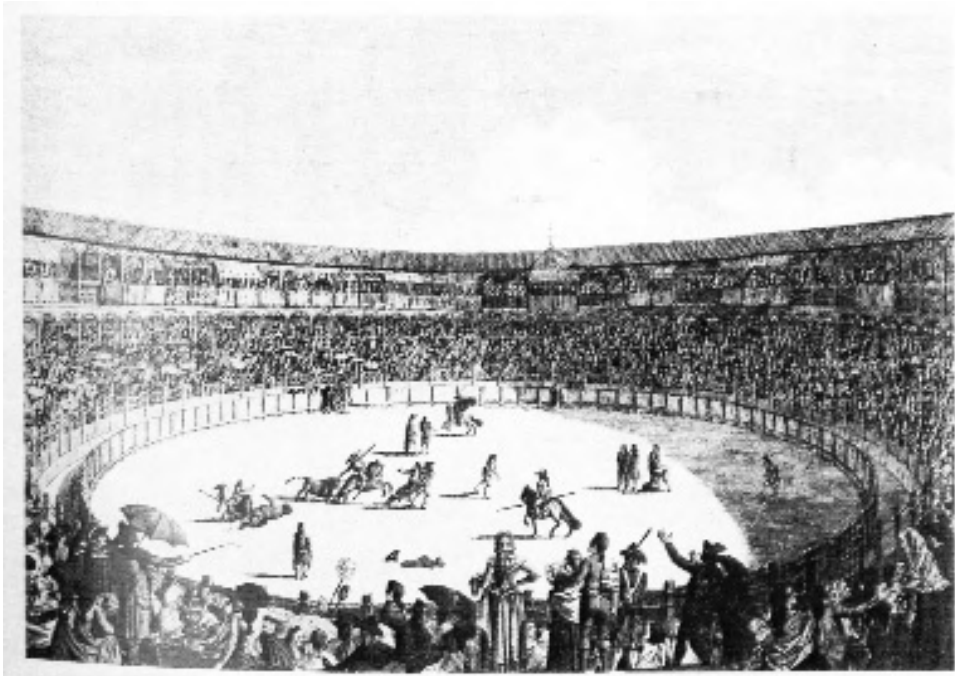
Este coso taurino, tan célebre y duradero, ocupaba el espacio hoy formado por la gran manzana de casas comprendida entre las calles de Serrano y Claudio Coello y no será por ello difícil deducir que su derribo, en ese año de 1874, fue consecuencia de una de las sustanciosas operaciones mercantiles del señor Marqués de Salamanca quien la adquirió en permuta a la Diputación para edificar su famoso barrio madrileño. Se edificó otra a cambio en la Carretera de Aragón -en los terrenos que más tarde ocuparía el Palacio de los Deportes- antecesora de la actual Plaza de Las Ventas del Espíritu Santo, todavía en activo.

Se inauguró la plaza de la Puerta de Alcalá “... para que sirva su producto a la dotación y alivio de los pobres del Hospital General el jueves tres de julio de 1749 (hay viejas discusiones documentales sobre la exactitud del año que algunos aseguran fue el 1754, al no conservarse carteles que fueron destruidos por los franceses en la invasión)”, y sabemos por “Don Ventura” que en aquel día actuaron los espadas José Leguregui “el Pamplonés”, Juan Esteller “El valenciano” y Antón Martínez y que lidiaron una media corrida de seis toros por la mañana y una entera de doce por la tarde; hubo caballeros en plaza (rejoneadores) practicándose la suerte del parcheo, la pica con garrochón y la lanzada a pie firme y aún hubo un “embolado” para los aficionados, y presidió “con gran pompa y lucimiento” Su Majestad el Rey que vino desde Aranjuez restituyéndose luego al Buen Retiro.

Esta plaza, llena de gloria, fue la de los grabados de Goya en su Tauromaquia y los de Carnicero y de Witz; la de las “navarras” de “Martincho” y donde Juanito Apiñani dio por primera vez el salto de la garrocha; donde “Costillares” inventó el

volapié e impuso las primeras reglas del arte de torear; donde Pedro Romero y Pepe-Hillo sostuvieron la más brillante competencia que registra la historia del toreo; donde nacieron las escuelas rondeña y sevillana, y donde la tarde del 11 de mayo de 1801 Pepe-Hillo cayó muerto en la arena entre la conmoción del público y el grito horrorizado de angustia de una duquesa que tuvo en el torero sevillano su verdadero “capricho”: la duquesa de Osuna.

Fue la plaza de toros donde por primera vez se fijaron en sus encalados muros carteles en francés...



Plaza de Toros de la Puerta de Alcalá. Madrid 1800.



Efigie de Pío V. Del libro *Aefigies Romanorum Pontificum*”, de Bassani. 1775. Tomo 20. 

CAPÍTULO V: CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

Las fiestas de toros, más o menos aristocráticas o populares, han sido desde tiempo inmemorial discutidas, atacadas y perseguidas e incluso prohibidas por quienes ostentando algún poder han tenido autoridad para hacerlo. Han sido en la mayor parte de los casos debatidas por moralistas, pensadores, progresistas e ilustrados bien directamente por su propia autoridad o, simplemente, haciendo valer su influencia, a veces más poderosa, sobre quienes la tenían con total capacidad de resolución. Es el caso de los consejeros morales, de los ministros y de los validos sobre los reyes. La Iglesia, con su inmenso poder y su hegemonía sobre todo el orbe católico, arremetió con fuerza contra el taurino espectáculo combatiéndolo bajo las consejas de sus príncipes, ministros y prelados que siempre vieron en él un gran perjuicio moral y una perversión social, enemigos contraproducentes de la doctrina cristiana.

Así, ejerció su presión sobre los monarcas católicos, en especial sobre Felipe II quien, con su característica inflexibilidad religiosa, utilizó el poderío español para derrotar al protestantismo y a la herejía allí donde se encontraran; en este caso no obstante, esta presión resultó infructuosa. En todo esto subyacía una doble moral, hipócrita y farisaica tanto en el caso real cuanto más en el religioso pues, pese a la inveterada mala opinión oficial de ambos poderes por las tauricas fiestas, no desdeñaron nunca servirse de ellas ni escatimaron esfuerzos en organizarlas ni, mucho menos, cerraron sus bolsillos a la hora de recoger los recursos económicos que éstas, cuando benéficas, producían. En una magnífica y rigurosísima relación que sobre las corridas regias -es decir, las organizadas y celebradas en las Españas por y para los reyes con ocasión de sus nacimientos, bodas, coronaciones, entradas triunfales y otros fastos diversos- nos da el historiador Nuño Alvarez Alonso, podemos esgrimir aquí la celebración de al menos 319 fiestas de toros desde 1080, en que se corrieron y mataron solamente seis toros para festejar en Avila las bodas de Don Sancho de Estrada con Doña Urraca Flores, con asistencia de toda la corte, hasta la madrileña de 1906 con motivo del enlace matrimonial de Alfonso XIII con Victoria Eugenia de Battemberg. Y muchas fueron las funciones taurinas extraordinarias celebradas con motivo de canonizaciones de santos y Vírgenes, sacralización de iglesias y santuarios, amén de las ordinarias anuales correspondientes a las fiestas patronales.

Mas todo esto se olvidaba cuando las circunstancias lo requerían y los vaivenes políticos lo consideraban Y no es cuestión de hurgar ahora en disquisiciones eruditas, hartamente penosas para el paciente lector y poco esclarecedoras de nuestro objetivo,

que nos llevarían demasiado lejos en prolija relación. Siquiera sólo anecdóticamente recordaremos que llegaron a celebrarse muchos festejos taurinos en los patios y claustros de algunos conventos a cambio de buenos beneficios económicos; y que, en Portugal, el rey Don Miguel I, se ocupaba frecuentemente en rejonear toros a caballo en esos patios conventuales donde el luso monarca gozaba de lo lindo “mandando a los frailes jóvenes que “pegasen” a los toros más bravos, y celebraba con la gente de su camarilla los grandes porrazos que se llevaban aquellos improvisados *pegadores, o mozos de forçado* (10) dirigidos al efecto por los toreros Sebastián García y otro apodado *Alma Negra* a quienes aquel rey distinguió tanto, a su lado vivían, a su mesa acudían y al ostracismo le acompañaron en su destronamiento...”.

Ya en nuestro isabelino *cuatrocento*, la Reina Católica, que detestaba los obligados espectáculos de toros, no tuvo más remedio que tolerarlos y respetarlos desoyendo las ardorosas invectivas de sus consejeros e imponiendo sobre ellos su claro talento y atinado proceder; todo en aras a mantener la fidelidad de sus súbditos, pensando serenamente en la desfavorable reacción popular ante una prohibición tan radical de su diversión favorita. Y a tal efecto decía la prudente y católica soberana: “*Propuse con toda determinación de nunca verlos en toda mi vida; y no digo prohibirlos, porque esto no era para mí a solas*”. A esta equilibrada decisión la llevó, así parece, el que en una ocasión en la villa de Medina del Campo le tocara presenciar la muerte de dos hombres a los cuernos de un toro en una corrida oficial. Pensando en humanizar la lidia de reses bravas evitando las desgracias en lo posible, ideó un sistema que aminorase el peligro de las cornadas mediante la colocación de unas astas postizas en los toros, ganándose por ello el irreverente título de “inventora de los embolados”. Más tarde se verá cómo esto mismo se adoptó y decretó en Portugal por igual motivo y prudencia.

Un tiempo de paz y calma hubo para la fiesta de toros desde el reinado de los Reyes Católicos hasta el de Felipe II en que, como ya hemos adelantado, se recrudeció la presión condenatoria y la feroz controversia entre el Pontificado y la Monarquía católica española. Es este uno de los momentos cruciales -junto con el de la época goyesca- para la supervivencia de esta fiesta que se vio seriamente amenazada. En Italia también se celebraban corridas de toros un tanto sui géneris desde el tiempo viejo, de las que la Santa Sede culpaba, naturalmente, a España y su gloriosa expansión mediterránea (11). Y no gozando estos festejos de la aprobación eclesiástica, comenzó la pugna por su abolición yendo directamente a abortar su causa. Esta pugna, surgió entre un pontífice de tanta autoridad y respeto ante la cristiandad como Pío V -*Númerus CCXVII Romanorum Pontíficum, Píus V Alessandrino*-, quien por sus virtudes llegó a ser elevado a los altares bajo la advocación de San Pío, y un monarca español de la talla histórica de Felipe II. Este, no

obstante su religiosidad católica, obediencia romana e intransigencia ciega en cuestiones de fe, pero no menos fiel a los asuntos internos de España, osó con gran firmeza y valor desoír y no dar cumplimiento a las terminantes órdenes y anatemas de la Santa Sede que en forma de Bula se dieron por el Papa de Roma en 1567 prohibiendo y condenando la celebración de las corridas de toros.

En los seis años, tres meses y veinticuatro días que Pío V ocupó la sede de San Pedro, no cejó en su empeño de anatemizar la fiesta de toros y de presionar al trono español con su exigencia. Felipe II por su parte, celoso de su pueblo y de sus íntimos asuntos y no deseando contrariar la ancestral afición de sus súbditos, ejerció una tenaz defensa ante el Papado con tal ardor y firmeza que no sólo no cumplió la prohibición sino que no publicó la Bula en parte alguna de las Españas la cual tuvo que ver la luz en la localidad portuguesa de Evora seis años más tarde de su promulgación en Roma.

Curiosamente, en esta localidad lusitana no había ninguna afición taurina ni tradición de estas fiestas lo que hace más incomprensible esta tardía publicación que, además, se hizo en lengua portuguesa. Ello fue debido a que el desdichado sobrino del rey, Don Sebastián, que reinaba en Portugal y que a la sazón era aficionadísimo a estas fiestas y practicante, además, del deporte de los toros, consintió a las peticiones del obispo de Evora en su publicación; pero pensando inmediatamente en burlar su cumplimiento, al igual que Isabel la Católica hiciera cien años antes, buscó remedio a la peligrosidad de los toros enfundándoles a las astas, previamente despuntadas, unas vainas de cuero que, a la vez, mitigaban los remordimientos de conciencia del desobediente monarca portugués. Marcó, sin él saberlo, el camino de la diferenciación de las fiestas de toros portuguesa y española.

La Bula de Pío V, *De Salutis Gregis Dominici*, dada en Roma en 1567 primero para los Estados Pontificios y después para toda la Iglesia -para toda la cristiandad-, prohibía bajo pena de excomunión la fiesta de toros en cualquiera de sus manifestaciones. De su texto y su esencia, muy interesantes, se da íntegra noticia documental aparte (12).

Esta prohibición de Pío V, aunque no sorpresiva para los españoles, era tan amplia, tan radical y grave, que no podía prosperar por su misma ambición y alcance, que en el caso de España, además, dejaba en entredicho a una nación de tanta raigambre católica gobernada por unos monarcas ejemplares que tanto habían hecho, y hacían, por la Fe y la Iglesia. Felipe II, no obstante lo antedicho sobre su sorda desobediencia, pronto vio la gravedad de la prohibición y su trascendencia dedicando sus esfuerzos diplomáticos, antes de proceder a su publicación, a mitigar éstas enviando a Roma a su embajador duque de Sosa con este expreso negociado.

También resulta curioso que, al contrario que su padre el emperador Carlos V, Felipe II no era aficionado a ver correr y lidiar los toros -sabido es que el emperador celebró el nacimiento de este hijo alanceando desde el caballo un toro en la plaza de la Corredera de Valladolid (Goya nos dejó memoria gráfica de este lance en su grabado número 10 de La Tauromaquia)- y, tal parece, que incluso les hacía ascos. Estando en cierta ocasión el rey en El Escorial se organizó allí una fiesta de toros por mandato de Don Juan de Austria “*para dar placer a la Corte y al pueblo*”, pero Felipe II no asistió a ella pasando el día con Fray Antonio de Villacastín y sus ayudantes visitando las obras del monasterio. Todo esto y su probada indiferencia taurina no impidieron que el monarca se preocupase por la afición de su pueblo que, a su real y sabio entender, no hacía daño alguno a la Fe ni a la moral del reino, defendiendo con uñas y dientes su oposición a la Bula. La corte pontificia, por otro lado, seguía con sus maniobras diplomáticas conducentes a ganar la voluntad de Felipe II; así en 1566 las Cortes suplicaban al monarca

Por capítulo general mande V.M. que en estos reynos no se corran los dichos toros”, a lo que el rey contestó: “A esto vos respondemos que en quanto al daño que los toros que se corren hazen, los Corregidores y Justicias lo provean y prevengan de manera que aquel se escuse de quanto se pudiere, y que en quanto al correr de los dichos toros, esta es una antigua y general costumbre destos nuestros Reynos, y para la quitar será menester mirar más en ello, y ansí por agora no conviene se haga novedad.

Fallecido en 1572 el santo pontífice de la Liga y de Lepanto, la presión e influencia de la corona española sobre este asunto no descendieron de grado hasta conseguir que el Papa sucesor de San Pío, Gregorio XIII, , en 25 de agosto de 1575, recitificando a aquél, restringiera la prohibición tan sólo para los caballeros de las Ordenes Militares, que a menudo se ejercitaban en justas y cañas con los toros, cumpliendo así el deseo de Felipe II en sus letras “*Exponis nobis super...*”.

Sixto V después, en 14 de abril de 1586, aún ejerció mayor condescendencia y benignidad al ordenar que tan sólo el Clero se abstuviera de concurrir a este espectáculo: “... (Catedráticos) así de Sagrada Teología como de Derecho Civil, que no sólo no tienen vergüenza de mostrarse presentes en dichas fiestas de toros, sino que afirman y enseñan en sus lecciones que los clérigos de orden sacro, por hallarse presentes en dichas fiestas, no incurren en ningún pecado, mas lícitamente pueden estar presentes”. Y más tarde Clemente VIII, más indulgente aún, llegó a hacer manifestación pública de que las prohibiciones pontificias anteriores y sus censuras y condenas dictadas contra los partidarios de las fiestas de toros en las Españas, más bien fueron piedra de escándalo que beneficio para la Cristiandad. Sin olvidar, por otro lado, que la desobediencia a la Bula por estos partidarios taurinos -toda España- llevaba implícito

un gran desprecio por la excomunión y el desprestigio consiguiente de la autoridad pontificia. Como dijo Cossío, *la agitatio taurorum no había de ser vencida*.

De toda aquella pugna entre la Santa Sede y España por la cuestión taurina quedó únicamente la costumbre por mucho tiempo de celebrar los festejos en días no feriales para evitar desgracias por causa de la aglomeración de participantes y espectadores, pero en el fondo por no entorpecer ni eclipsar el carácter religioso de esos días. Respecto de esto hay un curioso asunto que, a fuer de ser farragoso el tema - toda vez que nos anima la correcta y documentada ambientación que nos llevará a José Bonaparte-, creemos interesante traerlo a este punto. Y ello es que existe una carta del obispo de Vich (Barcelona), Antonio Pasqual, dirigida al Virrey de Cataluña, marqués de Leganés, en 1686, lamentándose por las desgracias ocurridas en una fiesta de correbous el domingo anterior:

en que, entre muchos que salieron maltratados, fueron dos hombres y una mujer que están muy malos en cama. Y siendo todo esto muy axeno a la caridad y piedad cristiana, reprobado por la Santidad del Beato Pío V, Gregorio Decimotercero y Clemente Octavo, no se deue dudar que sería muy del agrado de su Divina Majestad que la dicha corrida de bueyes no se haga en el día de fiesta, por estar así prohibido por la feliz memoria de Clemente Octavo, y por esa causa en Madrid nunca se corren toros en día de fiesta.

La contestación del marqués de Leganés no se hizo esperar:

En orden a prohibir estas fiestas, no puedo enteramente pasar a mandarlo respecto de que causaría gran novedad a esos naturales; pero siendo justo que se eviten todos los daños que fueren posibles, como V.S. me advierte, ordeno al Veguer que por ningún pretexto se corran toros en días de fiesta y que siempre que haya semejante fiesta, aplique todo su desvelo a que en la plaza no haya mugeres, muchachos ni viejos, que son los que más pueden padecer, sino que esté de forma que no puedan suceder los daños que V.S. me refiere; que el privar a esos naturales destas fiestas, tiene algún inconveniente y en la corte, como V.S. sabe muy bien, no se ha podido tampoco conseguir.

Aún cuando la tal *agitatio* taurina nunca fue vencida, sí continuó pasando vicisitudes con la única tregua de la dinastía de los Austrias que en su austera monarquía divertían sus grises días y tedios con muchas fiestas de toros. Vendrían tiempos peores y si cuando la Bula de Pío V la fiesta de toros pasó por uno de los momentos cruciales corriendo serios riesgos que tuvo que superar, el siglo XVIII la puso en mayor peligro al exponerse esta vez a las prohibiciones del poder civil, con pragmáticas provisiones de fuerte carácter ejecutivo, a diferencia de aquella anatématica vaticana de sentido moral y religioso. Ahora, la fuerza de la Ilustración y las nue-

vas corrientes extranjeras que los Borbones trajeron consigo, con nuevos conceptos como el humanitarismo, la utilidad económica, la reforma agraria y la necesidad industrial, ideas éstas que sobrevolaban Europa, parecen argumentos irrefutables en los que sustentar la prohibición y al abolicionismo.

Ello no obstante, con la llegada del primer Borbón, Felipe V, al que debemos la evolución de la fiesta de toros de caballescía a nueva lidia a pie, mandando a los nobles caballeros rejoneadores a “jugar al toro” en sus casas (13), no hubo de momento sobresaltos. No teniendo este monarca francés ningún gusto por esta fiesta, circunstancia ésta probada y reconocida por la historia, no existen sin embargo disposiciones prohibitorias con su sello y firma que poder achacarle. Por el contrario, concedió permiso para celebrar corridas de toros a la Maestranza de Sevilla y llegó incluso a conceder pensiones vitalicias de 200 ducados anuales a cada uno de los varilargueros Juan Martín “el Pelón” y Juan de Santander, y de 100 al espada Juan Rodríguez, padre del célebre Joaquín Rodríguez “Costillares”, por su participación en unas corridas organizadas en su honor en la plaza del Mar de Ontígola, de Aranjuez, en 1734. Estos mismos toreros volverían a ser contratados por Felipe V con motivo de las corridas regias de esponsales de su hijo Carlos III con María Amalia de Sajonia en 1738. Nada, pues, que objetar en lo taurino al señor Duque de Anjou. Con Fernando VI, que heredó de su padre la enajenación mental, sus consejeros, lejos de estar preocupados por los “daños y perjuicios” de las fiestas de toros, bajo su mandato se ejecutó su gran deseo de edificar la Plaza de la Puerta de Alcalá, como ya vimos en anterior capítulo. Paradójicamente -bien es cierto que cuando la locura ya comenzaba en él a hacer estragos-, apareció una Real Orden refrendada por el obispo de Cartagena y ratificada por el escribano mayor del asistente de Sevilla don José Anaya. Todos los historiadores consultados coinciden sobre esta Real Orden, cuyo título rezaba ... *que no se maten terneras (sic) ni se hagan fiestas de toros*, en que ella no era sino una medida previsoras de ámbito local y carácter agropecuario o de precios, transitoria.

Carlos III, el eterno cazador, no mostró más afición taurina que sus antecesores en el trono y, a semejanza de ellos, pronto asomó en él la oposición a estos festejos, sirviéndole de gran acicate en este su criterio el también abolicionista del ilustrado Conde de Aranda a quien el pueblo reconocía su gran labor por el desarrollo industrial, económico y social de España. El buen rey, recién llegado de Nápoles, no entendía aquel espectáculo a sus ojos bárbaro y fiero ni mucho menos que pudiera calar tan hondo en el pueblo y en la aristocracia que se democratizaba sintiéndose atraída por los modelos populares:

Para la nobleza madrileña, los cien primos del rey, como se llamaban a sí mismos, de pronto convirtiéndose el bajo pueblo madrileño en el más envidiable mode-

lo humano. En la plaza de toros, quienes según la duquesa de Osuna permanecían cubiertos ante villanos improvisados como los Borbones, rozábanse rendidos ante majos y manolos de Lavapiés, ante chisperos del barrio de Maravillas... De tanto rozarse con aquellos granujas en los toros empezaron a calcarles las prendas, las maneras y el lenguaje, a majos y majas. En los palacios se impone la capa de vil pardomonte, la melena en redecilla, la patilla de tres pulgadas, la chaqueta corta, la calza prieta, la media blanca, el zapato de ancho hebillón y hasta la botonadura de filigrana berberisca. De las damas, no hablemos. Las más distinguidas y blasonadas parecen suripantas de Lavapiés. Les copian a aquellas perdidas la falda negra, la roja ceñida faja, la mantilla de encaje, los boleros y el alto corpiño abierto, por donde muestran los pechos sin recato... Duques y príncipes juran como feriantes y carreteros. Sus hijas doncellas se expresan con giros y voces que antes habrían sonrojado a trotonas y soldaderas....

Mientras las duquesas presumían de manolas el nuevo rey, asustado por este estado de cosas, vestía sus viejas ropas de cazador y desaparecía a sus largas jornadas cinegéticas fuera de Palacio, dejando a sus ministros ilustrados preparando, junto al Conde de Aranda, la próxima prohibición taurina. Son estos ministros, ya afrancesados, los que llevaron al Consejo de Castilla las nuevas ideas y razonamientos planteando de nuevo argumentos económicos que el Consejo rechazaba. El asunto se trató en una Asamblea en 1768, aunque no se consiguió una resolución definitiva hasta 1785 en que la prohibición se hizo oficial y firme. Esta, solamente hacía relación “a las fiestas de toros de muerte en los pueblos del reino” incluyendo en ella la de “traer en coches, berlinas y demás carruajes de rúa más de dos mulas o caballos” de una forma un tanto incoherente, pues aunque esto último le diera visos de medida limitadora agropecuaria, en el fondo subyacía, como luego en la Pragmática Sanción resultante, el espíritu ilustrado que sólo veía incultura y crueldad en estas fiestas que escandalizaban a los tan progresistas europeos.

Mas, todo parece indicar que ni en los pueblos del reino se cumplía a juzgar por una Real Provisión de 1790 en la que expresamente se prohibía *el abuso de correr por las calles novillos y toros, que llaman de cuerda, así de día como de noche*; esto se hacía so pretexto de que los toros no eran de muerte. Y en Aragón concretamente, una orden del Real Acuerdo eximía a los Justicias y Corregidores de solicitar permiso a más altas instancias *para celebrar la función de correr novillos o vaquillas, siendo de balde*. No parece que la prohibición fuera muy asumida y cumplida máxime si se tienen en cuenta los privilegios concedidos a las Maestranzas y a sus ciudades y al desarrollo mismo de la fiesta de toros y de la tauromaquia en esta época goyesca que alcanzó uno de los momentos más brillantes de su historia. Las figuras señeras de Pedro Romero, Joaquín Rodríguez “Costillares” y Joseph Delgado “Pepe-

Hillo” son más que suficientes, con su sólo nombre, para configurar el magnífico retablo, barroco y neoclásico a la vez, del arte del toreo de aquel tiempo. Goya, pintor de reyes, no desdeñó en inmortalizar a estos reyes del toreo.

El gran historiador y poeta Santos López Pelegrin “Abenámar”, autor entre otras cosas de la Tauromaquia de Francisco Montes “Paquiro”, hablando de la popularidad, aceptación y auge de la fiesta de toros en esta época de prohibiciones y entredichos nos dijo:

Una de las causas que han contribuido a ello, ha sido la odiosidad que han mostrado algunos hacia la misma, y la prohibición del mismo rey, pues se exasperó de tal modo la afición que casi era epidémica. No tuvo más remedio que ceder y volverse atrás de lo mandado. Al principio consintió corridas de novillos embolados, luego alguna de toros, con pretexto de que sus productos eran para fines benéficos, y más tarde para obsequiar a un príncipe extranjero, y por fin, para celebrar los desposorios de Carlos IV y María Luisa, hizo renacer con toda magnificencia este grandioso espectáculo, cada vez más aplaudido.

Por cierto que, como dato curioso e interesantemente anecdótico, diremos que para preparar, dirigir y organizar el ornato de aquella corrida regia de las bodas de Carlos IV se llamó a Goya quien se encargó -como mucho después, en 1927, se llamó a Ignacio Zuloaga con idéntico motivo para la ambientación y decoración de la Plaza de Toros de la Misericordia de Zaragoza con ocasión de celebrar la primera corrida “goyesca” de la historia- de dejar la Plaza Mayor de Madrid digna de un rey, de organizar el desarrollo artístico del festejo e incluso -y aquí viene lo interesante- de diseñar los vestidos de los lidiadores y las ropillas de los chulos y servidores del ruedo que, con relativamente pocas variaciones -“Paquiro dio al vestido el último “retoque”-, han llegado de aquella guisa hasta nosotros.

Y es el mismo “Abenámar” quien nos dice que durante los 28 años de reinado de Carlos III se verificaron en la plaza de toros de Madrid unas 440 corridas y se dio muerte a cerca de 4.500 toros; que éstos ocasionaron varias cogidas sin muerte de lidiador alguno. La fiesta de toros, pues, progresaba en un crescendo imparable.

Pero una vez finado el siglo XVIII nuevas vicisitudes -muy graves para España- vendrían a cernirse sobre ella poniendo fin en muy pocos pero intensos años a la época goyesca. La fiesta de toros conoció una crisis decayendo muy sensiblemente en las dos primeras décadas del romántico siglo XIX. Sin herederos táuricos de nombradía los “reyes” del toreo -retirados por la edad Romero y “Costillares” y muerto por un toro “Pepe-Hillo-, la supresión de las corridas de toros por Godoy y la invasión napoleónica fueron dos factores importantes que, lógicamente, coadyu-

varon a su decaimiento. Realmente, no estaba el horno para bollos, ni para tafetanes la Macarena, como diría un castizo de la época.

El omnímodo Godoy tenía ya problemas serios con el pueblo en el albor del nuevo siglo. Antes, en 1792, el antigodoyismo se había dejado notar, a la caída del Conde de Aranda, a través del “*partido aragonés*” que declaró al valido su inquina oficial; y en el llamado “Motín del globo”, un incidente surgido con motivo del vuelo del primer globo Montgolfier, que de anecdótico pasó a ser muy significativo. El mocetón extremeño recelaba y temía la influencia de los aires de la Revolución Francesa en el alma de las crispadas multitudes que podían reaccionar con motines, revueltas y algaradas en las plazas de toros creando una efectiva oposición a su política. Y como quien evita la ocasión evita el pecado, basándose en anteriores prohibiciones religiosas y civiles -poco o nada efectivas como se ha visto-, pensó él en hacer lo mismo; pero pensó hacerlo como el “hortelano”, sin dar la cara, es decir, buscando quien la diera ante el rey y ante el pueblo permaneciendo él a la sombra en el manejo de los hilos, para no incrementar la enemiga que el pueblo le dispensaba. Pronto encontró quien lo hiciera en la persona del conde de Campomanes quien llevó la gestión con la mayor diligencia dirigiéndose al Consejo de Castilla en solicitud de “*abolir un espectáculo no muy conforme a la religión, a la política y a la decencia*”, en un voluminoso expediente.

El Gobernador del Consejo, conde de Montarco, emitió un extenso informe contrario a la celebración de estas fiestas en el que entre otras cosas se ponía de manifiesto “la ineptitud de los lidiadores que habían sucedido a los famosos de épocas anteriores (14)”; y aunque el fiscal en su dictamen se mostró partidario acérrimo del espectáculo y defendió con buenos argumentos los “beneficios que podía reportar su tolerancia”, el Consejo en pleno suscribió la opinión de su Gobernador, y el rey, de conformidad, suscribió la Real Cédula expedida en Aranjuez a 10 de febrero de 1805, denegando la concesión de las licencias que estaban pendientes y “Prohibiendo absolutamente en todo el Reyno, sin excepción de la Corte, las fiestas de Toros y Novillos”.

En ella se argüían razones “ilustradas” de economía porque, demagógicamente, se decía que las fiestas de toros se suprimían “Al ser espectáculos que al paso que resultan poco favorables a la humanidad que caracteriza a los españoles, causan un conocido perjuicio a la agricultura, por el escollo que ponen al fomento de la ganadería vacuna y caballar, y al atraso de la industria por el lastimero desperdicio de tiempo que ocasiona en días que deben ocupar los artesanos en sus labores”. ¡Pobre Godoy...! La suerte estaba echada. La supresión duraría los años de 1805, 1806 y 1807 para ser saltada a la torera -a la francesa, más bien- en 1808 con la llegada de los gabachos.



Pedro Romero.

D. J. de la Cruz sculp.

Le Fauteur Pedro Romero.

CAPÍTULO VI: TOREROS CESANTES

En virtud de esta Real Cédula de 1805 quedaron sin oficio ni beneficio, en el “paro”, todos los que libraban su vida en la ruda, difícil y hermosa profesión de lidiadores de toros y, naturalmente, todos cuantos tenían en el toro su vida. Cada uno se las arregló como buenamente pudo y de alguno en concreto nos ha quedado precisa memoria de ello gracias al archivo feraz de Luis Carmena y Millán quien conservaba en su colección unos versos manuscritos sobre el rumbo emprendido por algunos de estos lidiadores:

Pues por orden superior
los toros se han extinguido,
saber quiero con dolor
en qué se halla entretenido
el gremio Toreador

De Bartolomé Ximénez, picador que fue en la cuadrilla de “Pepe-Hillo”, hombre de buen brazo pero no muy hábil como jinete y que medía el suelo con frecuencia, dice el documento:

A Bartolo le han premiado
con justicia y con razón,
puesto que en Cádiz le han dado
un beneficio poltrón;
no: Tabla; me he equivocado.
Muchos años goce allí
Los placeres de su tierra,
Porque me parece a mi
Que si hay más toros, se entierra
En el Hospital de aquí

Agustín Aroca, espada de segundo orden, de instrucción superior a la acostumbrada entre la gente de su clase, pues había cursado estudios de segunda enseñanza y de Derecho, obtuvo a lo que parece un empleo:

A Aroca le han empleado
en la ciudad de Jaén;
éste, tal cual ha logrado
pues ha aprovechado bien
sus principios de Abogado

Luis Corchado, famoso varilarguero, que formó parte en las cuadrillas de Jerónimo José Cándido y Curro Guillén, y que en una ocasión ganó mil duros apostados por picar con un solo caballo una corrida de ocho toros, fue nombrado conductor de Correos, cargo en el que prestó después importantes servicios, como agregado al Ejército de Andalucía en la batalla de Bailén, gozando de la muy especial confianza del general Castaños; también tenía su rima:

Luis Corchado, hecho un señor
está con la escarapela;
siempre con su buen humor
cantando que se las pela
viéndose ya conductor.
A éste, si se mira a ley,
Le han dado por su comida;
Porque siempre hecho un Muley
Ha montado en esta vida
Más jacas que tiene el Rey.

El paradero del feísimo Juan Núñez “Sentimientos” fue, según el romance, el siguiente:

Una Tabla a Sentimientos
concedieron en la Corte;
la gozó breve momento,
pues vino un aire del Norte
y le quitó del asiento.
Sin embargo, un beneficio
Logra en limosna secreta
Por redimirle el perjuicio;
Y en pedir más no se meta
Que el que pide va al Hospicio”.

De los demás dice el manuscrito:

El resto de picadores,
chulos y banderilleros,
unos se han ido a pastores,
otros a los herraderos
y los menos son Señores

Este es el estado de las cosas taurinas en 1805 que se vieron sumidas en un ostracismo, en unas vacaciones forzosas que vamos a aprovechar para traer aquí, en un surtido interludio algunas someras semblanzas de quienes, desde el ruedo, hicieron posibles los “toros josefinos”. Que este es el objeto de nuestro presente trabajo.

Bien es cierto que, como se ha dicho ya, tras de las brillantes figuras, eminentemente goyescas, de Romero, *Costillares* y *Pepe-Hillo*, el huérfano toreo no trajo otras de su talla, hasta, digámoslo así, la generación posterior a la guerra de la Independencia, bajo el fernandino absolutismo, para resurgir después con mucho brillo y gran esplendor en el reinado de Isabel II y su romántico resto decimonónico. Así pues, la época estudiada aquí es un tanto opaca en lo artístico pero extraordinariamente singular por su momento histórico y las circunstancias tan especiales en que se desarrolló, que hacen que las fiestas de toros del efímero reinado de José I Bonaparte tengan un enorme y hasta morboso atractivo para el historiador, para el estudioso y aun para el simple aficionado a estos españoles temas.

De los muchos nombres que a partir de ahora van a salir al ruedo de esta historia vamos a glosar tan sólo un puñado de ellos con la sana intención de amenizar e ilustrar el relato. Hemos seleccionado los que siguen.

Quizá el más característico de todos los toreros de esta historia sea el feo Juan Núñez *Sentimientos*, gitano sevillano, si no de grandes méritos como torero sí con una marcada personalidad subrayada por lo pintoresco de su raza y su gran habilidad de mentiroso pedigüeño. El tratadista Luis de Toro hace de él un breve retrato de inevitable reproducción:

el origen del mote de *Sentimientos* parece que tomó en él nuevo vigor; tales eran su fingida congoja en el pedir y su formalidad en el mentir, que, ligadas a su natural gracejo, le permitieron ser atendido en sus renovadas pretensiones. Él no se paró en barras en sus solicitudes en engaños y mentiras y esto fue lo que hizo que pudiera mover en su favor la voluntad de tres reyes de España: Carlos IV, José Bonaparte y Fernando VII.

A sus buenas relaciones con el rey debía Núñez el que se le hubiera concedido, por motivo de la prohibición, una Tabla de despacho de carne en Madrid con la cual sacar adelante a sus churumbeles. Con la invasión francesa se le despertó el fervor patriótico más desatado y es digno de traer aquí un suceso de que “Sentimientos” fue protagonista. Toreaba este hombre en la corrida josefina del 26 de octubre de 1808 en Madrid, en el intervalo entre lo de Bailén y Chamartín; cuando le llegó el momento del brindis fuese hacia el presidente que lo era don Pedro de Loma y le dijo: “Por V.S., por la gente de Madrid y porque no quede vivo ni un francés”. Se fue hacia el toro y lo despachó de un eficaz metisaca que hizo rodar al toro; se volvió hacia el público que le silbaba por la fea estocada y, alzando la voz, gritó: “Así tienen que morir todos los gabachos”; el público, enloquecido, rompió a aplaudir olvidando la mala faena del marrullero diestro.

Volveremos, sin duda, a encontrarnos con este curioso personaje cuya fealdad de rostro quedó inmortalizada en esta copla:

Sentimientos y el demonio
tuvieron una cuestión
sobre quién era más feo,
y *Sentimientos* ganó

Tuvo *Sentimientos* cierta rivalidad. Muy corta, con el letrado espada Agustín Aroca con quien alternó en las corridas josefinas de 1808, pero ese mismo año éste fue hecho preso de los franceses que lo fusilaron en las inmediaciones de Toledo, siendo eso todo lo que de él diremos.

Más predicamento tuvo Jerónimo José Cándido quien llegado a entrar en la cuadrilla del gran Pedro Romero, del que fue además su cuñado, enseñoreó por mucho tiempo su arte y su técnica. Cuando el “deseado” Fernando VII fundó la Escuela de Tauromaquia de Sevilla ambos cuñados Romero y Cándido fueron director y segundo jefe de ella, respectivamente.

Otro de los diestros con quien vamos a encontrarnos en los “josefinos” festejos es Francisco Herrera “Curro Guillén”, cuya extensa biografía no tiene cabida aquí pero sí un esbozo a modo de apunte a pluma; nieto de toreros por ambas partes familiares, destacó desde muy niño en la lidia de los toros siendo matador de alternativa a los 16 años -algo insólito en la época- y alcanzando pronto la más alta cotización de entonces. Cuando fue llamado para las corridas organizadas por Bonaparte, como ha de verse, su cachet era de 4.000 reales. De él se cuenta que en una ocasión, al ver desmandado un toro por los caminos de Tablada, hostil y atropellador, pudo tomarle de capa Curro Guillén y supo torearlo tan sutilmente, con un conocimiento tan absoluto de sus condiciones, que acabó agotándolo por entero y pudo cortarle la lengua en vivo, la cual llevó como trofeo ante sus rivales. Siendo muy independiente y no queriendo estar a las órdenes -taurinas y políticas- de nadie, una vez cumplidos sus compromisos josefinos marchó a torear a Portugal de donde no volvió hasta que los franceses se hubieron ido. Lo mató un toro en 1820. Una copla a su memoria rasgaba el aire de las noches de España:

Bien puede decir que ha visto
lo que en el mundo hay que ver
el que ha visto matar toros
al señor Curro Guillén

Muchos y muy buenos picadores hubo en aquel tiempo, reminiscencia y reducto del antiguo toreo caballeresco que el advenimiento del nuevo régimen borbónico

apeó del caballo. Tan era esto así, que durante más de un siglo anunciábanse los varilargueros en los carteles en primer lugar, antes de los espadas y los subalternos, pudiendo aquellos lucir en sus vestidos -como hasta hoy- adornos de oro. Y hemos de resaltar como adelanto, la participación valiosísima de muchos de estos aguerridos varilargueros en la campaña andaluza de la guerra napoleónica formando parte del escuadrón “Lanceros de Jerez” que tan heroico papel desempeñó en la batalla de Bailén. La relación de ellos es larga y lo interesante de sus vidas y hazañas inmenso, por lo que hay que dejar todo ello de lado. Sí se relacionan aparte todos los nombres toreros -picadores, espadas, medias espadas y subalternos, e incluso los ganaderos- que aparecen en los carteles de las corridas de toros de Madrid del reinado de Bonaparte (15).





El picador Francisco Sevilla, apodado "El Troni". Litografía de Laujol. París. H. 1836.

CAPÍTULO VII:

LLEGAN LOS FRANCESES. HOSPITALIDAD Y AGASAJO QUE NO FALTEN.

Un buen día -un mal día- los altos plumeros de los chacós de la caballería francesa hicieron su aparición por encima de las nevadas cumbres pirenaicas por las que sobrevolaba, majestuosa, el águila imperial napoleónica. Sus intenciones, avaladas por el Tratado de Fontainebleau -aunque resulte sospechosa la excesiva cifra de efectivos, que supera el triple de lo pactado-, son amistosas y el pueblo español, confiado y dócil, las recibe con sinceras muestras de afecto y hospitalidad, en un principio: “Acudían gentes desde veinticinco leguas a la redonda para ver a nuestras tropas. En las ciudades y en las aldeas, las calles no bastaban para contener a las mujeres. Nuestra marcha parecía una fiesta para los españoles y un triunfo para nuestros hombres. ¡Qué contraste entre aquella disposición y el odio, el encarnizamiento, la rabia que más tarde sentirían contra nosotros esos mismos habitantes!”, contó el general Thiébault en sus *Mémoires*.

Las cosas no tardan en complicarse. La toma de las plazas fuertes en Cataluña, Pamplona y San Sebastián causan la natural alarma y algunos jefes españoles quieren oponerse, resistir, hacer algo contra lo que ya se pasa de castaño oscuro y nada tiene que ver con el dichoso Tratado. Reciben órdenes tajantes de dejar hacer y no molestar al ejército francés que nada, dicen, intenta contra España; es más, hay que contribuir, por todos los medios a su bienestar: “Respirad tranquilos...” “... van a entrar inmediatamente en Madrid tropas francesas en número de 50.000, con dirección a Cádiz, pero que se detendrán algo en esta villa, siendo la voluntad de S.M. que sean tratadas como corresponde por la alianza que tiene con el Emperador de los franceses... con toda la franqueza, amistad y buena fe...”.

Naturalmente, la hospitalidad había de ser total y consistía no sólo en cuidar las formas con amistad y buena fe -al principio incluso se confraternizaba con los cadetes franceses de la Escuela de Artillería y se moceaba con los soldados, algunos casi unos niños reclutados apresuradamente, mientras se hacían regalos a los oficiales- sino en alojarles a pensión completa. Curioso es por significativo, el trato y alojamiento del “cuñadísimo” Murat que llegó “rodeado de guerreras de oro, morriones de grandes penachos, correajes, portapliegos y plumas, vestido él de martes de carnaval; precedido de mameluks con sus trajes orientales deslumbrantes de colores, rodeado de jinetes con uniformes blancos y corazas de plata, caracoleando en medio de un Estado Mayor empenachado con unos uniformes de una extravagancia escan-

dalosa...” Tras de aquella cabalgata de opereta, llegó, se apeó, y hubo que darle digno alojamiento. Su exigencia fue tal que, ante la falta de medios que el Ayuntamiento de Madrid sufría, impotente para dar cobijo a tanta oficialidad invasora aún habiéndose requisado todas las casas vacías de la ciudad y alrededores, se acordó en Consejo extraordinario “que el suministro de muebles a los individuos del ejército francés alojados en las casas desocupadas, se niegue a todos, a excepción de la casa de S.A. Imperial y Real el Gran Duque de Berg, y algún otro mueble o cama en los de los Generales en Jefe...y se proceda en el asunto con la prudencia que exige y corresponde para conservar la buena armonía recomendada...”. En este tan curioso expediente consta lo que Madrid entregó para alhajar la Casa del Almirantazgo, junto a Doña María de Aragón, donde se alojó el supergeneral Murat; desde las camas de dormir hasta los sillicos; desde las mesas de escritorio hasta los mazos de plumas, mantelerías, lozas, cristalerías y cuanto en gana le vino pedir a semejante monstruo.

La tropa, evidentemente, ya era otro cantar. Pero comía y, al parecer, mucho. Por poco sí se comen a España entera con sus crisis de abastecimientos y todo. Por Provisión de la Real Dirección de Abastos hubo que darles de todo...de todo lo que había. La carne, muy recomendado su consumo por orden expresa del Sire que en todo estaba, el vino, el pan, el aceite además de otros adobos, las legumbres y, ¡cómo no!, el aguardiente. El Corregidor Mora, el Excelentísimo Sr. D. Mariano Luis de Urquijo y el conde de Campo Alange, fieles y rastreros servidores después de Su Intrusa Majestad, ordenaron el suministro que costó, desde el 23 de marzo hasta el 30 de julio de 1808, la friolera de 6.401.566 reales de vellón y 18 maravedises. En el Archivo de la Villa de Madrid, que es de donde hemos tomado prestados todos estos datos y detalles, se conservan los documentos de estas “sabrosísimas” cuentas de la francesada que se nos antojan, con nuestra mentalidad actual, escandalosamente astronómicas. Solamente entre las tropas acampadas en Fuencarral y Chamartín se consumieron 378 reses de vacuno equivalentes a 117.150 libras castellanas carniceras de peso con las que se distribuyeron 234.298 raciones (el precio de mercado de la época era de 25 cuartos de vellón por libra de carne). A Chamartín, además, hubo que hacer un envío extra de 1.240 carneros, “*procurando con especialidad no falten carnes*”. Esta cuenta y su factura -¡pobres ganaderos, asentistas y tablajeros de carnes!- no se finiquitó o, al menos, no se le dio el visto bueno hasta 1810. Y aquella cuenta la pagó Madrid, como todo lo demás que aquí se relatará.

Comienzan a oírse rumores de que el emperador de los franceses en persona, en carne y hueso, va a venir a España; se dice que si ya está en camino, que si va a llegar a Burgos, que si luego vendrá a la Corte, que si la familia real al completo va a salir a buscarle... (ha enviado el Sire a Carlos IV un soberbio tronco de caballos como regalo en prueba de su amistad). Con los rumores comienza la gran treta de Napoleón

ya conocida. Pero, ante la duda, la Corte se prepara y Madrid se organiza para deshacerse en halagos y agasajos al “hombre del siglo” que por lo visto bien los merece. Una Real Orden de 24 de marzo de 1808, redactada con una buena fe lastimosa, advierte y manda al madrileño Corregidor que “Teniendo noticia el Rey N. S. que dentro de dos y medio a tres días llegará a esta Corte S. M. I. y R. El Emperador de los franceses, me manda S.M. decir a V. S. que quiere que sea recibido y tratado con todas las demostraciones de alegría que corresponden a la alta dignidad e íntima amistad y alianza con el Rey N. S. de la que espera la felicidad de la Nación... dispongan cuanto juzguen oportuno... procurando que los teatros estén bien servidos y que se proporcione a S. M. I. y R. cuantos objetos le fueren agradables...”.

Entre estos objetos *agradables* estaba la espada de Francisco I, rey de los franceses, glorioso trofeo de la batalla de Pavía donde le vencieron los españoles y le hicieron prisionero (en la madrileña Torre de los Lujanes). Dicha espada, que obra en la Real Armería del Palacio de Oriente donde Murat la vio, hubo de serle entregada para Napoleón en su día.

Como es fácil suponer, el Ayuntamiento de la Villa púsose en marcha en el acto para preparar el imperial recibimiento disponiendo “las funciones de teatro que sean mejores, a cuyo fin se valga de los mejores acreditados actores, y de la Rita Luna... Que se adorne cuanto sea posible los palcos a que hayan de asistir las personas reales... si será de más del agrado de dichas personas reales el tener los palcos inmediatos al foro o al frente del mismo... También se acordó alguna loa... al señor D. Leandro Moratín por si se quiere encargar de hacerlo... Que el Ayuntamiento en pleno salga a las cercanías de Madrid... a recibirle y saludarle... que se cuelgue e ilumine la carrera por donde entre S. M. I. y R...”.

La habitual y pesada máquina burocrática madrileña, cortesana, retórica, ceremoniosa y, sobre todo, muy lenta, comenzó, como si tuviera alas en su motor, a evacuar consultas y a emitir bandos y providencias sin cuento, a nombrar comisiones para todo con una diligencia febril y desmesurada, como si a esta España nuestra - que de todo le ha pasado- fuese a llegar el Santo Advenimiento.

El día 26 de marzo, por otra providencia se avisó al señor marqués de Perales y a D. Juan Castanedo, que habían sido nombrados comisarios de estas dos festivas actividades que “se ha determinado haya funciones de toros en la Puerta de Alcalá, y de pólvora en el parque de Palacio... y tomar las medidas más prestas y oportunas para que las fiestas proyectadas sean tan lucidas como exige el sujeto a quien se dedican... que se adornen cuatro palcos en cada teatro para nuestro Rey y Personas Reales, para el Emperador de los franceses, para el Duque de Berg y personas que

le acompañen y que habilite de ropas a Rita Luna que carece de ellas por estar ya retirada del teatro”. Sí, porque la tal eximia Rita Luna había contestado a la llamada pidiendo vestidos de escena dignos para la ocasión; a cambio, su actuación ella la consideraría “como un obsequio voluntario y debido a tan altas dignidades”.

Se comenzó a hacer provisión de fondos para sufragar estos fastos, siempre de las arcas municipales, naturalmente. Y se solicita “disponer de los caudales públicos para los considerables gastos que ocurren y han de ocurrir con motivo de la exaltación al Trono del Rey N. S. Don Fernando VII (ya se había producido la abdicación de Carlos IV), de la entrada de los franceses, y los que causen los festejos acordados a S. M. I. y R”. El día 26 de marzo se necesitaban, de momento, 23.000 reales “para librar hoy precisamente: al sastre Félix Moreno, para los vestidos (6.000); al carpintero Manuel el Feo para los tablados de la música y demás obras de teatros (3.000); al polvorista (2.000); a Tadey para pintura de palcos y tránsitos del Coliseo; a Manuel Cerredo, para colgaduras (8.000)”.

Los Comisarios de Festejos piden, el 28 de marzo, 100.000 reales; el 29, para los 30 alabarderos y 5 oficiales que se han empleado cinco días en hacer la guardia al retrato del Rey N. S., Fernando VII, colocado en las Casas Consistoriales, se les gratifique con 640 reales. El modisto Magrans pide 2.000 reales a cuenta de los vestidos que hace a la Rita Luna; 3.000 también a cuenta para los polvoristas, y 4.000 al sastre señor Moreno por los vestidos que está haciendo a los toreros; a Juan de Rueda, picador, que ha hecho contrata de caballos, 1.500 reales para manutención de éstos, y al mayoral de toros Manuel Aguilera, para pago de salarios, otros 1.000 reales de vellón. Y así, en una carrera vana de preparativos, presupuestos y encargos, se va quemando la ilusión mientras Napoleón, tras su patraña, debe reír compadecido de esta sarta de bobos, necios e ingenuos que son los españoles.

A toda prisa -no había telégrafo-, se envió un postillón “yente y viniente” a la localidad toledana de Yepes con un pliego del Real Servicio para la Justicia de esa villa (el viaje del postillón costó 321 reales); y con mayor prisa, pues, mayor era la distancia, sale otro postillón, también yente y viniente, con destino a Villarrubia de los Ojos de Gadiana, con otro pliego -y socorrido con 1.000 reales- para D. Bernabé del Aguila y Bolaños (este viaje costó 1.584 de los de vellón). El primero tenía por misión llamar urgentemente al polvorista para que fuese inmediatamente a la Corte a preparar los fuegos de artificio que se daban tradicionalmente después de las corridas de toros regias, y el segundo iba para pedir toros para las funciones reales. Entre tanto, el sastre señor Moreno, había ya terminado los vestidos de los toreros cuya factura ascendió a 38.820 rs. vn. (cantidad que todavía estaba impagada en enero de 1809, según consta).

Estos toros eran parte de los noventa que en total se compraron y trajeron en honor de Napoleón y que pasaron a pastar a los prados de La Muñoza, unas dehesas pertenecientes al convento de la Encarnación, donde milagrosamente se salvaron de ser comidos por los gabachos. (En marzo de 1809, tanto el polvorista como el ganadero de toros no habían terminado de cobrar sus respectivas facturas). Pertenecían los toros en su encaste al entronque de lo de D. José Jijón, suficientemente acreditados en la Corte entre cuyos aficionados gozaban de gran predicamento, por lo que para estos muy especiales eventos fueron adquiridos tales toros.

Napoleón , entre tanto, siguiendo su artera añagaza programada con minuciosa estrategia, llevaba a cabo sus planes y los hechos se sucedían vertiginosamente: los sucesos de Bayona, la sublevación de Madrid el 2 de mayo, la abdicación de Carlos IV a favor del Sire, las insurrecciones de Cartagena, Zaragoza, Murcia, Asturias, Granada y Badajoz, ponen al rojo vivo el panorama español. Napoleón, orgulloso de su plan -“las insurrecciones serán sofocadas con un imperial soplido”-, nombra rey de España a su hermano José y, mientras la escuadra de De Rosilly capitula en Cádiz, manda poner sitio a Zaragoza en un “para que vayan aprendiendo”. Una asamblea de nobles, convencidos afrancesados unos y engañados forzosos otros, votan una constitución en Bayona tras de cuyo juramento sale José rumbo a España; como para animarle en su pacífico ánimo, los franceses derrotan a las tropas españolas en Medina de Rioseco y toman y saquean Córdoba, atacando después a Zaragoza.

Pero Madrid, Villa y Corte por encima de todo, ya sabe que viene el nuevo rey francés y “compuesta y sin novio” como quedó cuando el fiasco de la malograda venida del Sire Napoleón, pone en marcha otra vez el engranaje de la máquina municipal para organizar la nueva recepción y los nuevos fastos. Parece ser que la entrada oficial del nuevo rey será el 9 de julio y la proclamación el 25, día de Santiago, así que hay que darse mucha prisa

El nuevo rey, hecho ya todo un Pepe Botellas, quiere toros, fiestas de toros, ello es evidente. Apenas llegado a España -y entre otras de carácter político, pues comenzó a reinar inmediatamente- dicta una Real Orden a 22 de julio de 1808, de este tenor literal : “Queriendo el Rey N.S. que su proclamación al Trono de estos Reinos, que se ha de celebrar el 25 del corriente, se solemnice con regocijos públicos, ha resuelto que haya dos corridas de toros, el 27 y el 30 del mismo, encargan a V.S. (el sufrido Corregidor de Madrid) todo lo relativo a su ejecución, como lo estaba anteriormente.” (Se supone que este “anteriormente” se refiere a antes de la prohibición de 1805, con lo que tendríamos aquí la prueba fehaciente de que, efectivamente, fue José I y no Fernando VII después de la guerra, quien levantó, tácitamente y de hecho, la tal supresión, en contra de lo que tan frecuentemente se ha dicho). “También ha

resuelto, que en las gradas cubiertas y tendidos de la plaza sólo se cobre la mitad del precio señalado, y la otra mitad la abonará S.M., destinando el total producto al socorro del Hospital General de esta Corte con deducción de los gastos que se causen”. No creemos muy necesario tener que decir que Su Majestad, nada graciosa, no abonó ni un céntimo -ni en esta ocasión ni en ninguna otra- de esa mitad.

Las prisas por estas corridas de toros josefinas se evidencian al ver que el día 20 de julio ya existía una factura por valor de 1.267 reales y 2 maravedises “por la impresión de boletas para la corrida de toros que había de ejecutarse”. Y a este respecto de las “boletas” o billeteaje hemos de decir que se achaca a estos festejos taurinos de Bonaparte poco menos que el invento de este sistema de cobro de entrada a la plaza; la verdad es que el sistema de cobro por billeteaje ya estaba generalizado, para los toros -en el teatro se hacía desde mucho antes-, en Sevilla en 1783, pero lo que sí es innegable es que cuando estas corridas josefinas se reanudaron, y sin duda por la resistencia del público a asistir a ellas -el boicot al intruso fue tan patente que había que reclutar espectadores a punta de bayoneta para que llenaran los tendidos de la plaza-, a fin de dar las mínimas molestias, se establece una orden para entrar al espectáculo: “Se entrará sin billetes, pagando la entrada como antes se hacía” (es decir, en metálico y una vez dentro de la plaza).

Durante muchos años -prácticamente todos, desde 1808 hasta 1991 en que el bibliófilo y estudioso Diego Ruiz Morales las sacó a la luz- se ha omitido y negado la celebración de las corridas de toros en Madrid por la proclamación de José Bonaparte, no así las de su reinado; y a mayor abundamiento, autores hubo como Adolfo de Castro que en su libro “*Combates de Toros en España y Francia*” aseguraba que durante este reinado no se había celebrado corrida alguna, lo que levantó la correspondiente polémica y réplicas correctivas por historiadores como Higinio Ciria y Nasarre y Luis Carmena y Millán, hace un siglo. Por cierto que el primero de éstos niega categóricamente la corrida inaugural de las “josefinas”, la de 27 de julio de 1808, que ahora mismo nos ocupa, diciendo: “Esta corrida de 27 de julio estuvo dispuesta, pero es probable que los toros fueran el 28 a la Muñoza... luego la corrida se aguló”. Lo cual es total y absolutamente falso además de muy extraño si se tiene en cuenta que este Ciria era el Archivero titular de Madrid -y aragonés muy tesonero- y tuvo a su alcance, lógicamente, todo el archivo entero de Madrid, al igual que lo tuvo Ruiz Morales y lo ha tenido el autor que esto escribe. Y si ponemos tanto énfasis en esta primera corrida de las josefinas es precisamente por su carácter de inaugural, tras una prohibición que dejó a España sin toros durante tres años, por el motivo de su organización y celebración como es la proclamación de un rey intruso, poco menos que “de pacotilla”, y por la reacción del pueblo español en unas circunstancias tan históricamente complejas.

Obra en nuestro poder un fragmento reeditado (16) del libro *Souvenirs d'un savant français. A travers un siècle 1780-1865* (París. Rosthchild.1888) del que es autor el francés Jean Marie Leon Dufour, un médico y botánico en la ciudad landesa de Saint-Sever, que como médico auxiliar del Ejército del mariscal Moncey entró en España a principios de 1808; asistió al sitio de Zaragoza, permaneció en Tudela (Navarra) durante algún tiempo, integrándose después en el ejército de Suchet que no abandonaría hasta 1814. Resulta muy curioso que este hombre, nacido en una de las regiones más taurinas del Midi francés y que como botánico conocía muy bien el terreno y las provincias a ambos lados de los Pirineos —donde desde tiempo inmemorial se han celebrado fiestas de toros de mayor o menor fuste—, haga ascos y remilgos a una corrida de toros que por su condición de militar tuvo que presenciar en Madrid por la proclamación como rey de España del hermano de su Emperador. Y aún choca más su repugnancia taurina por lo cruento del espectáculo habida cuenta lo que, por ser médico y cirujano de campaña, le quedaba por ver... en Zaragoza sin ir más lejos. El capítulo, en francés, es largo, prolijo y espeso y en él hace Dufour una extensa descripción de la corrida de toros del 27 de julio de 1808, de la plaza, del público y del desarrollo completo del espectáculo; de todo ello sólo transcribiremos, debidamente traducido, su primer párrafo:

27 juillet 1808.- Une course de taureaux à Madrid. Este espectáculo auténticamente bárbaro debería desaparecer de Europa. Cuantos franceses lo han presenciado se han sentido horrorizados; pero a los españoles les gusta de tal forma que la gente del pueblo llegaría hasta a vender su camisa para asistir. Buena prueba de esta pasión es su concurrencia a la plaza en las actuales circunstancias políticas. Ayer y anteayer (25 y 26 de julio), con motivo de la proclamación del nuevo Rey hubo representaciones gratuitas en todos los teatros de la ciudad: ningún español asistió; hoy, que la corrida es de pago, acuden todos. El rey Carlos III había abolido este tipo de espectáculos convencido de la funesta influencia que estas luchas sangrientas ejercían en la moral del pueblo.

Efectivamente, el escrupuloso e hipócrita monsieur le docteur Dufour tenía razón en lo de los teatros, pues en la misma disposición antes transcrita de 22 de julio se ordenaba después de las corridas. "... que el 25 y 26 haya funciones en los teatros nacionales y en el de la ópera, con entradas gratis". (Con cargo a la Villa de Madrid, por supuesto).

El anuncio de esta corrida josefina inaugural publicado en la Gaceta de Madrid el 16 de julio es preciso conocerlo literalmente, y dice así:

EL REI NUESTRO SEÑOR DESEOSO DE QUE EL PÚBLICO SE DIVIERTA Y REGOCIJE CON MOTIVO DE SU REAL PROCLAMACIÓN, SE HA SERVIDO MANDAR HACER DOS FUNCIONES DE TOROS EN LOS DÍAS MIÉRCOLES 27 Y SÁBADO 30 DEL PRESENTE; Y PARA QUE A MENOS COSTA PUEDA DISFRUTAR DE ELLAS, HA MANDADO QUE SE PAGUE LA MITAD DE LOS PRECIOS ACOSTUMBRADOS EN TENDIDOS Y GRADAS CUBIERTAS PUES S.M. ABONARÁ LA MITAD DE SU REAL BOLSILLO A LOS HOSPITALES GENERAL Y PASIÓN DE ESTA CORTE, PARA QUIENES HA DE SER EL TOTAL DE LAS ENTRADAS DEDUCIDOS GASTOS.

MANDARÁ Y PRESIDIRÁ LA PLAZA EL SR. D. PEDRO DE MORA Y LOMAS, CORREGIDOR DE ESTA VILLA.

LOS TOROS SERÁN DE LAS VACADAS: 2 DE D. BERNABÉ DEL AGUILA Y BOLAÑOS, CON DIVISA ENCARNADA Y BLANCA; 2 DE D. ALVARO MUÑOZ, CON VERDE Y BLANCA; 2 DE D. MANUEL ALEAS, CON AZUL Y ENCARNADA; 2 DE D. VICENTE BAÑUELOS, CON ESCAROLADA Y VERDE; 2 DE D. MANUEL HERNÁN GARCÍA CHIVATO, CON BLANCA; 2 DE D. JULIÁN DE FUENTES, CON VERDE; Y 2 DE D. RAMÓN ZAPATER, CON AZUL. LOS PICADORES SERÁN JUAN DE SELI, JUAN GABIRA Y BARTOLOMÉ MUÑOZ QUE PICARÁN POR MAÑANA Y TARDE.

SERÁN LIDIADOS POR LAS QUADRILLAS DE A PIE AL CUIDADO DE JUAN NÚÑEZ, ALIAS SENTIMIENTOS, Y ALFONSO ALARCÓN, QUIENES LOS ESTOQUEARÁN POR SU ORDEN.

HABRÁ PERROS Y BANDERILLAS DE FUEGO A ARBITRIO DEL QUE PRESIDEN LA PLAZA.

SE EMPEZARÁN LAS CORRIDAS A LAS DIEZ POR LA MAÑANA Y A LAS CINCO POR LA TARDE; HACIÉNDOSE EL PASEO ACOSTUMBRADO ANTES DE EMPEZAR LA FUNCIÓN DE LA TARDE.

SE PROHIBE QUE PERSONA ALGUNA BAXE A PONERSE ENTRE BARRERA NI SALTAR A LA PLAZA HASTA QUE SE CONCLUYA LA FUNCIÓN POR LA MAÑANA Y TARDE, ESPERANDO SE CONDUZCA EL PUEBLO CON LA MODERACIÓN QUE TIENE ACREDITADA, Y ES DE DESEAR EN TALES REGOCIJOS.

Del cartel resultante de este anuncio, con la característica grafía orlada de elementos tipográficos diversos de la época, se hicieron en la imprenta de Dña. Manuela Ibarra - la famosa Imprenta Ybarra- "150 ejemplares en pliego, confeccionándose asimismo otros más pequeños en francés, de los que se tiraron 50 plie-

gos superfinos y 10 pliegos en Holanda superfinos” (fue la primera vez que en España se anunciaba una corrida de toros en francés).

De los 110 palcos de que en aquel momento disponía la plaza de la Puerta de Alcalá eran preferentes por su disposición respecto del sol, del ruedo y del desarrollo del espectáculo y de la lidia, los correlativos del 1 al 17 y del 105 al 110, reservados natural y habitualmente para autoridades y personalidades e invitados. Estos fueron su reparto y disposición nominal según la “Lista de los Balcones Arrendados y de Gracia en la primera Función de Toros que la Real Villa de Madrid, celebró el día 27 de julio de 1808”:

Palcos	
1 y 2	S.M. José Bonaparte.
3, 4 y 5	Autoridades de la Villa de Madrid.
10	D. Miguel José Azanza, Presidente de la Junta de
Notables.	
11	Dn. Mariano Luis de Urquijo, Secretario de la Junta de Notables y Ministro Secretario de Estado.
12	Sr. Conde de Cabarrús.
17	Marqués de Grouchy, Gobernador de Madrid.
21	Sr. Ministro de Rusia.
22	Sr. Ministro de Holanda.
23	Sr. Ministro de Dinamarca.
37	Compañía de Opera de los Caños del Peral.
38	Compañía de Baile.
39	Compañía del Teatro de la Cruz.
40	Compañía del Teatro del Príncipe.
105	Un Mariscal (¿).
107- 108	Renato Savary, Duque de Rovigo, Jefe de Policía.
109- 110	Familia de José I Bonaparte

(Obsérvese el trato preferente dado a las gentes de la farándula...).

Del dicho al hecho hay un gran trecho y alguna variación hubo desde el aviso de la corrida hasta su realización; aquí están todos los actuantes de aquella función según la “Nómina del haver correspondiente a los toreros de a caballo y de a pie que han trabajado en la Primera Corrida...” y por ella podemos saber sus nombres y sus salarios, “cuyo importe se les ha satisfecho...”, que son estos:

“Toreros de a caballo de todo el día”	
Rs. Von	
Juan de Rueda	1.500
Juan Gallego	1.500
José Manzano	1.500
“Sobresalientes”	
Juan Luis de Amisas	500
Miguel Velázquez de Molina	600
“Primeras espadas”	
Juan Núñez “Sentimientos”	1.800
Alfonso Alarcón	1.800
“Media espada”	
Cristóbal Díaz “el Mancheguillo”	1.600
“Banderilleros”	
Domingo del Corral	400
Ramón García	400
Silvestre Torres	300
José González	300
Joaquín Ortiz	300
Juan Ramos	300
Víctor Pérez	300

Es de notar aquí que los “Toreros de a caballo”, es decir los picadores, actuaron por mañana y tarde picando entre los cinco toda la corrida entera que fue de 15 toros, y de ahí sus sueldos un tanto altos; uno de los sobresalientes de picador, Miguel Velázquez de Molina cobró más *por no haver gozado del vestido nuevo se le aumentó ciento reales más* (en noviembre de ese mismo año de 1808 los picadores Juan Rueda, Juan Gallego y el espada *Sentimientos* no habían percibido todavía el total de sus salarios).

Aquella corrida -compuesta de dos medias corridas en mañana y tarde, como era el uso de la época- arrojó un producto neto (si nuestras cuentas no fallan a tenor de las que hemos encontrado detalladas y que por gravosas aquí no se transcriben) de poco más de 4.000 reales. La carne de los quince toros lidiados y muertos en esa

corrida, que dieron un total de 246 arrobas y 23 libras carniceras, fue destinada al consumo de las tropas francesas acuarteladas en el Buen Retiro (el valor de esta carne, 16.543 reales, también fue pagado por la Villa de Madrid) (17).

Pero antes de esta corrida, tan sólo unos días antes, se había producido la heroica batalla de Bailén con la derrota francesa. José I pareció no inmutarse por ello y quizá para celebrarlo se fue con su gente a los toros. Claro que, luego tuvo que salir corriendo abandonando Madrid a toda prisa, para establecer su corte en Vitoria, el día 30 de julio. La corrida prevista para el día 30, lógicamente, no se celebró; pero quizá para despistar, la Gaceta publicó dos avisos al estilo de los napoleónicos *canards*, diciendo que “la función de toros anunciada para el sábado 30 se ejecutará el lunes 1º de agosto”; y otro anuncio posterior decía: “La función de toros anunciada para mañana lunes 1º de agosto, se ha suspendido por causa del jubileo para el jueves 4 del mismo”. En ambos casos la Imprenta Ybarra tiró carteles de las corridas como si tal cosa. La función nunca se celebró, produciéndose un temporal vacío taurino en la Corte hasta el mes de agosto, en cuyos días 26 y 29 volvieron a celebrarse corridas extraordinarias, esta vez con motivo de la proclamación de Fernando VII.

Vamos a aprovechar este ínterin para, con excusa de los hechos de Bailén, husmear un poco en la campaña de Andalucía. En esta campaña pesó, sobre todas las cosas, la toma y saqueo de Córdoba que, con su extraordinaria barbarie, influyó muy mucho en el posterior resultado de la batalla de Bailén. De este saqueo, que no hace ahora demasiado al caso, resulta impresionante leer, en los relatos de un simple soldado suizo llamado Heidegger, los vandálicos desmanes y la rapiña a que durante cuatro días y cuatro noches se entregó el ejército francés arrojando a las calles verdaderas montañas de oro y plata que superaban los alijos en más de su propio peso individual. Cuando Dupont y sus tropas abandonaban Córdoba sus movimientos eran excesivamente lentos porque “un considerable número de carruajes acompañaba a la columna. Se calcula que serían cerca de ochocientos”. Y un sargento gabacho llamado Gille anotó: “Los furgones de los generales revientan por el peso de los vasos sagrados... oficiales y soldados van cubiertos de oro y de despojos”. El odio y los deseos de venganza de aquellos andaluces alcanzaron límites salvajes, que harían vomitar a las peores alimañas, sentimientos que manifestaron sobre todo después del triunfo de Bailén reforzando y encendiendo el fuego de la más execrable y lógica venganza.

Pero nosotros queremos llegar aquí, porque así lo exige el guión de este ensayo, más taurino que castrense, a la participación de los toreros, bélica o artísticamente profesional, en la guerra de la Independencia. Por ello se nos disculpará el paso casi de puntillas por aspectos puramente militares que, por otra parte, son muy atracti-

vos pero están ya suficientemente bien tratados por expertos y eruditos historiadores. Que de ellos, como puede verse, nos estamos gratamente sirviendo.

Según estos autores, todo indica que el ejército de Andalucía, con base en el campo de San Roque bajo el mando del laureado general Castaños, compuesto por las tropas de éste más los que luego sumó Teodoro Reding provenientes de Granada y algunos otros de regimientos provinciales, además de los paisanos que voluntariamente o por levas de las Juntas de las ciudades andaluzas se engancharon, era, además de muy heterogéneo, un tanto difícil de cuantificar debido precisamente a los paisanos; éstos fueron reclutados de entre los 16 a los 45 años, solteros, casados y viudos sin hijos y de cinco pies menos una pulgada de altura, medidos descalzos. Se exceptuaron a los que tenían a su mujer encinta o ejercían cargos públicos, así como a los ordenados de Epístola, y se rechazaron a filas “los negros, los mulatos, los carniceros, los verdugos y los pregoneros”. Con voluntarios creó Sevilla cinco regimientos y dos de caballería, mandados cuatro de ellos por sendos coroneles caballeros de la Real Maestranza; diremos, ya que el toro nos viene al relance, que esta caballeresca institución sevillana, haciendo valer su condición de independiente, no transigió nunca ni reconoció jamás al rey José como su Hermano Mayor, aunque se comportó siempre correctamente con las autoridades del Estado. Cádiz envió un batallón de tiradores y las ciudades y villas de Utrera, Jerez, Osuna, Jaén, Montoro y Cabra mandaron cuerpos de infantería.

La Junta de Sevilla había indultado el 15 de mayo a todos los contrabandistas y presidiarios que no fueran penados de los delitos de homicidio, alevosía o lesa majestad, con los que se formó una partida tremendamente aguerrida y fuerte, de fácil arenga y disciplina, que resultó muy provechosa. Del gremio de los bandoleros -“desterrados voluntarios de la vida social y robinsones culpables entregados a su albedrío”, que retóricamente diría Bernaldo de Quirós-, armados hasta los dientes, conocedores del terreno y que sabían donde echaban la boca del trabuco, salió también algún que otro aprovechado escuadrón que resultó ser muy eficaz en la batalla.

Sarcástico y colorista, Galdós hizo su más honda pintura impresionista de aquella tropa: “... el ejército español -pero, ¿es un ejército?- está compuesto de campesinos, picadores, toreros, presidiarios, contrabandistas, incluso de soldados... Se formó de lo que existía: entraron a componer aquel amasijo la flor y la escoria de la Nación; nada quedó escondido, porque la fermentación lo sacó todo a la superficie, y el carácter de nuestra venganza esputaba lo mismo el puro fuego que las pestilentes lavas. Removido el seno de la Patria, echó fuera cuanto habían engendrado en él los gloriosos y degenerados siglos...”.

Muchos nobles y ricos terratenientes entregaron todo, vidas y haciendas, en aras de la Patria ingresando, padres e hijos, en los ejércitos de voluntarios. Algunos nobles, como los Osuna, crearon su propio batallón por su propia iniciativa y de su particular peculio, haciendo la recluta entre sus allegados y entre sus más fieles criados. La duquesa de Osuna, doña María Josefa de la Soledad, condesa duquesa de Benavente, aquella magnífica mujer dotada si no de una especial belleza sí de una gran inteligencia, poseedora de una inusual y deslumbrante cultura para el nivel de la época, también creó el suyo. En su quinta El Capricho, que Goya decorara, en la Alameda madrileña, daba la dama frecuentemente unas meriendas “reales” que se hicieron famosas porque a ellas acudía la Corte en pleno, reyes incluídos -sus *villanos improvisados*-, en lo que ella denominaba “un ejercicio de humildad cristiana para contener la arrogancia; ante ellos (los Borbones), naturalmente, la gente de nuestro linaje tiene el doble privilegio de permanecer cubierta y de tutearlos”; sus tertulias literarias -sin los reyes, claro- eran las de más alto nivel de la Corte en las que a menudo la duquesa disertaba sobre filosofía o teología con magistral criterio. Asistía a la Sociedad Madrileña de Amigos del País, presidida entonces por Jovellanos, donde peroraba sobre economía poniendo a prueba los nervios del Presidente ante la exaltación que María Josefa exhibía en materia de reforma agraria, denunciando “la amortización eclesiástica, siempre acrecentada por patronatos, capellanías y legados de devotos agonizantes”. Al llegar la invasión napoleónica se le oyó arengar con frecuencia a sus invitados y a sus propios hijos sobre la conveniencia de ayudar a la sublevación. Viuda ya desde 1807, cuando los franceses ocuparon la Alameda y se instalaron en El Capricho estableciendo allí una comandancia militar a una legua y media de Madrid, la duquesa, su familia y todo su séquito y servidumbre -salvo un viejo jardinero que, fiel a sus jardines, prefirió quedarse y fue asesinado por los franchutes- marcharon a Andalucía siguiendo a la Junta Central a Sevilla y después a Cádiz donde volvió a florecer la más inefable tertulia literaria de la de Osuna.

Los hijos varones de la duquesa con su primogénito don Francisco de Borja -décimo duque de Osuna por la muerte de don Pedro, su padre- al frente, organizaron su batallón, pagado por la duquesa, para luchar contra el invasor. Era este duque Teniente de las Reales Guardias y luego Teniente Coronel de Voluntarios de la Corona a las órdenes del Gobernador militar de Andalucía. Su actividad patriótica fue muy diversa y amplia no sólo en lo militar sino, siguiendo los sabios consejos de la duquesa, su madre, en lo social y en lo político; famosa fue su circular dirigida a los de su clase con ocasión del Decreto de las Cortes de Cádiz sobre la confiscación de Señoríos y Jurisdicciones que tan mal cayó entre los nobles a los que dijo: “Yo, antes que Grande de España, nací ciudadano y soy el primero en sacrificar con gusto este vano oropel cuando la Nación lo quitó por convenir así al bien general...”.

Familia ésta, la de Osuna, muy aficionada a los toros -la duquesa fue una gran partidaria y amiga de Pepe-Hillo de quien dicen fue su más apasionada amante e incluso se romaneó que el torero se dejó matar del toro por ella...-, el duque heredero don Francisco de Borja, siempre con afanes de criador de reses bravas adquirió, en unión de don Pedro Colón, duque de Veragua, la real ganadería de Fernando VII a la muerte de éste.

Según sabemos por información de Francisco Narbona y Enrique de la Vega, en las filas del general Castaños figuraban los escuadrones de caballería encuadrados en la división mandada por don Manuel de la Peña. Uno de ellos estaba integrado por unos cuatrocientos jinetes provistos de largas picas; no eran soldados propiamente dichos sino voluntarios reclutados de entre las gentes de a caballo tan abundantes en toda la Andalucía. La mayoría eran hombres del toro, acostumbrados a la lidia y manejo de toros bravos, gente ruda, valiente, de buen brazo y consumados jinetes todos ellos, que reunían excelentes condiciones para batallar a caballo. De uno de estos escuadrones toreros, el llamado de los “Lanceros de Jerez”, dijo un historiador:

Resaltaba esta unidad por la hermosura de sus caballos de diversos pelos, con guarniciones de madroños, sillas vaqueras; en el arzón delantero iban mantas de vivos colores y en la grupa anchas alforjas. Componían su atuendo: un sombrero franciscano de grandes alas. En la cabeza llevaban un pañuelo rojo atado a la nuca; y lucían, además, chupa con hombreras y cárieles; un chaleco abierto; al cuello, una pañoleta; faja y calzonas ajustadas. Las armas eran un cuchillo de monte y la garrocha, con una hoja de lanza en vez de puya.

No todos eran toreros en este escuadrón pero sí gente relacionada con el toro: ganaderos, vaqueros y garrochistas hábiles con el ganado y diestros con el caballo; los mandaba el capitán Cheriff, del que se decía que era de sangre africana y nieto de uno de los cherifes de Tafílete que se acogieron a la soberanía de Carlos III. El buen capitán bereber, a buen seguro uno de los mil hijos del Jerife Muley Ismael, murió en la heroica batalla de Bailén.

Otros jinetes camperos y paisanos sin uniformar eran los Voluntarios de Utrera mandados por el capitán José Sanabria, y los de la partida llamada “Alcalde Mayor de Granada”. Estos escuadrones, expertos en la persecución de los franceses a través de la espesura de los olivares para acabarlos a puyazos -como se pica a los toros mansos y marrajos-, perdieron en Bailén más de la tercera parte de sus caballistas haciendo mucho daño en las filas enemigas.



La rendición de Bailén. Casado del Alisal. 1864.

Este capitán Sanabria, que llegó a vivir más de ochenta años en su querida Utrera natal, contaría en su vejez junto a la lumbre, evocando las hazañas de aquella guerra inverosímil, que casi todos sus voluntarios eran muy jóvenes pero no por ello menos diestros en la jineta pues que habían nacido a caballo y garrocha en mano; y refiriéndose a un tal Juan Pinto contaba cómo después de la segunda carga “echó pie a tierra, como todos, se quitó y volvió a ponerse su pañuelo de seda encarnado que llevaba anudado en la nuca bajo el sombrero, y con el caballo diestro arrimado a su garrocha, sin apartar los ojos de la línea francesa, como el que se ha quedado con media ración, estuvo así hasta que tocaron a degüello. Montó de un salto y salió de estampía. No lo volví a ver más...”. A buen seguro se refería el anciano Sanabria al famoso picador utrerano Juan Pinto, hijo, nieto, hermano y padre de excelentes picadores que anduvo repartiendo vara por esos ruedos de Dios hasta 1835. Su brazo bien se curtiría en aquella refriega cuando sus apenas 23 años le llevaron a engrosar el escuadrón de los piqueros de Bailén, de los que alguien dijo que *encarnaban la gallardía de un pueblo imbatible*.

Y no nos iremos de aquí, de este capítulo, sin traer a colación algo que a nuestro entender excede sus lindes históricas, trasciende un tanto en el alma y esconde tras su autoría el primer surrealista español. Ernesto Jiménez Caballero, de quizá no muy grata memoria para algunos por su revulsiva ideología y su traspuesto racioci-

nio, autor de libros tan erráticos como *Genio de España*, *Los Toros*, *las castañuelas y la Virgen* y fundador de *La Revista Literaria*, escribió para la recién nacida revista taurina *El Ruedo* el 2 de mayo de 1944 -¡qué casualidad de fecha!-, unos “Aforismos sobre la suerte de varas y el Picador” que vamos a transcribir sin ningún comentario:

No ahondará nunca lo bastante el toro sus cuernos en el vientre del caballo del picador. El toro: lo único razonable, filosófico y humano de la llamada suerte de varas.

¿Sabéis lo que busca el toro cuando intenta perforar el bandullo del miserable caballo? El toro, como un profesor freudiano, busca deshacer un equívoco. Un complejo, como dicen los psicoanalistas. Una aguda neurosis española, soterrada desde hace un siglo en la panza del caballo del picador.

El cuerno del toro busca ¡a Napoleón!

Napoleón: agazapado en el intestino grueso del caballo. Napoleón: inventor de la suerte de varas. Napoleón: promotor de la neurosis piquera en España. No hay por qué ponerlo en duda. ¿Olvidáis que el picador de toros surgió cuando Napoleón y venció a Napoleón en los campos de Bailén?

Aun anda por ahí la vieja estampa del garrochista de Bailén (1808). Confrontadla con ésta del picador. La del picador no difiere más que en el blindaje torpe de las piernas. En lo demás, lo mismo. Castoreño y moña pínacular. Chaquetilla encarelada. Faja de seda. Pantalones de bayeta con espuelas estelares. El barboquejo cinchando la jaquetonería del rostro. La pica, apoyada en el suelo, mientras fluye en lo alto el trago de vino.

Pero Napoleón ¡Bien se vengó de esta derrota de Bailén! ¡Y cómo!

¿Cómo? Elevando el piquero a caballero. Dándole protagonismo en las fiestas. Y atrayendo hacia él -como público- toda la plebe peatona. La de los Derechos del Hombre. La triunfante de 1789. La armada de picas. La que hincó las cabezas feudales en sus picas, como moñas de ganadería.

¡Sutil, refinado refocilamiento de la plebe hispánica -todo el XIX- en la suerte de varas! ¡Goce metafísico! ¡Sentir destripado el jaco inerme! ¡Ver zarandeado como pelele (¡Goya, Goya!) al grande animal del caballo! ¡Del caballo!: la montura del señor. El señor mismo. ¡Cabáallos! ¡Cabáallos! ¡Cabáallos! (¡A ver, más aristócratas: guillotina!).

Cada cornada en el vientre del caballo: consolidación del liberalismo: el Parlamento, en marcha. Total: una institución a fuerza de cuernos. (¡Cabáallos! ¡Cabáallos! ¡Cabáallos!).

Caballos: para el histerismo de la plebe peatona. Para el apetito resentido del villano. Caballos: para que ahora ellos mismos se pisotearan las tripas como antes pisotearon las del villano peatón al arrollarle por el burgo, por el coso.

El picador de toros: nuestra Revolución Francesa. Pero también nuestra atroz Guerra de la Independencia. El piquero: triunfo de la plebe jífera que rechazó con puyas la Ilustración. Y el tricornio y la Enciclopedia y la peluca. (Del tricornio se quedó en el bicornio: la montera. De la peluca, sólo con su coleta. De la Enciclopedia, ni con las pastas).

El picador no tiene perdón de Dios, del dios de los toros: Júpiter. El picador envileció al toro. Lo hizo querencioso de mondongo y de cornada a mansalva. Porque el toro era noble. El toro atacaba a enemigos defensos. De par a par. (¡Aquel caballo antiguo caracoleando, esquivador! ¡Cuyo jinete: breve lanza -de plata- en la mano!).

Alguien dijo que un picador era más bello en su jaco que el Marco Aurelio ecuestre. No se puede urdir un disparate más delicado. Una saliva más siglo XIX.

El picador sólo debería ya salir en apisonadora o en tanque. Pero no precisa esa autorización. Del occidente llega -otra vez- el tricornio para luchar con el bicornio. Llega -simbólicamente- la peluca. Y la casaca: a desalojar al suplantador. Al intruso de un siglo. Llegan: los rejoneadores portugueses. Y llega de las marismas tartessas de Andalucía otra vez la señorilidad de los rejoneadores españoles, caballeros en nobles monturas. Aristocracia. Elegancia. Llegan los caballos de andadura en espiral. Llega el destierro de Santa Elena para el picador.

Los calzones de Bonaparte -blanco cutí-, no eran de picador? Y su sombrero, ¿no un conato de montera?. Napoleón a caballo -por las estepas de Rusia-, ¿no era el picador pintado por Zuloaga?. Recuérdese...



Una escena de Los Sitios. Dibujo de Timoteo Pamplona. Blanco y Negro. 1893.



CAPÍTULO VIII:

FERNANDO VII TAMBIÉN QUIERE TOROS.

“Que se haga pendón nuevo y también el asta, bordándose sobre grodetur carmesí, y poniendo en la pica grabado un león con la garra encima del águila imperial...”

Así comienzan las disposiciones del Acuerdo de Madrid de 5 de agosto de 1808, creyendo aniquilada para siempre el águila imperial napoleónica por el fiero león hispano, tras la heroica victoria de Bailén y la precipitada huida del ahora llamado “Pepino el Breve”.

Entre tanto, a la vez, en cinco viejos barcos fuera de uso, desmantelados, inutilizados, ruinosos y llenos de ratas -*el Terrible, el Vencedor, el Argonauta, el Bóreas y el Soberano*- anclados en la rada de Cádiz, 20.000 desdichados franceses, cautivos de Bailén, se pudren en la más infecta miseria en espera de un destino final. Están allí, aislados, anclados sobre el agua, para apartarlos de las furias de los españoles que hubieran hecho de ellos picadillo; cuando allí los trasladaban desde Bailén, algunos de ellos fueron sacados de sus cuerdas de presos por la multitud que los martirizó, degolló y destripó. La miseria y la podre -mueren y son arrojados al mar varias decenas diarias- que hasta la gaditana ciudad llegan son tales que para suprimir aquel pestífero foco se decide llevarlos, escoltados por navíos ingleses, a una pequeña isla balear de apenas diecisiete kilómetros cuadrados donde perecerían, dejados de la mano de Dios, casi todos. Hoy, una sencilla lápida de granito da noticia de aquellos cautivos de Cabrera.

Madrid entero está exultante. Tras la salida de los franceses por el camino del Norte todo el mundo se echa a la calle, a sus calles, a tomar posesión de ellas en una borrachera de entusiasmo y alegría inimaginables en una mezcla, muy española, de coplas, himnos, marchas militares, letanías, rezos, procacidades y procesiones. Se sacan a la calle las reliquias de San Isidro y de Santa María de la Cabeza, se dan gracias a Dios y se jura odio eterno al francés; los niños juegan a soldados con un palo de escoba y hasta los curas y frailes se enrolan en el ejército para aprender instrucción militar; mientras, se canta y se baila hasta la madrugada, que siempre quedará en España un trago de aguardiente, una guitarra y un cuerpo serrano para marcar un fandango.

Que toda demostración pública sea nueva y extraordinaria, y la más análoga para explicar el patriotismo de Madrid... y separarnos hasta de los trajes y

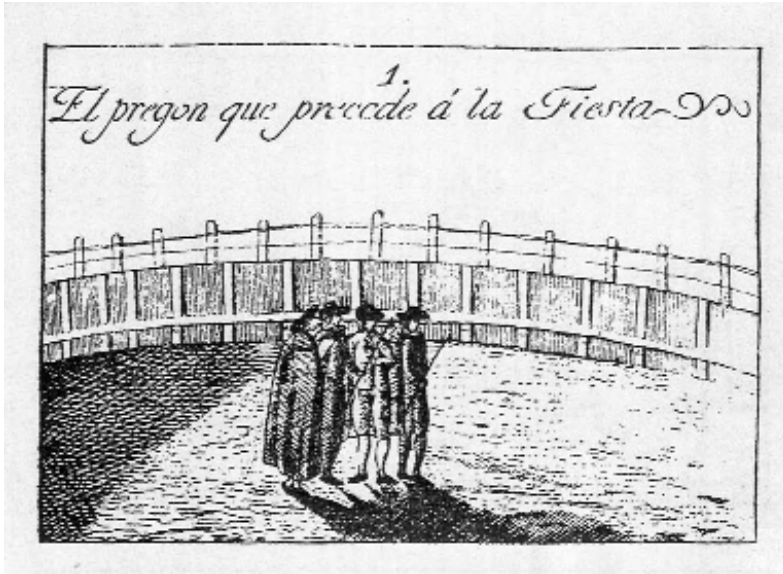
maneras francesas... que los palafreneros vistan a la antigua española... que se haga con la mayor ostentación y fausto el solemne acto de la proclamación de nuestro augusto Monarca, el señor Don Fernando VII; que...

La alegría y el jubileo se convierten en febril actividad preparatoria y se habla del día 24 de agosto a las cuatro de la tarde como fecha y hora previstas para el real evento. Han llegado a la Corte los vencedores de Bailén con el general Castaños a la cabeza, que casi es llevado en hombros por las calles de Madrid; y el general Palafox, que hace un triunfal paseo camino de Palacio donde hasta jotas le cantan; de Castilla ha venido el general Cuesta, y Cervellón de Valencia; todos ellos serán objeto del homenaje popular más encendido, vitoreados como a los toreros tras una tarde triunfal, que éste es el más glorioso reconocimiento del pueblo español.

Ese mismo día 24 la Junta Suprema reafirma el reconocimiento como único rey a Fernando VII, el bienamado; el Consejo de Castilla declara nulas y sin efecto las anteriores renunciaciones de Carlos IV y de los infantes, la supuesta Constitución de Bayona y las cesiones de los derechos dinásticos a Napoleón y al rey José. Asimismo, se declaran caducados todos los actos de gobierno posteriores al 1 de mayo de 1808, tachándolos automáticamente de los registros y echando a la hoguera, en plaza pública, todos los documentos relativos a las decisiones y decretos del rey intruso, en una ceremonia tan solemne como populachera, típicamente española. ¡Pues no quedaba guerra todavía...!

Se elabora un programa denso y abigarrado, también muy a la española, con “marcha de 15 clases cada una con un lema, Grandes de España, títulos y caballeros del acompañamiento del Alférez Mayor, en calidad de turba, ordenados de tres o cuatro al frente... cuatro reyes de armas...” Se organiza la cabalgata con un recorrido principal y un protocolo cuasi medieval, se dispone arrojar moneda por los balcones de la Casa Consistorial y se redacta el lema oficial del acto: “Viva Fernando VII, Rey de España y de las Indias, muchos y muy felices años, para mantenimiento y defensa de nuestra Religión, Patria y Monarquía”, que todo el mundo deberá corear, repetir y jalear.

A propósito de las Indias, éstas, las pobres, también estaban dejadas de la mano de la Corona, prácticamente abandonadas a su suerte, para “suerte” de los virreyes. Y ocurrió que, sabido esto y porque siempre hay quien ve crecer la hierba, hete aquí que aparece y entra en escena el señor duque de Orleans, futuro Luis Felipe; el joven príncipe, que se encuentra en “paro” por culpa de la Revolución de su país, aprovechando la confusión política de España concibe la idea de hacerse un reino particular con las posesiones españolas de América, tan abandonadas ellas. Se acuerda de



Nueva colección de estampas de toros en la Plaza de la Corte. Estampería de Escribano, calle Carretas, Madrid h. 1800. (Esta imagen y las sucesivas).

los ingleses, tan enfadados con Napoleón, y les presenta un proyecto de reino de nueva creación con grandes ventajas para Inglaterra. ¡Qué pretencioso!. Gran Bretaña, que no puede ni oír nada que venga de Francia y menos aún de un Borbón, da con la puerta en las narices al delfín varado despidiéndolo... a la inglesa.

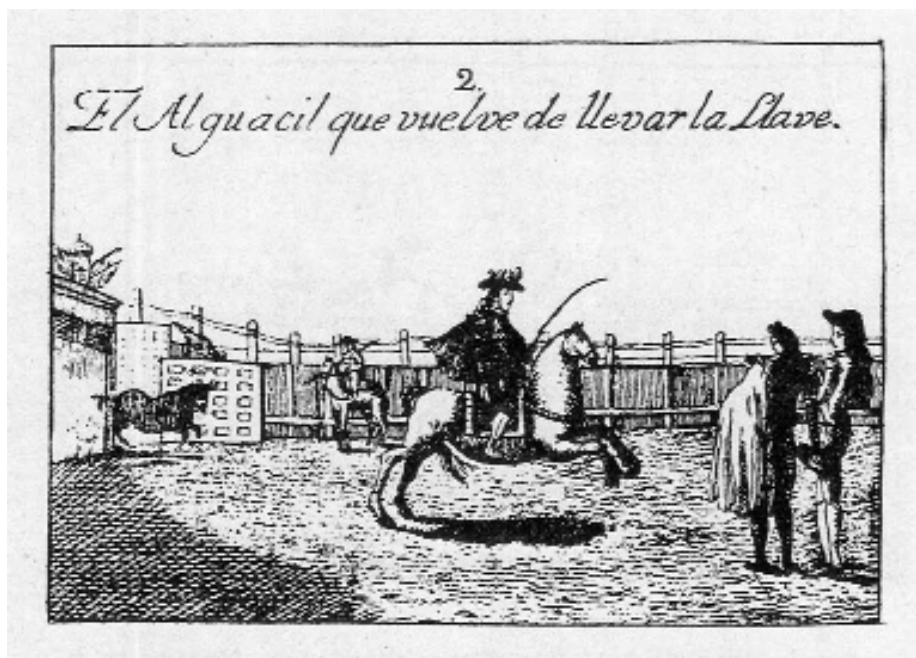
Este lance, casi cómico por lo pretencioso, toda una *boutade*, nos da una idea clara de esa confusión política que era la que verdaderamente reinaba en ese momento en España. Nadie sabía realmente quién detentaba el poder, si el antiguo Consejo de Castilla o la nueva Junta nacida al calor de los hechos. Nacen rivalidades, discrepancias, grupos en debate y oposición; todo es muy confuso e incongruente. Pero en la península los acontecimientos se sucedían, y a la lejana deserción de las tropas del marqués de la Romana allá en la danesa isla de Fionia que decide venirse con ellas a España, le sigue el desembarco de los ingleses en Portugal al mando de un tal Sir Arthur Wellesley, que llegaría a ser duque de Ciudad Rodrigo, conocido popularmente como Wellington. A todo esto, los franceses van marcando su temida reacción...

Confirmada la proclamación oficial del "bienamado" para las cuatro de la tarde del 24 de agosto las disposiciones se elaboran en serie: "... Que el día 24, 25 y 26 haya iluminación; el 25 ponga la Villa un árbol de pólvora junto a la Cibeles y coros de música, y el 26 fiesta de toros, con entrada franca para nuestras tropas, y mitad del precio para el vecindario, menos los palcos que se pagarán por su precio ínte-

gro, y el 29 otra corrida para que el vecindario y tropas puedan disfrutar de esta diversión , como la anterior”. En ellas se pone especial énfasis e interés por acomodar y agasajar a las tropas: “... que los Sres. Comisarios de toros dispongan lo conveniente para que se coloquen gratis en las corridas que se han de celebrar en los días 26 y 29 de este mes, 2.000 hombres de nuestras tropas en cada una de ellas...y se firmen las boletas de 200 asientos, también gratis, en la grada abierta para las familias del Cuerpo del Ayuntamiento” (que era quien pagaba las fiestas). Este Ayuntamiento iría a los toros en los mismos caballos de Palacio, por especial concesión a la petición del señor Marqués de Astorga que así lo solicitó.

El aviso de estas corridas se publicó, como era de rigor, en el Diario de Madrid el día 25 de agosto de 1808, cuya noticia de la primera de ellas es literalmente como sigue:

La Villa de Madrid, deseosa de obsequiar a las tropas que tan gloriosamente han defendido su Patria, y también al público de esta Corte, con motivo de la real proclamación de su muy amado soberano el señor don Fernando VII (que Dios guarde), propuso al Supremo Consejo de Castilla permitiese dos corridas de toros, en las que la entrada sería franca a las tropas, y al público por la mitad de precio ordinario en tendidos y gradas; y habiéndose venido en ello dicho supremo tribunal, se ha señalado el viernes 26 del corriente para la



primera, y el lunes 29 para la segunda (si el tiempo lo permitiere). Mandará la plaza el Sr. Dn. Pedro de Mora y Lomas, corregidor de esta villa, e intendente de su provincia.

Los catorce toros que se lidiarán en la primera serán de las vacadas siguientes: dos de la de Bernabé del Aguila y Bolaños, vecino de Villarrubia de los ojos de Guadiana, con divisa encarnada; cuatro de la de Dn. Alvaro Muñoz y Teruel, con verde; dos de Dn. Julián de Fuentes, de Moralzarzal, con blanca; dos de Dn. Vicente Perdiguero, de Alcobendas, con escarolada; dos de la viuda de Mateo Olaya, de Colmenar Viejo, con morada; y dos de Manuel García Chivato, de la misma, con azul. Picarán por la mañana los seis toros Miguel Velázquez Molina, natural de la villa de la Algaba en el reino de Sevilla, y Juan Luis de Amisas de la misma ciudad; y por la tarde lo ejecutarán a los ocho Juan Josef de Rueda, de Xerez de la Frontera, Juan Gallego y Bartolomé Manzano, de la de Sevilla. Los catorce toros serán lidiados por las cuadrillas de a pie, al cuidado de Juan Núñez (Sentimientos), y Alfonso Alarcón, quienes los estoquearán. Se prohíbe que persona alguna baxe a ponerse entre barreras, ni saltar a la plaza hasta que se concluya la función por mañana y tarde; esperando se conduzca el pueblo con la moderación que tiene acreditada, y es de desear en tales regocijos... Se previene que la tropa que deba entrar de balde en la corrida de toros, sólo será la que de acuerdo con los Sres. Generales lleven orden para ello. Estarán abiertas las puertas de la plaza por mañana y tarde hasta que se haga el despejo. Se empezará la corrida a las diez por la mañana y a las cuatro por la tarde.

Las llaves de los palcos se despacharán la víspera en la administración de la plaza.

NOTA: A beneficio del público se despachará en la carnicería que está inmediata a la plaza de los toros la libra de carne de ellos a catorce cuartos.

No puede ser más descriptivo y concreto este anuncio que incluso da referencia sobre el punto de venta de la carne de los toros que, esta vez al menos, no fue destinada a nutrir de proteínas a los gabachos soldados. (El valor líquido de la carne y aprovechamiento de los toros corridos en las dos funciones de agosto ascendió a 14.625,20 reales de los que pudo resarcirse el pagano Ayuntamiento). Solo añadiremos por lo curioso del personaje, que de media espada actuó Cristóbal Díaz, apodado “el Manchego”, lidiador que había figurado, nada menos, que como banderillero en la cuadrilla de Pepe-Hillo y que, ante un toro, era capaz de hacer cualquier cosa, como por ejemplo “montado en un toro hacer varias suertes con todo esmero, en las cuales una de las más vistosas y difíciles será tocar la guitarra y cantar al mismo tiempo que pongan banderillas de fuego; además de picar otro toro, y tras de matar al que había servido de caballo, matar al otro a pie con el estoque”. Y ya, de paso

diremos porque lo omite el anuncio -que no el cartel primorosamente impreso, junto con las boletas, en la consabida Imprenta Ybarra, con el regio encabezamiento-, que los banderilleros fueron Domingo del Corral, Francisco Hernández “el Bolero”, Ramón García, Joaquín Ortiz, Silvestre Torres, José González, Juan Ramos y Víctor Pérez. Tenemos ante nosotros las nóminas y sueldos que los toreros cobraron, ascendiendo todos ellos, por los de a caballo y los de a pie, a un total de 12.350 reales de vellón. El producto líquido de esta corrida fue de 36.051 reales.

La función del día 29 de agosto, idéntica salvo ligerísimas variaciones a la anterior, arrojó un beneficio neto de 33.561,12 reales.

Entre las dos corridas, de los 28 caballos de varas que se habían comprado, murieron 24 de ellos a las astas de los toros; unos toros que, curiosamente, se pagaron a precios bien distintos, oscilando éstos de 954 reales los de Bañuelos a 1.404 los de Zapata, lo que evidencia que de siempre, ayer como hoy, se han valorado y diferenciado unas castas de otras según su juego en la plaza y la estimación y aprecio de los aficionados.

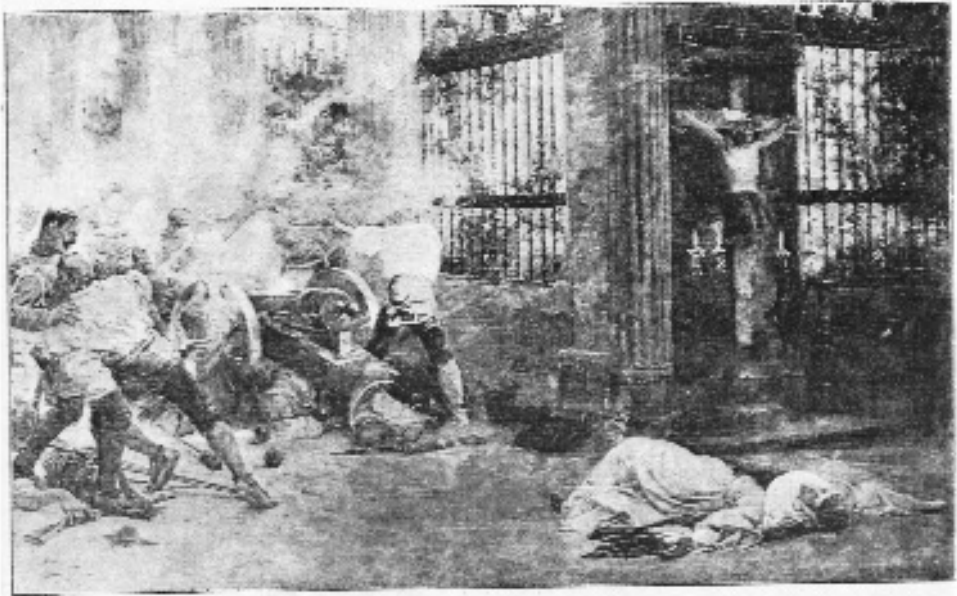
Con motivo de los toros dispuestos para estas corridas todas, es decir desde las primeras proyectadas para obsequiar al Emperador en su patrañosa y frustrada venida, la ofrecida en obsequio a José I -hasta ahora la única realmente “josefina”- y estas dos últimas “fernandinas”, hay un auténtico maremagnum de oficios y contraoficios, de idas y venidas, dimes y diretes que conforman un bien nutrido expediente capaz de hacer feliz a quienes gustamos de bucear en los legajos, máxime si además de ser un mustélido de biblioteca, se es aficionado apasionado a la historia de las fiestas de toros. Para no gravar más el relato haremos un breve resumen muy significativo del estado de aquella burocracia y administración madrileña de la época.

De aquella primera compra inicial de 90 toros -con *postillón yente y viniente*- para las presuntas napoleónicas funciones, que pasaron a pastar a las dehesas de La Muñoza, más los adquiridos después, sobraron 81 reses una vez celebrada la proclamación del “bienamado”. El Ayuntamiento ofreció estos toros a la Junta de Hospitales, propietarios de la plaza de toros, para sus próximas corridas, a su precio de coste; rechazada que fue esta oferta por considerarla elevada, se trató con los primitivos criadores devolviéndolos a sus dehesas de origen *sin perjuicio alguno de los intereses de Madrid*, como así se hizo a uno por uno causando innumerales esfuerzos y gastos. En todo este tráfigo de trashumancia taurina y papeleo oficial que ocupó a los más altos funcionarios palatinos, a los munícipes del Concejo y a los morenos mayores y garrochistas, algunas facturas quedaron sin pagar, no se sabe muy bien por qué. Cuando todos los ganaderos habían cobrado,

extrañamente se dejaron a deber 25.500 reales al contratista de toros Vicente Perdiguero quien, tras un largo rosario de ruegos, solicitudes, peticiones y recomendaciones -todo por conducto reglamentario-, además de alguna deducción en su defecto, consiguió llegar a un acuerdo con el Ayuntamiento, finiquitando su contencioso conformándose con 20.000 reales siete años más tarde, o sea en 1815. Asimismo existen en este grueso expediente reclamaciones de Manuel Aguilera “... mayoral que fue de los toros que se corrieron en los días 27 de julio, 26 y 29 de agosto de 1808” al que dice se le deben 14.593 reales “de gastos y jornales de los pastores que guardaban dicho ganado, incluso el salario del citado dicho mayoral...”; parece ser que cobró al año siguiente o, cuando menos el 13 d julio se dio orden de pago.

También hay reclamaciones de pago por parte del feísimo “Sentimientos” quien en mayo de 1809, casi un año después, andaba metido en oficios suplicando se le pagaran 2.709 reales de las dichas corridas alegando hallarse “en la más extrema miseria con una dilatada familia de su mujer, tres hijos y dos sobrinitos de corta edad... además de no cobrar hace ocho meses la pensión de 24 reales que tenía por S.M., y no teniendo el menor recurso...”.

Y lo que ya resulta sangrante es un expediente anexo promovido por los picadores Juan José de Rueda y Juan Gallego, que además de torear en las corridas de 1808 ejercieron de contratistas de caballos, en reclamación de los 3.524 reales restantes de su factura de suministro de los equinos de aquellas fiestas. Pues bien, este expediente, repleto de oficios, órdenes, disposiciones y demás y diligencias, se prolongó hasta...¡1835! en que para resarcirse de ese impago tuvieron los piqueros que aceptar un cobro en especie con unas mulas del servicio municipal de limpieza, dando lugar a que el Pagador, don Manuel María Cancio, muriera de viejo y se reclamara a los hijos de éste (¿) *el finiquito de la cuenta y el borrador de ella si existiere en su poder....* ¡Curiosa administración!.



Episodio de la Guerra de la Independencia. Pintura de César Álvarez Dumont. 1893.
La escena, al parecer, se desarrolla dentro de un claustro o un coro desconocidos, ante un Cristo que algunos expertos han querido reconocer al de la catedral zaragozana de La Seo.

CAPÍTULO IX:

TOROS QUE NO FALTEN... AUNQUE NO ESTÉ JOSÉ

Para conquistar a España harían falta doscientos mil franceses y cien mil cadalosos para mantener al príncipe condenado a reinar en ella. No, Sire, no se conoce a este pueblo; cada casa será una fortaleza y cada hombre tiene la misma voluntad que la mayoría. Todo el que diga otra cosa, o miente o no tiene ojos.

Así se lamentaba José Bonaparte a su imperial hermano tras varios quejidos lastimeros anteriores precursores de su desengaño, amargura y abandono, y en contestación a una promesa disuasoria de éste en la que le anunciaba: *Tendréis cien mil hombres. España será conquistada en el transcurso del otoño*; pero las arrugas en el ánimo de José no son fácilmente disimulables y asoman por su boca en una triste expresión: ... *que no deseo reinar en España donde el nombre de Napoleón es odiado*.

El emperador, tan sagaz siempre, toma rápidamente conciencia de la situación española y aunque no exento de dudas -“Después del contratiempo de Bailén dudé si continuar la guerra, pero las cosas estaban muy avanzadas”-, pone su estrategia en marcha. Retira tropas de Alemania para replegarlas sobre los Pirineos, manda al general Ney a reconquistar Bilbao, llama a filas a una nueva quinta y lanza por todas partes su vieja arenga guerrera: *Soldados, os necesito....*

España también necesita ayuda y, con independencia de la presencia de Wellington, envía una embajada a Londres que vuelve con un regalo de Gran Bretaña: hombres, dinero y una flota a Cádiz. El águila imperial bate furiosamente sus alas ante el rugido del leopardo inglés. Se recrudece la ofensiva francesa y de la pluma del Sire sale, rotunda y firme, la frase que escribió a José desde Erfurt, *Il faut que j'y sois*. El 18 de octubre decide en París venir personalmente a España para sofocar de un sablazo la insurrección y arrojar al mar a sus obsesivos enemigos ingleses. Dicho y hecho, según su costumbre táctica, el 5 de septiembre ya tiene dispuestos cien mil hombres que, sumados a los ya existentes, dan un contingente de más de doscientos mil; justamente los que pretextaba su gabacho hermano. Y prepara sin dilación su presencia en España.

Madrid sigue eufórico, presa de la exaltación victoriosa que vive el pueblo, y como si la guerra ya hubiera acabado cuando no ha hecho más que empezar, sigue pensando en festejos. El día 30 de septiembre, justo al día siguiente de celebrada la última corrida, ya se está pensando en más funciones: “No habiéndose podido verificar que

toda la tropa española haya disfrutado de la diversión de toros y, al mismo tiempo para resarcirse la Villa de los perjuicios que ha sufrido con motivo del desorden inevitable que hubo en la primera fiesta... e igualmente para resarcimiento de los gastos indispensables en las funciones de toros que se han celebrado, y contemplando Madrid por necesario que haya más funciones de esta clase, pudiendo ser unas seis...”.

Efectivamente, y a pesar de las advertencias y medidas cautelares publicadas en los carteles de estas corridas de la fernandina proclamación, los destrozos de la muchedumbre desbocada -y eso que en la plaza estaba el Estado en pleno- fueron inevitables: “las mismas tropas subieron al tejado de la plaza y molieron las tejas, aprovechándose también los paisanos, y entrándose además sin pagar miles de almas...”. El 19 de septiembre ya estaban reparados los destrozos ocasionados en la plaza quedando ésta lista para darse en ella más funciones, según certificación técnica del prestigioso Arquitecto Mayor de Su Majestad, Juan de Villanueva, que así rezaba: “practicado ya el rehecho de todos sus texados, reposición de tabiques y Andanadas, suprimidos para la celebridad de las últimas corridas, cierre de los bur-laderos, arreglo y reparación de gradas, escaleras, divisiones y entablados, con todo lo demás que ha exigido aquel edificio para el sucesivo uso...”.

El Diario de Madrid -que volvió a publicarse a la española el día 8 de agosto de 1808, habiéndolo hecho en folio a la francesa desde el 10 de mayo hasta el 17 de junio, y de ahí como Gaceta- del sábado 17 de septiembre publicaba: “Los carteles de toros, así de esta función, como de las otras que en lo sucesivo se hagan, se hallarán venales, según costumbre, en casa de don Vicente Zelles, calle de Hortaleza; en la confitería de la Ancha de los Peligros; en los puestos del Diario frente a Santo Tomás y plazuela de Antón Martín; en la cerería de Santo Domingo, y en el almacén de pólvora de la calle de Toledo”.

A petición de la Junta de Hospitales, y para su beneficio, se concedió superior permiso para la celebración de seis corridas de toros a celebrar en su Plaza de la Puerta de Alcalá, en funciones de mañana y tarde -o sea, doce medias corridas, que equivalen a doce de las nuestras actuales e incluso más, porque aquellas eran de siete u ocho toros cada media- los días 19 y 26 de septiembre, y 2, 10, 17 y 24 de octubre, siempre en lunes.

Esta circunstancia de que siempre, o casi siempre, se celebraran en lunes, además de ser una costumbre ya inveterada, tenía su origen en las prohibiciones civiles que, como ya vimos en su momento, trataban de evitar desgracias por la algarabía y aglomeración de gentes en los días festivos. A lo largo del siglo XIX volvieron a celebrarse las corridas en domingo, y aún en jueves, dándose una nueva retrocesión en 1904 con motivo de la Ley del Descanso Dominical que amenazó seriamente su

celebración; famoso fue el mítin de los jardines del Retiro en la primavera de ese año para el que el célebre Mariano de Cavia *Sobaquillo* compuso, con un humor excelente, la letra del *Himno de la Libertad Torera* que fue cantado por todos los asistentes dejando bien patente que los toreros, como artistas, no “trabajan”.

Apoyándonos en la relación de Francisco López Izquierdo -maestro admirado y compañero en la Unión de Bibliófilos Taurinos de España- que la tomó a su vez del Diario de Madrid, reproduciremos aquí, telegráficamente, la parte sustancial de los avisos de las seis corridas de los Hospitales Generales con indicación de sus productos e incidencias destacables:

1ª Corrida de toros. Lunes 19 de septiembre de 1808 (Mañana y tarde).

Toros: 5 de D. Juan Díaz Hidalgo, con divisa encarnada; 5 de la que fue del conde de Valparaíso, azul y 4 de D. Magín Martín Moreno, verde.

Picadores: José Doblado (si llegase a tiempo) y Bartolomé Manzano para los seis toros de la mañana. Luis Corchado, Miguel Velázquez de Molina y Juan Luis de Amisas para los de la tarde.

Espadas: Agustín Aroca y Juan Núñez “Sentimientos”.

Producto: 107.369,10 reales de vellón.

Incidencias: nueve caballos muertos. Cogida leve de “Sentimientos” y cogida del banderillero Joaquín García, sin importancia.

2ª Corrida de toros. Lunes 26 de septiembre de 1808 (Mañana y tarde).

Toros: 4 de D. Alvaro Muñoz y Teruel, encarnada; 6 de D. Juan Díaz Hidalgo, azul; y 4 del conde de Valparaíso, verde.

Picadores: Los seis de la mañana picados por Francisco Ortiz (si llegase a tiempo) y Juan Gallego. Por la tarde Luis Corchado, Bartolomé Manzano y Juan Luis de Amisas.

Espadas: Agustín Aroca y Juan Núñez “Sentimientos”, si estuviere en disposición para ello.

Producto: 87.358,20 reales.

Incidencias: nueve caballos muertos. Agustín Aroca toreó por última vez pues fue fusilado por los franceses. “Sentimientos” toreó al fin , pues la cogida de la corrida anterior era leve.

3ª Corrida de toros. Lunes 3 de octubre de 1808 (Mañana y tarde).

Toros: 5 de D. Alvaro Muñoz, encarnada; 4 de D. Juan Díaz Hidalgo, verde y 5 de la que fue del conde de Valparaíso, azul.

Picadores: Francisco Ortiz y Juan Gallego para los seis de la mañana. Para los de la tarde Juan José de Rueda, Luis Corchado y Miguel Velázquez de Molina.

Espadas: Jerónimo José Cándido y Francisco Herrera Guillén (si llegase a tiempo) “mediante no poderlo verificar, por su indisposición, Agustín Aroca; y de no presentarse aquellos, al de las medias espadas Alfonso Alarcón, Lorenzo Badén y Joaquín Díaz, quienes los estoquearán”.

Producto: 113.420,12 reales.

Incidencias: doce caballos muertos. La “indisposición” de Aroca era evidente y total...; Cándido y Guillén se presentaron.

4ª Corrida de toros. Lunes 10 de octubre de 1808 (Mañana y tarde).

Toros: 4 de D. Alvaro Muñoz, encarnada; 4 de D. Juan Díaz Hidalgo, verde; 4 del conde de Valparaíso, azul; 1 de D. Manuel Aleas, escarolada; y 1 de D. José Balsa, nuevo, de Toledo, blanca.

Picadores: Luis Corchado y Bartolomé Manzano para los seis de la mañana; los ocho de la tarde para Juan José de Rueda, Francisco Ortiz y Juan Luis de Amisas.

Espadas: Jerónimo José Cándido y Francisco Herrera Guillén “Curro Guillén”

Producto: 112.800,40 reales.

Incidencias: quince caballos muertos. Algunos altercados.

5ª Corrida de toros. Lunes 17 de octubre de 1808 (Mañana y tarde).

Toros: 1 de D. José Jijón, encarnada; 5 de D. Alvaro Muñoz, verde; 4 de D. Juan Díaz Hidalgo, azul; y 4 del conde de Valparaíso, blanca.

Picadores: Juan José de Rueda y Francisco Ortiz para los seis de la mañana; Los cuatro primeros de la tarde para Luis Corchado y Manuel López, nuevo. Los otros cuatro para Juan Gallego y Bartolomé Manzano.

Espadas: Jerónimo José Cándido y Francisco Herrera “Curro Guillén”.

Producto: 99.058,40 reales.

Incidencias: siete caballos muertos. Algunos altercados.

6ª Corrida de toros. Lunes 24 de octubre de 1808 (Mañana y tarde).

Toros: “Diez con divisa encarnada de la vacada de D. Alvaro Muñoz, que hoy pertenece a D. Vicente Perdiguero... y cuatro de la del mismo Perdiguero, con divisa morada”.

Picadores: Los seis de la mañana para Luis Corchado y Manuel López; los cuatro primeros de la tarde para Juan José de Rueda y Juan Gallego; los cuatro últimos para Francisco Ortiz y Miguel Velázquez de Molina.

Espadas: Jerónimo José Cándido, “Curro Guillén” y Juan Núñez “Sentimientos”.

Producto: 125.447,40 Reales.

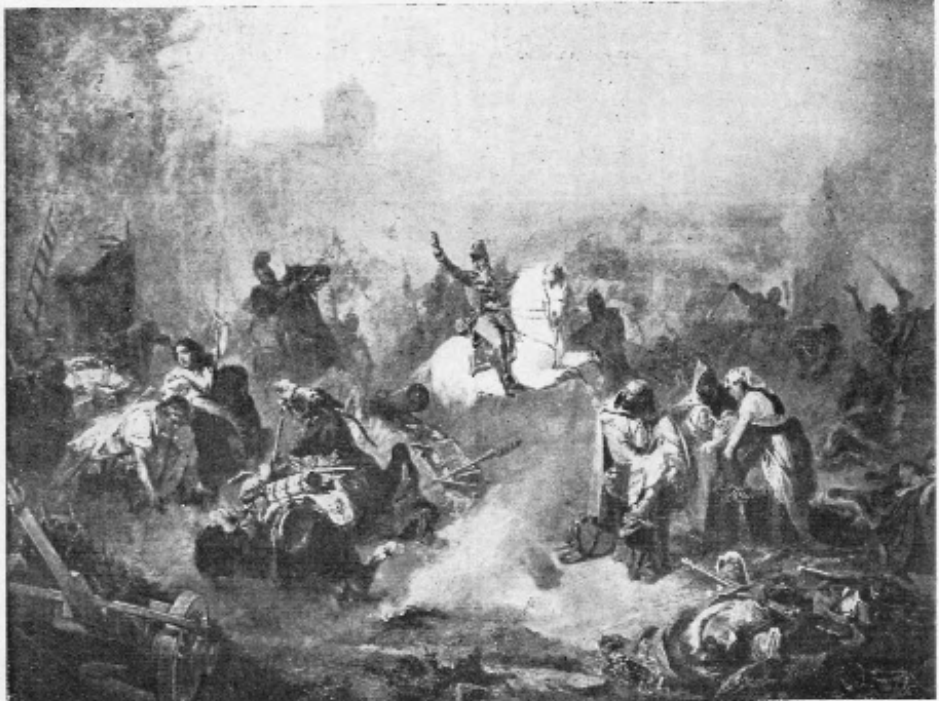
Incidencias: siete caballos muertos.

El estado de ánimo de las gentes, el triunfalismo, y el comportamiento bullanguero de las tropas que con tanto agasajo asistían a las corridas, produjeron no pocos incidentes, altercados de orden público y desacatos en la plaza que, acabada la quinta corrida, el señor duque del Infantado, tan “josefino” él, tentado estuvo de poner punto final a los festejos:

Sin embargo de que había determinado, que por lo adelantado de la estación, y otras consideraciones, se suspendiesen las funciones de toros en el presente año; atendiendo a que la que debía ejecutarse el lunes próximo (24 de octubre) es la última de esta temporada, y a los objetos recomendables a que se destina el producto; he venido en permitir que se ejecute según estaba acordado. En este supuesto, y conviniendo mantener durante la función, la quietud y buen orden que corresponde, encargo a V.S. que tome al efecto todas cuantas medidas juzgue oportunas, siendo precisamente entre otras la de poner en cada tendido un alguacil vestido de golilla, que asistido de otros dependientes, evite con su presencia y reflexiones prudentes, cualquiera movimiento, acción o expresión que pueda alterar el buen orden, advirtiéndole estrechamente a los mismos alguaciles, que de ninguna manera, ni aún con necesidad, ejerzan en sus puestos acto alguno que pueda exasperar los ánimos, sino que sólo empleen la persuasión, y observen el sujeto o sujetos, que a pesar de ella, se excediesen para seguirlos y prenderlos a distancia de la plaza, o en sus mismas casas, si fueran conocidos...

Varios oficios siguieron a esta orden del duque asintiendo, ratificando y disponiendo todo lo necesario para mantener el orden en la plaza lo que, al parecer, se consiguió a duras penas. Esto nos da una idea bastante precisa del punto de exaltación y del fondo de crispación que tanto en el pueblo como en las tropas reinaban, que el propio Infantado en su orden recomienda encarecidamente haya tacto para no *exacerbar los ánimos*. Porque, por encima del triunfalismo infundido por lo de Bailén, algo turbio y denso se mascaba en el aire inquietando al pueblo. Es el águila imperial que sobrevuela de nuevo los afilados picos de los Pirineos...

Todavía se celebró el domingo 27 de noviembre, como broche final de una temporada anómala llena de sucesos y frustraciones, una fiesta de novillos, no se sabe muy bien con qué motivo y a qué beneficio, de la que hay muy poca noticia; solamente lo aparecido dos días más tarde en el madrileño Diario : que actuaron como espadas Alonso Alarcón “el Pocho”, Lorenzo Badén y Joaquín Díaz, y que el producto líquido obtenido fue de 18.010 reales de vellón. (Según indicios nada fiables, bien pudiera haber sido un festejo gremial de los que para honrar a un santo patrón se celebraban). La Plaza de Toros de la Puerta de Alcalá cerró sus puertas que ya no volverían a abrirse, salvo para fines de guerra, hasta el verano de 1810.



El primer Sitio de Zaragoza. Pintura de Alejandro Ferrant. 1908.

CAPÍTULO X:

LA NAVIDAD ESPAÑOLA DE NAPOLEÓN

El 3 de noviembre de 1808, altivo y totalmente seguro de sí, llega el emperador a Bayona y anuncia que *ha tomado personalmente el mando de su ejército*. Esta es su mejor arenga. Trae, además, tropas veteranas, viejos granaderos que llevan en su cuerpo y en su alma mucha campaña europea. ¡Ahora verán esos españoles, *esa chusma mandada por un atajo de curas!* Personalmente supervisa las tropas, la impedimenta, el armamento, la intendencia, todo. A unos frailes que fueron después a cumplimentarle a Tolosa -pobres ingenuos ellos, que no sabían de la aversión napoleónica por los hábitos religiosos- les dice a bocajarro: “Señores monjes, si tratan de mezclarse en nuestros asuntos militares prometo cortarles... las orejas”. Su calendario se cumple inexorablemente; el día 7 está en Vitoria en el cuartel general de su hermano José, que ocupa un segundo plano y le presenta a los afrancesados notables a los que el Sire desprecia olímpicamente; el 9 derrota a las tropas españolas de Blake que le plantan cara en la burgalesa villa -la de los infanzones que tienen el privilegio de guardar el sueño de los reyes- de Espinosa de los Monteros; el 10 está en Burgos, tomada sin esfuerzo, instalándose por diez días en el palacio arzobispal donde recapacita, reorganiza y replantea, decidiendo seguir adelante y reemprender el camino hacia Madrid el día 23 de noviembre.

Pero en Madrid se espera la entrada de las tropas inglesas del duque de Wellington para el día 24, por cuyo fausto motivo el Ayuntamiento de la Villa, como siempre, anda que pierde la levita en preparativos para agasajar al británico y, como no está el horno para bollos taurinos, se piensa en ofrecerle teatro. En consecuencia, se ordena “se hiciesen dos piezas cómicas, una sobre la entrega de las armas a los nuestros en Portugal, y otra alusiva a los auxilios que prestaron por la venida de nuestras tropas que estaban en el Norte, y heroica acción del oficial español que llevó los pliegos al marqués de la Romana... y se acordó se llamase a los poetas Zavala y Castrillón, encargándoles a cada uno de ellos la ejecución de estas piezas... y que se avisten con el Rvdo. P. Fray Tomás Ings para que se sirva poner en idioma inglés el argumento de las dos piezas referidas, y además traducir *La Defensa de Valencia y Los Patriotas de Aragón...*” ¡Cada loco con su tema!.

Las tropas españolas se adueñan de Santander pero pierden Tudela a manos de Lannes por lo que Palafox se retira hacia Zaragoza y Castaños a Calatayud. Napoleón avanza camino de Madrid y el 30 de noviembre se encuentra con la gran barrera montañosa de Somosierra, verdadera muralla y puerta de la capital. Tras la

lenta infantería, lanza el emperador a la brigada de caballería ligera polaca que, en un ataque brillantísimo, resuelve magníficamente la batalla en lo que ha sido considerado por todos los tratadistas militares como “uno de los más asombrosos hechos de armas de la historia militar”.

El 2 de diciembre a primera hora de la tarde llega Napoleón a Chamartín alojándose, como su hermano lo hiciera en julio para hacer su entrada oficial en su nueva corte, en la quinta del duque del Infantado, antiguo palacete de Felipe II (en los años en torno a 1970 era un colegio femenino del Sagrado Corazón). Madrid, lleno de barricadas y defensas improvisadas está dispuesto a resistir a toda costa, que la Junta Suprema, además, así lo ha decidido antes de partir (¿huyendo?) para Badajoz. La moral es muy alta y la exaltación de la gente tan crítica que se respira un aire totalmente revolucionario. Los ánimos tan caldeados están que se asalta y se asesina a la menor sospecha de colaboracionismo o afrancesamiento. Al señor marqués de Perales, comisionado que era para los asuntos taurinos y que había gozado siempre de la confianza del pueblo, lo lincharon en plena calle por traición y sabotaje acusado de poner arena en los cartuchos -el 27 de octubre de 1808 el pleno de la Junta de Propios y Arbitrios ya declaró el cese de todos los cargos y comisiones que como Regidor había tenido el marqués- lo estrangularon inmediatamente y desuartizaron enviando sus miembros como trofeos a los distintos barrios de la ciudad. Pero Napoleón no quería emplear en Madrid la fuerza, y la resistencia alteraba sus planes; se acordaba de Zaragoza -que “demostró lo que era capaz de hacer una población numerosa y exaltada”-, de la lucha casa por casa y de lo costoso y terrible de ese tipo de conquista, y decidió una pequeña escaramuza, más una amenaza que un ataque, y un ultimátum: “Si a las tres de la tarde no veo la bandera en los campanarios en señal de sumisión, mañana todos los habitantes serán pasados por el filo de la espada”. El rey José, postergado, aguardaba semiescondido en el pabellón de caza del Palacio de El Pardo. El día 4 de diciembre el general Belliard se hace cargo del mando militar de la ciudad.

Napoleón hace su entrada solemne en Madrid; una entrada testimonial, y temiendo encender el odio español con su presencia se retira nuevamente a Chamartín. Un solo día irá el Sire a pasarlo con su hermano a Madrid, un tanto “de tapadillo”. Acompañado de numeroso séquito por razones de seguridad, a pesar de querer pasar lo más inadvertido posible -difícil empresa-, y entrando por la Puerta de Recoletos, se llegó hasta Palacio donde su hermano José le esperaba a pie de escalera; la subieron lentamente y cuando llegaron al primer descanso, poniendo su mano sobre uno de los leones que coronan la balaustrada, dijo complacido: *Je la tiens, en fin, cette Espagne si désirée*. Y volviéndose hacia José añadió *Mon frère, vous serez mieux logé que moi*. Entró en los salones sin apenas mirarlos y mandó que le enseñaran el

retrato de Felipe II que pintara Pantoja de la Cruz ante el que, en silencio y con las manos atrás, estuvo unos minutos contemplándolo ensimismado, totalmente abstraído y admirado; de pronto, bruscamente, como despertando de un sueño, dio media vuelta y desapareció volviendo a Chamartín. ¿Qué extraños pensamientos le sugeriría aquella magnífica efigie, serena y señorial de un rey católico, hijo de emperador, que heredó el poder sobre más de medio mundo dos siglos y medio antes...?

Después de unos días de reorganización del gobierno del país, salió para expulsar a los ingleses que estaban en Valladolid al mando del general Sir John Moore. Advertidos éstos, se retiran a La Coruña para embarcar, en una de esas operaciones marineras típicamente inglesas, de vuelta a casa; el general Moore murió en la retirada y enterrado está en la capital gallega. Estando en Astorga recibe el Sire malas noticias de Austria donde la guerra está tomando muy mal cariz. Por culpa de esta odiosa España, Napoleón está desatendiendo a Europa y su ausencia del escenario de la guerra se está dejando notar. Tiene que marcharse de España lo que llevará acabo el 17 de enero. Pero antes de que el águila imperial se vaya a volar por otros cielos, nos detendremos aquí con ella para atender a un curioso relato.

Hay una vieja historia, quizá una leyenda, que honra y humaniza la figura tan estereotipada, tan deshumanizada, de Napoleón. Y tanto así lo consigue que nos parece inverosímil si no fuera porque está basada en unos diarios debidos a la pluma de la religiosa que fue su protagonista; una abadesa que por primera vez en su vida tomaba café, en un día de Navidad... y con un emperador. Es una historia muy sencilla y entrañable, como un cuento navideño inventado para leerlo al calor del fuego de una chimenea, en una cruda noche de invierno.

Todo transcurre en un pequeño pueblecito de apenas sesenta casas y poco más de un ciento de habitantes llamado Torrecilla de la Abadesa, dependiente del partido de la histórica villa de Tordesillas en la provincia de Valladolid. Da la impresión de que quien le pusiera nombre a la aldea hubiera albergado el presentimiento de esta conmovedora historia. Allí, desde tiempo inmemorial, una comunidad de monjas clarisas dedican su vida contemplativa a la oración en el convento de Santa Clara donde reciben de sus devotos aldeanos los diezmos y primicias que la dura tierra les da para su sustento. En régimen de abadengo, toda la vida de la aldea gira en torno al convento bajo la sombra del campanile de su pequeña torre de San Vicente; que la abadesa, bajo la autoridad mitral del obispo de Palencia, siempre fue a través de los siglos, en paz y en guerra, la regidora de aquel contorno y hasta, desde el siglo XVI, potestad tiene para elegir cura párroco.

Aquel invierno de 1808-1809 había venido casi por sorpresa, bruscamente, con una crudeza extrema desde hacía muchos años desconocida, sobre el ya consabido clima característico de Castilla. El frío y el viento, la nieve y el hielo, hacen casi imposible la existencia en aquellos riscos y parameras donde todo duerme aletargado y donde sólo el humo de algunas humildes fogatas del pequeño caserío de la aldea dan unas pocas señales de vida en su interior.

El águila napoleónica, el fiero Napoleón, a caballo delante de su ejército, atraviesa estas tierras en unas marchas forzadas de catorce o quince horas diarias sin descanso, pasando el Guadarrama, y de allí al Duero, y del Duero a Medina de Rioseco, y de Medina a Benavente, persiguiendo obsesivamente a los ingleses. Las penurias del invierno son insoportables:

la nieve cegaba a los hombres y a los caballos; un viento impetuoso los derribaba arrojándolos al precipicio; la nieve y el granizo cubrían los caminos, llenaban las zanjas; el frío era intensísimo y las ráfagas de viento arrancaban los árboles... a las tempestades de nieve suceden los chaparrones de lluvia helada... las tropas, rendidas por el cansancio tienen que acostarse sobre el fango... a todos estos tormentos se suma el hambre; el ejército no encuentra alimento alguno en las míseras aldeas abandonadas por sus habitantes... los hombres y los caballos chapoteaban en los terrenos pantanosos; tres viejos granaderos de la guardia que, encontrándose en la imposibilidad de continuar y no queriendo quedarse atrás por temor a las torturas asesinas de los campesinos, se saltaron la tapa de los sesos con sus propios fusiles...

En estas circunstancias llega la Navidad de 1808; una Navidad que nadie olvidará nunca, ni siquiera la historia, llena de odio, sangre, muerte y horrores en los que esta vieja España se ha visto envuelta casi sin comerlo ni beberlo. Napoleón, al frente de su extenuado ejército ve llegar la Nochebuena tras de una intensa jornada de marcha sin descanso; se les ha echado encima la noche sin darse cuenta, envueltos todos en la febril campaña de persecución al inglés. Es necesario un descanso; pero hasta bien entrada la madrugada no hallan un acomodo medio digno para el emperador. Llegan al pequeño pueblo de Torrecilla de la Abadesa y, guiados por su espadaña, se acercan hasta el convento de Santa Clara donde las monjitas tienen una pequeña y humilde hospedería para peregrinos y pobres transeúntes. Se aloja allí el imbatible, pero cansado, Napoleón.

En aquella jornada de dura marcha los franceses han dado caza a unos emisarios espías españoles que llevaban para sus jefes unos informes muy detallados de los movimientos de tropas de los gabachos en aquella zona. La información es muy

valiosa para los ingleses; van a fusilar a los detenidos en Torrecilla después de interrogarlos. Resulta que los espías son el cura de Tordesillas, dos frailes -los tres disfrazados-, y tres guerrilleros. La madre abadesa de Santa Clara, una anciana octogenaria llamada María Manuela Rascón, aterrada, cede el locutorio del convento como prisión de los eclesiásticos donde esperarán, irremisiblemente, la hora de la muerte. Los guerrilleros son sacados de la clausura para llevarlos a unas cuadras; al poco tiempo suena una descarga de fusilería. Es Nochebuena, casi día de Navidad, es el nacimiento del Niño Dios, es Napoleón, es la guerra...; la abadesa llora, gime, suplica, tiritita...y ordena a sus monjas rezar desde el coro por las almas de aquellos desdichados -y por ellas mismas, que muchas monjas de otros cenobios han corrido la peor suerte...- en unas oraciones que, como un blanco rumor del fondo del alma, llegan sin cesar, angelicales y temblorosas, como una nana celestial, hasta la celda donde el temido Sire descansa. Un camastro, un sillico y una mesa sobre la que un lebrillo y un pichel componen aguamanil y lavabo, son todo el alhajamiento de la conventual estancia; le han servido al emperador lo poco que tienen, caldo caliente, unas berzas, algo de tocino y un chocolate con unos duros picatostes, los mismos con que obsequian al señor obispo cuando, una vez al año, por santa Clara, viene a visitar la abadía.

Napoleón está solo, completamente solo, con esa soledad amarga y honda que alarga los minutos y eterniza las horas cuando, a pesar de la gente cercana, inunda el alma y ahoga el corazón. Es la soledad de los poderosos que se hace más patente aún en la reflexión de una humilde celda. Los recuerdos de otras navidades afluyen a su memoria, París, quizá Córcega, su madre, los dulces de su casa... Mas no hay que abatirse, porque para eso es el emperador. Se pone su uniforme de gala con todas sus condecoraciones y ordena que sus generales hagan lo mismo y le acompañen. Manda a su ayudante que le sirvan café; en el convento no hay café, no saben lo que es eso. Ordena que le preparen el café de munición, el que, a pesar de sus gástricos ardores, toma después de sus comidas. Y como si quisiera celebrar la Navidad, haciendo una tregua consigo mismo, pronto el pequeño refectorio abacial de las clarisas se convierte en una improvisada sala de banderas, con aromas de café y tabaco, en donde se felicita la Pascua y se brinda por la Francia y por su invicto Emperador. En un repente, Napoleón manda llamar a la madre abadesa que, arrobada y temerosa, no se atreve a entrar en la pieza impresionada por aquella compañía imponente y deslumbradora de generales y mariscales; ordena entonces salir a sus militares y la invita a sentarse con él a solas. La tranquiliza asegurándole por su honor la integridad de toda la Comunidad y le ofrece café que la anciana monja con un gesto aprensivo rechaza; no lo ha tomado nunca, que eso es cosa de hombres y, además, no lo permite la Regla; al final, forzada por el emperador, acepta resignada una taza. Se levanta la abadesa como por impulso y de una alacena cerrada bajo



siete llaves saca una frasca de licor de hierbas -que, como los picatostes, guarda para el obispo- y sirve a Napoleón en un vasito minúsculo. El emperador nunca bebe solo; también la abadesa, violentada por la insistencia, acepta probar el néctar. Entre sus manos inquietas un rosario nervioseas por sus dedos sarmentosos y lívidos mientras sus labios bisbisean sin parar una avemaría tras otra. Tiene la vista baja mirando a ninguna parte y sus mejillas han enrojecido de repente. Napoleón, muy cortés, le habla en tono suave, le hace preguntas sobre ella, sobre el convento, sobre su vida y sobre España. La abadesa, poco a poco, va confiándose en la charla sin dejar de jugar con el rosario; los rezos de las monjas, incesantes, monótonos, llegan hasta la estancia con el único quebranto de la tintineante campanita de la torre de San Vicente, que da unas horas perdidas en una liturgia vulnerada por la inesperada visita sorpresa de los franceses.

Charlan Napoleón y la abadesa, se cuentan confidencias infantiles navideñas y afloran en ambos los recuerdos, las añoranzas de otro tiempo. ¡Cuánto ha cambiado todo! El Señor de los Cielos y el señor de la guerra así lo han querido..., se consuelan y lamentan. La abadesa es una mujer graciosa y simpática que pronto conecta con el Sire sabiendo cómo llegarle a sus adentros en busca de un corazón que el mundo le niega pero que a buen seguro tiene. Mujer al fin, intenta agradar al imponente huésped preguntándole por todas y cada una de las condecoraciones que brocan su pecho; halagado él, las va enumerando contándole su importancia y signifi-

cado y en qué hazaña bélica las consiguió. Lo que parecía iba a ser una visita de cumplido se convierte en una larga charla amistosa y cordial. La abadesa, que también se encuentra sola -le dice-, y sólo halla consuelo en Dios, se ha ganado la voluntad de Napoleón haciéndole hablar por los codos. Así pasan la tarde del día de Navidad, corta y fría, a la luz de un velón y al calor de un buen fuego, sin que nadie para nada les moleste. Cuando ya la tarde pardea y el oscuro azul asoma por los estrechos ventanales, la abadesa pide permiso para retirarse al oír el salteado toque de la campana. Se levantan, se despiden, el emperador hace una gentil reverencia a la madre y ella le ofrece a Napoleón su viejo rosario como recuerdo y regalo navideño. El generalísimo quiere corresponder ofreciéndole a la monja mil francos en oro para que invite a toda la Comunidad y, humorísticamente, le participa que, a partir de ahora en adelante, ya podrá utilizar el título de “abadesa-emperatriz”. Ríen; ella muy turbada y él muy complacido. Ya son amigos. Entonces la madre, lista como el hambre de aquellas tierras, propone al Sire un trato: le cambia el oro y el “título” por una gracia muy especial. ¡Trato hecho!, dice el emperador. La gracia que pide la abadesa es la libertad para los prisioneros que esperan en el locutorio de la casa su fusilamiento. Y Napoleón, con otra reverencia y una sonrisa de complacencia, se la concede.

A la mañana siguiente, al amanecer, la fanfarria militar y los atronadores atabales anuncian la partida de Napoleón y toda su tropa, camino de Astorga. La abadesa y las monjitas de Santa Clara salen todas a despedirle, con un suspiro en sus bocas que no dejan ni por un instante de rezar dando gracias al Señor; al fondo, casi imperceptible por el fragor de la caballería que se aleja, se deja oír el campanillo de la torre de San Vicente que toca a rebato de alegría. Los prisioneros han sido liberados y se disponen, cristianamente, a dar sepultura a los tres guerrilleros que por muy poco no salvaron sus vidas. Cuando las clarisas se retiran y van a la celda de la hospedería que ha ocupado el emperador, encuentran sobre la mesa un bolsillo con los mil francos en oro y una nota de puño y letra imperiales que escuetamente dice: *A madame l'Abbesse-Imperatrice. Merci. D'un soldat ami. Napoleón.*

A partir de aquel día, todos los años por Navidad y como un milagroso recuerdo, las monjitas del convento de Santa Clara de Torrecilla de la Abadesa tomarían un humeante y oloroso café. ¿Llevaría consigo Napoleón el rosario de la madre María Manuela a su exilio de Santa Elena...?



Grav. p. 180

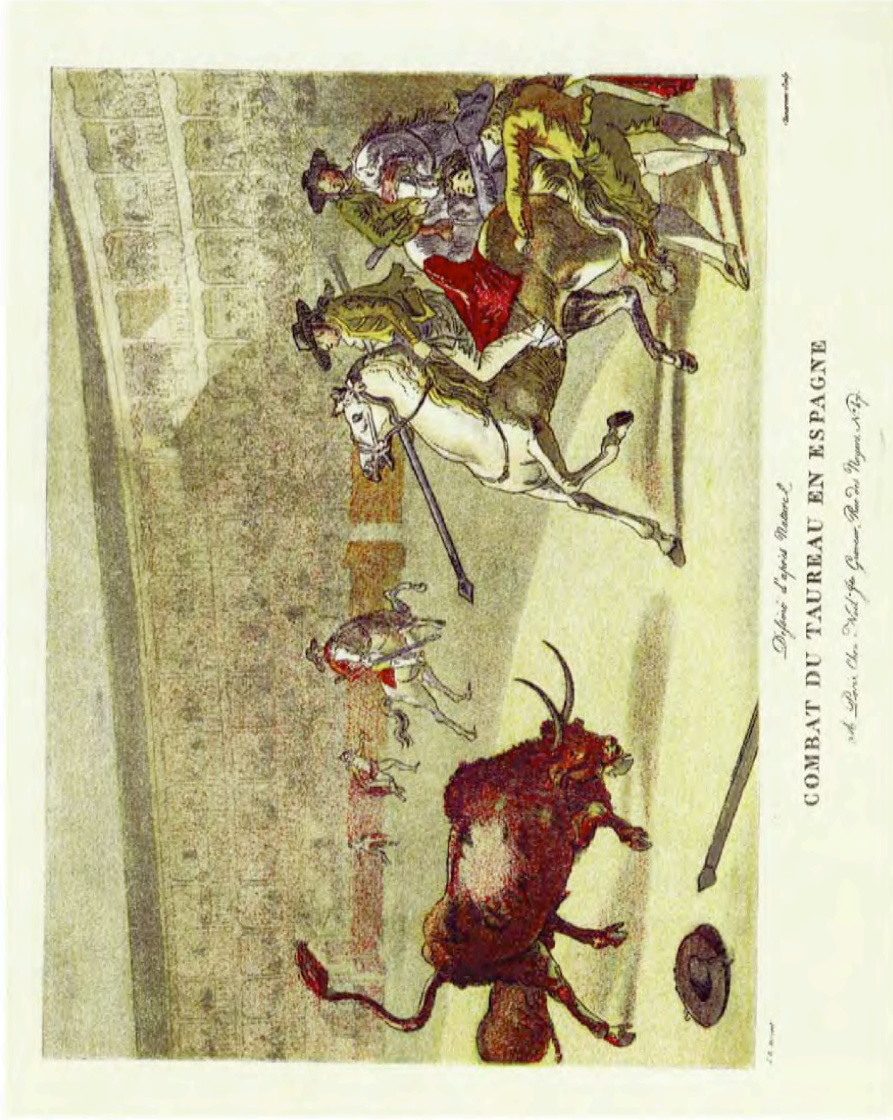
El Gallo y el Gallo Del 1810

EL TORERO

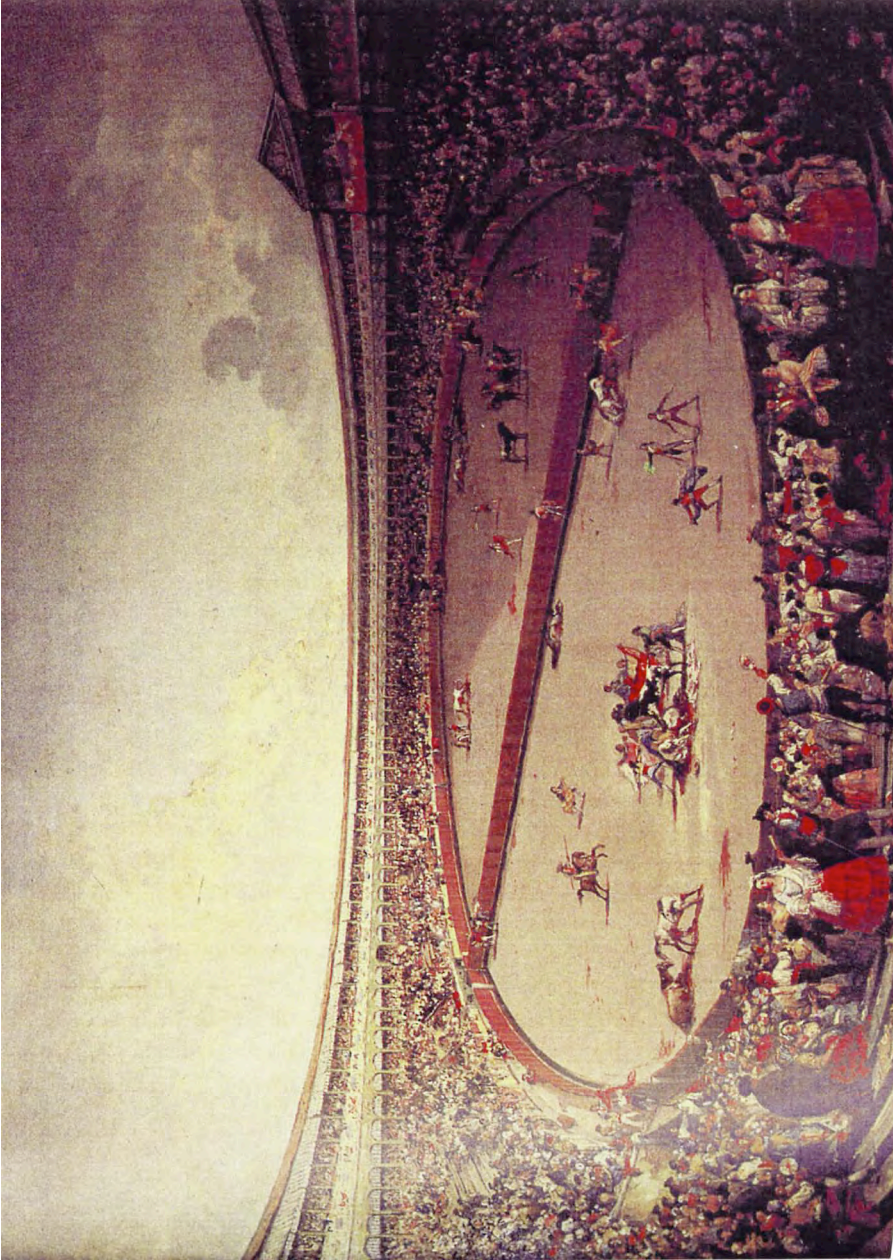
ANEXO FOTOGRÁFICO



Le petit parisien. 1908. Portada del suplemento literario ilustrado “Le centenaire du siège de Saragosse”. Estampa un tanto tendenciosa en la que, con el ejército francés penetrando en Zaragoza, una mujer (supuestamente Agustina de Aragón) arenga a los ciudadanos a que vuelvan a la brecha.



Grabado en colores sobre cobre. A. PARIS. CHEZ. NOEL. GRAVEUR. S. R. INVENTIT. CLAVAREAU SCULP. H. 1813.



Corrida de toros en plaza partida. Plaza de Toros de la Puerta de Alcalá. H. 1800.



Picador. Litografía en colores. Lewis J.F. Londres. H. 1815.





El toro mariposa ("Fiesta en el aire" "Buelan buelan"). Goya. Burdeos. 1825.



La Casa Grande. Gerena (Valencia). En esta magnífica mansión dieciochesca, erigida por José Pedro de la Cárcel en 1780, y en este dormitorio que conserva hoy intacta su decoración, se alojó durante varios días el Rey José Bonaparte acompañado por sus “edecanes” los mariscales Jourdan y Soult. Dicen y cuentan que a la mañana siguiente de su llegada (23 de octubre de 1812), al salir Bonaparte de la casa y mientras se alejaba por la vega del río Magro, José Pedro de la Cárcel lo tuvo encañonado y a tiro desde el salón de la chimenea dorada.

De liberar a España con este disparo le disuadieron por miedo a que Gerena fuera pasto de las llamas y sus habitantes pasados a cuchillo.



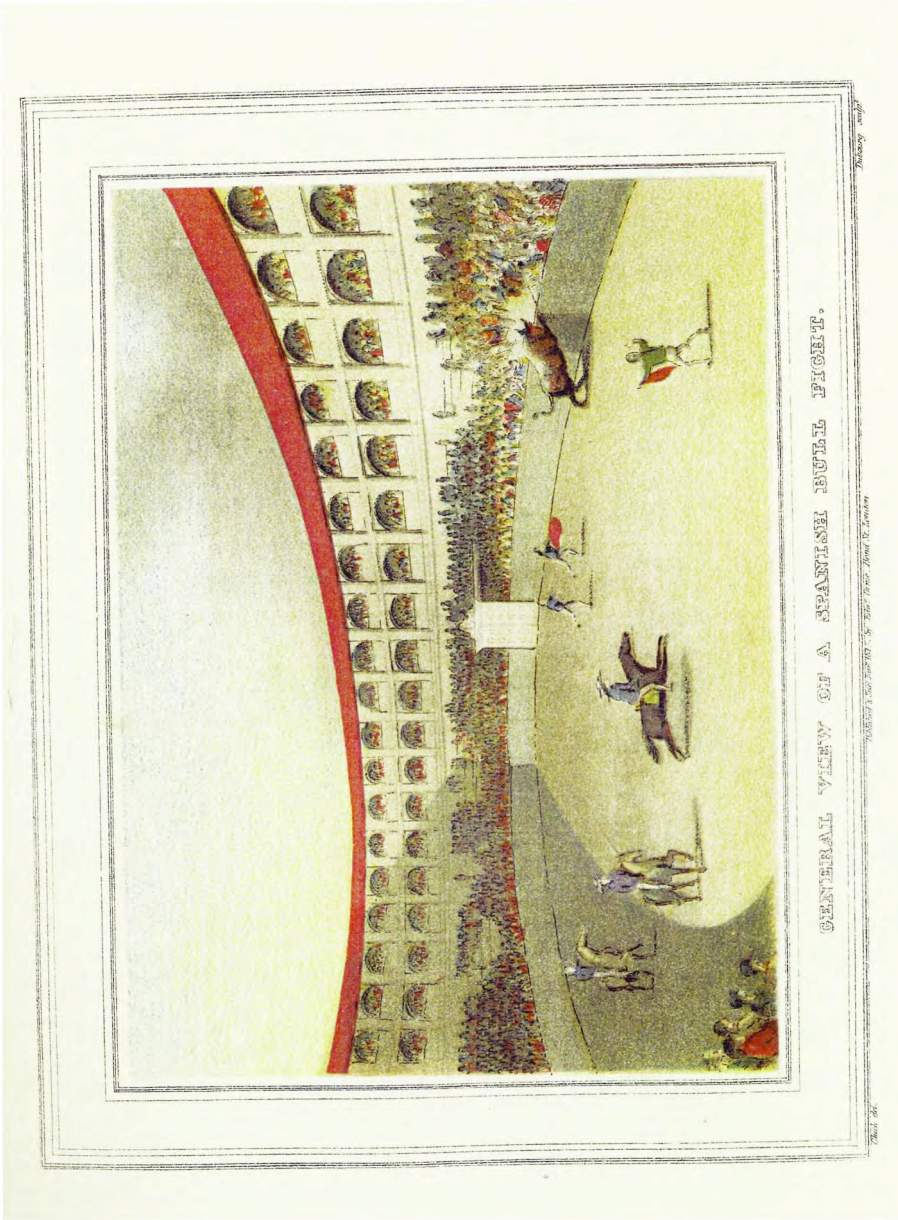
Picador. Óleo de Francisco Pradilla.



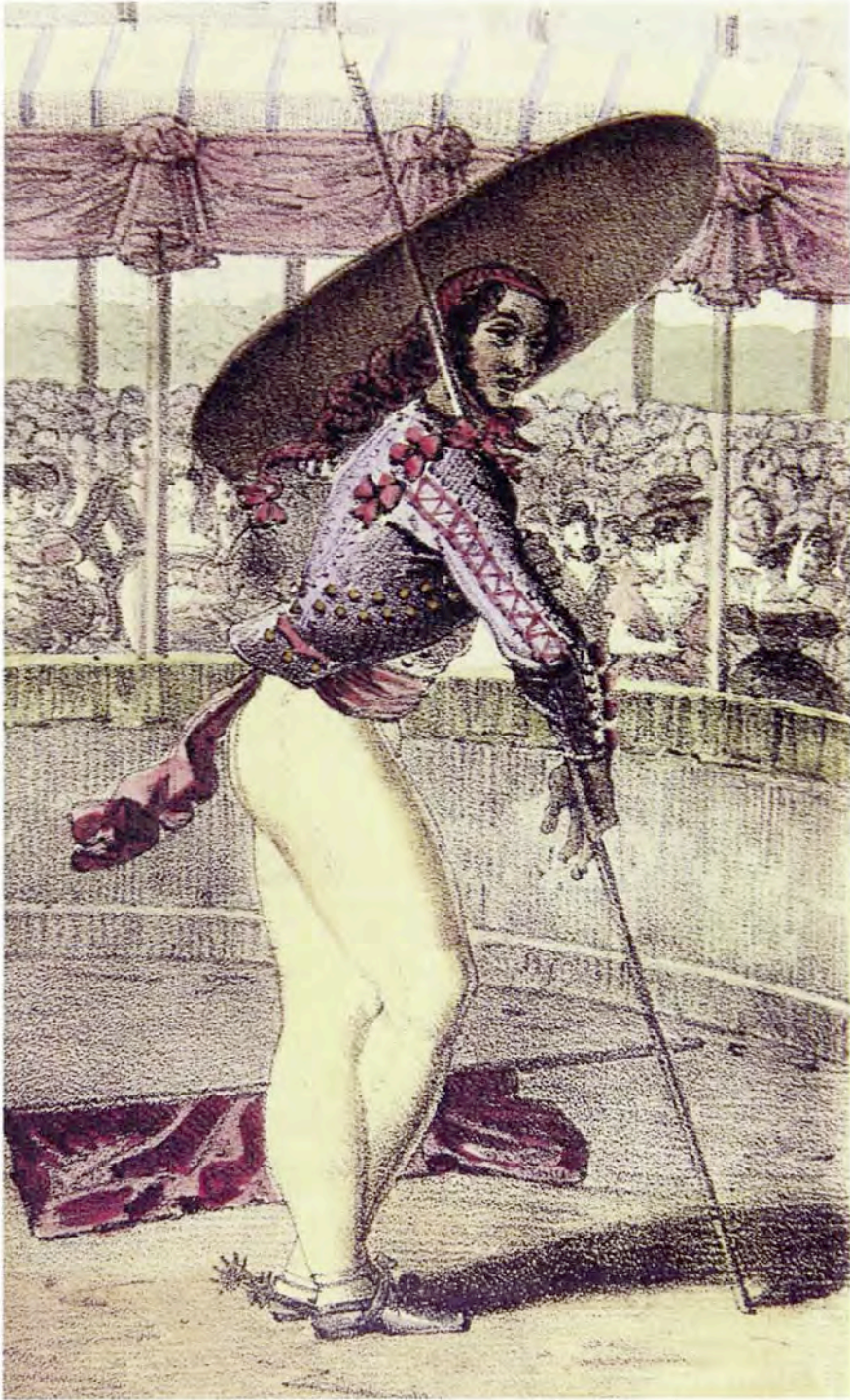
Toreros de la época de José I Bonaparte. A. Lizcano.



Un picador en Sevilla. José Gutiérrez de la Vega. H. 1800.



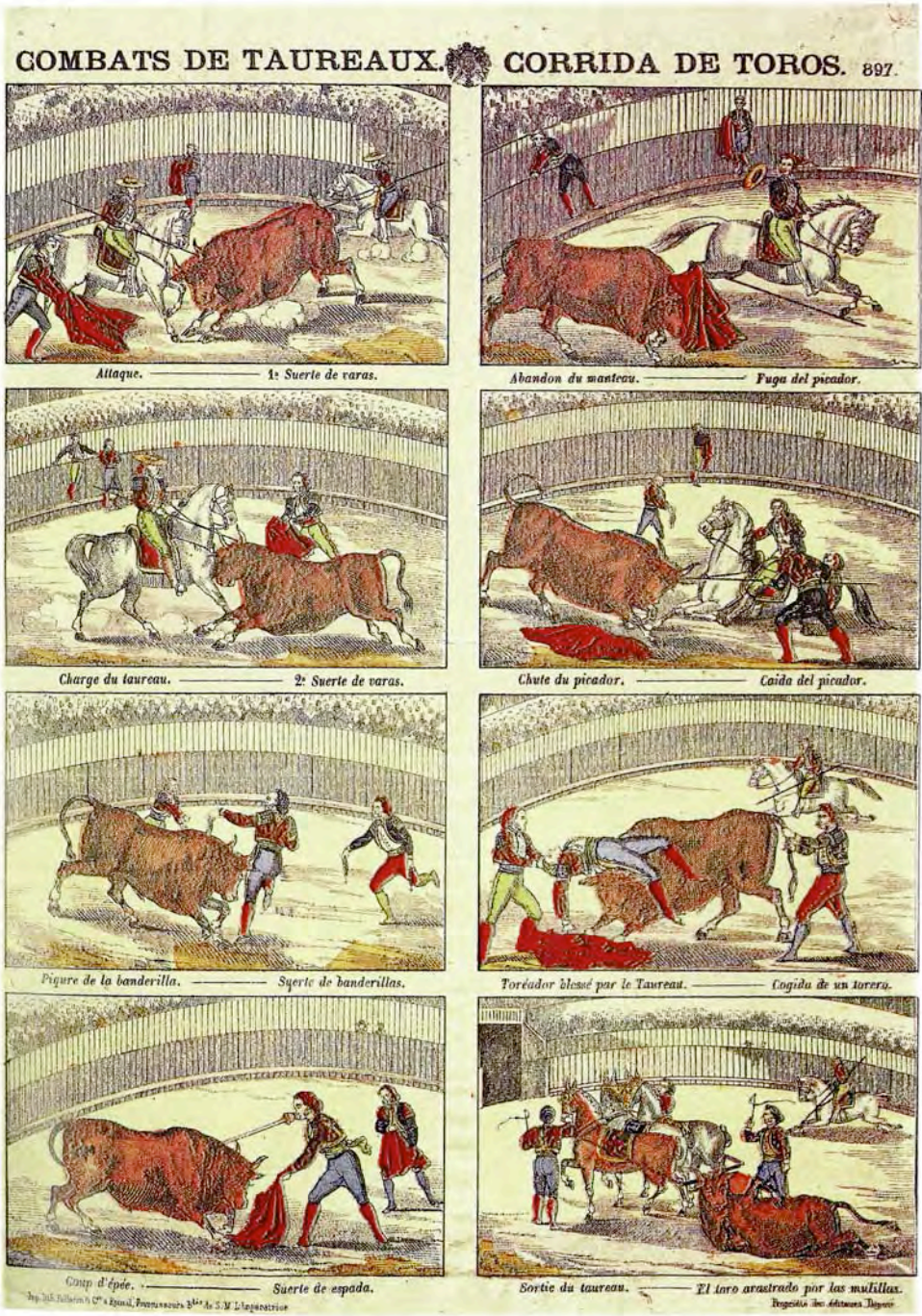
Spanish Bull Fighting. Ed. Orme. London 1813.



Picador. Ilustración del “Album d’un soldat pendant la campagne d’Espagne”. París. 1823.



Picador. Grabado iluminado de “L’Espagne pittoresque, artistique et monumentale”. París. 1848.



Litografía bilingüe en forma de alcuylas, editada en París por L. Turgis.





El picador, por Francisco de Goya. Prototipo de los piqueros de Bailén.



Costillares y su cuadrilla. Anónimo. H. 1820.

CAPÍTULO XI:

EL REY INTRUSO, TORERO

Al arribar a Astorga recibe el Sire un correo lleno de despachos tan graves y tan inquietantes que le espolean a salir de España camino de París, donde la atmósfera política está muy cargada. En la repleta cartera del fiel emisario no hay más que disgustos y sobresaltos, además de las noticias de Austria que ya por sí solas son un preocupante asunto.

La guerra de España -una guerra que no deja renacer-, si nunca ha estado muy bien vista en Francia por su considerada inutilidad, ahora despierta una marcada y abierta oposición que crece conforme se suceden los llamamientos a filas y los reclutamientos forzosos. A mayor abundamiento, algo se cuece en las cocinas del sistema que hace decir al embajador Metternich, como una advertencia sibilina, que “dos hombres ocupan hoy en Francia los puestos de mayor influencia del momento: los señores Tayllerand y Fouché. Antes contrarios en ideas e intereses, se han aproximado por circunstancias independientes de ellos mismos. La nación está cansada por el exceso de una larga serie de esfuerzos, y aterrada por la inmensidad de la carrera que quiere hacerle correr el actual dueño de su destino”. Las intrigas parisinas van embrollándose en una verdadera conjuración en la que incluso *considerando la eventualidad de un atentado cometido en España por un ibérico fanático*, se había previsto la formación de un Gobierno regente provisional, por si acaso; todavía más, se habla incluso del *pavo real* Murat como sustituto del Sire en ese hipotético supuesto, La Valette, jefe del *gabinete negro* que intercepta la correspondencia privada, le confirma estos y otros preocupantes extremos.

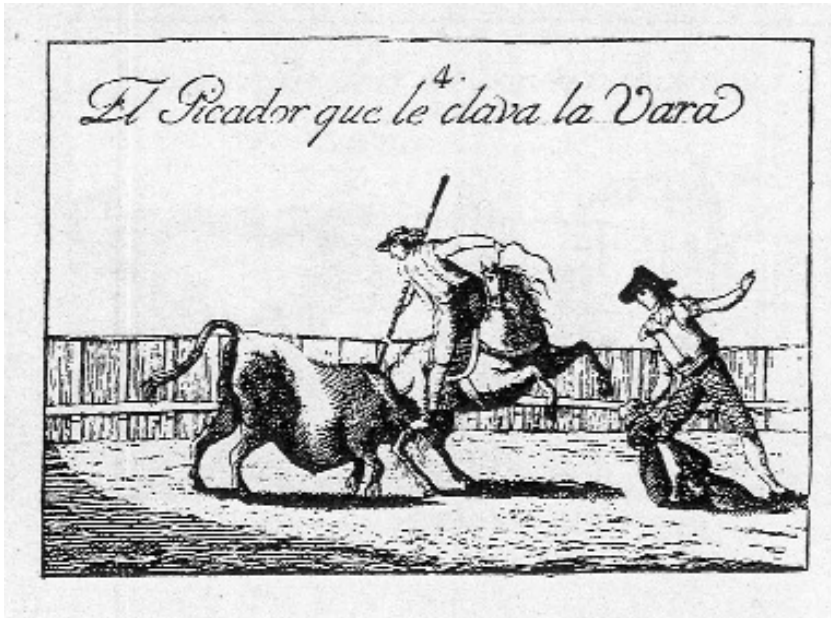
Marcha, pues, Napoleón para Francia *con una rapidez igual a sus pasiones*, en una precipitada salida que apenas nadie puede seguir. Lleva únicamente una pequeña escolta que le hace muy vulnerable, por su escasa seguridad, a cualquier emboscada, secuestro o asesinato. Tuvo suerte y ninguna cuadrilla de guerrilleros se tropezó con él en el camino; de haberle capturado alguna banda de campesinos fanáticos, hubiera sido fusilado o pasado a cuchillo en cualquier recodo rocoso y el espectáculo Napoleón no hubiese terminado en Santa Elena sino en una trocha de Castilla. La “gran pieza” de caza escapó en una ocasión única e imperdonable. En El Pardo queda su hermano José a quien nombra jefe supremo de las tropas de España en un intento por realzar la figura del hasta ahora postergado “intruso” y reinfundirle confianza: “Me veo obligado a regresar a París, pero espero volver a España hacia finales de febrero”. Le designa lugarteniente general -el cargo que

antes tuvo Murat- y pone a sus órdenes directas a los mariscales Víctor, duque de Vellune, y Lefebvre, duque de Danzig.

Ya desde París, da Napoleón a su hermano una sabia y enérgica recomendación: “En Madrid hay que colgar a una veintena de los más granujas y mandar los restantes a las galeras francesas; aquí yo haré ahorcar a siete. La gentuza no ama ni estima más que a quien teme”. Mas, José, hombre afable y conciliador, sólo tiene una obsesión: “su propósito de servir al pueblo español y su decisión de ser firme en sus actuaciones a favor de sus súbditos”, a cambio de lo cual sólo pide lealtad... Y para que se vean sus deseos de buena voluntad, marcando la diferencia con los de su imperial hermano, se apresura a hacer su segunda entrada en Madrid casi inmediatamente de la salida de éste; el día 27 de enero, con un frío de muerte y *un céfiro que pela el cutis* entró otra vez en la Corte José I, a caballo, en medio de un gran aparato militar, por Atocha, el Prado, Alcalá y Carretas hasta la basílica de San Isidro donde el solemne Te Deum de rigor patentizó sus públicos afanes. Llegado a Palacio, comenzó inmediatamente, acto seguido, a reinar sin más dilación.

Pero la guerra, ya abierta, continuaba y mientras José I desfilaba en Madrid su segunda intrusión, Zaragoza llevaba cincuenta días de su segundo sitio, esta vez en invierno para que nada falte, para capitular honrosamente el 22 de febrero de 1809: “La columna española sale en buen orden, con sus banderas y sus armas... Trece mil hombres, enfermos, horriblemente flacos, apenas con fuerza para sostener el fusil, se arrastraban lentamente al son del tambor. Sus vestiduras estaban sucias y desgarradas. Todo era en ellos el cuadro de la más espantosa miseria. Parecían espectros vivientes cubiertos de harapos.” Así lo describió el general Lejeune y así queremos aquí dejar en paz la que fue una de las páginas más grandes de la historia bélica.

En el escenario de la guerra ya habían hecho su aparición unas partidas armadas que se echaban al monte a hacer la guerra por su cuenta, en ataques sorpresa, apariciones, desapariciones, que hacían mucho daño a los franceses. Era una forma de guerra popular, independiente : la *petite guerre*, la guerrilla; es la expresión natural de la estrategia de un pueblo débil frente a un invasor poderoso. Gentes que no podían formar parte de un ejército normalmente constituido, pero que a pesar de ello no renunciaban a combatir, se integraban en las guerrillas convirtiéndose, naturalmente, en guerrilleros. A su favor el valor desgarrado, movido las más de las veces por el odio al francés y los deseos de venganza, y el gran conocimiento del terreno en una orografía complicada como la española que tanto perjuicio causaba al ejército invasor, más hábil y acostumbrado a batallar en campo abierto. Todo el país estaba movilizado y la guerrilla era su ejército popular. Hombres y mujeres participaban en ella, activa o pasivamente, como actores unos y como cómplices, encubridores, espías e intendentes otros. La mayoría



de los guerrilleros eran campesinos, parados y ociosos, aventureros, contrabandistas y bandoleros que llegaron a formar verdaderos escuadrones expertos en el ataque por sorpresa. El *Molinero*, el *Mantequero*, el *Cocinero*... fueron los nombres de los primeros guerrilleros conocidos por los contornos donde actuaban por sus hazañas valerosas e inverosímiles : “En los alrededores de Salamanca, una columna de doscientos ochenta carruajes, acompañada por ciento sesenta suizos, veinte dragones y doscientos ocho infantes, es secuestrada en plena noche por la guerrilla...”

Las guerrillas, a pesar de su origen y condición solían estar muy bien organizadas, nutridas de grandes efectivos. La de Isidro Mir llegó a reunir quinientos infantes y un millar de jinetes. Harto sabido de todos es el más importante nombre del que fue el rey de los guerrilleros, Juan Martín Díaz “el Empecinado”, cuya figura más o menos idealizada nos es familiar desde la infancia. De él sólo diremos a modo de recuerdo que a su mando guerrillero había, nada menos , que un pequeño ejército de tres mil hombres de los que seiscientos eran jinetes y de que en su mano estuvo en una ocasión -como en aquella otra en que a punto estuvo Napoleón de ser presa de la guerrilla- apoderarse del propio rey José durante una de las excursiones campestres que tanto gustaba de darse por los alrededores de Madrid.

Menos conocida es, quizá, ya que no aparecía en nuestros juveniles libros de texto ni ha sido muy divulgada, la carta que *el Empecinado* escribió al general Hugo en respuesta a la oferta que el militar le había hecho -elogiando su persona y su conducta- de ponerse al servicio del rey intruso José I:

Aprecio como debo la opinión que habeis formado de mi. Yo la tengo muy mala de Vos, pero sin embargo, si arrepentido de vuestras atrocidades y cansado de ser esclavo quisierais encontrar vuestra libertad sirviendo a una Nación valiente y generosa, el Empecinado os ofrece que encontrareis protección. Que Massena se ha rendido con su ejército el día 4 de noviembre, parece que no admite duda; pero sea enhorabuena falso: lo cierto es que si no ha perecido, perecerá, porque su madre la Fortuna hace días que le mira rostrituerta. No dudo que las cosas políticas tendrán término dentro de poco tiempo, pues parece que todas las naciones se conjuran contra la Francia, pero sin eso, la España ha tenido siempre y principalmente en el día, sobradas fuerzas, energía y constancia para humillar las legiones de vuestro rey. Estas cualidades que suponeis en José I, rey de Madrid, sólo pueden serlo en concepto de hombres venales y corrompidos. Si tan bueno es, ¿cómo comete y consiente que se cometan tantas iniquidades? Nunca podrá ser bueno un usurpador pérfido y alevoso. Los españoles que toman partido por el hermano de Napoleón deben ser muy pocos, y aunque sean muchos, siempre serán despreciables. La parte sana de la Nación, que es la mayor y en donde está la fuerza, aborrece y detesta el nombre francés... Me admiran ciertamente los sentimientos de humanidad que me manifestais. Publíquenlo los Cifuentes, Trilla, Durán, Ita, Lugares del Valle y todos los pueblos que han tenido la desgracia de que los hayais pisado Vos y vuestros soldados. Yo he visto vuestras obras, ¿cómo ha de creer vuestras palabras? En vano os fatigais si pretendéis persuadirme, a mí y a mis subalternos y soldados, que desistamos de nuestro honroso empeño. Tened entendido que si sólo quedara un solo soldado mío, aún no se habría concluido la guerra; todos ellos, a imitación de su jefe, han jurado guerra eterna a Napoleón y a los viles esclavos que le siguen. Podeis decir a vuestro rey y a todos vuestros hermanos, que el Empecinado y sus tropas morirán en defensa de su Patria, porque jamás pueden unirse a unos hombres envilecidos, sin honor, sin fe y sin religión de ninguna clase. Me hareis el favor de evitar toda correspondencia, y os aseguro con este motivo la más perfecta consideración.

Juan Martín el Empecinado. Cogolludo y diciembre, 8, de 1810

El rey intruso aprovechaba el menor pretexto para darse un garbeo por Madrid, dejarse ver y “hacer bondad” con su pueblo, sin importarle muchas veces el peligro que corría su persona aún a pesar de ir fuertemente escoltado. En un país donde hasta los curas van armados hasta los dientes -“un capuchino a caballo, la escopeta en bandolera; se había arrollado al cuello la cartuchera de un teniente de cazadores al que acababa de abatir, después de haberle crucificado... En Santander, cuando se acercan los franceses, el obispo, con un crucifijo al cuello y las pistolas al cinto, recorre la ciudad al grito de ¡Viva Jesús! ¡Marchemos a la victoria, hijos de Jerusalén!”- todo es posible.

Y es que el bueno de Pepe Botellas no sabía qué hacerse, y todo lo arriesgaba, por ganarse al pueblo. Todavía no se había convencido de que por mucho que su intrusa majestad pusiera de su parte nunca podría hacerse simpática a la inmensa mayoría -los “josefinos” eran en realidad unos pocos- de sus nuevos y levantiscos vasallos que le escarnecían sin compasión alguna. Y la realidad es que José I era una buena persona. Acogedor, afable y con simpatía natural, era un hombre instruído, muy culto y siempre interesado por las artes y las letras: un espíritu selecto. Sin gran firmeza y con falta de carácter incluso, andaba empero sobrado de sentido común con una educación exquisita, lo que unido a unas dotes diplomáticas naturales y a su innata bondad , le hacían un ser adorable. *José ha nacido para ser amado*, dijo al respecto nuestro tan socorrido Tayllerand. Sin embargo la acogida de su nuevo pueblo no es nada grata; silencio y frialdad, cuando no hostilidad, se adornan con las peores chanzas, befas y chacotas a costa de su persona. Sin embargo, él venía dispuesto a darse por España; cuando su hermano Luciano le advirtió sobre lo que le esperaba, José contestó: “No me ciega la ambición ni me deslumbran las joyas de la corona de España. A pesar mío me asedian tristes presentimientos...”

Intentó crear un ejército netamente español, independiente del francés, fiel y leal a su persona, pero le desertaban los soldados a la menor ocasión; creó el “Regimiento José Napoleón” al mando del coronel Kindelán -Sebastián Kindelán y Oregón, de origen irlandés, que llegó a ser gobernador de Cuba donde murió, siendo mariscal de campo, en 1826- pero tuvo que enviarlo a Francia, a guarnecer Aviñón, por miedo a las deserciones. Su mayor esfuerzo fue el intento de dotar a España de un sistema de leyes liberales, acorde con los tiempos, para sacarla de su medieval abandono. Supresión de derechos señoriales y de aduanas interiores, de la tortura y los castigos corporales en los procedimientos civiles o militares; establecimiento de centros de asistencia pública y modernización de la todavía feudal Administración -algo de esto último podemos ver en el aparato burocrático que aparece en este ensayo-, grandes medidas urbanísticas y de infraestructura, todo ello salió de su real cabeza y de su intrusa pero buena voluntad.

La excesiva proliferación de los títulos nobiliarios y el “cáncer” de las Ordenes religiosas fueron durante un tiempo su objetivo directo, lo que no contribuyó, precisamente, a mejorar su imagen ante la indisputada opinión pública. Con todas estas medidas, realmente positivas en teoría, sólo consiguió el contraproducente efecto de la reacción popular y la de las clases dominantes, aristocracia y clero, tan respetadas por el pueblo que, automáticamente, volvió los ojos hacia Fernando VII, tan deseado, destronado, secuestrado y alejado que, mientras este “rey Plazuelas” campa por sus respetos, el “verdadero rey” sufre el peor y más cruel de los cautiverios. La duquesa de Abrantes, Laura Junot, decía haber visto “un mal grabado representando a Fernando VII preso en una alta torre, mostrando por una ventana enrejada su feo rostro, tan doliente, con una expresión tan horrible y estúpida, que suponía un gran mérito querer a semejante monarca”.

Pero estos extremos no eran realmente ciertos y Fernando VII estaba, sí, cautivo, pero en una prisión de oro en casa de Tayllerand, en su castillo-palacio de Valençay donde el en otro tiempo obispo de Autun lo tenía, nunca mejor dicho, “a cuerpo de rey” a él, a su hermano Carlos y a su tío el infante Don Antonio Pascual. Y su dorado carcelero nos cuenta en sus ya mil veces citadas memorias los desvelos de toda la familia Tayllerand por tener a estos tres reales huéspedes entretenidos, contentos y felices en espera de una solución napoleónica:

Los rodeé de respeto, cuidados y consideraciones; no permití que nadie se presentara ante ellos sin haber obtenido antes su permiso. Nadie se les acercaba nunca más que completamente vestido, y yo mismo nunca falté a esta prescripción. Todas las horas del día estaban distribuidas según sus usos: la misa, las horas de descanso, los paseos, las oraciones, etc. Podría creerse que en Valençay hice conocer a los príncipes una clase de libertad y de agrado que jamás habían gustado junto al trono de su padre. Nunca en Madrid se habían paseado juntos los dos príncipes mayores sin permiso de su padre. Estar solos, salir diez veces al día al jardín, al parque, eran placeres nuevos para ellos; jamás habían podido ser tan hermanos... No puedo decir por qué les habían sido prohibidos en España la caza, el ejercicio a caballo, la danza... Les hice disparar el primer fusil; los confié para ello a los cuidados de un antiguo guarda del príncipe de Condé, llamado Aubry, que había enseñado a disparar al duque de Borbón. Foucault les enseñó a montar a caballo. Educado en la gran cuadra del rey, había servido especialmente a Madame Isabel de Francia. Boucher puso todo su arte y sus sentidos en hacerles malos guisados españoles. La terraza situada frente al castillo se convirtió en nuestra sala de baile, para que los príncipes pudieran encontrar, como por casualidad, algunas de aquellas danzas que se llaman de corro y en las que cualquiera puede interve-

nir sin saber bailar... En todos los rincones del jardín había guitarras... Había tratado yo de hacerles pasar algunas horas en la biblioteca; pero en esto no conseguí grandes éxitos, aunque el bibliotecario Feroc, y yo, probásemos todos los medios que se nos ocurrieran para retenerlos allí. Habiendo fracasado por el solo interés de los libros, empleamos la belleza de las ediciones; después las obras que contenían grabados; llegamos incluso a las imágenes... Los príncipes me testimoniaban el agradecimiento que experimentaban. Me acuerdo con emoción de la pena que sintieron cuando, por una carta de Napoleón... tuve que ausentarme unos días...

Magnífico este retrato de familia y costumbres de la vida de los tres príncipes cautivos de Valençay; por cierto que no podemos pasar por alto aquí, en somera relación, la rocambolesca conjuración inglesa para rescatar a Fernando VII de su prisión. Un personaje, un aventurero que se hacía llamar el “Barón de Colli”, y que realmente se llamaba Collington, se introdujo en Valençay con el pretexto -¡menundo pretexto!- de vender objetos de arte a Fernando VII ; debía entregarle un mensaje del monarca inglés, Jorge III, que llevaba oculto en la caña del bastón, así como otros dos cosidos en las entretelas del vestido. En todo ello se contenía un ambicioso plan de rescate del príncipe español con un refrendo económico ilimitado y el apoyo de una pequeña flota compuesta por cuatro navíos y víveres para cinco meses. El tal Colli fue interceptado, detenido y llevado a París donde... desapareció. El plan de rescate fue abortado, pero lo más curioso es que fue, precisamente, Fernando VII quien delató a Colli directamente a su agregado personal, Monsieur de Berthemey. Sin comentario.

Decíamos atrás que José I gustaba de las campestres excursiones por los alrededores madrileños en una acción más de buena voluntad por granjearse simpatías populares, por dejarse ver y porque, en el fondo, amaba la naturaleza, el sol y el aire libre. Y hemos visto -y aún lo veremos más- que el “intruso” disfrutaba de lo lindo en las fiestas de toros de las que había quedado casi ayuno por la estrepitosa huida tras lo de Bailén. Para matar el gusanillo de su -¿afición?- curiosidad taurina, su amigo Moratín, que le instruía en la difícil asignatura de Tauromaquia, le organizaba tertulias palaciegas con algún viejo torero y aficionados de fuste -el propio Goya fue un “especial” contertulio- a los que no amargaba la cáscara “josefina”, y visitas ganaderas a las vacadas de bravo más prestigiosas vecinas de Madrid. El rey se desvivía por estas fiestas camperas máxime cuando ahora no podía haber toros en la corte en razón de la guerra y porque la Plaza de la Puerta de Alcalá estaba muy maltrecha por las bombas de la escaramuza de Napoleón para rendir la capital y, además, se estaba utilizando como campo de concentración de prisioneros y almacén de víveres y municiones.

El autor de *El sí de las niñas* tenía muy buenas amistades en el mundillo del toro y ello a pesar de que su condición de afrancesado le cerró muchos corazones y muchas puertas, pese a lo cual se desenvolvía maravillosamente en la Corte y en los círculos sociales. Uno de sus más grandes amigos era el ganadero Pedro Laso Rodríguez, de Colmenar Viejo, que le quería a pesar de todo y cuya casa siempre estaba abierta para él y para sus “amigos”. Tenía Laso organizada una tiente a campo abierto, operación campera entonces muy habitual para examinar y medir, en su medio natural, la bravura de las reses y con ello llevar a cabo la labor de selección, tan esencial en la formación y desarrollo de una ganadería brava. A estas labores ganaderas siempre acudían algunos invitados, toreros y aficionados, terminándose la jornada campera con alguna pequeña fiesta donde el vino corría abundante en el cuerpo y los rasgueos de una guitarra se dejaban sentir en el alma.

Sabedor Moratín de la gran ilusión que en el ánimo del rey “gabacho” produciría la sorpresa, le organizó una excursión a la colmenareña ganadería donde el egregio invitado podría contemplar al toro bravo en todo su esplendor y naturaleza. Claro que, eso sí, allí había que ir vestido... pues muy campero. No se amilanó José I lo más mínimo por esta recomendación indumentaria, viendo en ella una ocasión de oro para vestirse, justificadamente, de “español”. Y, vaya si lo consiguió. Quien se llevó también una sorpresa mayúscula, e incluso un gran disgusto, fue Pedro Laso, el ganadero, que, castellano viejo y patriota hasta la médula, no salía de su asombro al saber que el “intruso” Bonaparte iba a poner los pies en su finca; de aquel baldón –pensaba– no se limpiaría nunca y su nombre y su casa serían deshonorados para siempre. Hasta tuvo que apaciguar a los criados, mayoresales y vaqueros que querían planear el asesinato del rey tan pronto asomara la nariz por las dehesas de la casa. Moratín serenó los ánimos y calmó los malos vientos de odio y venganza dominantes en aquella atmósfera patriótica, a fin de que la fiesta transcurriera en paz.

No era José I, precisamente, un consumado jinete sino que, en lo general de la época, tan sólo se bastaba para sostenerse a caballo con la mayor dignidad propia de su persona y condición, sin mayores alardes hípicas; el sport distaba mucho de sus reales aficiones. Y, además, lo poco o mucho que cabalgar supiera respondía a los cánones de la exquisita equitación francesa tan distinta de la española y más aún de la monta vaquera. Se le preparó un caballo de los de arnés y raza españoles, preciosos de ver en acción, pero sin duda incómodos para quien no está hecho a su silla, un hermoso morcillo, domado y dócil, lujosamente arrendado a la jerezana, con muy buen paso español y muy brioso en las comprometidas arrancadas; un caballo muy “torero”.

La mañana era como hecha de encargo, una de esas mañanas de tardía primavera luminosas y radiantes que en Castilla lucen con singular inmensidad azul; un añil

que si en otoño torna el cielo en velazqueño celaje, ahora que mayo se había hecho junio era goyesco en su entramado cielo. El campo, tan desmemoriado e indiferente con la guerra, estaba esplendoroso, despierto ya de su anual cura de humildad invernal, con dos cuartas de hierba en alto y un millón de florecillas por corona. El mediodía, ya caluroso, prometía el disfrute de una tarde magnífica.

A muy primera hora, que unas cuantas leguas de camino aguardaban, púsose en marcha la regia comitiva excursionista saliendo de Palacio por la puerta de los Pozos de la Nieve, en una muy pintoresca procesión. El pueblo de Madrid, que ya sabía de esta gira campestre del intruso, no quiso perderse el espectáculo y tomó posiciones a ambos lados de la carrera del camino de Colmenar para mofarse una vez más -y ésta con mayor razón- de su Pepe Botellas del alma a quien no podía nunca imaginarlo vestido de picador de tronío. Sí, porque al señor rey no se le había ocurrido otra cosa que disfrazarse de “español” adoptando las maneras de los chulos y las fachendas de los varilargueros, *tout ensemble*: con chupa corta de paño guarnecida de pasamán de trencilla y chupetín de alamares, arrollada a la cintura roja faja rayada sevillana, brillante y chillona; bordada camisa bullonera, doblado el cuello y recogido con pañoleta de color saliente, asido con una sortija al pecho; calzona de bayeta con botonadura de plata embutida en lustrosos borceguíes de potro con polainas enflecadas de reluciente becerro; marsellés de ante azafrán con monillos de caireles y muletillas de negro y sedoso cordón; redecilla al pelo rellena de *crêpé*, coronaba el conjunto con amplio chambergo sombrero de castor. Todo un poema. Todo un “español” de opereta que levantó a su paso las más sonoras y crueles carcajadas de los majos y manolas apostados a la vera del camino, que no podían disimular su regocijo ni callar sus chanzas; aquel *atrezzo* sentaba al franchise como sentaría al Santísimo Cristo de El Pardo un trabuco en bandolera.

Pasado aquel primer trance que el rey tragó con toda su dignidad puesta, erguido en su hermoso jaco, enfilaron apretando el ritmo de la marcha hacia la vacada del amigo de Moratín, Laso, quien, a su llegada, aguardaba a la puerta de su finca, descabalgado y descubierto, escoltado por dos mayores de ademán adusto y cariacontecido. La frialdad inicial, disimulada por el respeto, dio paso a las breves reverencias de cortesía y al severo salón de la casa donde había preparado un refresco de bienvenida. Tras la frugal recepción se salió al campo; las faenas ganaderas ya habían hace horas comenzado. Una visita a caballo por la finca permitió que el monarca viera los distintos apartados del ganado: las vacas de vientre, las reses de saca, los sementales y los novillos, quedando de todo ello muy complacido y emocionado. De allí pasaron todos a las dehesas a campo abierto donde se realizaba la tiente y donde unas galeras hacían las veces de palcos para invitados a pie. No quiso José subir a ellas prefiriendo seguir a caballo, en primera línea, las

evoluciones de los jinetes por la pradera, las detenciones de los piqueros y los dominguillos volando a cornadas. A los consejos de no aproximarse tanto al teatro de las operaciones, no sólo por su propia seguridad, que preocupaba, sino por no entorpecer con su presencia las labores de tiente distrayendo la fijación del ganado, de su negativa sólo se consiguió apartarle un poco tras de un carrizal espeso, junto a un árbol, en una breve elevación del terreno que formaba un suave otero. Viendo el rey que todos los caballistas llevaban su correspondiente garrocha, su vara de detener, pidió él una para sí e instrucciones de su manejo; se la dieron y le indicaron cómo agarrarla y “echar el palo”. Feliz como un niño con zapatos nuevos y con su garrocha en ristre, no perdía ripio de cuanto en la cercana dehesa sucedía conteniendo sus deseos de intervenir en aquel “fácil” juego de acoso y derribo; los presentes, viéndole tan animoso, recelaban de él alguna imprudencia que hubiera que lamentar. Moratín sonreía, ladino, satisfecho de su campera organización de la que no dudaba obtener su particular provecho.

De pronto, sin saber cómo ni cuando, ni de donde salió, apareció entre los carrizos un hermoso toro alto de agujas, bien puesto de cuerna y cuya capa colorada encendida delataba la pureza de la casta “jijona”, de que sin mezcla alguna procedía. No era, desde luego, por su edad, de las reses que se estaban tentando en la dehesa y debió probablemente escaparse de su apartado. Como una exhalación, se arrancó el burel contra el caballo de José I quien bruscamente giró la cabalgadura y, con una serenidad impropia de su persona y sí de la ignorancia, intentó aguantar la embestida con la vara de detener saliendo caballo y caballero por los aires en el embroque. Se cebó el toro con el caballo destrozando a cornadas al hermoso morcillo que coceaba cerca del abatido egregio jinete, maltrecho e indefenso, que yacía en el suelo mordiendo el polvo de la tierra a un metro de la fiera. Los gritos de terror avisaron a los garrochistas y cuando el toro iba a hacer por él, una oportuna vara se hundió en su morrillo, en las mismas agujas, discordándolo en el acto. El que sin saber cómo ni por donde había acudido tan a tiempo al quite, milagrosamente, demostrando su destreza en el arte de picar era un hombre, ya de edad madura, pero vigoroso y fuerte, que llevaba toda la mañana dirigiendo la tiente de la casa.

Al ver rendido al toro a sus plantas y atendido por otras personas el jinete, hizo además de marcharse a seguir su faena con un giro de la brida y un arreo a su caballo. La voz del rey le detuvo y el ganadero le mandó descabalgár; incorporado el monarca, y aún no repuesto del susto, sacó de su bolsillo una onza de oro y ofreciéndosela le dijo: “Has salvado la vida de tu rey y quiero que veas que éste no es desagradecido.” El viejo mayoral, retirando la mano que instintivamente había tendido hacia el regalo, se encasquetó la montera que por respeto se había quitado y

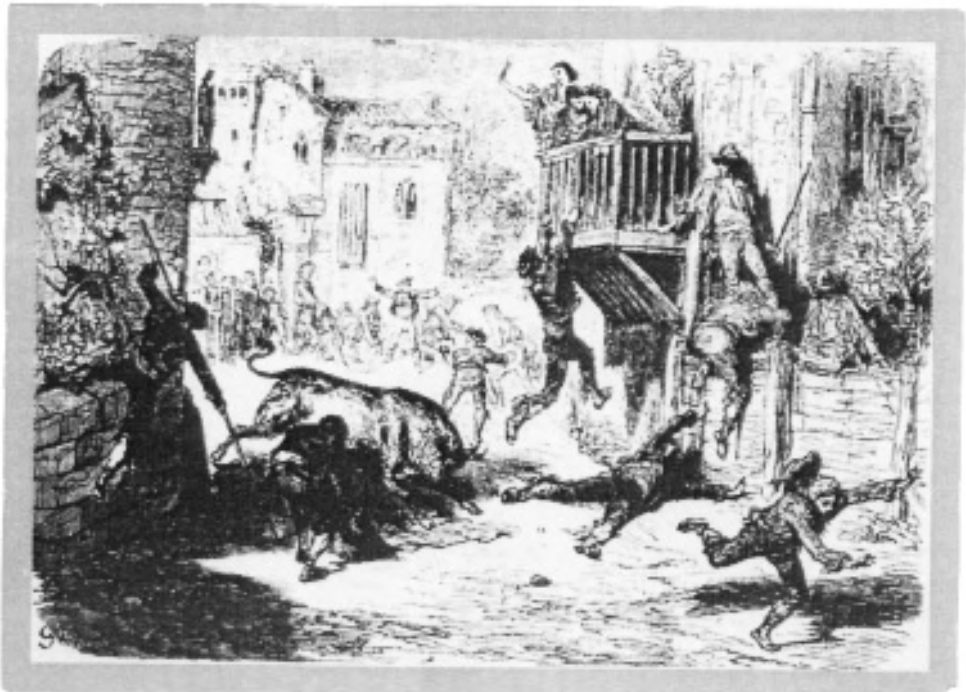


montando de un salto en su jaca, sin aguardar siquiera licencia de su amo, se alejó a todo galope; antes de partir, con tono de desprecio gruñó entre dientes: “¡Yo que no pude evitar la muerte de mi maestro, he librado a éste la pelleja! ¡Por mal patriota deberían ahorcarme! ¡Dita sea...!”

Aquel hombre, que ya retirado de los ruedos llevaba siete años de mayoral en la colmenareña ganadería de Laso, era nada menos que el gran picador Juan López que en la trágica tarde del 11 de mayo de 1801 se adelantó a los tercios de la plaza de Madrid a poner, con más valor que fortuna, un puyazo a caballo levantado al toro *Barbudo* cuando éste tenía entre sus astas el cadáver del desgraciado José Delgado *Pepe-Hillo*.

De vuelta a Palacio, el rey José, torero por un día y picador frustrado, a buen seguro recapacitaría el porqué de esta fiesta y su arraigo en la sangre española; y más seguro aún comprendería entonces el valor y la bizarría de aquellos torerísimos Lanceros de Jerez en Bailén.

¿Realmente el toro que embistió al rey José I se había escapado de su apartado...?



Así parece ser que fue la encerrona a los franceses en Ejea de los Caballeros (Zaragoza).

CAPÍTULO XII:

LA TOURNÉE ANDALUZA DE JOSÉ I

“O soy rey como debe serlo el hermano y el amigo de V. M., o me volveré a Mortefontaine sin ambicionar más que la dicha de vivir humildemente y morir con la satisfacción de tener tranquilidad de conciencia...”

Así se queja José I a Napoleón por su poca confianza en él depositada, que ni siquiera le permite nombrar gobernadores y que los presuntos colaboradores que le rodean no hacen sino sonrojarle ante sus súbditos. A buen seguro, en otras circunstancias y en otro tiempo, José Bonaparte hubiera sido un buen rey constitucional, mas no así y con la sombra nefasta del águila imperial -y la de los “buitres” espías y observadores que su hermano le había puesto- sobrevolando a todas horas su cabeza y su conducta- : “Si vos no pensáis como yo, mi insegura corona está a vuestra disposición, Sire”.

No pensaba Napoleón, desde luego, como él, pero eso era lo de menos; lo importante de José para su hermano era su manejabilidad y, por ende, la del reino de España. Y José I no sólo pensaba en toros -que le gustaban y mucho- sino en otros animales que suponían riqueza, alimento y trabajo. La situación agraria de España, lamentable, preocupaba sobremanera al rey José que, viendo las penurias de las tierras del Norte y de Castilla en las que hasta el ganado de tiro y arado había tenido que ser sacrificado para paliar el hambre, en aras de la propia agricultura que quedaba en el abandono, pidió a su hermano la introducción de bueyes franceses en España, tan abundantes en el Midi. Nadie le oyó. Y viendo que el emperador, por no se sabe muy bien qué especiales razones, había prohibido la introducción en el imperio de lanas extranjeras, le pidió que revocara tan impropio e inoportuna disposición porque “al llegar la época del esquila habrá que quemar las lanas de España”.

En aquella campera excursión taurina a la ganadería brava de Colmenar Viejo, se encontró José I con una manada de ocho mil carneros, custodiada por soldados del primer cuerpo de ejército convertidos en pastores. Al llegar a Palacio pudo comprobar, sin poder hacer nada por evitarlo, que aquel rebaño era para provecho y beneficio de sus propios generales. Por el compilador de la correspondencia de José Bonaparte, el general Du Casse, sabemos que otro general francés se llevó a Francia seis mil carneros adquiridos por derecho de conquista. Y aún pudo José presenciar y ver con sus reales ojos que el mismo Napoleón se apropió de otros veinte mil carneros confiscados al duque del Infantado, que fueron llevados a

Francia entre grandes medidas de seguridad del ejército imperial. ¡Caro le salía al duque su afrancesamiento...!

Enterado el rey José a través de su asesor taurino, el plumífero Moratín, de que tradicionalmente y de tiempo inmemorial la corona española siempre había tenido una “real vacada” de bravo en el Real Sitio del Aranjuez, y que ésta había sido extinguida, por segunda vez, por Carlos III (18), pensó en restituirla algún día para suministro de toros de lidia a la Plaza de Madrid y de carne a los abastos de la Villa. Nunca llegaría a lograr ese propósito, pero sí Fernando VII, éste quizá por abastecer de vanidad su pobre ego.

Allá por marzo de ese año de 1809, se puso sitio a Gerona en torno a su precioso recinto amurallado. Su gobernador militar, un católico fanático llamado Mariano Alvarez de Castro que había podido escapar de la ocupación de Barcelona por Duhesme, dirigió la resistencia de la ciudad durante nueve infernales meses. Al igual que Zaragoza, Gerona se rindió y capituló el 11 de diciembre; aquel día, *ante un desfile de espectros*, los soldados franceses presentaron armas a los heroicos gerundenses. También había sido nombrado -en franco demérito y desprecio de José I- el mariscal Soult comandante en jefe del ejército francés en España -“como el rey no tiene experiencia en la guerra, es mi intención que vos respondáis de los acontecimientos hasta mi llegada”- y se habían librado batallas en Talavera y Ocaña. Decía Soult a finales de año: “... los ejércitos españoles están enteramente desorganizados...”. ¡Cuán equivocado estaba!

Y también cuando 1809 agoniza, el 16 de diciembre, se pone en arriendo la plaza de Madrid con el siguiente aviso público: “Habiendo resuelto el rey que se establezca y ponga corriente la Plaza de Toros, extramuros de la Puerta de Alcalá, se hace saber al público de orden del Excelentísimo Sr. Ministro del Interior, y por medio del señor Corregidor... para celebrar cierto número de corridas...” La plaza estaba medio derruida -el 19 de noviembre, además, se había encerrado en ella a los casi doce mil prisioneros de la batalla de Ocaña-, en sus partes altas sobre todo, y para “ponerla corriente” hacía falta mucho dinero; como los Reales Hospitales no lo tenían y no se presentaba ningún arrendatario que acometiera la restauración, el Ayuntamiento madrileño decidió repararla en acuerdo de su Concejo de 28 de abril de 1810. De ahí que las funciones de toros no comenzasen hasta junio de ese año.

Las últimas operaciones militares habían llenado de optimismo y esperanza a José I que, con la aprobación y órdenes de su emperador hermano, desde luego, decidió extender su dominación por el Sur conquistando Andalucía. La campaña andaluza



se puso en marcha el 8 de enero de 1810 en que, principiando en Toledo para pasar a Almagro, Andújar, Córdoba, Carmona, Sevilla, El Puerto de Santa María, Ronda, Málaga, Granada, otra vez Córdoba y después vuelta a Sevilla, terminó volviendo el rey intruso a la Corte el 15 de mayo, lleno de entusiasmo. Porque él en persona fue a la cabeza de su ejército -aunque fuera un mero figurín- rodeado de Soult, que ostentaba el mando supremo, Víctor, Mortier, Desolles y Sebastiani, además de los españoles “josefinos” O’Farrill, Azanza y el marqués de Almenara seguidos de un gran séquito de funcionarios de los de “vara alta”.

El día 20 de enero llegaron a Bailén donde, con ánimo de borrar el nefasto recuerdo de la batalla del año anterior, se estableció un eventual cuartel general. Allí, en señal de sumisión, entregaron a José I algunos de los trofeos de guerra arrebatados a los franceses, en concreto las banderas de los distintos regimientos perdedores; una de ellas, un guión semidestrozado que Castaños conservaba con especial dilección, pues pertenecía a la división mandada por Vedel -el general adjunto de Dupont-, conquistado por los “Lanceros de Jerez” y sobre el cual, se decía, juraron todos los voluntarios supervivientes “odio eterno al francés” a la vez que clavaban en el *drapeau* sus cuchillos.

Esta campaña andaluza, considerada en conjunto como un auténtico paseo militar y aprovechada por José I para dar gusto y satisfacción a su hermano -que nunca la

tuvo en cuenta ni la apreciación militarmente-, tenía otros varios objetivos. La reforma administrativa que el francés quería llevar a cabo en todo el reino y que tenía en Andalucía una particular aplicación en función de la peculiaridad de esa tierra, se vio estorbada siempre, y al final frustrada, por la acción de los gobernadores militares nombrados por el Sire que no hicieron sino enriquecerse a costa de la ruina y la devastación del país. La acción depredadora de los generales franceses es, cuando se estudia detenidamente, algo verdaderamente impresionante quizá incomparable con ninguna otra secuela bélica de la historia del mundo. El saqueo, el expolio, el latrocinio -ya hablamos anteriormente de Córdoba- y la rapiña, adquirieron en Andalucía, tan rica artísticamente, parámetros inconmensurables. En medio de una general anarquía francesa - "... no tengo la menor idea sobre las fuerzas enemigas ni sobre las del ejército francés... cada general se ha aislado absolutamente de mí...cada uno de los jefes invasores arrambla lo que puede..."- José I se lamenta amargamente de ello. "El terror nos precede y la devastación nos sigue; la violación, el saqueo, el asesinato parecen estar a la orden del día; jamás pueblo guerrero alguno nos ha igualado en cuanto a devastación y bandidaje; muchos jefes, para poner a buen recaudo las riquezas vergonzosamente adquiridas, acaban por no atender el servicio. Yo he visto comprometer la seguridad de una tropa por salvar el fruto de las rapiñas"; son todas ellas frases sacadas de escritos franceses firmados por Masséna, Ney, Percy, Thiébault, De Naylor, etc.

Junot, duque de Abrantes, fue un grandísimo ladrón; el duque de Castiglione, Augerau, se hizo célebre por su famoso furgón -*le fourgon d'Augerau*-, un auténtico convoy en cuyos carruajes transportaba su personal botín con toneladas de oro, plata y otros objetos preciosos; Murat, extrañamente exquisito, se apoderaba de todos los cuadros del Correggio que hallaba a su paso, llevándose obras de la colección del duque de Alba, como la famosa "Escuela del Amor", en el más feroz de los pillajes; el corso Sebastiani della Porta, vecino de los Buonaparte allí en la isla, era un depredador especialista en arte religioso y en Andalucía descubrió su paraíso particular cuando tomó Granada, dejando las sacristías más peladas que el tan cantado "gallo de Morón"; el gran duque de Dalmacia, Soult, ahora jefe supremo de los imperiales ejércitos por la gracia del Sire, se enamoró perdidamente de la escuela de pintura sevillana y decidió hacerse coleccionista de obras de Murillo (19). Napoleón llegó a decir de este mariscal, después de exaltar sus virtudes militares que "a pesar de lo cual hubiera debido mandarle fusilar como el mayor ladrón entre los grandes jefes". Y el rey José I, que llamaba a estos depredadores "mes fripons" (mis bribones), tampoco se vio libre de las acusaciones de robo que incluso su propio hermano le hizo: "José tiene los diamantes de España: fueron buscados mucho tiempo, creyendo que era Murat quien los tenía, pero era él; ... ni Carlos ni Fernando los tienen..." ¿Estaría entre ellos la famosa perla "Peregrina"?

Además de las honras de pleitesía que a su paso suscitaba el rey intruso por toda Andalucía, le fueron enviadas comisiones con el mismo fin laudatorio y de sumisión de otras regiones españolas haciendo creer al monarca que “su gracia personal y sus bondades le habían granjeado las simpatías del país”, olvidando que unos cien mil soldados franceses avalaban con las armas estas tan bellas virtudes. En Madrid se organizaron agasajos que, como casi todo el comportamiento de los “josefinos”, resultan aún hoy sonrojantes: “Luego que sepamos positivamente la noticia de haber entrado las tropas mandadas por S. M. en Cádiz y en Sevilla... la capital representada por su Municipalidad, dé a Dios las más solemnes gracias en San Isidro... y que por la noche reúna en sus salas, a una función de baile... Que la misma Municipalidad tuvo a bien encargarme que se hiciese el retrato de S. M. por el más hábil profesor... Lo es sin disputa D. Francisco de Goya, cuyo talento ha sabido vencer las dificultades que ofrece la ausencia del Rey... La sumisión y pacificación de los cuatro reynos de Andalucía, sin violencia y sin efusión de sangre... la Municipalidad acordó que... se manifestase a Dios Todopoderoso el humilde reconocimiento de la Villa de Madrid con una misa solemne y Te Deum el día de San Josef... La Municipalidad... determinó que los tres teatros del Príncipe, de la Cruz y Caños del Peral se franqueen a su costa” (Las funciones del 19 de marzo costaron 249.840 reales). Madrid envió a Sevilla una comisión a cumplimentar a Su Majestad compuesta por “los cuatro regidores más antiguos” para dejar satisfechas “algunas quejas y sentimientos que S. M. tenía sobre la tibieza que siempre había observado en el pueblo de Madrid”.

Otro de los grandes objetivos franceses en la campaña de Andalucía era Cádiz, adonde se había retirado la Junta Suprema huyendo de Sevilla, a la vez que existía un lógico interés por el estado de los aquellos miles de prisioneros de Bailén, deportados hacía ya tiempo a la isla de Cabrera a sufrir su infausto final. El asedio de Cádiz comenzó el 9 de febrero de 1810 y se cuenta que sobre su ciudad cayeron más de 16.000 bombas francesas con las que había metralla suficiente para hacerse muchos “tirabuzones”. El 18 de febrero José I y los suyos estaban en el Puerto de Santa María donde habían establecido su base de operaciones y cuartel general. Esta bella y olorosa ciudad andaluza, de gran raigambre taurina, tenía una bonita plaza de toros -la cuarta plaza de las allí construídas- en el paraje conocido como el Ejido de San Fernando, a la sazón administrada por el empresario Vicente García quien, cuando la prohibición de 1805 le sorprendió, tenía éste real permiso para celebrar nada menos que 100 corridas de toros y de novillos en el Puerto. Para aquel día y a petición del rey francés se organizó una corrida de toros que Su Majestad presidiría. Se trata de un festejo del que Modesto Lafuente hace mención -sin precisar fecha- en su Historia de España y del que, erróneamente porque se apoya en un comentario de Du Casse en sus *Mémoires et Correspondance du roi Joseph*, como

cosa notable dice que “asistió (el rey) por primera vez a una corrida de toros”, olvidando la del 27 de julio de 1808 en Madrid.

Dejándonos llevar de la pluma del periodista y escritor gaditano Antonio Sánchez del Arco saboreemos una crónica de época de aquel evento taurino en honor de José Bonaparte:

Era el 18 de Febrero de 1810, en cuyo día, mientras que en Cádiz se alzaba la bandera española, cuyos colores gualda y rojo parecían enseñar, que si los pechos de los leales debían tristeza a los males que habían caído sobre la Patria al invadirla el extranjero, también debían mantener el valor para rechazarlo; en la ciudad que frente a ella se levanta, el Puerto de Santa María, todas eran señales de regocijo y de fingimientos de entusiasmo.

El que se llamaba Rey de España, jurando en suelo extranjero una Constitución, estaba entre los portuenses con brillante séquito de generales franceses y de algunos españoles, no los últimos en el saber, aunque reconocidos los primeros en la traición.

En Cádiz el dolor; en Cádiz, Alburquerque, con tropas desnudas y careciendo de todo, y a las cuales el sufrimiento había trabajado haciéndolas aparecer más como legión fantástica de cadáveres, que de briosos soldados dispuestos a la victoria; en Cádiz la ansiedad, pero con la ansiedad la resolución animosa de ser fieles a sus juramentos, de los que sólo la muerte podía desligarlos; en Cádiz, en una palabra, el patriotismo; en el Puerto de Santa María, la satisfacción demostrada con públicos festejos, por tener en ella la corte que se decía de España; en el Puerto de Santa María soldados aguerridos, a los que nada faltaba, ni en armas, ni en provisiones ni en dinero: en Cádiz, el rechazar con indignación; en el Puerto, el amenazar: en Cádiz, del primero al último, ocupados en trabajos de defensa, satisfechos de su pasada conducta; en el Puerto, unos en regocijos, otros en el retraimiento, para a solas y en lo oculto llorar las desdichas de la Patria, mientras el populacho andaba inquieto de que se buscasen quienes fueran los que saquearon los equipajes de los soldados de Dupont: en Cádiz se decía por sus corporaciones, todas confundidas en una, y en el vecindario: La ciudad de Cádiz, fiel a los principios que ha jurado, no reconoce a otro Rey que al señor D. Fernando VII; en el Puerto, en su Ayuntamiento se disponía una corrida de toros para esparcimiento de José Bonaparte y de los suyos: en Cádiz, la lealtad; en el Puerto, la fuerza oprimiendo a la Patria.

Ocho toros debía correrse, y el que había de estoquearlos era el célebre Cándido, siendo el empresario Vicente García y Granada, quien buscó su provecho en aquella ocasión, como su provecho buscó también algún regidor (D.

Manuel Lobo), vendiendo en más precio que ningún ganadero uno de los animales que habían de lidiarse.

Por entonces, y sirva esto de noticia, no se entraba en la Plaza por medio de boletines previamente adquiridos, sino que en las puertas mismas de aquellas se entregaba el importe.

Dispuesta la corrida, abrióse la Plaza, a la que daban entrada cuatro puertas, en las que había su respectivo cobrador, y agolpándose la gente, hizo se difícil el penetrar, purgando todos por ser los primeros y tener la elección de los puestos.

Los franceses, como dueños y conquistadores que se creían, comenzaron por forzar las vallas puestas, resistiendo y eludiendo el pago; los españoles, siguiendo el ejemplo, hacen reinar el tumulto por la oposición de los dependientes del contratista. Ante el conflicto, la Autoridad municipal resolvió ser ella la que costeara con los fondos de Propios los gastos de la corrida, y lo cobrado, cobrado como utilidad del García.

Llenóse la Plaza con gran contentamiento de los últimos llegados, pues fueron los preferidos, y verificóse la corrida, presidiéndola el mismo José Bonaparte, que por primera vez veía fiesta de tal clase, y así lo cuenta Du Casse en sus memorias y correspondencias de aquél, quien ordenó se diese una gratificación a Cándido de 500 reales, que cobró; otra de 100 reales a cada



uno de los cuatro picadores, y 400 reales a los banderilleros, gratificaciones que entregó el contratista y no el llamado Monarca.

Haciendo a lo moderno el resumen de la lidia, diremos que se corrieron ocho toros, que mataron tres caballos e hirieron cuatro.

Hubo un toro cuya carne se dio a los pobres, y los otros siete sirvieron para el ejército.

Concluyó el espectáculo, y, como siempre, vinieron las fatigas para el contratista por dificultades en el pago de lo gastado, que ascendió a 20.673 rs., como expresa la cuenta original que obra en el archivo del Ayuntamiento del Puerto de Santa María.

Por aquellos meses -no podemos precisar la fecha exacta- un curioso suceso tauro-bélico se dio en sitio tan distante de Andalucía como es Aragón donde, tras los dos sitios de Zaragoza, el odio al francés -“¡Qué guerra! ¡Da miedo la victoria!”- adquirió tintes total y absolutamente terroríficos. Se trata de un suceso ocurrido en la hermosa y feraz villa zaragozana de Ejea de los Caballeros que se relata en un documento manuscrito, sin data, que obra en el archivo de la familia de quien fuera gran coleccionista taurino y escritor Ortiz Cañavate, que pasamos a transcribir literalmente:

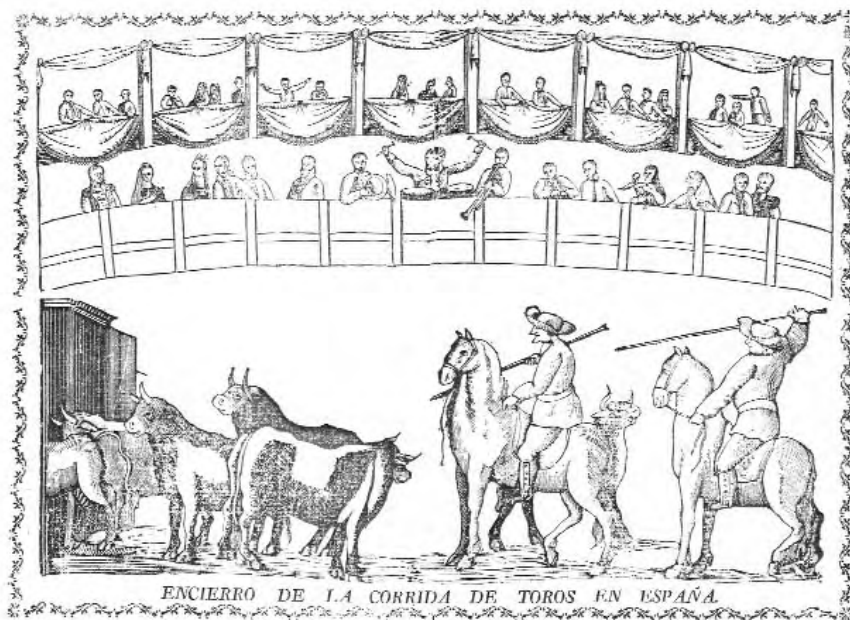
Corrida de toros en obsequio de los franceses. -Hemos tenido el gusto de saber que Ejea de los Caballeros ha facilitado una diversión obsequiosa a los Franceses, según su mérito. Fue el caso, que habiéndose negado la remesa de vacas y más víveres que habían pedido, envié el general francés un destacamento contra el pueblo. Este los dexó entrar pacíficamente; cerraron en seguida sus puertas; abrieron las de las toradas y salieron de sus chiqueiros 32 valientes toros, bien garrochados; y he aquí un espectáculo el más gracioso y digno de verse. Los franceses, en las calles y entre ellos sus amigos y aliados los toros; las puertas de las casas cerradas; los vecinos todos en las ventanas con entrada franca para la función; los animalitos corneando a las otras bestias más fieras que ellos, en figura de franceses, con propiedades gatunas; pues arañando las paredes procuraban asirse de las rejas de las ventanas, desdeñándose del obsequio de sus amigos; pero en valde. Porque los cuernos de los toros iban más triunfantes que los ejércitos de Marengo, de Jena y de Austerlitz, más gloriosos, más desinteresados. Más sin duda; porque peleaban cuerpo a cuerpo (o fiera a fiera) y miraban con desprecio los triunfos.- Aquí sacude uno a un francés; allí arroja otro a un águila; y hubieran sin duda hecho lo mismo a Bonaparte, si hubieran tenido el honor de entrecogerle (¡Lo que es el no conocer el mérito de los sujetos!). Allá ayuda otro a subir más alto a su buen amigo, que trepaba por una reja.

Entre tanto las piedras, los palos, las texas, y las balas dan fin de los que quedaban: y con el último francés acabó la diversión del pueblo sintiendo éste que no fuese tan larga como gustosa había sido. Aquí faltó que el general francés hubiera enviado una proclama de ofreciendo premios a los toros que rindiesen obediencia a Don José y amenazando a los rebeldes. ¡Qué lindos vasallos para tal Rey!

No nos habla este curioso documento de las represalias francesas que sin duda hubo luego, en esta región tan castigada por el invasor y donde las guerrillas capitaneadas por Javier Mina -Mina “el mozo”, sobrino de Espoz y Mina- traían en jaque a Suchet, a D’Agoult y a Lapeyrollerie obligando a éste a enviar un batallón de Cazadores de Montaña a las Cinco Villas, de cuya comarca era -y es- capital Ejea de los Caballeros.

De vuelta a Andalucía tras esta incursión coetánea en Aragón nos encontramos con que José I, dolido, se lamenta cada día más del recorte de su poder, desahogando su mal disimulado apartamiento del mando en España con una bien nutrida y suplicante correspondencia con su esposa a la que pide interceda e inste al emperador: “Si se me reduce a no mandar más que en Madrid, quedaré convertido en el conserje de los Hospitales de la Corte”. Al menos buen humor, aunque algo amargo, no le faltaba. Había disfrutado y mucho con los toros “de obsequio” y parece ser que en Sevilla se le prepararon unas corridas que no pudieron celebrarse a tiempo de que él las presenciara y presidiera; se dieron todas -ocho corridas- en el mes de agosto de 1810 cuando el señor rey intruso ya había vuelto a Madrid. Y aún hubo otras, no previstas para él, que se celebraron en septiembre y octubre; a todas ellas asistieron miles de franceses del ejército de ocupación.

Ronda, cuya bellísima plaza había sido muy afectada por la guerra no pudo restaurar su coso maestrante hasta 1813, con gran esfuerzo, por lo esquilmas que habían quedado las arcas de la ciudad y de la misma Maestranza. Los caballeros de esa real institución rondeña, al igual que los de Sevilla, se entregaron en cuerpo y alma al levantamiento contra Napoleón desde el primer momento de la invasión “ofreciéndose a la Patria con cesión de parte de las rentas que disfrutaban los maestrantes y prestaciones personales de los mismos”; formaron el Batallón de su nombre costeado a expensas de sus individuos, mandado por el Comandante Caballero Maestrante D. Antonio Jesús Chinchilla -por ser el individuo que mayor número de hombres mantenía a sus expensas- y comenzaron a actuar, con 431 hombres, ocupando posiciones en la provincia de Ciudad Real. En 1810 y ante la exigencia de los franceses de dinero para la guerra, el ayuntamiento de Ronda, falto de medios para satisfacer la demanda, no tuvo más remedio que subastar diversas hazas de tierra de labrantía y sembrado sitas en el Prado del Guadalevín y en las huertas de los



ENCIERRO DE LA CORRIDA DE TOROS EN ESPAÑA.

Vendese en la Librería de Solá calle de La Boquería.

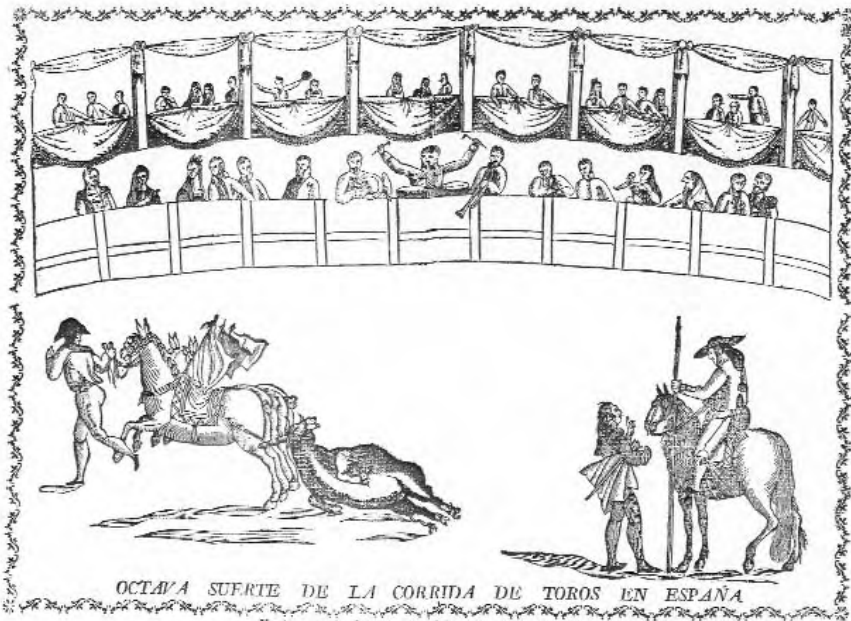


Navales. Curiosamente, y por eso traemos aquí este asunto, a la subasta se presentó el gran Pedro Romero -que tenía su buena fortuna ahorrada ganada en los ruedos- adjudicándose los lotes en 7.300 reales y 22 maravedises, lo que al parecer era *tercia menos de su aprecio*. Esta acción, considerada por el pueblo como usurera y oportunista, impropia de la persona y de la causa, sentó mal en Ronda poniéndose su honestidad en entredicho; se le abrió después de la guerra un expediente de “purificación”, como a todos los empleados municipales, en base a que, en virtud de una prebenda concedida tiempo atrás, era el retirado torero Visitador de Estancos, y no fue sino hasta 1813 cuando su nombre y dignidad fueron rehabilitados: “... informados de la conducta patriótica que han observado los empleados... Pedro Romero..., los consideraban acreedores a ser repuestos en sus respectivos empleos por sus conductas de adhesión a la justa causa, buena opinión y concepto no haber tenido ni pretendido empleos por el intruso gobierno...”.

Y ya que entre maestranzas estamos, antes de abandonar Andalucía siguiendo al rey José camino de Madrid -por ver si toma posesión de la “conserjería” de los Hospitales de la Corte-, no dejaremos la bella tierra de María Santísima sin relatar otro suceso tauro-bélico, éste con tintes administrativos. Los maestrantes sevillanos participaron en muchas batallas dando lustre y honra a su institución en defensa de su Patria y de su Rey Fernando. Los nombres gloriosos de estos caballeros -“inúti-

les” para mucha gente- brillaron en la “francesada” mereciendo ser citados en la crónica más heroica de aquellos días: Céspedes, Jacome, el marqués de Carrión, Medina, Solís Beaumont, Gómez de Barreda, Clarebout y Villapineda son algunos de ellos que entraron de pleno derecho en la historia. El marqués de Alventos, además, ordenó fundir su vajilla de plata y otros preciosos objetos para hacer moneda con la que sostener la unidad militar bajo su mando hasta el final de la campaña; con ese su regimiento de Caballería participó en la batalla de Puente del Arzobispo por cuya acción obtuvo la recién creada Gran Cruz Laureada de San Fernando. Por cierto que los franceses lo declararon *individuo rebelde e insurrecto* lo que dio lugar a que el gran depredador duque de Dalmacia, el mariscal Soult, ordenara confiscar todos los bienes del marqués cuya familia tuvo que huir viviendo durante dos años de la caridad de un fiel criado.

Y ocurrió que el gobernador militar de Sevilla, el francés barón De Darricau, muy enojado y contrariado en sus intereses de la rapiña cuando pretendió saquear la Maestranza sin hallar nada, inventó un plan para sacar dineros de esta corporación caballeresca, chocando frontalmente con el marqués de Nevaes y otros maestrantes que rotundamente se negaron a satisfacer los impuestos de guerra. Apeteció entonces a la administración francesa la organización de unas corridas de toros en obsequio de su rey a lo que la propietaria de la plaza, la Real Maestranza de Caballería, adujo en contra de tal deseo el mal estado del coso del “Baratillo” como consecuencia de la guerra y que sus arcas -todos los dineros estaban a buen recaudo- estaban, por ende, vacías. Se daba a la vez la circunstancia de que en las dependencias de la plaza, convertida en almacén de campaña, había guardados unos carruajes del general Dupont depositados allí después de lo de Bailén. De Darricau, que calificó aquel depósito como “Tesoro abandonado en menosprecio evidente para la memoria del vencido”, inventó un agravio valorado en 58.300 reales cuya indemnización debía ser satisfecha en concepto de pago *por los desperfectos sufridos* disponiendo fueran arreglados *diligentemente* con cargo al gobierno militar de la ciudad ocupada. Enterado Soult por oficio de De Darricau de tan delicado asunto y tras manifestar su extrañeza por *la conducta de la Maestranza con los coches del general Dupont que se encontraban clandestinamente depositados en la plaza de toros*, concedió a la institución un plazo de tres días para saldar la deuda; como ésta no se satisfizo en plazo, el ejército francés se incautó por la fuerza de unas casas y almacenes adosados al ruedo cobrándose así lo que fue justificado como “contribución”. ¿Tendrá este hecho algo que ver con esa forma semiovalada irregular del ruedo de la más bonita plaza de toros del mundo...?



OCTAVA SUFRIE DE LA CORRIDA DE TOROS EN ESPAÑA

Vendese en la Librería de Sald. calle de la Boquería.

CAPÍTULO XIII:

EL ARCO DE TRIUNFO O ABAJO LA PUERTA. LA AGENCIA TAURINA DE JOSÉ I

En Madrid ya se habla del regreso de José I de vuelta de su periplo andaluz, tan menospreciado por su imperial hermano: “Estoy decidido a abandonar España -dirá José a su esposa-, donde me encuentro fuera de mi sitio...”; en Madrid, tan agasajadora capital, el Ayuntamiento ya anda que bebe los vientos por ver entrar otra vez, con pompa y solemnidad, a su intruso y efímero rey gabacho. El monarca se vuelve a la Corte espoleado por un nuevo decreto imperial, de 17 de abril, por el que se nombra al mariscal Masséna, príncipe de Essling, comandante supremo de la Alta España. José ya está harto, hasta el plumero de la cucarda de su real bicornio. El 2 de mayo - ¡caray con la fechita!- la regia comitiva se pone en camino hacia la Villa y Corte:

Mañana salimos para la Corte -escribe Cambronero al Corregidor- mi buen amigo; el Rey ama la gloria sobre todo... Usted entiende el arte de preparar escenas útiles y brillantes... Haga desaparecer la tibieza de algunos insensatos, y ponga en armonía sus voces...”.

Y en parecido tenor le escribe otro regidor de la comisión de Sevilla:

El marqués de Almenara me ha dado aviso de la salida del Rey... nosotros le seguiremos a pesar de las incomodidades que nos esperan... Me persuado podremos llegar a ésa el 20, dos días más o menos... Convendrá mucho que V. tome las disposiciones convenientes para preparar una lucida entrada: algún arco triunfal... le he dicho (al rey) también se piensa en toros, que ha agradado; más no hay tiempo de hablar ni de tantear a estos gladiadores, en vísperas de marchar y lloviendo a cántaros.

Don Frutos Alvaro y Benito, que es quien firma la anterior misiva, no tuvo tiempo como bien se ve, pues habló de toros con el rey justo el día anterior, 30 de abril, con quien dice despachó del asunto *en su cuarto más de media hora solos y de confianza*, de “tantear” a los toreros andaluces para hacerlos venir a la Corte a torear para Don José, al que ahora llaman el “Rey de Copas”.

El Ayuntamiento de Madrid, tan experto en todos estos menesteres logísticos de entradas y salidas de reyes, vuelve a engrasar y poner en marcha la máquina de agasajar articulando un acuerdo de siete líneas maestras en las que la primera, cómo no, es: “Que inmediatamente se prepare y disponga un arco triunfal, con la mayor decencia y majestad que sea posible, en la Puerta de Toledo...”. Pero, ¿serán capa-

ces los señores del Concejo de derribar la Puerta de Toledo para erigir en su lugar uno de esos arcos de efímera arquitectura? ¡Lo serán, vaya si lo serán!. Pues, dicho y hecho, se derribó la puerta y en su lugar se alzó un arco de triunfo de 58 pies de ancho, 24 de espesor y 81 de altura hasta el remate de sus adornos, para conmemorar “el regreso de S.M. a Madrid, en el mes de mayo de 1810, después de su feliz viage a los quatro reynos de Andalucía”. La descripción arquitectónica de tal artística poterna -“la más despreciable y contra todas las reglas del arte”, según opinión del Teniente de Arquitecto Mayor don Antonio Aguado en 1813- es todo un tratado de cursilería adulatoria (20) no apto para espíritus selectos. El año 1813 se derribó el monumento volviendo el paraje a su anterior estado.

José I volvió a Madrid el día de San Isidro, 15 de mayo, de 1810; sin embargo, dado su afán taurino y más aún el de sus “josefinos” cortesanos halagadores, el 28 de abril el Ayuntamiento “en cuanto supo que S. M. quería restablecer las corridas”, ya acordó en Concejo dictar las correspondientes instrucciones: “1º, para lo que hacer previamente para dar la primera corrida cuando el rey lo ordene; respecto a la restauración de la plaza (extramuros de la Puerta de Alcalá); a la busca de toros, de mayores y de vaqueros; ajuste de éstos; pastos para el ganado; caballos para las corridas mediante subasta; contrata de toreros, fianza de los contratos; llamamiento a los guarnicioneros, banderilleros, polvoristas, freneros y demás oficios necesarios para este servicio; apartaderos, cuadras, corrales y oficinas dentro de la plaza; contrata de la carne muerta, y 2º, plan general y total de detalles precisos para preparar una corrida en cualquiera ocasión que ofrecerse pudiera...”.

Y como si no tuvieran cosa mejor que hacer en las circunstancias por las que atravesaba España, las autoridades de Madrid, Sevilla, Córdoba, Jaén y Jerez comenzaron febrilmente a buscar toreros y a formar cuadrillas para las corridas josefinas. El primer oficio, de un largo rosario de escritos oficiales como para llenar con ello sólo un grueso libro, no se hizo esperar. El Corregidor de Madrid inauguró esta serie burocrática dirigiéndose al Comisario regio de Sevilla, el 10 de mayo de 1810, no sin cierto apuro:

Una de las cosas que más falta me hacen, son espadas y picadores, y me aseguran que en esa ciudad y provincia existen los que necesito, y son a saber: en la clase de espadas, José Romero, residente en Ronda, y Curro Guillén, en esa de Sevilla. Ruego, pues, a V. S. disponga, que sin pérdida de tiempo se lo haga saber; y si alguno de los dos se excusase, o no pudiese ser avisado, sería conveniente se avisase a Jerónimo Cándido, o en su defecto, a Agustín Aroca, trayéndose cada uno de ellos, dos banderilleros de su confianza, y de lo mejor de la profesión.- En la clase de medias espadas, me aseguran estar en ésa, o sus intermediaciones, Joaquín Díaz y Lorenzo Badén, y a falta de alguno de ellos, Sebastián de Vargas.- Y por último, de la clase de picadores, estimaría

a V.S. hiciese avisar a Francisco Rivilla, Cristóbal Ortiz, Luis Corchado, Francisco Ortiz y Sebastián de Rueda.- Los que se presten a venir a esta Corte, será necesario se pongan inmediatamente en camino, pues como dejo sentado, las funciones han de principiarse a principios de junio”.

Este oficio se reiteró poco después en los mismos términos y se continuó la búsqueda de hombres de coleta sin dilación alguna. Petición al señor vizconde de Miranda: “Teniendo noticia de que el picador Luis Corchado se halla en la casa de V.S., me veo en la necesidad de rogar se sirva prevenir a dicho Corchado, que inmediatamente se ponga en camino para esta Corte, trayendo en su compañía si fuese posible, algunos otros de sus compañeros de conocida habilidad...”. La contestación de este picador no se hizo esperar prestándose el tal Corchado a salir para Madrid llevando consigo a otro, José de Mena, y al banderillero Juan Arestas. Hay también en este sentido buenas noticias de Jerez, entre Jerez y Sevilla, entre Sevilla y Chiclana, donde se busca a Jerónimo José Cándido, y entre Jerez y Madrid donde llega la noticia de que Sebastián de Rueda acaba de fallecer. También se manifiesta en un oficio llegado de Sevilla el 30 de mayo en relación con la búsqueda de toreros que “aquí hay algunos, y creo que es donde deben reunirse los demás para viajar juntos, pues tienen mucho miedo a los ladrones los que no temen a un toro... Se duda que Josef Romero quiera salir de Ronda”. Y no andaba equivocado quien así hablaba pues el bandidaje, confundido con la guerrilla y con la guerra misma, infestaba los caminos de Andalucía; luego veremos que los bravos toreros no se libraron de sus salteamientos y atracos.

En otro escrito de Sevilla a Madrid el 6 de junio de 1810, se da cuenta de que “mañana salen de ésta, para esa, los toreros comprendidos en la relación que acompaño, a los cuales se les ha dado el socorro de dinero de esta Tesorería, que se señala a cada uno. He de merecer de V. S. que dicha cantidad se satisfaga al Sr. Tesorero Mayor de la Guerra, cargándola a los interesados”. En la relación constaban los primeros espadas Jerónimo José Cándido y Francisco Herrera “Curro Guillén”; Lorenzo Badén de media espada; los picadores Cristóbal y Francisco Ortiz con Francisco Rivilla, y los banderilleros Antonio Rodríguez, Juan de Flores, Juan María del Castillo, Juan García y Manuel Badén. En calidad de “socorros para ponerse en marcha a Madrid” se les anticiparon a todos ellos juntos un total de 19.500 reales. De Córdoba se confirma que “el 13 de junio saldrá de esta para esa Villa, el Corchado en compañía de los picadores Cristóbal Ortiz y Pedro Rivilla, de los espadas Guillén y Cándido que habían tenido que cumplir dos contratos cordobeses los días 10 y 12 de los corrientes, junto con cinco banderilleros”.

“En consecuencia -dice un oficio del Corregidor de Madrid-, ha resuelto el Rey Nuestro Señor que las corridas empiecen el domingo 24 del presente mes”; a con-

tinuación da sus más expresivas gracias, “por el cuidado y actividad que ha empleado en este encargo”, al señor Prefecto de Sevilla al que, entre líneas, le promete tenerlo presente “para algún título”; un título que más tarde llegó.

Como puede verse, el protocolo de la preparación de las corridas josefinas es dilatado -y aquí, evidentemente, no hemos sino esbozado un apunte- y laboriosamente burocrático aunque eficaz para la época y las circunstancias; lo que sí resulta altamente obvio es el interés que todos los funcionarios, altos y bajos, demostraron a fin de satisfacer los deseos del rey. Este, a pesar de la amargura y frustración que le imprime su hermano el emperador, abocándole al abandono de la corona de España, sigue como el primer día empeñado en granjearse la simpatía de sus súbditos y en dejar en ellos buen sabor de boca. Los toros serían para él un medio, nunca un fin; aunque le gustaban a rabiar y disfrutaba enormemente con ellos.

Entre las muchas curiosidades que la organización de aquellos taurinos festejos nos revela, hay algunas dignas de ser relatadas. El 10 de junio, a sólo 14 días previos a la primera corrida, el feísimo Juan Núñez *Sentimientos*, matador de toros, se dirige el Corregidor y con el mayor respeto -desde luego-, expone: “Que con motivo de que se le ha prevenido... que tanto éste como sus compañeros se presenten en la Plaza con aquella decencia correspondiente, por lo cual le pidió a V. S. tres mil reales para hacer los vestidos, que le tienen de coste doce mil reales... de que el tiempo es muy corto para concluir los vestidos...” Se le dieron a cuenta 2.001 reales y 8 maravedises. ¡Curiosa cantidad!

Por fin, de prisa y corriendo, se acometió la reparación de la plaza de toros comenzando por fijar edictos llamando postores para su rehabilitación lo que originó incidentes y conflictos sin cuento, amén de todas las negociaciones entre Ayuntamiento y Junta de Hospitales; se hizo el remate del casco de la plaza a un maestro ebanista llamado Francisco Zaragoza -la plaza era en una gran parte toda de madera- en la cantidad de 190.000 reales por la que se comprometía a “dejarla corriente según se encontraba en 1808 y de darla concluida para principios de junio de este año”.

Comienza la búsqueda de toros -toros “josefinos” para las corridas de José I- acudiendo al socorrido Vicente Perdíguero “que tenía una partida de toros, parte de ellos de su vacada, y otros de las acreditadas de D. Bernabé del Aguila, antes de D. José Jijón, vecino de Villarrubia de los Ojos de Guadiana, y de D. Diego Muñoz, antes de D. Alvaro, vecino de Ciudad Real, brindándose asimismo a franquear todo el cabestrage... Asimismo, se remitieron cartas a los demás ganaderos de la Mancha, a Guendulaín de Navarra, y se empezaron a tomar noticias reservadas sobre los existentes en Colmenar Viejo y otras inmediaciones de la Corte.

Se buscó, llamó y nombró mayoral a Alfonso Hijosa, que lo había sido de las Reales Vacadas de Aranjuez y que se hallaba entonces de guarda mayor en el Soto de Batres de la casa del conde de Oñate, bajo la “intrusa” dirección francesa del Gobernador General Augusto Belliard; el señor conde se quedó sin su buen criado pero no le importaba porque “aunque le era muy sensible la pérdida, estaba pronto a cederle a Madrid para este efecto”. El buen criado, obediente y sumiso, accedió a la licencia de su amo y a los imperativos “josefinos” pero adujo que, teniendo en cuenta que perdía su empleo “en el que tenía asegurada la subsistencia para toda su vida, esperaba se le asegurase ésta del modo más conveniente”. En su consecuencia -¡todo sea por la felicidad del intruso!- “acordaron se le pagaría el viaje de traer a su familia, se le daría habitación para ésta en Madrid durante las actuales circunstancias, y, después de ellas, en uno de los pueblos más inmediatos a la majada de los toros, se le darían 600 ducados anuales que siempre ha tenido esta plaza, caballo y treinta fanegas de cebada y 180 arrobas de paja de trigo para la manutención de él”. Además de esto, se le mantendrían las regalías de “exigir de cada ganadero de toros, un ducado de cada uno”, la exclusiva de veedor de toros en el campo, y la autoridad de mayoral con potestad para elegir y despedir ayudantes y vaqueros. En uso de esta última virtud, Hijosa eligió su equipo, entre hombres muy campeados de su confianza, formado por Blas Dorado, Tomás Sánchez, Alfonso y Nemesio del Campo, Francisco Hijosa y Silvestre Ortega, dejando vacía la nómina del señor conde de Oñate quien todo lo dio por la causa “josefina”.

Llegaron los toros, los definitivamente elegidos por el recién nombrado Hijosa quien “sólo había encontrado ganado de apruebo, diez toros de Aleas, y como otros tantos de Bañuelos... y que D. Bernabé del Aguila era el único ganadero que tenía 81 toros de saca”. El día 14 estaban los toros en Madrid, mas no había pastos para ellos porque los habituales de la Dehesa de La Muñoza estaban tomados por la Dirección de Postas y ocupados por sus caballos; pero como al lado estaban los famosos pastos de los prados del Rincón, a la orilla del Jarama, en aquel momento propiedad de Su Majestad, no habría problema alguno en ocuparlos ya que, aunque estaban apalabrados en arrendamiento con un importante tratante de carnes de Madrid llamado Cristóbal Barajas, se darían a éste a cambio otros terrenos. Para esta operación de pastizales se organizó otra gran carrera burocrática de oficios entre Comisarios, Administrador de S.M., Corregidor de la Villa, notarios y arrendatario. Todo al final se allanaba en pro de la causa de Bonaparte.

No querríamos ser farragosos en estas exposiciones burocráticas y administrativas de la organización de las corridas josefinas -objeto, por otro lado principal de este libro- pero son imprescindibles si queremos que el lector, paciente siempre, tome conciencia de la importancia vital que estos festejos tuvieron en aquel momen-

to en que España, a todo esto, fuera de la plaza de toros, estaba ardiendo en guerra por los cuatro costados y el hambre habitaba en todas las casas del reino; en la organización se implicaron muchas de las personalidades de la época con un afán de insuperable perfección en el halago al rey intruso.

La documentación de todo este proceso es muy abundante y sabrosa por lo que, en notas aparte y apéndice final, reproducimos lo que a nuestro juicio es bastante para ilustrar convenientemente el presente trabajo.

El suministro de los caballos para las corridas, capítulo siempre importante e imprescindible y entonces más que ahora, era en aquellas circunstancias de la guerra un grave problema y su provisión, difícil, se debatía entre la escasez y la carestía. Se sacó a subasta el asunto con un minucioso pliego de condiciones (21), modélico y a nuestro entender desproporcionado con las circunstancias reinantes, adjudicándose ésta a Juan de Rueda a quien, como además de contratista de caballos era picador, se le pidió no actuara en las corridas josefinas “para poder cumplir con la escritura que tiene hecha para surtir de caballos”.

Decíamos unas páginas atrás que los toreros, temerosos de los ladrones -se suponía que ganaban mucho dinero y eran a menudo presa de los bandidos que desvalijaban sus bolsas y “zurracos” en cualquier vuelta del camino-, procuraban desplazarse en cuadrillas para defenderse mejor de los asaltos; pues, aun con todo y con eso, los doce toreros que de Andalucía vinieron para esta ocasión “en el camino les había cogido una partida de ladrones y les habían quitado los caballos y ocasionado otros gastos que reclamaban...” El Ayuntamiento acordó se les abonase lo robado -15.900 reales- “desquitándose del dinero que habían tomado adelantado en Sevilla y en Jerez”. Más tarde es el picador Luis Corchado quien expresa su temor por los “brigantes” (guerrilleros de partida) : “... me puse en marcha hasta las inmediaciones de Bailén; pero como las noticias que se me acaban de comunicar son que en la venta del Judío, que es entre el Viso y Santa Cruz, han cogido a doce compañeros que iban también por mandato de V. S. para la misma función, esperándome por instantes los malvados brigantes para hacer conmigo lo mismo, y aun más, por ser tan conocido y tenerme un odio mortal... me veo obligado en el día de mañana a regresarme a Córdoba...” Sin embargo el día 24 de junio ya estaba el piquero en Madrid.

Se contrató a los menestrales de la plaza y se trató con el adjudicatario de las obras, el señor Zaragoza, que no siendo menos necesaria la construcción de caballerizas, carnicerías, cuarto de administración y demás anejos, “como así también la habitación que siempre había servido de fonda y taberna... donde poder vender

géneros comestibles como no sean de ilícito comercio”; se oyó a un tal Domingo Celda, que llevaba muchos años “sacando los toros muertos” y se contrató con él siguiera “levantando la carne de los que se maten, bajo las condiciones siguientes: 1ª Ha de pagar por cada toro muerto 500 reales metálicos... 2ª, Que durante esta contrata no se ha de pedir más premio que los 500 reales, ni solicitar rebaja... 3ª, Que todos los toros que se desgracien o maten han de ser destrozados y vendidos por el Domingo Celda, según es costumbre”.

Se dieron por el Ayuntamiento unas *Instrucciones generales para casos del porvenir*, dedicados a los que en el futuro quisieran organizar una corrida de toros de este tipo, quizá como resumen de todas las vicisitudes sufridas y pasadas por el Concejo en estas circunstancias josefinas. El “manual” es tan curioso que se reproduce en nota aparte (23).

Sin embargo estas generales instrucciones antedichas, el señor Corregidor de la Villa solicitó del Ministerio del Interior -quería hacer las cosas muy bien- “el plan o reglamento que ha regido hasta aquí en las fiestas de toros”, digamos que para no “meter la pata” y así dejarse llevar de la tradición. Y se lo dieron. Curiosamente, el reglamento que estaba en vigor aquel año es esencialmente similar al que rige hoy día, doscientos años después. Parece mentira, pero es cierto que el anacronismo tau-rino sea realmente un sincronismo y que apenas en esos dos siglos -ya lo decíamos varios capítulos atrás- haya habido variaciones sustanciales. Transcribamos los cuatro puntos fundamentales de esa normativa :

1º.- Preceder orden del Ministerio de Hacienda cuando la Corte estaba en Madrid, y cuando se hallaba en los Sitios, por el Gobernador del Consejo para cada corrida.

2º.- Consiguiente a esta orden, el Corregidor disponía lo referente a su cumplimiento, a saber: Orden del Arquitecto, maestro mayor, para que reconociera la Plaza de Toros, y le remitiera certificación de la seguridad de ella -ya vimos en 1808 las del arquitecto Villanueva- sin cuyo requisito no se procederá a nada. Enseguida orden del Comandante de la plaza pidiendo la tropa necesaria de Caballería e Infantería, para auxiliar las providencias del Corregidor. Prevenciones al Alguacil mayor para hacer el espejo de la plaza y demás que sabe le corresponde; y al Visitador de Policía para los riesgos, etc., en los casos que el tiempo lo exigía. A estos dos no se les pasaban órdenes, y sólo se les advertía que tal día había corrida, y cada uno cuidaba del cumplimiento de lo que a cada uno compete.

3º.- El administrador de la plaza cuidaba de traer con la anticipación conveniente la minuta del cartel, que formaba la Comisión de Hospitales, para adicionarle según pareciese al señor Corregidor, y señalar la hora de la función por mañana y tarde.

4º.- Concluída la función, por la noche, dar parte al Ministerio o al Gobernador, de las ocurrencias que hubiere habido, con remisión de testimonio que solía poner el escribano que le tocaba de ronda, en caso de salir heridos algunos toreros.

La Presidencia y mando de la plaza, siempre ha sido peculiar y privativo de los Sres. Corregidores, como es público y notorio. Mas en las corridas a que el rey Carlos IV -las que consentía por excepción la Real Prohibición de su padre de 1785- concurría a ver estas funciones, el caballerizo Mayor daba la orden de empezar; tiraba la llave para salir el toro a la plaza, y para echarle banderillas y matarle, etc. Sin que haya más reglamento ni bandos públicos, sobre esta materia, que la práctica que queda expresada.

Siguen después advertencias precisas respecto de los toreros, divisas de los toros, cuadrillas, localidades y precios, billeteaje, autoridad, etc. que aun siendo muy curiosos, son aquí de sobra.

Se cuidan mucho los aspectos religiosos y sanitarios, y al respecto de todo esto se previene “que antes de las diez en los días de toros -recordemos que en una corrida entera había toros por mañana y tarde-, un sacerdote con el sacristán, espere el coche en esta parroquia para que lleven la Santa Unción a la plaza según costumbre.... Que el domingo próximo y demás días en que se tengan funciones de toros, concurrirá un cirujano de número y cuatro practicantes de los Hospitales civiles... con el aparato de medicamentos... para lo que pueda ocurrir. Que en una pieza contigua a la Sala de Cirugía del Hospital de San Juan de Dios... se coloquen dos camas”. Esto último, lo de las camas, no pudo ser porque, por causa de la guerra, “se hizo entrega de ellas, con los demás efectos del Hospital General, al encargado por el Gobierno para su recibo... Que se celebre el Santo Sacrificio de la Misa una hora antes de amanecer y otra después del mediodía en la Capilla del Real Pósito, durante la temporada de corridas de esta Corte”. Precisamente en este tiempo y para este preciso menester taurino, se instituyó la llamada “Misa de dos” que todavía hoy se celebra a diario en la mayoría de las iglesias de la España católica.

En cuanto a las condiciones precisas a la hora de la contratación de los toreros, de a caballo y de a pie, se establecen unos extremos que van desde el respeto a su antigüedad profesional hasta la cobertura de los riesgos en la plaza y su consecuente orden de actuación. Con los picadores, tan molidos siempre a caídas, costaladas, tumbos y fracturas, se tenía un trato muy especial:

Cada picador de los llamados gana 1.000 reales, trabaje o no, por cuya razón deben ponerse siempre en los carteles, estando en disposición, y si no pudiese alguno ser puesto en el cartel, quedará para primer sobresaliente. Los sobresa-

lientes, no siendo de los escriturados, ganan cada uno de los primeros 300 reales, y si sale a la plaza, por cada salida 150 reales más. Los segundos 150 reales aunque salga o no salga. Si los escriturados salen heridos y no trabajan algunas fiestas, no se les paga; pero si es picador de mérito y ha trabajado muchos años, se les da al fin del año una gratificación para ayuda de su curación.. Los espadas, si alguno sale herido le sucede lo mismo que a los picadores de mérito.

A los picadores escriturados (contratados mediante escritura notarial) y espadas se les daba, una vez acabadas las fiestas de toros, un caballo para irse a su casa de los que sobraban de las corridas -que a veces no quedaba uno sano-, mas esta dádiva no era general y sí propia de casos como éste de las corridas josefinas en que la contratación y estancia de los toreros era un tanto especial y excepcional.

Era costumbre inmemorial dar un vestido a cada uno de los espadas, media espada, banderilleros y picadores que eran expresamente llamados; máxime si de corridas regias o festejos extraordinarios como estos nuestros se trataba. Chupa, chaleco y calzón componían el vestido de los de a pie, con las diferencias en la guarnición según la categoría profesional, y de casaquilla y calzona de bayeta el de los picadores. A los chulos se les proporcionaba otro vestido que habían de dejar devuelto en la plaza, y a los caleseros encargados del transporte de los toreros uno de pana. Algunas plazas como las de propiedad maestrante, tenían su propio “uniforme” torero, su propio vestido que imponían a los lidiadores proporcionándose en propiedad o préstamo; así la Maestranza de Sevilla imponía en su plaza “casaquillas y calzones color grana con guarniciones de plata y chupas de raso azul y blanco, para los picadores; iban detrás los toreros de a pie con idéntica vestimenta, llevando sobre los hombros capas azules; y luciendo guarniciones, zapatos y medias de color blanco”. Obsérvese el detalle prelatorio de que los de a pie *iban detrás* de los picadores, para comprender su importancia en la fiesta.

Cuando los toreros eran expresamente llamados para torear—como es el caso que nos ocupa- y habían de recorrer media España, ponían, claro está, sus condiciones que, si los diestros eran de fama, solían ser aceptadas sin discusión. Veamos un sabrosísimo ejemplo que nos viene al pelo. Se trata de las condiciones exigidas por los picadores Laureano Ortega, Juan de Rueda y José María Rodríguez (que toreaaban con Pepe-Hillo, José Romero y Antonio de los Santos), para actuar en Aranjuez llamados por Carlos IV:

Que la empresa pagaría los gastos de viaje, así de ida como de vuelta, de los referidos. Que satisfaría asimismo el gasto que hicieran en Segovia. Que a cada uno se les abonarían 1.000 reales de vellón por cada fiesta, en el tiempo y forma que quisieran cobrarlos. Que a Laureano Ortega, además, se habían

de abonar por vía de gratificación 700 reales de vellón sobre su ajuste, en atención a haber hecho el viaje desde Cádiz.

Pero como no todo se reducía a pagar sus sueldos y sus viajes sino también sus estancias y manutención además de otras gabelas y gajes, en lo tocante al “gasto de Segovia” que estos picadores exigían, la comisión municipal de Aranjuez escribió por indicación de ellos, al célebre hostelero segoviano -su hostería debía ser de “cinco estrellas”- Gabriel de Mora pidiéndole presupuesto y condiciones que estipulaba para el hospedaje y alimentación de los varilargueros a lo que éste respondió:

Señores: Habiéndome mandado por el señor don Juan Mariñas que viesse el arreglo que podía hacer con el gasto de los toreros en darles de comer, beber, asistimiento y camas, es el siguiente: Primeramente, chocolate para doce, una libra, con dos libretas. Una patorra para almorzar, con su pan y su vino. A medio día dos libras de vaca, media de carnero, una gallina, media docena de chorizos, ocho pollos, 4 asados y 4 en pepitoria, una fuente de pellas o natillas, ocho libras de ternera con una libra de manteca para asarla, doce libretas de pan, vino bueno, fruta del día, y tres libras de azúcar blanco. Por la noche un buen guisado, su ensalada, vino y pan, con fruta para postre. Sus camas buenas, con sus posesiones, luces y asistencia. No excediendo de esto, el gasto lo arreglo en 436 reales de vellón. Me parece que está muy bien arreglado. Si usías determinan, me darán aviso para determinar mis cosas. Dios guarde a V. S. muchos años. P. A. L. P. de usías, Gabriel de Mora.

¡Caray, con los picadores de tronío! ¿No iban a tener buen brazo...?

Estando ya próxima la celebración de la primera corrida josefina de 1810, mandada señalar por real gusto para el día 24 de junio, sólo quedaban a la organización -cuya Comisión de toros estaba en manos de D. Nicolás García Caballero, D. Lorenzo de Iruegas y D. Diego Barreda, que no durmieron tranquilos en más de un mes- la fijación de precios y de carteles. Aquellos oscilaron entre los 4 reales de un tendido de sol y los 24 de una barandilla a la sombra y por ellos sabemos que el aforo de la plaza, una vez reparada, excepto las de obsequio, honor y respeto, era entonces de 10.040 localidades. La recaudación prevista, vendida toda la plaza, sería de 99.546 reales de vellón. Se estableció un billeteaje especial a prueba de falsificaciones “en evitación de fraude, con cierta seña o sello para evitar que los contrahagan” -generalmente se grababan con una o varias flores de lis u otra contraseña-, y se fijaron los puntos urbanos de su venta (24). Hay autores que insisten y aseguran que esta fue la primera vez que se usaron billetes, boletos o entradas para acceder a una corrida de toros, lo cual ya vimos anteriormente no ser cierto; quizá se refieran, sin duda, al marcaje con esa contraseña antifraude que sí se usaba en el billeteaje de los coliseos

de comedias y ópera. Y posiblemente se reinstauró en ese día tal medida, más policial que administrativa, en evitación de desórdenes públicos en presencia del “rey torero” José I. Luego veremos que esta medida resultó contraproducente.

Se imprimieron 410 carteles en la consabida Imprenta Ybarra, de los que media docena se enviaron al rey que así lo había solicitado -envió alguno a Julia, su esposa-, y salvo 36 que se fijaron en las esquinas y 243 destinados a su venta, el resto, dentro de sobres del Sr. Corregidor, se enviaron a las distintas instituciones, ministros y autoridades. (Nótese que en aquella época los carteles de toros se vendían y no a los turistas, precisamente).

Se hizo el reparto de los balcones, “tanto de oficio como de gracia” que, resumido, es el siguiente:

Nºs	
1, 2	El Rey Nuestro Señor
3	Servidumbre de S.M.
6	Sr. Gobernador General, Belliard
46	Cirugía y Santa Unción
99	Administración
100	Sr. Duque de Tamames
101	Ayudantes, Comandantes y Comisario de Policía
102	Comisión
103	D. Bernabé del Aguila
104	Sr. Genera, Comandante Cacatte
106	Sr. D. Patricio de Bustos
107, 108	Junta de Hospitales
109, 110	Municipalidad

Se precisó el número de la tropa que había de asistir en acto de servicio, tanto en la víspera para vigilancia del ganado y de la plaza como el mismo día de la fiesta, con la precisión de que “en los días que asista S. M. es doble el número de soldados, con los mismos oficiales”.

Todos estos extremos, medidas y disposiciones, salvo ligeras variaciones, se observarían durante la casi totalidad de las corridas de toros josefinas, bien fueran por real deseo, por el del Ayuntamiento o por las necesidades de los Hospitales Generales.

Y ahora, vámonos con el rey José I a los toros.



¡A los toros!. Escena que representa el magnífico ambiente festero de la ida a los toros en el Madrid de 1800. (Litografía de Daniel Perea).

CAPÍTULO XIV:

¡A LOS TOROS! PERO ANTES, A MISA

Se celebró al fin la primera media corrida josefina de 1810 el día previsto, 24 de junio, domingo y festividad de San Juan. La tarde, calurosa ya, había tenido el preludio de una mañana esplendorosa y, dentro de las circunstancias, tan distintas de otras ciudades también ocupadas por los franceses, Madrid respiraba aire de fiesta; hacía varios meses que no había toros y eso no era bueno para un pueblo como el de la Corte que tanto los añoraba. Sin embargo, había en el ambiente un no sé qué de animadversión por el mero hecho de saberse el motivo de la organización y la asistencia del intruso a la corrida; la presencia de las tropas francesas dentro y fuera de la plaza crispaba un tanto los ánimos de la gente. Porque las noticias de la guerra seguían arribando a Madrid infiltradas a través de la guerrilla que, con su movilidad y astucia, las hacía llegar aun antes que las postas oficiales propias y enemigas.

Unos días antes, el 14 de junio, se había puesto cerco a la ciudadela de Ciudad Rodrigo, allá en la muga de Portugal, que se sabe resistía en un islote de heroicidad sin ayuda alguna. Y Oviedo, la capital de Asturias que había sido tomada el 19 de mayo, hacía tan sólo cinco días que había sido evacuada por los franceses ante la proximidad del ejército inglés; allí la guerrilla descalabró y trastornó con grandes daños a los gabachos. La anarquía en uno y otro bando se generaliza y la guerra, que ya dura dos años, transcurre bajo la batuta de la más feroz improvisación. Hasta la Junta Suprema se había convertido en un órgano odioso por su ineptitud, su arbitrariedad y su corrupción. Los franceses, según dice Soult desde Sevilla, sienten en sus almas el cansancio, y la guerra “está menos avanzada que el primer día...”.

Este año, las alegres verbenas de San Juan se presentan un tanto mustias y hasta las lilas de la Casa de Campo parecen tumefactas; la romería de San Isidro, celebrada entre morriones y chacós de franchute ha estado un poco triste y en La Florida, por San Antonio, los chiquillos han disfrutado más con los restos de metrala que con los deliciosos buñuelos y rosquillas del Santo... Pero, ¿y los toros? ¡Ah, los toros! Eso ya era otro cantar, que para los toros siempre hay ánimos y humor, aunque alguna vez haya habido que reclutar gente a punta de bayoneta para no dejar madera vista en los tendidos y para que el “torero” rey intruso se vea complacido.

Varias horas antes del comienzo de la corrida, que se había fijado para las cuatro de la tarde, los alrededores de la plaza eran un auténtico hervidero de gentes, caballos, coches y calesas, vendedores de naranjas, aguadores, y todo tipo de uniformes de gra-

naderos, infantes y fusileros del águila imperial que cubrían el servicio de “ocupación” del coso taurino de la Puerta de Alcalá. Tan pronto la plaza abrió sus puertas dos horas antes del festejo, comenzó la gente a entrar, no sin tumulto a pesar del presunto orden a que obligaba el uso del billete; hubo incidentes, altercados y algaradas, soliviantado el público por la presencia francesa en puertas y callejones. Hubo broncas, golpes y algunas detenciones y encarcelamientos por causa de que muchos españoles con su billete en la mano no pudieron entrar a la plaza, por hallarse llena, mientras los soldados franceses entraban sin pagar; además del “overbooking” y a pesar de que 156 empleados, nada menos, atendían al público para acomodarlo, se armaron algunas zapatiestas por la lentitud del sistema del billete que resultó, como ya dijimos, contraproducente. Se produjeron muchas protestas y muy curiosa es una formulada por un eclesiástico en los siguientes términos: “Don Antonio Barragán, presbítero, a V. Ilma. con el debido respeto expone: que en el día 24 del corriente tomó dos billetes de sombra en el tendido, y uno de sol para ver la corrida de toros con un amigo y su criado, y habiendo llegado a la plaza, hallaron las puertas de la plaza cerradas y mucha gente con los billetes sin poder entrar, por estar llena, según decían...” y exige se le abonen las entradas o se le canjeen por otras para la próxima corrida; este cura tan “torero” se quedó sin ver los toros y con un par de narices.

Llegada la hora fijada dio comienzo el tan ansiado festejo después de que Su Majestad el rey intruso ocupase su balcón y hubiera sido recibido al toque de pífanos y timbales de honor y saludado por una mezcolanza de vítores e improprios, entre los que podía oírse desde un *¡Viva el gggey!* dicho con acento marsellés, hasta los *¡muera el francés! ¡abajo el intruso!*; una silba impresionante mezclada con tímidos aplausos precedió el paseíllo de las cuadrillas detrás de un pequeño escuadrón francés a caballo que hizo el dificultoso despejo del ruedo abarrotado de gente. Tras los soldados, los alguaciles de golilla -a la filipina manera, tal como hoy- y los lidiadores, desfilaron los perreros, llevando los perros de presa, en dos traillas de seis alanos, que habían de ser soltados como feroz castigo a aquellos toros que fueran mansos y no entraran a los caballos; tras ellos un chulo con la infamante media luna para desjarretar a esos mansos y otros con las oprobiosas banderillas de fuego, y aun detrás, dos cacheteros. Finalmente, seguido de las mulillas y de los servidores del ruedo, salió el verdugo de la Villa montado en un burro que, emplazado en el centro del albero, leyó el pregón de “buen gobierno” con las advertencias pertinentes, amenazando al público “con severas penas a los que arrojaran piedras, palos, frutas y animales muertos a los lidiadores, blasfemasen, trabáranse con armas en alguna reyerta o contravinieren en forma alguna las órdenes del Corregidor que presidía la función”. Ya se había levantado la prohibición, o cuando menos era letra muerta, que promulgó el conde de Aranda y secundó Floridablanca -Aranda “inventó” los tres candiles de quita y pon en el tricornio a fin de que una o varias alas fueran practicables, y

Floridablanca las hacía bajar o subir según su capricho-, que decía textualmente en los carteles de toros: “En conveniencia de los que ocuparen los asientos de sol, permite el gobierno que durante aquel asiento pueda tenerse caída un ala del sombrero, a fin de conseguir con su sombra el alivio de aquella incomodidad, pero no en los demás parages sombríos”. Menos mal. Los majos y los chisperos volvieron a su anterior sombrero chambergo de los de queso y moña, el castoreño, con el que Pedro Romero citaba a los toros para matar recibiendo.

Se lidiaron aquella tarde, en modalidad de media corrida, diez toros: cuatro de Bernabé del Aguila y Bolaños con divisa encarnada; cuatro de D. Diego Muñoz y Pereiro (antes de D. Alvaro) de divisa verde; y dos de Vicente Perdiguero, de Alcobendas, con blanca. Los cinco primeros fueron picados por Francisco Rivilla y Francisco Ortiz y los otros cinco por Cristóbal Ortiz y Luis Corchado. Y fueron estoqueados, tres cada uno por Jerónimo José Cándido, Juan Núñez “Sentimientos” y Francisco Herrera “Curro Guillén”; el último fue despachado por el media espada Lorenzo Badén. Los matadores debieron ir vestidos “de durse” a juzgar por estos detalles:

todos con vestido de gusanillo de seda morado batido con carmesí y puntillito blanco guarnecido de cadenas, flecos de plata, cada uno con su juego de lazos bordados, lentejuelas azules, de color rosa y blancas; hombrillos bordados con sus correspondientes borlas, y también guarnecidos de cadenas de arcos y flecos, todo fino; además llevaban sus capas cortas encarnadas con galón de plata...

No nos ha llegado un juicio crítico sobre el resultado artístico salvo incidencias de menor interés aunque pensamos que la corrida debió ser un éxito, cuando menos en lo tocante a organización y satisfacción del rey que se hartó de otorgar premios y trofeos a los lidiadores: “Asistió S. M. a esta función y dio muestras de estar sumamente complacido; y regaló los seis primeros toros a los tres espadas -es decir, el producto de la venta de su carne, que ascendió a 5.000 reales- y los restantes a los picadores. También asistió toda la Corte; la función fue excelente, no hubo desgracia particular, pero hubo muchos porrazos que recibieron los picadores”. Por la venta de sus pieles sabemos que en aquella corrida murieron 14 caballos; y que el producto total del festejo fue de 83.662 reales de vellón y 9 maravedises. En cuanto a desgracias particulares, tumbos de picadores aparte, una hubo que aunque leve impidió a *Sentimientos* actuar en la función siguiente “presentando una certificación del cirujano D. Francisco González, en la que expresa no podía matar en esta corrida por un puntazo que había recibido en la anterior, en el dedo pulgar de la mano derecha; y en su consecuencia Su Majestad le hubo por excusado”. ¡Bah, percance de poca monta!

Ya la tardada caía y el cielo lucía cárdeno cuando se desalojaba la plaza en presencia de los soldados franceses que, bien armados, hacían guardia a ambos lados de puertas y callejones. Unos infantes del águila imperial se afanaban en arrancar de los muros de la plaza unos pasquines con el engrudo aún fresco, que alguien había fijado a toda prisa durante la corrida aprovechando la vista gorda de la guardia. En ellos, unas décimas anónimas alusivas a Bailén, que han llegado felizmente hasta nosotros, versificadas decían:

Si con fleco en la montera
y capote de alamares
pensais que no hay militares
de arrogancia verdadera,
Bailén, victoria primera
Os hará acordar mil veces
Que los que saben, corteses,
Cortejar, gastar el oro,
Mentir y matar un toro,
Saben matar los franceses.

Con todos estos antecedentes y visto el éxito obtenido del que Su Majestad se sentía tan complacido, mostrándose tan dadivoso con los toreros -regalar un toro como premio a una actuación era, evidentemente, de un nivel extraordinario que no se veía, ni mucho menos, todos los días-, los “josefinos” de la Municipalidad acordaron “La continuación de las fiestas de toros por mañana y tarde los domingos de cada semana hasta el mes de julio inclusive” y elevaron consulta al rey sobre aspectos muy razonables de su organización y desarrollo, como por ejemplo las horas del comienzo y la duración del espectáculo:

que las horas de principiarse sean, por la mañana a las diez, y por la tarde a las cinco. Por la mañana deberán correrse seis toros y por la tarde ocho solamente, pues por la experiencia de muchos años me ha hecho conocer que los dos restantes hasta los diez contribuyen muy poco a la diversión porque, acercándose la noche, se hace preciso el matarlos con precipitación... Ruego a V. E. se sirva comunicarme la voluntad de S. M. en este punto... Es también muy esencial para el buen orden que S. M. se digno declarar si la función ha de principiarse a la hora que se señala en los carteles, no obstante que S. M. no haya llegado aún, pues de este modo, y en el concepto de que el palco de S. M. estará siempre preparado y dispuesto, podrá asistir en el tiempo que y a la hora que guste, al modo que se practica actualmente en los teatros.

Como puede verse, el regocijo de los organizadores al ver a su rey complacido les lleva a consultarle hasta los más mínimos detalles, incluso sobre las misas que han de celebrarse con las corridas. Comienza una nueva carrera, esta vez religiosa, entre el Sr. Ministro de Cultos, el Comisario General de la Cruzada y las parroquias de San Luis y de Santo Tomás; en todo ello preocupa mucho el importe de las limosnas por esas misas y quién lo ha de pagar -en un principio “S. M. mismo dará la limosna de las dos Misas que, siendo de un doblón cada una, podrá salir el año en toda la temporada de toros a dos mil reales”-, por lo que en un oficio del Corregidor se contesta: “El Rey Nuestro Señor, se ha servido resolver que en los domingos de cada semana haya dos corridas de toros, una por la mañana y otra por la tarde; y para evitar que algunas personas de las que concurren a la primera se queden sin Misa, ha resuelto igualmente S. M. que en las iglesias de San Luis y Santo Tomás se diga una Misa a las dos de la tarde, cuya limosna ha de satisfacerse por la Municipalidad...” Intervino también en ello el Ministerio del Interior y hasta se apeló “a las facultades que me están deputedas por la Santa Sede”, para ordenar las misas de dos, al Sr. Ministro de Negocios Eclesiásticos, que también lo había. El rey contestó que sí a todo y en lo referente a las limosnas claramente dijo que las pagara la Municipalidad, la que inmediatamente decretó: “se señala la limosna de cuarenta reales a cada sacerdote que celebre la Misa; los que deberán pagarse de los productos de los toros”.

Pero no fue este el final del extraño y desmesurado contencioso, y el cruce de apelaciones, decretos, conformidades, disconformidades, la inclusión de otras iglesias como la del Real Pósito y los Comisarios de Toros, embrollaron más el asunto que por poco sí da al traste con los taurinos festejos que, parece ser, se apoyaban en la relación toros-religión como la más demagógica medida de agrado popular, a criterio del rey intruso y de su Corte. Aún más, hay un último oficio del Sr. Cura Párroco de la iglesia de San José, también implicada en este embrollo eucarístico que, en previsión de abusos a la hora de asistir los celebrantes de misas a los toros, con mucho celo -y muchos “celos”- dice: “Enterado de la vuestra de 29 del presente, no obstante poder haber sido más inadvertencia que malicia cuanto V. SS. previenen, he vuelto a insinuar vayan sólo dos Ministros por parte de la Iglesia, y que con este miramiento no admitan a otra persona en el palco de los toros”. El lío de las misas se prolongó hasta el infinito burocrático más inimaginable y por un momento pareció ser obstáculo insalvable para posibilitar la celebración de las fiestas de toros.

Con tales antecedentes y empero estos escollos, acordó la Municipalidad -para seguir dando gusto a Su Majestad y al pueblo- que se tuviese la segunda corrida el domingo 1 de julio, por mañana y tarde; que no se usase billeteaje en evitación de todos los incidentes que se produjeron en el festejo anterior, volviendo al viejo sistema de la cobranza por los bolseros a las puertas, como antiguamente; que, tenien-



do en cuenta que los toreros habían de cobrar el día anterior, según costumbre, se facilitara al Administrador de, al menos, 50.000 reales de provisión de fondos para estos y otros menudos gastos; que se colocasen letreros indicativos sobre las puertas de los distintos tendidos y dependencias de la plaza “mudándolos cada tarde” según fueran los de “sol” y “sombra”; y que, encarecidamente, se evitasen “los desórdenes que se habían notado en la fiesta anterior”.

Se verificó, esta vez entera, la segunda de las corridas josefinas del año 1810, el día 1 de julio, que fue calificada como “de las más sobresalientes que se han conocido”. En ella se lidiaron 14 toros: cinco de Bernabé del Aguila, cinco de Diego Muñoz y cuatro de Vicente Perdiguero. Los seis toros lidiados por la mañana fueron picados por Cristóbal Ortiz y Antonio Herrera; los ocho de la tarde por Francisco Rivillas, Francisco Ortiz y Juan Gallego. Jerónimo José Cándido y “Curro Guillén” mataron entrambos trece toros; y el último fue para el media espada Lorenzo Badén. Murieron en ella 18 caballos y hubo entre los toreros unos cuantos percances: “De cuatro porrazos se dislocó un brazo el picador Herrera; se quebró una costilla el picador Rivillas y sacaron entre cuatro, mal estropeados y privados de sentido, a Gallego y Amisas, que se recuperaron a pocos días. También tuvo una cogida el espada Guillén, de que salió ileso milagrosamente, y dos contusiones los banderilleros Badén y Ortiz, y los demás picadores llevaron grandes

porrazos, quedándose solo en el último toro Francisco Ortiz”. El producto de la corrida fue de 94.397 reales y 30 maravedises.

Hay aspectos, sin embargo, que por paradójicos no pueden dejarse de lado en toda esta historia. El pueblo, que no se daba cuenta del aislamiento político y militar a que estaba sometido José I respecto de su hermano y de la anarquía reinante entre los mismos franceses, no entendía cómo pueden suprimirse unos impuestos por un lado -por ejemplo los arbitrios interprovinciales-, para crear otros gravámenes hasta ese momento inexistentes, como el de la carne de toro. Esta carne se vendía en la misma plaza, en el macelo y por su tablajero o asentista, a ocho cuartos y era una gran ocasión para que las gentes humildes pudieran comerla ya que era la única al alcance de sus bolsillos: “es la de que el consumo de esta carne se hace y se ha hecho siempre por la tropa y gente pobre, que por falta de medios no prueban otra cosa en el tiempo en que no hay corridas”; pues bien. La víspera de esta segunda corrida josefina se pasó una Real Orden diciendo que desde la fecha, 30 de junio, se gravaría la carne de toro muerto en la plaza con 12 maravedises en libra, por derechos de consumos. El odio que al francés sentía el pueblo español iba subiendo de tono con estas medidas atosigantes que se contradecían con los deseos del rey intruso. A mayor abundamiento, el general Cacatte pide un “plus” para sus soldados que han asistido de servicio a la plaza; ni que decirse tiene que el Ayuntamiento accedió a esta gabacha petición para no desairar los deseos de Su Majestad, aumentando la gratificación a la soldadesca enemiga, por ir a los toros, en un real de vellón por cabeza. Algo del todo intolerable.

Se dio la tercera media función, sólo de tarde, de esta pequeña serie de julio, con idéntico cartel: ocho toros de las mismas ganaderías anteriores, con los mismos picadores y los mismos matadores con sus cuadrillas habituales. Nada digno de mención salvo que en esta corrida murieron cuatro caballos, que su producto fue de 67.527 reales y 29 maravedises y que “El Rey Nuestro Señor se ha dignado mandar los tres primeros toros, o su importe, se den a los tres espadas; y que la carne del que salió estropeado del toril se envíe, la mitad a los pobres del Hospicio y la otra mitad se reparta por iguales partes entre los desamparados y el Colegio de Doctrinos”.

Mientras todo esto sucedía en el ruedo de la plaza de la Puerta de Alcalá, por ahí fuera, por el resto del reino, la guerra continuaba y la situación no cambiaba; aún es más, se agravaba con el hambre y la crisis de abstecimientos. Soult, el mariscal, el señor duque de Dalmacia, una vez se vio libre de la presencia del hermano del emperador, que le estorbaba en la consecución de su particular reino -al igual que Murat, ambicionaba Soult un pequeño reino por estos pagos ibéricos-, dedicóse a inventar para sí un virreinato en Sevilla. Allí se tomó, motu proprio, atribuciones que no le correspondían arrogándose en monarca. Instalado en uno de los más hermosos pala-

cios de la ciudad, se rodeó de lujo y magnificencia dando fiestas insólitas y recepciones suntuosas: “Más que un simple lugarteniente del emperador, parecía ser el rey de Andalucía. Jamás monarca alguno se rodeó de tanta majestad. Jamás una corte pareció más sumisa que la suya. Reinaba con altivez, y como el Júpiter de Homero, creaba el Olimpo con un movimiento de su cabeza”. Son palabras del comandante médico Fée que tuvo que sufrir las veleidades de su supremo jefe y que actuó como notario de muchas de las atrocidades y errores de su ejército. “No se conoce bien a esta nación; es un león que por las buenas se le guía con un cordón de seda; pero a la fuerza no se la conseguirá dominar ni con un millón de soldados...”, seguía lamentándose el siempre intruso, e ingenuo, rey José I en carta a su querida esposa Julia.

Y entretanto, el 20 de junio llegaba por mar a Cádiz, sitiada ella, el joven duque de Orleans, hijo de Felipe Igualdad, futuro rey Luis Felipe de Francia. Es la segunda vez que aparece este personaje en esta nuestra historia; la primera, recordémoslo, cuando fue a Londres a ofrecerse como “rey” de la América española. Venía ahora a Cádiz “a ofrecer sus servicios personales al ejército español”. Se le recibió con honores, se le atendió su oferta y se le contestó, cortesmente, que “en España es norma general excluir de los asuntos militares a todos los príncipes posibles”. No obstante la amable respuesta, el delfín francés insistió y fingió no entenderla hasta que fue obligado por la policía a abandonar España inmediatamente, lo que hizo el 3 de octubre, al parecer “decepcionado y contento”. ¡No es lo de menos...!

En Valençay, Fernando VII no sólo se dedicaba a la molición, que Tayllerand lograba disipar con sus infantiles divertimentos, sino que, atento a las victorias napoleónicas en Europa, felicitaba al emperador en escritos tan aduladores como indignantes y vergonzosos. Un día escribió, sin el menor rubor, a Berthemy: “Lo que ahora ocupa mi atención es para mí un objeto de mayor interés. Mi mayor deseo es ser hijo adoptivo de S. M. el Emperador nuestro soberano. Yo me creo merecedor de esta adopción, por mi amor y afecto a la sagrada persona de S. M., como por mi sumisión y entera obediencia a sus deseos”. Sin duda alguna, el cerebro del príncipe de Asturias bien pudiera haber sido objeto de estudio del célebre doctor alemán Franz Joseph Gall, que por aquel entonces revolucionaba la medicina con una pseudociencia neurológica basada en la relación entre la forma del cerebro humano y el comportamiento emocional y temperamental; a buen seguro esa “frenología” hubiera tenido mucho que decir del “deseado” monarca español. ¿Quién robaría muchos años después el cráneo de Goya de entre sus restos mortales...?.

Napoleón, como el director de una gran compañía de marionetas, valoraba mucho la manejabilidad de sus títeres, y Fernando VII era uno de sus preferidos al que tenía de rehén, de comodín y de baza bajo la manga. A José I, que puestos en práctica los

decretos imperiales de los gobiernos militares “sus facultades fueron disminuyendo hasta quedarse en una mera sombra de autoridad”, le amenazaba con la restitución en el trono de Fernando VII “el cual, con tal de recuperar la corona, se prestaría a ceder las provincias que convinieran, aceptando todas las condiciones que el emperador quisiera imponerle”. E incluso Carlos IV, al que tenía muy a mano en Marsella, con su violón y sus relojes, viendo pasar por el lejano horizonte las inglesas fragatas que no venían a rescatarle, sería en un momento dado pieza clave, y títere sin cabeza, para sustituir a José y negociar la anexión de España entera a Francia. El hartazgo de José I por su hermano era pleno, hasta hacerle aborrecer el trono de España, mas seguía aferrado a su idea de arraigar en el sentimiento del pueblo español; asiste al teatro, no falta a misa mayor, preside la procesión del Corpus, se le ve en los ateneos y academias en las glorificaciones de poetas y literatos y, sobre todo, va a los toros. Hasta en esto último querría, cuatro años después, epatarle el “deseado” Fernando VII, a su vuelta al Trono, haciéndose aficionado... y ganadero de reses bravas.

En la Plaza de Toros de la Puerta de Alcalá de Madrid se produce un “veraneo”, un impasse obligado por las circunstancias que no son, precisamente, las más propicias para hacer funciones de toros. Y no por falta de ganas del rey intruso y sus alabanceros “josefinos”. Al fin y al cabo, se da gusto al pueblo... y lo paga el pueblo, pues ¡miel sobre hojuelas!. Porque esa es la verdad.

Hora es ya de desmitificar la vieja leyenda de que José Bonaparte, el intruso rey José I, pagaba de su bolsillo las corridas de toros -y otros divertimentos públicos- bajo su melifluo reinado; eso es, lejos de constituir una historieta fiable que podría ser bonita, una auténtica falacia, una falsedad urdida por no se sabe bien quién ni con qué extraño fin, que quizá bien pudo haber funcionado demagógicamente en su momento, pero no después, ni mucho menos hoy (todavía en libros de texto recientes se podía leer este cuento). Ante nosotros -y ante quien los quiera examinar- todos los documentos pertinentes sobre el tema, cuidadosamente archivados, dan fe de que fueron los cortesanos “josefinos”, lagoteros y trepadores, con sus instituciones a rastras, quienes en un adulón servicio dieron gusto a su Señor. A un señor al que no vamos a negarle su afición taurina despertada, parece ser, en tierras de Bayona y no satisfecha del todo hasta conocer la corrida de toros “a la española”, con toda su cruda realidad, cruenta y colorista, que le subyugó de inmediato. Su generosidad, pródiga en conceder trofeos a los toreros como ya hemos visto, era una forma de volver por el forro el viejo dicho de “con pólvora del rey bien se dispara” para convertirlo en “con dinero del pueblo bien se regala”.

Y del rey abajo, ninguno se sustrajo a esta afición coadyuvando cada uno desde su puesto a la brillantez del espectáculo josefino; la Corte, el Estado Mayor, los

Prefectos y demás autoridades, familias y soldados franceses que tras José Bonaparte vinieron, todos se volvían locos por los toros y se peleaban por una buena localidad en la plaza. Los documentos hablan con la elocuencia de lo escrito, firmado, rubricado y sellado, y en ellos nos apoyamos. Los generales y mariscales franceses, aunque no obedecían al rey, al menos contribuían a su diversión taurina dándose casos muy dignos de ser contados. Tal es el caso del picador Cristóbal Ortiz, que habiendo sido llamado para actuar en la corte no podía asistir por hallarse herido, convaleciendo en su natal Puerto de Santa María. Obligado y amenazado por el general Gobernador Militar de esa plaza, que no creía en la lesión alegada por el piquero, lo mandó examinar por un facultativo:

El Doctor D. Nicolás Meca, profesor de Medicina y de Cirugía, con Real aprobación... y Consultor de los Reales Ejércitos... Certifico haber reconocido a Cristóbal Ortiz, picador de Toros, al que de resultas de una caída que dio en Sevilla, se fracturó las dos últimas costillas falsas... y por consecuencia ha quedado con dificultad en la respiración e imposibilitado de poder caminar ni ejercer su oficio, a lo que se agrega un vicio hemorroidal que tiene habitualmente...

Certificado -legalizado por dos notarios, además- que nos permite conocer incluso aspectos íntimos de este torero acuciado por el desmedido interés de un general de Bonaparte. La caída en la que este picador se lesionó fue recibida en una de las funciones de una serie de ocho festejos que por orden del duque de Dalmacia, Sout, se habían dado en Sevilla, para su recreo y el de su tropa, mediante una contrata para el mes de agosto por 54.000 reales.

En tal estado burocrático estaban las cosas y tan virreyes se sentían los generales napoleónicos en sus jurisdicciones, que son innumerables sus golpes de prepotencia y pues si el “rey marioneta” da corridas de toros, ellos no quieren ser menos. Se queja el feísimo “Sentimientos” y se disculpa en la tardanza por llegar a Madrid para las corridas de septiembre por culpa de las escoltas para el camino y por la arrogancia del general Jorge que, antes que para el rey, querría que torease para él:

Que he venido en posta desde Sevilla hasta Madrid, y aunque podía haber venido en dos días y medio o tres, he tenido que gastar doce, por la detención de no poder caminar sin escolta, como de hecho la he sacado con la orden del Sr. Mariscal Sout. Llegando a Manzanares, quiso detenerme el general que está allí, para matar seis toros de muerte que tenía preparados, mas yo le dixé que en caso de detenerme, sería necesario me diese una certificación; pero le dixé que no podía detenerme, porque el mismo día 9, domingo, que es cuando él tenía preparados los seis toros de muerte tenía yo que asistir en Madrid

a la función, y que asistía S.M. a ella... Yo, señor, a mi costa he pagado la escolta y caballos, que me han costado tres mil y tantos reales...

Lo mismo ocurrió con los toreros Lorenzo Badén y Juan López, que también sufrieron intento de “secuestro” taurino por el gran aficionado general Jorge y de cuyos ambos tres extendió certificado correspondiente al Gobernador Militar de Madrid general Belliard, que se conservan. ¿De dónde sacaría el general Jorge los toros para sus particulares festejos ...?. Del campo, claro.

Con muchas dudas sobre la puntual presencia de algunos toreros, como ya hemos visto, y de otros no citados, lo que da idea de lo difícil y arriesgado que era en aquel momento atravesar España, dio comienzo la otoñal temporada taurina josefina que principió el 9 de septiembre y terminó, ya víspera de Navidad, el 23 de diciembre con una función de novillos. Siete corridas de toros y dos novilladas en total compusieron este ciclo eminentemente josefino, del que hay constancia fehaciente de que sólo los productos de las tres últimas fueran destinados a los Hospitales generales, suponiéndose el resto a las arcas municipales.

También telegráficamente, como en el caso de anteriores festejos, vamos a relacionar los avisos de estas corridas tomados de las mismas fuentes mencionadas. (por seguir el orden numérico de los festejos de la temporada 1810, la primera que vamos a relacionar será, realmente, la 4ª del año).



4ª Corrida de toros. Domingo, 9 de septiembre de 1810 (Tarde)

Toros: Ocho de Bernabé del Aguila y Bolaños, antes de D. José Gijón, de Villarrubia de los Ojos de Guadiana, encarnada.

Picadores: Juan José de Rueda, Antonio Herrera y Juan Gallego.

Espadas: Jerónimo José Cándido, Juan Núñez “Sentimientos” y Francisco Herrera “Curro Guillén”.

Productos: 54.454,30 reales.

Incidencias: seis caballos muertos.

5ª Corrida de toros. Domingo 16 de septiembre de 1810. (Tarde)

Toros: ocho de Bernabé del Aguila.

Picadores: Antonio herrera, Juan Gallego y Juan de Amisas.

Espadas: Cándido y “Sentimientos”

Producto: 45.285,08 reales.

Incidencias: 12 caballos muertos.

6ª Corrida de tors. Domingo 23 de septiembre de 1810. (Tarde).

Toros: Ocho de Bernabé del Aguila.

Picadores: Antonio Herrera, Juan Gallego y Juan de Amisas.

Espadas: Cándido, “Sentimientos” y Lorenzo Badén.

Producto: 43.663,19 reales.

Incidencias: 13 caballos muertos.

7ª Corrida de toros. Domingo 30 de septiembre de 1810. (Mañana y tarde)

Toros: 14 de Bernabé del Aguila

Picadores: Los seis de la mañana picados por Antonio Herrera y Juan de Amisas. Los seis primeros de la tarde por Antonio Herrera y Juan Gallego.

A los dos restantes les quebrará rejoncillos Alfonso Alarcón “el Pocho”.

Espadas: Cándido y “Sentimientos”. El último Lorenzo Badén.

Producto: 69.215,50 reales.

Incidencias: 20 caballos muertos. En esta corrida se suprimió el billeteaje.

8ª Corrida de toros. Domingo 7 de octubre de 1810. (Tarde)

Toros: ocho de Bernabé del Aguila.

Picadores: Los seis primeros por Juan Gallego y Juan de Amisas. Los dos restantes por Julián Díaz.

Espadas: Cándido, “Sentimientos”. El último Lorenzo Badén.

Producto: 43.721,27 reales.

Incidencias: 9 caballos muertos.

9ª Corrida de toros. Domingo 21 de octubre de 1810. (Tarde)

Toros: ocho de Bernabé del Aguila.

Picadores: Antonio Herrera, Juan Gallego y Juan de Amisas.

Espadas: Cándido, “Sentimientos” y Lorenzo Badén.

Producto: 44.495,09 reales.

Incidencias: 14 caballos muertos.

10ª Corrida de toros. 28 de octubre de 1810. (Tarde).

Toros: ocho de Bernabé del Aguila.

Picadores: Antonio Herrera, Juan de Amisas y Antonio de Rueda, de Jerez de la Frontera, nuevo.

Espadas: Cándido, “Sentimientos” y Lorenzo Badén.

Producto: 41.936,23 reales.

Incidencias: 9 caballos muertos.

11ª Corrida de novillos. 16 de diciembre de 1810. (Tarde)

Toros: diez toros de D. Alvaro Muñoz Teruel, picados, banderilleados y estoqueados. Diez novillos embolados de D. Vicente Bello y de otros ganaderos de Castilla. Picadores: Los toros picados por Antonio Herrera y Juan Gallego; como reserva, Julián Díaz.

Espadas: “Sentimientos” y “el Pocho”.

Incidencias: De los diez novillos. Dos capeados y banderilleados por Cristóbal Díaz, Ramón García, Domingo del Corral, Silvestre Torres “el Fraile” y Juan Ramos. Los ocho restantes para los espectadores aficionados. En lugar de perros hubo banderillas de fuego.

12ª Corrida de novillos. 23 de diciembre de 1810. (Tarde)

Toros: dos novillos embolados para Ramón García, Domingo del Corral, Silvestre Torres “el Fraile” y Juan Ramos. Dos toros de muerte: el 1º de la vacada que fue de D. Miguel Jijón, y el 2º de D. Alvaro Muñoz y Teruel, picados por Antonio Herrera y Juan Gallego, estoqueados por “Sentimientos” y “el Pocho”.

Incidencias: fuegos artificiales después del festejo.

Obsérvese que ya todas las corridas josefinas son a celebrar en domingo -salvo unas cuantas excepciones extraordinarias justificadas-, por ese motivo demagógico dual ya comentado de toros-religión, intentando hacer de la doménica jornada un día completo de fiesta, principiando por la celebración de la Santa Misa.

La gente nota el cambio, observa con recelo la novedad, y la desconfianza ya sentida en la última corrida de julio aumenta viendo la maniobra del intruso, disminu-

yendo la afluencia a la plaza, lo que se traduce en una menor recaudación en taquilla. El boicot al gabacho se hace cada vez más patente alentado por los patriotas investigadores de la insurrección y la resistencia. Los organizadores se dan cuenta y añaden alicientes a los carteles rebajando, además, los precios de algunas localidades. En la corrida 7^a, del domingo 30 de septiembre, hay varias notas adicionales al respecto que, como excepción, contaremos aquí por su interés al tema:

... que Alfonso Alarcón “el Pocho” quebrará rejoncillos vestido a la española antigua... que ninguna persona arroje a la plaza cáscaras de naranja, melón, sandía, piedras ni otra cosa que pueda perjudicar a los lidiadores, bajo la pena de 20 ducados... Se entrará sin billetes, pagando a la entrada como antes se hacía... En beneficio del público se bajan los precios de balcones y asientos con la calidad de por ahora, quedando establecidos los siguientes...

Aun con todo y con eso, va menos gente a la plaza y los productos económicos de las corridas descienden; al notarlo, se plantea el Ayuntamiento incluso la interrupción de las funciones: “acerca de las pérdidas que se habían experimentado en las últimas corridas de toros... y si convendría continuar dichas funciones o suspenderlas...”. En las siete primeras corridas de este año de 1810 había un saldo positivo de algo más de 3.000 reales y aún quedaban por pagar las “yerbas de la dehesa del Rincón, las cantidades mandadas abonar a los toreros por gastos de viaje y robos...”. Pero como todavía quedaban vivos 28 toros de los comprados a Bernabé del Aguila, se acordó seguir dando funciones hasta agotarlos y continuar después con alguna de novillos, como ya hemos visto que así se hizo.

A la vista de todo esto, el Ayuntamiento acordó devolver la concesión de la plaza, huyendo de la quema y escurriendo el bulto, a los Hospitales, sus propietarios. Pero Don Pepe, el rey José I, sacó de su real manga una Real Orden:

... el Rey, que apetece el orden y armonía... no cree conveniente que la Junta de Gobierno de Hospitales... se distraiga en la administración y gobierno de la plaza y corridas de toros, ramo más apropiado de la Municipalidad. Por estas consideraciones quiere Su Majestad que la plaza de toros pertenezca, como hasta aquí, a la Municipalidad... pero bajo la obligación de dar el producto a los Hospitales...

He dicho. Y bajo la tutoría municipal se terminó la temporada de 1810, la de las “corridas josefinas”, sin que Don Joseph Bonaparte pusiera de su parte, bolsillo o tesoro ni un “sous”. Aún están por pagar todas las misas que el intruso mandó decir para que “Dios le concediera ser de verdad rey de los españoles...”

Como era costumbre entonces para las funciones de novillos de invierno, se sacó a subasta la plaza en noviembre, adjudicándose el 5 de diciembre a favor de D. Agustín Roldán quien la regentaría hasta el fin de la Pascua de Resurrección de 1811 en la cantidad de 4.700 reales de vellón por cada función ejecutada “pagados en metálico, con excusión de todo papel”. Se ordenó al contratista de obras Zaragoza que “efectúe la división de plaza y el potro, según tiene obligación” y se recordó a D. José Lozano “que todavía no ha satisfecho el importe de un toro perniquebrado que se le había encargado para su degüello...”. También se encargó a la Policía una curiosa investigación sobre qué había ocurrido en la novena corrida, de 21 de octubre de 1810, en que “...el cobrador del tendido 6º, que lo es del número 37 al 42, manifestó que estaba lleno al tiempo de entregar el talego y así apareció a la vista, mas sin embargo en su talego, únicamente se han hallado 883 reales y 30 maravedises”.

Así terminó el año 1810 y sus corridas de toros -y de novillos- josefinas que a poco supieron al rey, cada día más aficionado a estos taurinos festejos. Y cada día más preocupado por su trono español y por el vacío de sus arcas a las que no llegaban los dos millones de francos mensuales prometidos por su hermano.

Escribe a su esposa Julia cartas que son premoniciones y augurios:

... con mi sistema creo que se podría pacificar a España en un año... Constantemente me hallo prevenido, de día como de noche, a montar a caballo para salir a defender la población contra las guerrillas... Si consigo marchar a Francia... procurarás alquilar una casa de campo a cincuenta leguas de París, en Touraine, que más adelante podemos permutar por la de Morte-fontaine... Conserva esta carta que es una profecía...

10

El estoqueador se presenta al Toro.



CAPÍTULO XV:

UN AGUILUCHO EN EL NIDO DEL AGUILA IMPERIAL

Aunque no lo fueron menos el anterior y, sobre todo, el siguiente, 1811 ha pasado a la historia como el “Año del hambre” del que ya vimos en otro capítulo sus devastadores efectos y la verdadera penumbra de España entera, por causa de una guerra de desgaste que se eternizaba en medio de la anarquía y el caos.

El rey José I, que se desvela por los españoles pero que está deseando abandonar España, frustrado y postergado, no se cansa de escribir a todas horas a Julia, su mujer, y a su primo Berthier, el príncipe de Neufchâtel, meciéndose sus cartas entre el lamento y la súplica. A Julia, a la que ha enviado dos retratos suyos para sus hijas Carlota y Zenaida -parece ser que de goyesca factura-, le cuenta la situación de su reino cargando las tintas impresionistas. A Berthier le cuenta muchas y muy malas cosas; le dice de todo, desde que sus servidores no tienen ni zapatos y que las tropas a su servicio no cobran desde hace ocho meses, hasta que se han empeñado los objetos de valor de Palacio para pagar a acreedores, incluso los vasos sagrados de la Real Capilla; que a los empleados civiles se les debe trece meses de sueldo y que dos Grandes de España, Mazarredo y Campo-Alange, han llegado al extremo de pedirle raciones de comida para el sustento de sus familias; que él ha reducido los gastos de la Casa Real a doce millones; que franceses y españoles están sumidos en la más espantosa miseria; que el país está saqueado y que la desmoralización general reina en España...

Es otra vez Mesonero Romanos quien viene a darnos su crónica más patética de esa situación reinante. Basten unas pocas y precisas pinceladas:

El espectáculo, en verdad, que presentaba la población de Madrid es de aquellos que no se olvidan jamás. Hombres, mujeres, niños de toda condición, abandonando sus míseras viviendas, arrastrándose moribundos por las calles para implorar la caridad pública, para arrebatar siquiera más que un troncho de verdura que en época normal se arroja al basurero, un pedazo de galleta enmohecida, una patata, un caldo que algún mísero tendero pudiera ofrecerles para dilatar por algunos instantes su extenuación y su muerte, una limosna de dos cuartos, para comprar uno de los famosos bocadillos de cebolla con harina de almortas que vendían los antiguos barquilleros o algunas castañas o bellotas... éste era espectáculo de la desesperación y de la angustia, la vista de infinitos seres humanos expirando en medio de las calles y en pleno día; los

lamentos de las mujeres y los niños, al lado de los cadáveres de sus padres y hermanos, tendidos en las aceras y que eran recogidos, dos veces al día, por los carros de las parroquias; aquel gemir prolongado universal y lastimero de la suprema agonía de tantos desdichados inspiraba a los escasos transeúntes, hambrientos igualmente, un terror invencible y daba a sus facciones el propio aspecto cadavérico. La misma atmósfera, impregnada de gases mefíticos, parecía extender un manto fúnebre sobre toda la población... Bastárame decir... que en el corto trayecto de unos trescientos pasos que mediaban entre mi casa y la escuela conté un día hasta siete personas entre cadáveres y moribundos y que me volví llorando a mi casa...

Paradójica e incomprensiblemente, en medio de aquella atmósfera apocalíptica se dan los más espectrales contrastes, los más inverosímiles y esperpénticos claroscuros. Llega el carnaval, prohibido por los Borbones y resucitado por el intruso, y el espectáculo adquiere tintes de aquelarre tétrico en una mezcla inmoral y monstruosa, verdaderamente surrealista, de máscaras enjovadas y ebrias bailando su lujuriosa borrachera por entre los yacentes moribundos y huesudos famélicos agonizantes

En víspera de San José de aquel año se presentó en el Ayuntamiento un ebanista -¿Zaragoza, quizá?- ofreciendo un magnífico *desserte* (trinchante), muy propio para un gabinete regio, construido en caoba de Cuba con taracea de ébano e incrustaciones de marfil, valorado en cincuenta mil reales. Al día siguiente, en la recepción que José I dio para festejar su onomástica -enfermo como estaba de un ataque de reúma, mostró orgulloso su regalo del Ayuntamiento a sus invitados.

Se calculó que unas veinticinco mil personas perecieron en Madrid víctimas del hambre en aquellos meses de horripilante memoria.

Sin embargo, todo esto parecía importar poco al rey José I y a sus “josefinos” aduladores que, en el colmo de la paradoja y el esperpento, sólo pensaban en hacer fiestas de toros. “Los franceses no podían salir del casco urbano de la población sin correr peligro de ser ahorcados...”; pero a los toros, extramuros de la capital, acudían sin miedo alguno. La correspondencia de José en estos meses es, además de por su contenido, abrumadora por su cantidad, en un continuo lamento y queja por lo insostenible de la situación española y su ubicación personal, ridícula, en ella. José I quiere abandonar España a toda costa porque se siente inútil en este postizo reino; su hermano, el emperador, hace caso omiso a sus lamentos en una postura de “laisser passer” hasta que la solución venga sola, por desgaste y abatimiento. El epistolario entre ellos, y entre los intermediarios de ellos es, totalmente patético, estremeceador y, diríase, que tierno.

Como nadie le hace caso -“no he recibido todavía contestación a mis cartas de 10 y 14 de febrero... me veré obligado a ponerme en camino y llevar yo mismo mi firma en blanco... Mi salida de este país será aquí un suceso feliz para todo el mundo...”, piensa en marchar a París a plantar cara a su imperial hermano. Pero un suceso familiar viene a propiciar el tan ansiado y necesario viaje.

Mientras tanto todo esto, el arrendatario de la plaza de toros para funciones de novillos, Agustín Roldán, cumple con su programación contratada y comienza su temporada el 13 de enero con una serie de festejos que entretienen a la afición madrileña. En breve transcripción, son estos los siguientes (se conserva el ordinal de origen):

3ª Corrida de novillos. 13 de enero de 1811. (Tarde):

Dos toros de D. Vicente Bello, de Salamanca, embolados, picados por Julián Díaz y Ramón Pérez de León “el Calesero loco”, nuevo, capeados y banderilleados por Cristóbal Díaz, Antonio Badén y Sebastián Valero. Dos becerros de Colmenar Viejo para la cuadrilla de jóvenes, nuevos en esta plaza, a cargo de Alfonso Alarcón “el Pocho”, estoqueados por Mariano Martínez “Picharrete”.

Ocho novillos embolados. Fuegos artificiales.

4ª corrida de novillos. 20 de enero de 1811. (Tarde):

Dos toros de D. José Gabriel Rodríguez, de Peñaranda de Bracamonte, capeados y banderilleados por Domingo del Corral, Silvestre Torres y Juan Ramos. Dos toros de muerte de D. Miguel Jijón, con divisa encarnada, “conocido por su braveza y ferocidad por el temible Rabón” y de D. Alvaro Muñoz y Teruel, de Ciudad Real, verde, picados por Antonio Herrera y Juan Gallego, estoqueados por Juan Núñez “Sentimientos” y sobresaliente Antonio Alarcón “el Pocho”. Ocho novillos: cuatro de D. Joaquín Iñigo, de Alba de Tormes, y cuatro de D. José Manuel González, de Salamanca, para los espectadores aficionados. Fuegos artificiales.

5ª Corrida de novillos. 17 de febrero de 1811 (Tarde):

Cuatro toros: dos de D. Vicente Bello, de Salamanca, y dos, “que se picarán y matarán”, de D. Juan Bañuelos, de Colmenar Viejo, encarnada. Los de Bello capeados y banderilleados por Cristóbal Díaz, Silvestre Torres, Juan Ramos y Antonio badén. Los de muerte, picados por Juan Luis de Amisas, de Sevilla, y Juan López, de Cádiz, estoqueados por Domingo del Corral y Ramón García. Ocho novillos embolados de Castilla para los espectadores aficionados.

6ª Corrida de novillos. 24 de febrero de 1811. (Tarde):

Dos becerros de D. Juan José Pérez Asenjo, de Fuente el Salz de Jarama,

picados por Tiburcio de San Juan “Busca Ruidos” y Pablo Santos “el Pacífico”, banderilleados por Ramón Gallego “el Ratón”, Eustaquio Morales “el Gato”, Isidro Morales “el Mahometano”, Tomás Fernández “el Chirrín” y Antonio Redondo “el Conejo” y estoqueados por Juan Fernández “el Peluquero”. Diez novillos de vacadas de Castilla la Vieja para los espectadores aficionados. Corrida de gallos. Cucañas y fuegos artificiales

7ª Corrida de novillos. 17 de marzo de 1811 (Tarde):

Dos toros de D. José Iñigo, de Salamanca, capeados y banderilleados por la cuadrilla compuesta por Domingo del Corral, Ramón García, Silvestre Torres y Juan Ramos. Dos toros de D. Juan Bañuelos, de Colmenar Viejo, encarnada, picados por Antonio Herrera y Juan Gallego y estoqueados por Juan Núñez “Sentimientos”. Sobresaliente, Antonio Alarcón “el Pocho”, Ocho novillos de vacadas de Castilla para los aficionados. Fuegos artificiales.

8ª Corrida de novillos. 31 de marzo de 1811. (Tarde):

Dos toros de D. Vicente bello banderilleados y capeados por Domingo del Corral, Ramón García, Silvestre Torres y Juan Ramos. Dos toros de D. Juan Bañuelos picados por Antonio Herrera y Juan Gallego y estoqueados por “Sentimientos”. Como sobresaliente Alfonso Alarcón “el Pocho”. Ocho novillos de vacadas de Castilla para los aficionados. Fuegos artificiales. Esta novillada fue presidida por el rey intruso José I y se dio en celebración del hijo de Napoleón, Rey de Roma.

Pero en este tiempo, en febrero de 1811, atendiendo a la Real Orden ya mencionada, alusiva al deseo de S.M. José I de que fuera la Municipalidad la encargada de la administración y gobierno de la plaza y corridas de toros, sale a subasta el arriendo para “todas las fiestas tanto de toros como de novillos que correspondan a dos años contados desde abril próximo, sin embargo, de habérsela ya hecho proposiciones, que aunque presenten utilidades positivas y atendibles, no satisfacen el afán con que quisiera ocurrir a las graves urgencias de aquellas cosas...” (habían de ser 12 corridas de toros y 12 novilladas al año).

Resultó adjudicatario de la plaza de toros de la Puerta de Alcalá un curioso personaje -un “taurino”, como diríamos hoy con cierto aire de resabiada intención, no muy benévola por cierto-, un “profesional” negociante del toro: don Manuel Gavía, marqués de Gavía y conde de Buena Esperanza. Este hombre, gran conocedor del toro bravo y que posteriormente fue nombrado director de la Real Vacada por Fernando VII, adquirió la ganadería de D. Pablo Laso Rodríguez -el ganadero amigo de Moratín en cuya finca ocurrió el suceso de José I antes relatado-, tuvo una

gran influencia en todo el desarrollo taurino posterior a 1811, y tuvo mucho que ver en la conformación de uno de los entronques ganaderos de bravo más importantes del siglo XIX y, por ende, de la cabaña brava actual.

El suceso familiar a que antes hacíamos referencia en torno a José I, no era otro que el nacimiento de un sobrinito suyo: “Hermano mío: Me apresuro a anunciar a V. M. que la Emperatriz, mi muy cara esposa, acaba de dar felizmente a luz a un príncipe que por su nacimiento ha recibido el título de Rey de Roma... Esta tarde, a las siete, el príncipe será “ondoyé” (bautizado sin las ceremonias de la Iglesia). Teniendo el proyecto de bautizarlo dentro de seis semanas... rogándoos seais el padrino de vuestro sobrino”. Como agua de mayo -más bien de marzo- vino a caer el feliz mensaje en manos de José que no veía la hora ni encontraba la excusa para ir a París. El primogénito del águila imperial -el “aguilucho”-, era el mejor pretexto.

A Madrid llegó la imperial noticia el 29 de marzo de 1811 que se patentizó con una salva de honores de ciento un cañonazos -ciento un disparos al centro del corazón del pueblo- y un montón de festejos populares entre los que, naturalmente, no podían faltar los toros. Recepción real, fuegos de artificio, mojigangas, bailes, -todo de muy mala gana-, desfile militar por el Prado, colgadura y engalanamiento de fachadas, y el consabido Te Deum tan hipócrita como todos los demás, cantado por los mismos que lo entonaron con Carlos IV, con Godoy y Fernando VII...

El pobre “aguilucho”, muerto a los casi 21 años por tuberculosa herencia, sólo fue un sueño para su imperial padre y para toda la Francia bonapartista, y un juguete en manos del habilidosísimo Metternich.

José I, tras su onomástica celebración, se puso en cama víctima de su crisis reumática y todavía el 2 de abril escribía desde el lecho mostrando su preocupación por la imposibilidad de viajar. Pero se sobrepuso a la enfermedad y viajó, poniéndose en camino el 23 de abril: “Mi actual viaje a París no tiene otro objetivo que conferenciar con el Emperador, mi hermano, acerca de la felicidad de España”. Al llegar a Dax, su primo Berthier le hizo llegar la prohibición del Sire de abandonar España. Desoyéndola, José I se lo jugó a una carta y aceleró la marcha entrando en París el 15 de mayo. “Me siento mejor desde que he salido de Madrid y me encuentro lejos de aquel espectáculo de miseria que he tenido delante de los ojos”.

No fue recibido por Napoleón y marchó a Mortefontaine donde estuvo muchos días en compañía de su mujer y de sus hijas, días felices lejos de la pesadilla de la corte de Madrid. Desde allí insistió sin parar en sus reivindicaciones a su imperial hermano que daba la callada por respuesta. Andaba en ese tiempo Napoleón enoja-

do con sus hermanos: Luis había arrojado a sus pies la corona de Holanda; Jerónimo no había cumplido sus compromisos a cambio de Hannover y Westfalia, y Murat derrochaba el dinero de la marina de su estado. Y ahora le venía José con andanadas de “chantaje” de abandono... No queriéndole recibir el Sire por no discutir con él aspectos que le parecían ridículos, después de permanecer unos días en el casti- llo de Marracq, no le quedó más remedio que volver a España entrando en Vitoria el día 1 de julio de 1811 para llegar a Madrid el 15 del mismo mes.

Había retrasado el viaje de vuelta por asistir al bautizo de su sobrino y ahijado, el Rey de Roma, que, con un impresionante derroche de lujo y esplendor en el incom- parable marco de las Tullerías, se celebró el 9 de junio. Y también por ver a su madre Doña Leticia -*la Madame Mère*- quien a su edad no perdía la perspectiva histórica del napoleonismo ni su intuición femenina del pesimista ocaso del águila imperial.

“El día que entre S.M. en Madrid lo recibirá la Municipalidad en cuerpo bajo un arco de ramaje y flores en la fuente del abanico... Al día siguiente al de la llegada del rey se dará al Pueblo una corrida de toros gratis, y la entrada en los dos teatros será franca...” Hizo José I su quinta entrada en Madrid con la pompa acostumbra- da, aunque algo restringida por la penuria reinante -el “ramaje y flores” indicaba más forraje que doblones- y con la pretensión de que el Ayuntamiento, como siem- pre, -ya tenía costumbre-, sufragase la gratuidad de toros y comedias. Hubo recep- ción de gala en Palacio y un banquete extraordinario ofrecido por el Ministro Presidente del Consejo, Duque de santa Fe -título “josefino” de nuevo cuño, que no era otro que D. Blas de Azanza, quien fuera Corregidor de Sevilla y quien desple- gó gran actividad en buscar toreros para dar las corridas de 1810, por lo que el rey quedó muy agradecido: “se le tendrá a usted presente para un título”-; sabedor el duque de que el tesoro no estaba para “dispendios protocolarios”, generosamente pagó el banquete de su particular peculio. Bajo el arco “vegetal” levantado en el Abanico se le habían de entregar -¡por quinta vez!- las llaves de la ciudad que “esta- rán corrientes en la forma que se acostumbra en iguales casos, teniéndolas a dispo- sición...”. Salva de artillería, repique general de campanas, iluminación general y fuegos de artificio, rematarían la jornada...

Antes de partir para Francia el rey José I, conecedor ya del nacimiento del “agui- lucho”, mandó dedicar en su honor las dos funciones de novillos de los días 31 de marzo y 14 de abril; la primera no se terminó de admitir a cuenta hasta febrero de 1813, y la segunda fue verificada gratis para el público e incluso en ella se bajó des- pués el precio de la carne de los toros y, curiosamente, “se atendió el pago de la composición que se hizo del destrozo ocasionado en los balcones, gradas y tendi- dos, que todo se compuso por cuenta de la empresa...” Estos destrozos los ocasio-

nó sin duda la gratuidad de la función y la celebración popular del nacimiento del “aguilucho” gabacho; y se produjeron en presencia de S.M. el rey intruso y toda su corte, Se había hecho provisión para ese día de abundante ganado extra “... la empresa tuvo orden verbal del señor Regidor para encerrar y tener dispuesto mucho más ganado que el anunciado en el cartel porque debiendo asistir Su Majestad, como asistió, hubiese más provisión de reses con que divertir al público, si S.M. lo mandaba, como en efecto así sucedió porque los anunciados fueron dos toros de muerte, se verificó con cuatro...” También hubo más quejas del empresario que, además de pagar su canon de arrendamiento no tuvo un real de beneficio “porque en este día debió quedar alguna utilidad si no hubiera sido gratis...” Y el rey, generoso como siempre con los toreros, les regaló los dos toros extra que, por cierto, y por impericia de sus matadores hubieron de ser retirados al corral y apuntillados por los “mozos crúos” del macelo.

Durante la ausencia de José I las corridas de toros comenzaron, tras las novilladas, en su normal temporada contratada con D. Manuel Gaviria dándose la primera el domingo 12 de mayo de 1811 y así en cantidad de cinco festejos hasta la vuelta del rey. Estos fueron dichos festejos:

1ª Domingo 12 de Mayo de 1811 (Toros, mañana y tarde).

Los 15 toros pertenecieron 3 a D. Bernabé del Aguila, encarnada; 6 de D. Diego Muñoz y Pereiro, verde; 2 de D. Antonio Hernán García, de Colmenar Viejo, azul; 3 de D. Manuel Salcedo, de Colmenar Viejo, nuevos, morada y blanca, y 1 de la viuda del Pozo, de Braojos, blanca.

Los seis de la mañana picados por Miguel Velásquez de Molina y Juan Luis de Amisas. Los nueve de la tarde picados por Luis Corchado, Antonio Herrera Cano y Juan Gallego.

Jerónimo José Cándido y Francisco Herrera (Guillén). Último de la tarde, Alfonso Alarcón (el Pocho), media espada.

2ª Domingo 26 de Mayo de 1811 (Toros, tarde).

Dos de D. Bernabé del Aguila, encarnada; 3 de D. Diego Muñoz y Pereiro, verde; 1 de D. Antonio Hernán García, azul; 2 de D. Manuel Salcedo, morada y blanca, y 1 de la viuda del Pozo, de Braojos, blanca, picados por Luis Corchado, Antonio Herrera Cano y Juan Gallego.

Jerónimo José Cándido y Francisco Herrera (Guillén). El último, el media espada Alfonso Alarcón (el Pocho).

3ª Domingo 2 de Junio de 1811 (Toros, tarde).

Dos de D. Bernabé del Aguila, encarnada; 4 de D. Diego Muñoz, verde; 1 de

D. Manuel Salcedo, morada y blanca; 1 de la viuda del Pozo, blanca; y 1 de Juan Gutiérrez, vecino de Berrocalejo, tierra de Guadalupe, nuevvo, escarolada, picados por Luis Corchado, Antonio Herrera Cano y Juan Luis de Amisas.

Jerónimo José Cándido y Francisco Herrera (Guillén). Último, el media espada Alfonso Alarcón (el Pocho).

4ª Lunes 24 de Junio de 1811 (Toros, tarde).

Dos de D. Bernabé del Aguila, encarnada; 4 de D. Diego Muñoz, verde; 1 de D. José Gabriel Rodríguez, Peñaranda de Bracamonte, blanca, y 1 de D. Antonio Balandín, de Moralarzal, azul, nuevo.

Los cuatro primeros para Juan Gallego y Miguel Velázquez de Molina y los cuatro siguientes para Luis Corchado.

Jerónimo José Cándido y Francisco Herrera (Guillén). El último, de Peñaranda de Bracamonte, para los aficionados y estoqueado por Alfonso Alarcón (el Pocho).

5ª Domingo 30 de Junio de 1811 (Toros, tarde).

Tres de D. Bernabé del Aguila, encarnada; 3 de D. Diego Muñoz, verde; 1 de D. José Gabriel, blanca, y 2 de D. Antonio Balandín, de Moralarzal, azul.

Cuatro primeros picados por el espada Francisco Herrera (Guillén) y Luis Corchado; los cuatro restantes por Antonio Herrera Cano y Juan Luis Amisas.

Jerónimo José Cándido estoquea ocho. Último, embolado, Alfonso alarcón (el Pocho) y toreado por los aficionados.

El nuevo empresario, Gaviria –ya dijimos que muy profesional-, había solicitado ya en diciembre de 1810 “un cirujano y cuatro practicantes y el aparato, para que asistan a las fiestas de toros que deben celebrarse en el presente año, dando principio el domingo 12 de mayo, por si ocurriese alguna desgracia”. Se abrió un voluminosos expediente con este asunto, como todos los que en aquella época se producían, con la marea burocrática conocida de oficios y contraoficios. Ni que decirse tiene que el llamado “aparato” consistía en el instrumental médico y las medicinas tales como “aguardiente alcanforado, aceite rosado, vino blanco, jarabe de vinagre y emplasto aglutinante...” Los cirujanos y practicantes de los Hospitales se negaban a ir a prestar servicio a la plaza de toros y esgrimían, como casi siempre, razones económicas; aún añadían que “si acaso viene alguno de los toreros heridos a este Hospital se les ha de poner en la Sala de distinguidos... aunque sea pagando en esta los diez reales cuando menos...” Al fin, el equipo médico de los Hospitales Generales atendió a la demanda e hizo sus guardias taurinas correspondientes, tras de un largo contencioso.



De la corrida de toros “*de gratis data*” del día 16 de julio, que antes estuvo anunciada para el domingo día 14, se reproduce aquí el facsímil del aviso y cartel aparecido en el Diario de Madrid sin más comentarios previos, en página aparte. Sí hemos de apostillar algunos aspectos de este especial festejo. Y es que el rey, en su generosidad acostumbrada, resolvió “...con motivo de su asistencia a la fiesta de toros que se celebró en el día de ayer por cuenta de la Municipalidad en obsequio de S. M. y con motivo de su feliz arribo a esta Capital, que se dé la carne de cuatro toros a los toreros...”; repartido conveniente y proporcionalmente a sus categorías, el importe total de la carne de los cuatro toros entregado a los toreros ascendió a 2000 reales de vellón. Por la gratuidad de esta función el empresario señor Gaviria sonsacó a las arcas municipales la nada desdeñable cantidad de 50.000 reales.

Aún volvió a mostrarse generoso Don Pepe en las corridas de 21 y 28 de julio regalando otros cuatro toros en cada una –por valor de otros 2.000 reales cada tarde– a los toreros actuantes en idéntico reparto proporcional. Ahí van los avisos de esas dos tardes de toros:

7ª Domingo 21 de Julio de 1811 (Toros, tarde).

Dos de D. Bernabé del Aguila y Bolaños, encarnada; 3 de D. Diego Muñoz y Terual, verde; 1 de D. Manuel Salcedo, morada y blanca; 1 de D. José Gabriel Rodríguez, blanca y 2 de D. Antonio Balandín, azul.

Los siete primeros Luis Corchado, Juan Gallego y Antonio Rueda.

El 8º, sesgado, ensillado y montado por Cristóbal Díaz (el Manchego), picando al 9º desde este toro y estoqueando ambos toros.

Jerónimo José Cándido y Francisco Herrera (Guillén) los seis primeros y el 7º el media espada Alfonso Alarcón (el Pocho).

8ª Domingo 28 de Julio de 1811 (Toros, tarde).

Dos de D. Bernabé del Aguila, encarnada; 3 de D. Diego Muñoz, verde; 2 de D. Vicente Perdiguero, encarnada y verde y 2 de D. José Gabriel Rodríguez, blanca.

Los cuatro primeros picados por Antonio Herrera Cano y Juan Luis de Amisas.

Teresa Alonso, natural de Oviedo, quebrará rejoncillos al 5º, embolado.

Los cuatro restantes picados por Luis Corchado y Juan Gallego.

Jerónimo José Cándido y Francisco Herrera (Guillén). El embolado estoqueado por “el Pocho”, “si lo permite su indisposición”.

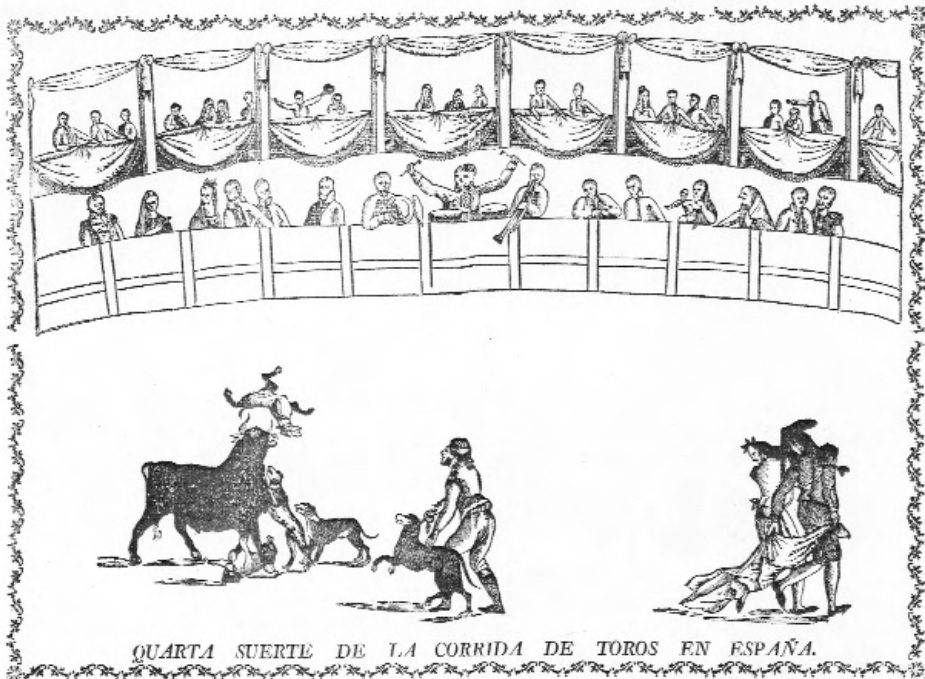
En relación con la primera de estas corridas poco hemos de decir a no ser que el ofrecimiento que en su día hizo “el Manchego” –y que ya comentamos páginas atrás– se hizo realidad complaciendo Cristóbal Díaz al público con sus excentricidades taurinas y musicales; por cierto que aquella tarde tuvo un ligero tropiezo saliendo mal lesionado de un pie, lo que le tuvo apartado algún tiempo de la profesión. La segunda corrida tiene algo más de interés histórico y taurino por un par de razones de cierto peso: la aparición en los ruedos –no era la primera, desde luego– de una mujer torera y con ella la polémica y el escándalo que la moral y las buenas costumbres de la época no podían digerir, y otra la de la cogida del picador Juan Luis de Amisas –Misas le llama Cossío en su famoso tratado–: “... ha recibido un fuerte golpe en la cabeza y está de mucho cuidado”, decía el Corregidor en un informe al Ministro del Interior. De este accidente y tras de un coma profundo murió el 13 de diciembre de 1811.

De la tal Teresa Alonso que, parece ser dio a conocerse en Madrid aquella tarde, hay bastantes juicios emitidos tanto de su persona como de esa concreta ocasión madrileña. Opinan algunos autores que aquel día se institucionalizó el toreo femenino –siempre tan exiguo y tan negado–, lo cual no es del todo cierto. “La Pajuelera” ya era por entonces personaje conocido y Goya la inmortalizaría, definitivamente, dos años después en su Tauromaquia; habían hecho aparición también, tiempo antes, la granadina (de Motril) Francisca García, la madrileña María Fernández y la burgalesa Benita Fernández. La tal Francisca García era, salvo ulteriores descubrimientos, la rejoneadora más antigua conocida, a cuya profesión se adscribió nues-

tra Teresa Alonso. Carlos Abella, excelente biógrafo de José Bonaparte, dice que en esta corrida, a la que asistía el rey, Curro Guillén solicitó permiso del monarca para que actuara la Alonso; cosa un tanto extraña si se tiene en cuenta que constaba en el cartel dicha señora -“natural de Oviedo quebrará rejoncillos al 5º embolado”-, y que dicho cartel había sido previamente censurado y aprobado no sólo por los tres Comisarios de Toros y por el Corregidor sino por el mismísimo Ministro del Interior, La misma teoría la suscriben autores bien diversos como Emilia Boado y Fermín Cebolla, y aún insiste Antonina Rodrigo en ella:

... Curro Guillén, de mutuo acuerdo con Teresa, entrega un memorial a José Bonaparte, que preside la corrida. En él le piden autorización para que pueda actuar Teresita. Pepe Botella, nuevo en estas lides, consulta al Corregidor si existen precedentes. El Corregidor tiene que contestar que desde muy antiguo. Y este rey de quita y pon, que desea fervientemente congraciarse con sus improvisados súbditos, accede a la petición de Curro Guillén.

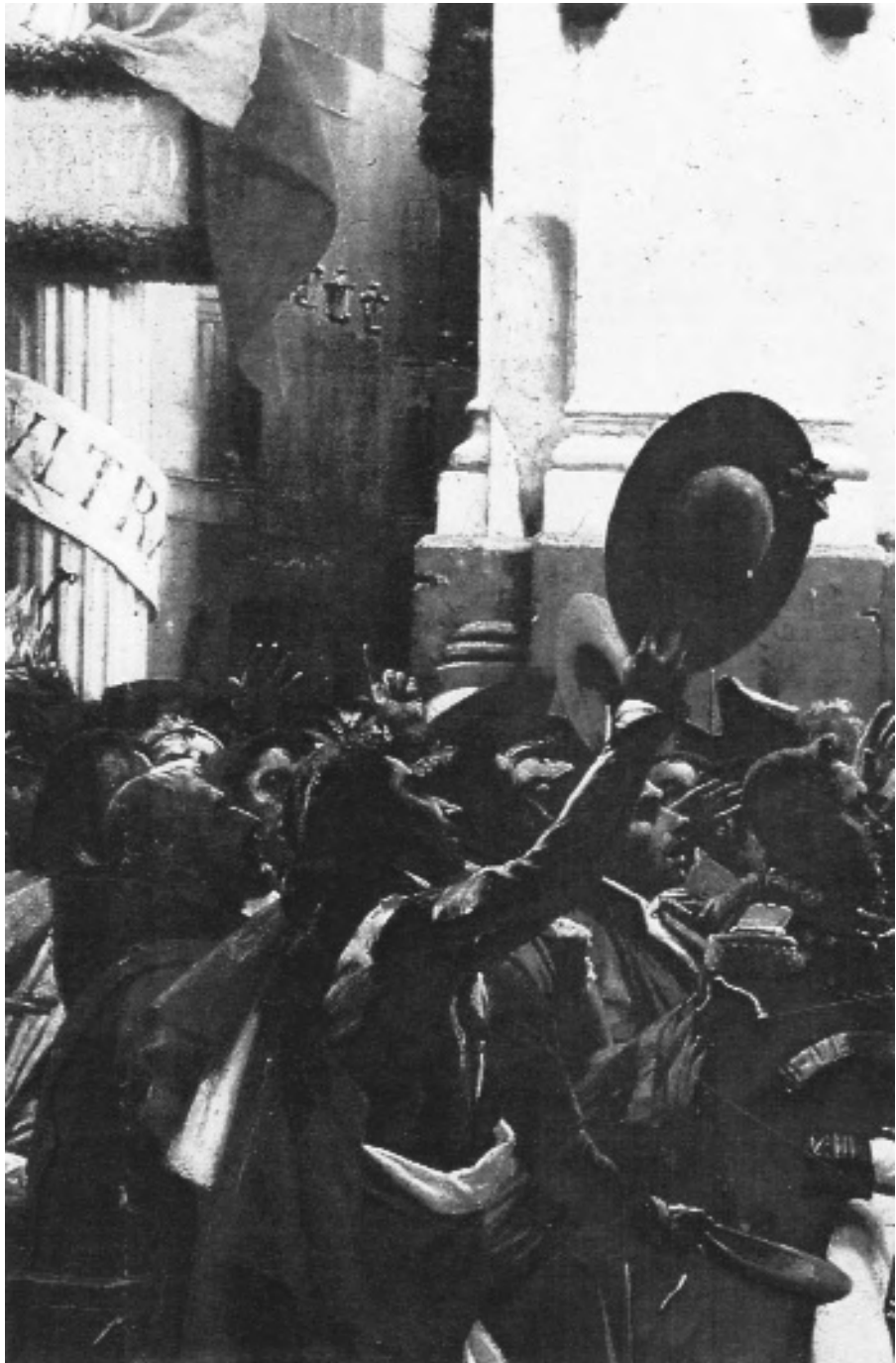
LAMINA XXXVI



QUARTA SUERTE DE LA CORRIDA DE TOROS EN ESPAÑA.

Vendese en la Librería de Solá calle de la Boquería.





Las gentes del toro, los toreros, con sus chambergos sombreroes –los castoreños- gritan el “¡Viva la Pepa!” ante la promulgación de la Constitución de Cádiz de 1812.

CAPÍTULO XVI:

“SAN NAPOLEÓN”

Acabadas estas dos corridas ya está la madrileña Municipalidad perdiendo el sueño por la organización de una muy especial -“Por los días del Emperador de los franceses-”, con motivo de lo que dio en llamarse “el día de San Napoleón”, 13 de agosto de 1811. Y eso que el hambre está en las mismas puertas de la plaza en forma de mil mendigos que alargan sus manos flacas y mugrientas a los vociferantes espectadores, franceses y españoles, que entran o salen del coso taurino. Por no haber, no hay ni azúcar para emulsionar los jarabes de los Hospitales, pero la corrida se dará gratis, a costa -¡como siempre!- del pagano y sufrido Ayuntamiento, pero en honor de Napoleón y en satisfacción de su títere hermano...

El Ayuntamiento debe a los Hospitales por los productos de las últimas corridas, según lo acordado en su día en la cesión de explotación, más de 60.000 reales, para paliar su extrema miseria; todo lo arreglan acosando al empresario de la plaza que se obliga “voluntariamente” a prestar 8.000 de esos reales a cuenta del ejercicio del año. El empresario Gaviria que “tiene y puede”, y que, además, “quiere”, siembra para recoger mañana.

Se aplazan dos corridas que había previstas hasta el 15 de agosto “para mayor celebridad de aquel día” -“San Napoleón”- y se informa que “... Su Majestad el Rey en vista de ella, se ha dignado aprobarla... y que su voluntad es dar esta fiesta Gratis en celebridad del día...”, y se acuerda dar al señor Gaviria en resarcimiento 70.000 reales, más 1.500 por importe de la carne que el rey regalará a los toreros, según su generosa costumbre.

El aviso de dicho evento taurino es, extractado, como sigue:

9ª Corrida de toros. 15 de agosto de 1811. (Tarde). Por los días del Emperador:

Un toro de D. Bernabé del Aguila, con divisa encarnada y oro; uno de D. Diego Muñoz, verde y plata; tres de D. Vicente Perdiguero, encarnada, verde, plata y oro; tres de D. José G. Rodríguez, azul y blanca y tres de D. Pedro de Torres, de Malagón, en la Mancha, nuevos, escarolada, “advirtiéndose que los referidos toros tienen la particularidad de ser unos píos, curracos (burracos) o berrendos y otros totalmente blancos; y atigrados los caballos en que se piquen los ocho primeros”. Los picadores serán Antonio Herrera, Juan Gallego, y Luis Corchado. Los espadas serán Jerónimo José Cándido y Francisco Herrera

“Curro Guillén”. Tres toros blancos, banderilleados por los aficionados en tres respectivas divisiones. La entrada será gratis a excepción de los balcones.

Se nota la profesionalidad, y la afición, del empresario Gaviria -tan moderno, diríase- por cuanto se aprecia un especial cuidado en la organización de esta corrida, tan “extra”, mimando los detalles a la hora de elegir y seleccionar toros y caballos “con mucha plaza” (muy espectaculares), atendiendo a sus capas, pelos y pintas a fin de dar variedad y plástica al espectáculo. La concurrencia al espectáculo de toros tan vistosos como los “píos” -denominación típicamente equina que aquí podríamos aplicar al toro como “berrendo en colorado”- los “burracos” y los “berrendos”, además de los “blancos” (“ensabanados” o quizá “albahíos”), y que ello se haga constar en los carteles, ya dice mucho de la preocupación del empresario, que hasta el “atigrado” de los caballos le es particular. En los carteles impresos de aquel día, junto con una decoración gráfica patriótica con los colores nacionales, unos versos compuestos por vaya usted a saber qué vate, decían:

En este día, ¡oh pueblo madrileño!,
todo escogido, singular y nuevo;
serán fogosos y manchados tigres
los caballos que saquen los toreros.

Lo toros no son toros como todos,
Porque serán más bravos y más fieros,
Por la extrañeza que han de verse toros
O bien píos, urracos o berrendos.

Cuando falten tres de ellos que lidiarse
Tan mediado y tan justo vendrá el tiempo,
Que sin luz en la plaza nadie pueda
Ni ver ni distinguir ningún objeto.

Entonces, de los globos que en el árbol
Estarán colocados al efecto,
Saldrán antorchas mil, que harán que el circo
Parezca un estrellado firmamento.

Por ellas lucir debe una extrañeza
Que hasta el presente no ha tenido ejemplo
Que es lidiarse tres toros en la plaza,
Cada cual en su sitio y a un tiempo.

Serán del todo blancos, porque puedan
Divisarlos la gente desde lejos;
Estarán embolados y, en las astas,
Llevarán cada uno un monjibelo.

Todo el aficionado que quisiere
Divertirse podrá muy bien con ellos,
Pues habrá banderillas para todos,
Dando algunas también de las de fuego.

La función preparada que está dicha,
No omito al describirla ni exagero,
Pues ella misma sin que yo lo diga,
Hará ver no de dicho sino de hecho.

Porque no hemos dicho que se hizo división de plaza, en tres compartimentos, con este fin preciso de banderillar a la vez tres toros “blancos” a la luz artificial de una gran araña de muchos globos de luz. Si nuestras cuentas no han fallado a tenor de los documentos a la vista, la cuenta de gastos suntuarios de la tal corrida de “San Napoleón” ascendió a la cantidad de 153.614 reales, más los ordinarios puramente taurinos.

Tres corridas de toros más se dieron a beneficio (?) de los Hospitales Generales que citaremos brevemente, de pasada, haciendo únicamente mención de que, en la segunda de ellas (15 de septiembre de 1811), volvió a usarse la división de plaza, esta vez en “plaza partida” simple (esta división, de la que nos han dejado excelentes muestras gráficas Goya, Eugenio Lucas y Daniel Perea, por citar sólo a algunos, la realizaban los carpinteros de la plaza en el tiempo récord de cuatro minutos y eran muy silbados y abroncados si tardaban más de ese tiempo):

10ª Corrida de toros. Domingo 1 de septiembre de 1811. (Tarde):

Cuatro toros de Bernabé del Aguila y cuatro de Diego Muñoz. Los cuatro primeros picados por Luis Corchado y Antonio Rueda; los otros cuatro por Juan Gallego y Miguel Velásquez de Molina. Los espadas fueron Jerónimo José Cándido y “Curro Guillén”. Hubo fuegos artificiales.

11ª Corrida de toros. Domingo 15 de septiembre de 1811. (Tarde)
División de plaza:

Dos toros de Bernabé del Aguila, tres de Diego Muñoz, dos de Manuel de Aleas, dos de Juan Bañuelos y uno de Vicente Perdiguero. Los cuatro primeros picados por Miguel Velásquez de Molina, Julián Díaz y Manuel Barbales,

nuevo. En división de plaza tres picados por Luis Corchado y otros tres por Juan Gallego, que fueron estoqueados por Cándido y “Curro Guillén”, como lo fueron los cuatro astados corridos en plaza entera. Hubo fuegos artificiales.

12ª Corrida de toros. Domingo 22 de septiembre de 1811. (Tarde):

Dos de Vicente Perdiguero, dos de Manuel Aleas, cuatro de Juan Bañuelos y uno de José Rodríguez. Ocho toros picados por Luis Corchado, Antonio Herrera y Juan Gallego. Matadores Cándido y “Curro Guillén”; el último por Alfonso Alarcón “el Pocho”. Hubo fuegos artificiales.

Sin embargo, a la salida de la plaza de toros el pueblo se enfrenta con su hambre, con sus penurias y con su guerra; una guerra que el rey José I parece olvidar preocupado, obsesionado más bien, como está, por el dinero: “Las guerrillas con sus armas y los ingleses con su dinero nos van a ganar la partida... Si continuamos así durante seis meses, la falta de víveres nos obligará a evacuar España para no morirnos de hambre... No sé cómo pagaré dentro de ocho días el gasto de la comida; y los empleados de mi casa están todavía peor...” -escribe en agosto a Berthier- a quien, extrañamente, añade: *L'ennemi n'épargne pas l'argent* (El enemigo no escatima dinero).

Pero a pesar de todo, y puesto que parece que a los españoles les brota el oro de entre los dedos, Bonaparte y su Gobierno siguen con su afán taurino y no descansan organizando festejos que son bien vistos, dentro y fuera de España, por todo el orbe napoleónico. El águila imperial ha quedado muy complacida, al parecer, por la celebración de “San Napoleón” y ello anima a José a seguir con el tema. Piensa ahora junto con el duque de Santa Fe, su agradecido y servil Azanza, en organizar, de aquí a final de año, algunos festejos taurinos extra que animen la un tanto decaída afición española. La primera función de esta categoría que se organiza tiene como fin el beneficio del picador Luis Corchado y del matador Jerónimo José Cándido a quienes por real gracia les concede la plaza ese día, a petición suya a fin de que Su Majestad vea el resto de todas sus habilidades ofreciendo una parte considerable de sus ganancias -el 20 por ciento- para los Hospitales Generales de la Corte. El aviso completo del cartel de este festejo extraordinario se reproduce en facsímil, página aparte. Su texto no tiene desperdicio máxime cuando las circunstancias de la Nación no son, precisamente, las más apropiadas para estos caprichos. De esta corrida hubo un producto líquido para los pobres de 3.009 reales y 5 maravedises, mientras que los beneficiados toreros se llevaron libres 9.756,20 de los mismos reales. ¡Así es la vida...”

Cinco medias corridas de novillos, en funciones sólo de tarde, se organizaron, según costumbre, desde el 13 de octubre hasta el 10 de noviembre con la preten-

sión de que sus productos fueran para la hospitalaria institución de la corte; en la última también se usó la división de plaza para la suelta de novillos embolados para los aficionados.

Fue después el feísimo “Sentimientos”, que con sus marrullerías pedigüeñas y sus gitanerías sandungueras se había ganado el favor de los “josefinos” y aun del mismo José I, quien solicitó la plaza de Madrid para su beneficio. Yendo directamente a la cabeza, pronto tuvo la aprobación del rey y la orden del Ministro del Interior:

Deseando atender la solicitud que tiene hecha el torero Juan Núñez “Sentimientos”, para que se le conceda facultad de dos corridas de toros... he resuelto concederle la facultad que pide, con la condición de que hayan de ejecutarse las dos corridas en día de fiesta, que no sean domingos, y dexando a beneficio de los Hospitales civiles de Madrid, y de los empresarios de la plaza, por mitad, el quarenta por ciento del líquido producto que resulte, rebajados todos los gastos.

Con un pequeño disgusto de los empresarios de la plaza que veían allanados sus legítimos derechos por segunda vez, y otras no pocas “*ocurrencias y disputas*”, se concedió a “Sentimientos” la plaza para dos corridas de beneficio señaladas los días 15 de noviembre, viernes, y el miércoles 25 de diciembre, día de Navidad de aquel año de 1811.

Se lidiaron en la primera de ellas cuatro toros de Antonio Hernán Chivato, de Colmenar, y cuatro de Bañuelos, picados seis por Juan Gallego y Antonio Rueda y estoqueados en solitario por “Sentimientos”. Los dos restantes fueron de comparsa y mojiganga siendo muerto tan sólo uno de ellos. La corrida comenzó a las tres de la tarde y terminó cuando ya la oscuridad no permitió la muerte del último toro. Se obtuvo un producto líquido para los Hospitales y empresarios de 1.489,21 reales y de 3.724,20 para “Sentimientos”.

La segunda corrida, la del día de Navidad, fue un tanto extraña -“mixta”, diríamos hoy- porque de todo hubo, desde carrusel militar con evoluciones en el ruedo de las bandas de música de los granaderos hasta un especial paseíllo, por darle aire y carácter navideño a fin de atraer gente a la plaza. La novedad más importante eran los toros, que se anunciaron como “nuevos en esta plaza” pero que en realidad eran los antiguos de la famosa vacada del Excmo. Sr. Duque de Medinaceli que pastaban en las renombradas dehesas de la Ventosilla. Siete toros de la ducal divisa de los que seis fueron picados por Juan Gallego y Antonio Rueda y estoqueados todos por “Sentimientos” a quien secundaba de media espada sobresaliente Alfonso Alarcón

“el Pocho”. El 4º toro fue rejoneado por Juan Antonio García, en compañía de un mono que citaba y encelaba al toro para, al venirse éste, subirse al caballo y así el caballero pudiera clavar sus rejoncillos. Y como fin de fiesta, el espectacular y asombroso número de correr un jabalí salvaje acosado por los alanos perros de presa para, una vez hecha ésta, ser muerto el puerco a estoque por el extravagante Cristóbal Díaz. ¡Todo un poema de corrida de Navidad!. La afluencia de público fue ínfima, como era de esperar en tan señalado día y en las circunstancias reinantes, y el resultado económico fue ruinoso produciéndose un déficit de 6.143,14 reales. Como consecuencia de esto último y tratándose del marrullero “Sentimientos”, hubo reclamaciones de los propios toreros actuantes que exigían la totalidad de los estipendios tratados y que llegaron a acudir al arbitrio del Corregidor de la Villa. Los picadores Juan Gallego y Antonio Rueda le reclamaban 25 doblones cada uno a lo que se avino el matador ante la mediación del señor Corregidor. También acudió a reclamar, esta vez ante el juez, el rejoneador del mono, Cayetano García, los 640 reales que, según él, en presencia de ilustres testigos, le apalabró por su actuación “Sentimientos”. Por buenas componendas y porque el feísimo y marrullero Núñez debió saber confundir al juez, se arregló la deuda en 200 reales que el matador no pagó alegando pérdidas en la tan estrambótica corrida.

Iba a asistir a este festejo Bonaparte mas hubo cortésmente de excusarse ante su castizo y torero amigo, al que admiraba muy sinceramente, aduciendo asuntos de Estado. Razón tenía José I. La víspera, día de Nochebuena, en una entrevista larga y profunda con el embajador de Francia general Ornano entregó a éste una especie de ultimátum exponiendo una vez más sus quejas al Emperador:

Estoy reducido a la más terrible miseria; no veo en derredor mío sino desgraciados; mis principales funcionarios están reducidos a no tener fuego en su casa. Todo lo he dado, todo lo he empeñado; yo mismo estoy fuera de la miseria. Permítame V. M. volver a Francia, o haga V. M. I. pagarme exactamente el millón mensual que me ha prometido a contar desde 1º de julio...

Así se expresaba José I en sus lamentos y peticiones, nunca escuchados ni atendidos éstos por el Sire, sin olvidar la reticente y reiterada renuncia de la corona y su deseo de vivir tranquilamente en Mortefontaine. ¡Estaba aquel día como para ir a los toros...!.

Dos festejos de novillos se habían dado en cumplimiento de la contrata de la plaza, los días 24 de noviembre y 1 de diciembre de 1811. En la primera hubo dos toros sin embolar para los banderilleros y dos toros de muerte, de Bañuelos, picados por Juan Gallego y Antonio Herrera, y estoqueados por Cándido. En plaza par-

tida hubo 16 novillos embolados para la escasa afición que acudió al festejo. Más pobre fue la segunda función que consistió en ocho novillos embolados para aficionados y una función de volatines. Nada más.

Sin embargo, un curioso festejo se dio el 22 de diciembre en función de tarde “Para allegar fondos con que paliar el hambre”. Bajo tan insólita advocación -posiblemente única en la historia de la Tauromaquia-, porque se trataba del hambre del pueblo, así, en general, y no de los asilados en ninguna institución de caridad, se organizó una corrida muy mixta con toros, novillos y becerros. Se lidiaron cuatro toros de muerte de la vacada de D. Pedro Torres, de Malagón, con divisa encarnada, que fueron picados por Juan Gallego y Antonio Rueda y estoqueados todos por Cándido; seis becerros de Castilla “*sorteados*” por aficionados -aquí lo de “*sorteados*” puede entenderse por *toreados* o *recortados* y no “*rifados*”-, y luego suelta de perros de presa a esos becerros para reducirlos y conducirlos a los corrales. Hubo además una pantomima de “*zagalas y zagales*” para terminar el espectáculo con la rifa de 30 lotes de aguinaldo -que según Carmena y Millán pagó el rey (¿de dónde?)- que costó, como siempre, el Ayuntamiento.

Y eso fue todo. Y se acabó el “Año del hambre” -pero no el hambre-, y Bonaparte se quedó esperando contestación imperial con un palmo de narices...



Las gentes del toro, los toreros, con sus chambergos sombrerotes –los castoreños- gritan el “¡Viva la Pepa!” ante la promulgación de la Constitución de Cádiz de 1812.

CAPÍTULO XVII:

VIENE WELLINGTON Y JOSÉ I SE ASUSTA”

El año 1812 se desayuna -se desayuna el año porque los españoles no tienen con qué romper el largo y penoso ayuno- con más aires de “francesada” y Marsellesa, que otros vientos de gaitas británicas acallarán pronto su asonada.

Como regalo de día de Reyes, el 6 de enero entrega Valencia a los franceses su capitulación a pesar de una heroica resistencia desde diciembre, a pesar de su “generalísima” Virgen de los Desamparados -con rojo fajín militar y bellotas de oro- y a pesar de una columna de socorro derrotada por Suchet en la Albufera. Precisamente este título recibe el mariscal francés, el de duque de la Albufera, por su heroica hazaña de guerra, uno de los últimos éxitos franceses sobre España. Antes, Sagunto había vendido cara su rendición de octubre tras una feroz resistencia de su *oppidum*, su vieja ciudadela cartaginesa endurecida en sus muros por memorables asedios de todos los colores en todos los tiempos. Suchet podía entrar en Francia muy orgulloso. En Valencia tardó cinco días a entrar dejando reposar a sus guerreros a fin de evitar un saqueo ya innecesario a su hartazgo de ambición.



José I recibe noticias de auxilio económico avisándole de un envío desde Francia de quinientos mil francos “para ir tirando”. Su alegría inicial disminuye en proporción a la sisa que el gobernador militar de Burgos le hace, por su cuenta y riesgo, quedándose con ciento veinte mil para las urgencias de las tropas a su mando. Los generales, ya se sabe, hacían y deshacían a su antojo con la autorización y aquiescencia del emperador.

En marzo de ese año de 1812 llegaron dos convoyes con dinero de Francia y, sobre todo, algo más grato a José I como era la rectificación del trato y la consideración del Sire para con su hermano encargándole el mando de las fuerzas armadas con la ayuda del nuevo jefe de Estado Mayor, mariscal Jourdan. Este encargo, tan ambicionado por José, llegaba en el peor momento, en las peores circunstancias y en el período más difícil de la dominación francesa; y resultaba inexplicable para todos los generales y mariscales que conocían exacta y profundamente las nulas aptitudes militares del intruso. Pero Napoleón sabía lo que hacía y, vista la solución final de España que se avecinaba y acuciado por la inminente campaña de Rusia, vio en su hermano el chivo expiatorio del fracaso bélico español. La piel de zorro volvía a ser el abrigo sobrepuesto a sus plumas de águila imperial.

Anteriormente, el día 24 de enero, Napoleón había dado un gran disgusto a José I, que tanto esgrimía en sus principios de gobierno para España la unidad e integridad nacional, con la anexión de Cataluña como una provincia francesa más, dividida en cuatro departamentos, en contra de las viejas recomendaciones que el sabio Tayllerand le hiciera en 1807... El rey intruso -el rey incómodo, más bien- completamente descorazonado, vuelve a pedir al emperador que le releve de la corona de España cuyo peso es cada día más insoportable.

Los ingleses, ahora nuestros aliados, ese oscuro -clarísimo- objeto de obsesión napoleónica, no cejan en su empeño contra Francia y el 7 de enero llega Wellington con 40.000 hombres a las puertas de Ciudad Rodrigo. Dentro sólo 1.800 franceses al mando de Barrié la defienden, que perecerán bajo los escombros de un tremendo incendio que duró una semana. Wellington cabalga sobre Badajoz, guarnecida por el general Philippon y sus tres mil hombres, y es conquistada el 7 de abril. El saqueo inglés de Badajoz, en nada tenía que envidiar a los de los depredadores franceses y hubo que reprimirlo severamente con fuertes castigos. El avance inglés es imparable y el 17 de junio los británicos entran en Salamanca, previamente liberada de los franceses de Marmont que la evacuan prudentemente. Este general, unido a la división Bonnet que acude a auxiliarle desde Asturias, vuelve grupas y va decidido y envalentonado a plantar cara al ejército anglo-español, a unos nueve kilómetros de

Salamanca, en un caserío llamado de los Arapiles. La derrota francesa fue total aun a pesar del apoyo de la división del general Clauzel: “El cañón de los Arapiles dobla a muerte por la dominación francesa en España”.

Esta famosísima batalla, tan definitiva, abrirá el camino de los ingleses a Madrid. Ante su avance, José I sale huyendo -como cuando lo de Bailén- en busca de Suchet, en el Este, el 10 de agosto, día de San Lorenzo. Dos días más tarde, 12 de agosto de 1812, Wellington entra triunfalmente en Madrid, ante un cuadro ciudadano penoso, lleno de indigentes y desvalidos -se habla de más de 18.000 mendigos-, siendo agasajado como un héroe nacional, como un verdadero libertador a cuyo bando se apuntaron, incluso, los “josefinos” que habían quedado abandonados por su “rey” en la Corte. Llegó lord Wellesley acompañado de un buen puñado de guerrilleros de cuenta, capitaneados por “el Empecinado” y Paralea, y entre vítores y volteo de campanas fueron todos recibidos por un nuevo Ayuntamiento en cuyo balcón de la Casa de la Villa fueron popularmente aclamados.

Enseguida ese nuevo Ayuntamiento, como siempre, se aprestó a preparar agasajos populares entre los que no podían faltar, naturalmente, los toros: “... deseoso el Ayuntamiento de obsequiar al ejército aliado y al Sr. General Wellington, con una diversión nacional, y pareciéndole que la de corridas de toros, por no ser común, sería espectáculo que les llamase la atención, se acordó unánimemente que se tengan dos corridas de toros...”.

Pero ni el hambre ni la guerra habían acabado con la picaresca española que enseguida despertó en uno de los gremios más pícaros de cuantos en España han sido, como es el de los toreros. Enterados éstos de que los ingleses -los “guiris”, que dirían ahora en el más actual argot- querían toros, se subieron a la parra exigiendo unos astronómicos *cachets*: “éstos (los toreros), se han puesto en el pie de exigir unas cantidades tan escandalosas que jamás hay noticia se hayan exigido en plaza alguna, y esta conducta es ajena a la buena fe y buenas intenciones...”. Se les rogó: “... que moderen sus honorarios a lo que sea justo y arreglado con la costumbre...”, y se les citó a presencia del Comisario de Toros, señor Villapaterna, quien recondujo las desbordadas pretensiones a los cauces de lo justo. Y torearon, vaya que si torearon.

De las dos corridas de toros proyectadas tan sólo una llegó a efecto (que nosotros hayamos podido constatar, ya que se habla de otras dos más a celebrar en 7 y 25 de septiembre que no aparecen), celebrada “En honor de Wellington” el lunes día 31 de agosto, intitulada además: “En obsequio del ejército aliado y de su invicto general el Excmo. Sr. Duque de Ciudad Rodrigo”, con arreglo al siguiente cartel:

Un toro de D. Bernabé del Aguila; dos de D. Juan Antonio López, de las Lomas de Ubeda, y cinco de D. Vicente Perdiguero; y si llegasen a tiempo se lidiarán tres de D. Diego Muñoz y Pereiro y dos de Perdiguero. Los cuatro primeros astados serán picados por Juan de Rueda y Juan Gallego. Los cuatro toros restantes picados por Antonio Herrera y Miguel Velásquez de Molina. Seis toros estoqueados por Jerónimo José Cándido y los dos restantes por el media espada Alfonso Alarcón “el Pocho”. Un toro luchará con dos perros de presa. La corrida empezará a las cuatro y media. La entrada será gratuita.

Asistió Wellington a los toros, junto con sus ayudantes y los gloriosos guerrilleros españoles; y eso fue todo pues al día siguiente tuvo que salir urgentemente de Madrid dejando en la ciudad unas fuerzas de defensa.

Los británicos, no obstante, defraudaron un tanto, por no decir un mucho, por su comportamiento insolente y su arrogancia triunfalista, que dejaron mucho que deseñar; se movían por la Corte como auténticos salvadores de la patria usando y abusando de ella. Creyendo posible una contraofensiva francesa, se marcharon de Madrid -esa fue la excusa, bastante increíble en un aliado “salvador”- no sin antes dejar algún rastro: volaron la fábrica de porcelana del Buen Retiro -la de “China”- pretextando que podría servir de fortaleza al enemigo. Antes habían hecho lo mismo con los famosos y acreditados telares de Béjar -que podían haber constituido el núcleo de una temprana industrialización española y que, de hecho, lo eran-, destruyéndolos para evitar cualquier tipo de competencia. Paños y porcelana, porcelana y paños... ¡Menos mal que en España no se cultivaba el té...!

Hay siempre hallazgos curiosos que vienen a la mano de quienes hurgamos entre los polvorientos legajos -hoy ya asépticos “bytes” cibernéticos- y que no podemos dejar de comunicar a nuestros siempre pacientes lectores. Un sargento, un tal Josef Straub, que mandaba su musical tropa, comunica a los señores del Ayuntamiento “... el haber asistido a la corrida de toros en honor de Wellington un piquete de un Sargento, un Cabo y doze Guardias, un tambor y un Pito a la función de toros de la tarde del día 31 de agosto último, lo que se participa para si tienen a bien dar alguna gratificación como á sido costumbre...”. Y como por pedir que no quede, la Contaduría informa que “como en casos similares, corridas de proclamación, por ejemplo, en que han asistido Alabarderos, se ha dado gratificación en función del número de éstos, en esta ocasión podría gratificárseles con 388 o 400 reales...”.

Dos corridas de toros más se dieron, con asistencia de los generales ingleses que Wellington dejó en Madrid al mando de la guarnición de alianza, y en ellas se ador-



naron los palcos que ocuparon, en su honor y para su mayor comodidad, por orden de D. Mariano Villodas, Caballero Capitular del Ayuntamiento Constitucional -al día siguiente de la entrada de los aliados en Madrid se publicó aquí la Constitución de Cádiz y se nombró el nuevo Ayuntamiento, que tomó posesión el 20 del mismo mes- y Comisionado por el mismo para la disposición de las corridas de toros. Los avisos de estas dos funciones anglófilas son los siguientes:

1ª Corrida de toros. Lunes 28 de septiembre de 1812. (Tarde):

Un toro de Bernabé del Aguila; dos de Diego Muñoz; cuatro de Vicente Perdiguero y uno de Eugenio Colmenarejo, nuevo. Los cuatro primeros toros picados Juan de Rueda y Antonio Herrera y los otros cuatro por Miguel Velásquez y Juan Zapata, nuevo. Manuel Alonso “el Castellano”, nuevo en esta plaza, estoqueara seis astados y el media espada Alfonso Alarcón “el Pocho” los dos últimos de la tarde.

2ª Corrida de toros. Lunes 5 de octubre de 1812. (tarde):

Cinco toros de Vicente Perdiguero; uno de Eugenio Colmenarejo y dos de Rodrigo Godoyo, de Cazorla, nuevos. Los cuatro primeros toros picados por Juan de Rueda y Juan Gallego y los cuatro restantes por Antonio Herrera y Joaquín Zapata. Manuel Alonso “el Castellano” estoqueará los seis primeros toros y Alfonso Alarcón “el Pocho” los dos restantes.

En el palco de honor, en representación de Wellington, el flemático general inglés Hill -el que, al parecer, mandó destruir por encargo la Real Fábrica de Porcelana del Buen Retiro junto con las fortificaciones francesas de 1808- disfrutó de lo lindo de las “bárbaras fiestas de toros españolas”.

José I, obsesionado también con los ingleses, quizá influenciado por su hermano, que veía un Wellington detrás de cada árbol y debajo de cada piedra, volvió a Madrid, por Cuenca y Tarancón, entrando en la capital el 2 de noviembre de 1812. Aún salió en persecución del general Hill, camino de Guadarrama, volviendo a “su corte” el 4 de diciembre. “Grande fue la consternación -dice Modesto Lafuente- y la pena de los madrileños al ver entrar de nuevo al rey intruso que había creído ahuyentado para siempre”. En el mes de agosto, pensando que Bonaparte nunca más volvería, el nuevo Ayuntamiento comenzó a exhumar feos asuntos “josefinos” y chanchullos como el de:

las mulas del ramo de la limpieza, demandando al Corregidor García de la Prada que se las llevó con el Comisario de ellas don José Murga; luego se le demandó la cuenta de 10.000 duros que recibió para traer sables y cartucheras del extranjero para la Guardia Cívica, y enseguida la indemnización de haber-

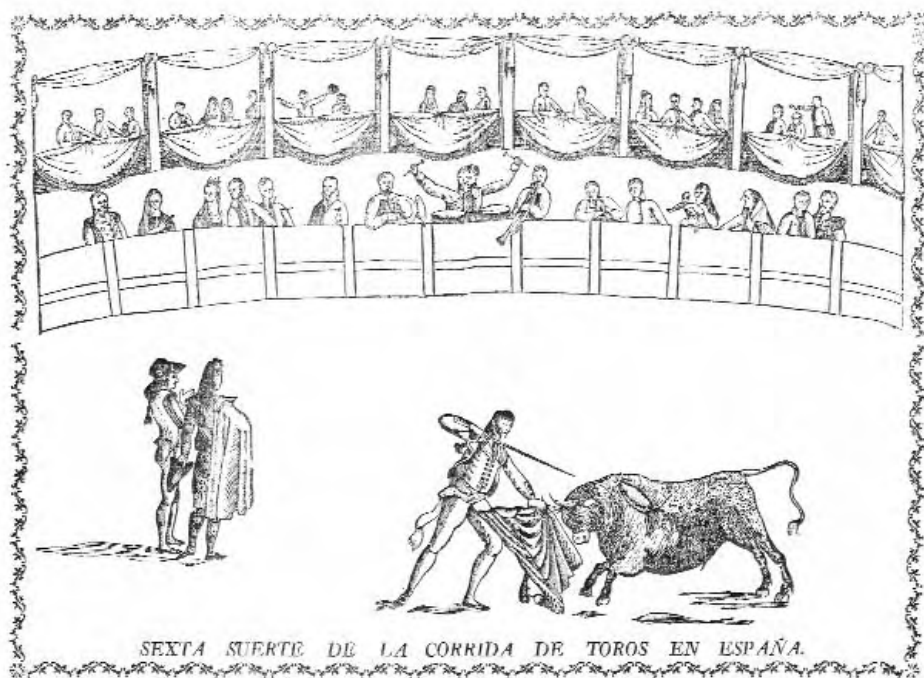


se cobrado 1.800 duros por los intereses de otros 10.000 que prestó al interés del 36 por ciento, en seis meses que mediaron entre el préstamo y su reintegro.

Pero volvió José I y otra vez el águila imperial ensombreció la Corte: “Que en el término de ocho días se quiten los escudos de la Dinastía de los Borbones, y se pongan los de la actual”, ordenaba el Ministerio de la Policía General. ¡Vuelta a empezar...! Su presencia era cada vez más antipática entre los españoles que ya tenían hasta el odio sublimado.

No hubo esta vez arco de triunfo, ni guirnaldas, ni iluminaciones, ni colgaduras. El nuevo alcalde, Sáinz de Baranda, evitó todo boato y ceremonia a fin de no provocar represalias ni venganzas que estaban a flor de piel en un ambiente tan crispado como asqueado. A la vez, le llegaba a José I la desmoralizante noticia de la derrota napoleónica en el río Beresina en cuyo paso la artillería rusa había descalabrado al ejército francés, desorganizado, en un desastre definitivo. El fracaso de la guerra contra Rusia -que presagiaba la ofensiva de Austria y Prusia- obligó al águila imperial a replantear la estrategia en España mandando a José I replugar todas las fuerzas hacia el Norte como refuerzo de la frontera, estableciendo la corte en Valladolid. Al rey intruso no le gustó la idea que suponía para Europa el mal efecto del abandono de Madrid, similar al de aquel consecuente de lo de Bailén; pensando en que este repliegue de fuerzas parecía una batida en retirada, retrasó por un mes la orden imperial hasta desatar las iras del emperador. La guarnición francesa en España era en aquel momento solamente de 110.000 hombres, de los que 40.000 estaban especialmente dedicados a luchar contra la guerrilla. Wellington seguía de cerca los movimientos del enemigo atento a los sucesos de Europa.

El leopardo inglés esperaba agazapado el momento de atacar su presa...



SEXTA SUERTE DE LA CORRIDA DE TOROS EN ESPAÑA.

Véndese en la Librería de Solís calle de la Boquería.

CAPÍTULO XVII:

“NO HABÍA NADA QUE HACER CON ESPAÑA” ¡AU REVOIR, DON PEPE!

Parece mentira que el emperador, al comprometerse en una empresa contra la inmensidad rusa, haya dejado tras él, al sur de los Pirineos, a un ejército inglés que sus lugartenientes no consiguen expulsar y que sirve de auxiliar a toda una nación levantada en armas.

Así, sorprendido, no comprende el barón de Barante -que también dice haber encontrado al emperador “cambiado y envejecido”- la estrategia napoleónica con España; de ella dice el Sire, cuando se la nombran, que no puede ocuparse de esa pequeñez estando como está al mando de 500.000 hombres *et en faisant des choses immenses* (según el coronel Desprez, persona de la íntima confianza de José I). Y el general Bertrand dice en sus Cuadernos haber oído decir al Sire no sin gran arrepentimiento que: “Sin duda hubiera sido mejor acabar la guerra de España antes de empezar esta expedición de Rusia... Debí hacer enseguida un tratado con



Fernando VII, mandarle a su país y hacer volver a 200.000 veteranos... En realidad, no había nada que hacer con España”. Pero ya era tarde.

Dicen los historiadores expertos en cifras -que saben contar muy bien los soldaditos- que el ejército de Napoleón al comenzar la campaña de Rusia era de 620.000 hombres y que sólo volvieron a cruzar el Niemen 70.000. El 6 de diciembre Napoleón, abandonando los restos de su Grande Armée, regresa a toda prisa, huido y derrotado, a París. En el boletín de la batalla puede leerse: “La salud de Su Majestad Imperial nunca ha sido mejor”.

José I, en Madrid, no se sabe muy bien qué hace; todo el mundo en su derredor parece enloquecido tras el ruso desastre. José, inalterable, a buen seguro disimula y se exhibe en público, según costumbre, en cuanto tiene ocasión. Presiente que le queda poco de estancia en España, lo barrunta y lo huele; y lo desea y sigue soñando con Mortefontaine, con Julia y con sus hijas a las que no ha podido traer consigo a Madrid. Asiste a misa, va al teatro, a los bailes y, ¡cómo no!, a los toros. Serán sus últimas corridas de toros en España; las últimas “corridas josefinas”. Y todo lo hace con una impresionante tranquilidad y una serenidad imperturbable. El leopardo inglés sigue acechando...

Se decide por fin la evacuación de la península para el 17 de marzo. Tres días antes, en la novillada de la Plaza de la Puerta de Alcalá, recibe los últimos aplausos y vivas de los laudatorios y pelotilleros “josefinos”, junto con los ¡muera el francés! envueltos en la silba de costumbre. Aún le dirán más improperios -y ningún aplauso- cuando le vean partir. Será la tercera y última partida del rey José *Premier et dernier* Bonaparte de España. Comienza el intruso a hacer su equipaje...

En contra de lo que casi todos los autores tratadistas del tema, que han afirmado rotundamente no haberse celebrado fiesta de toros alguna en 1813, han asegurado, lo cierto es que en esta “temporada fantasma” -como bien la define Rafael Cabrera Bonet- se ejecutaron hasta un número de doce, entre corridas de toros y de novillos, en una actividad, digamos, a media potencia de la plaza, habida cuenta las muy especiales circunstancias históricas. Relataremos aquí, al menos, las que afectan al período “josefino” o de la “francesada”.

Poca documentación detallada hay sobre el particular y la que hay se encuentra, como la mayoría de la aquí vista y consultada, en el Archivo de la Villa de Madrid. Comenzaremos por decir que la plaza de toros había salido en arriendo el año anterior por tres veces sin que nadie hubiera osado arriesgar un maravedí por ella. Pero, mire usted por donde, sorpresivamente, el 8 de febrero de 1813 el Ayuntamiento

madrileño recibe una oferta muy oportuna, suscrita por los señores Pedro Díaz y Gabriel Caballero, vecinos de la Corte, que se comprometen a organizar cuatro fiestas de novillos a beneficio de los Hospitales Generales, en unas condiciones ventajosas para las dos partes, a comenzar el próximo día 14 del mismo mes. No hay tiempo que perder. A los pocos días se decide la cesión y comienzan los festejos el 21 de febrero para continuar los días 7 y 14 de marzo, y el 4 de abril de 1813. Los productos son bastante exigüos, sobre todo en las dos últimas novilladas que arrojan pérdidas, y aun sale airosa la empresa que logra repartir 4.066,11 reales para cada parte. Hay que tener en cuenta, además del ambiente bélico, las condiciones climatológicas que el frío reinante, extremo y duro, obligó incluso a suspender una de las corridas, inhibiendo la asistencia del público a la plaza. Y algún incidente grave debió ocurrir en la primera de las funciones porque se habla de “rebajar la multa 660 reales de vellón...”, sin que sepamos su motivo.

En Madrid, a la salida de José I el día 17 de marzo de 1813, quedó al mando de las tropas el general Hugo que asistió a estas corridas actuando en la última como presidente de honor en funciones de S.M. el rey intruso. Con él, junto a su madre y a sus otros hermanos, el mayor paje del rey, en la casa del príncipe Masserano, estaba Víctor Hugo, el hijo menor. Su padre, el general, “trató a los habitantes con cierta consideración y miramiento, como aquel que, despedido, procuraba dejar en los ánimos recuerdos menos desagradables de la dominación extranjera. Pero esto no impidió para que, llamado él a su vez, y tocándole ser el último en evacuar la capital del Reino, desempeñara la triste y poco honrosa misión de llevar consigo, o delante de sí, los muchos y preciosos objetos científicos, artísticos e históricos arrancados por la codicia del invasor de los templos, los palacios, los museos y los archivos de Madrid, de Toledo, de El Escorial, de Simancas y de otros pueblos de la Nueva y Vieja Castilla, como antes lo había hecho en las Andalucías...”; Modesto Lafuente dixit.

Las marcha de José I hacia Valladolid -que nunca llegó a ser corte de Bonaparte sino una especie de Capitanía General- fue un lento caminar de un inmenso convoy, una inverosímil hilera de vehículos que parece que transportan a España entera, en un tren interminable que contiene de todo: efectos personales, alijos del botín de guerra, papeles de los Ministerios, archivos enteros del Estado, el Tesoro Público y productos de los cinco años de saqueo, rapiña y pillaje. Y las más excelsas obras de arte...

El leopardo inglés, agazapado, pronto vio su ocasión de atacar su presa. El 15 de mayo se puso en marcha el ejército de Wellington y, tras cruzar el Duero, Alba de Tormes, Salamanca y Zamora, el 13 de junio llegó a Burgos. Tomado también Santander con la ayuda de la marina británica, se abrió la puerta del mar permitiendo un fácil aprovisionamiento. El ejército anglo-español se iba engrosando con la

incorporación de los desertores de José I y la guerrilla, que había alcanzado un alto nivel de especialización y veteranía. Se entró en Burgos cuando los franceses acababan de partir de allí; se les iban pisando los talones porque el peso de la rapiña no les dejaba avanzar. Se acercaba la batalla final.

Madrid, que había quedado tras la salida de José I incluso huérfana de intruso, se veía abandonada; a los “josefinos” no les llegaba la camisa al cuerpo, temiéndose lo peor, y eso que la mayoría de los colaboracionistas, los que más tenían que perder, habían salido con “su” rey en el convoy de la rapiña. El 25 de mayo terminó su angustia pues el general Hugo dio la orden de partida para todas las personas que habían estado comprometidas con Bonaparte -unas 12.000 personas- “en una caravana de más de trescientos carromatos, diligencias y galeras que, vía Galapagar y el Alto de los Leones, tomaron la senda de Valladolid”.

El 21 de junio en los alrededores de Vitoria tiene lugar la batalla final. El águila imperial se enfrenta al leopardo inglés y al león español. Naturalmente, pierde y el desastre es total. El invicto ejército imperial de Napoleón huye a la desbandada. El propio José, en el caballo de un soldado, huyó a todo galope salvando milagrosamente la vida que hubiera sin duda perdido a manos de los húsares ingleses que le perseguían. Los “josefinos” que también le seguían purgaban cara su traición. Soult nos cuenta estas penosas situaciones:

Los coches particulares están detenidos en las cunetas: de ellos se ve salir a mujeres de la mejor sociedad, que van de acá para allá, sin acompañantes ni guías. Tienden sus manos suplicantes a los militares, implorándoles que las libremos de la terrible suerte que les espera. Pero nadie les hace caso. Todo el mundo trata de abrirse camino hacia los pasajes que, a lo lejos, todavía parecen practicables, pero los caballos se caen y los hombres y las mujeres, derribados a su vez, son pisoteados por los que vienen detrás.

Más de dos mil carruajes y furgones conteniendo los tesoros de la rapiña son abandonados en su desbandada por los franceses... Pero el gran convoy que el general Hugo sacó de Madrid sí entró en Francia.

Cuando el emperador conoció la derrota de Vitoria que, naturalmente, achacó a la impericia de su hermano José, exclamó: “Harto tiempo he comprometido mis negocios con imbéciles”.

A los pocos días de esta victoria los carteles de toros -alguien dijo que son como “los claveles que se ponen en la solapa las esquinas”- volvían a los muros de Madrid:

El Ayuntamiento Constitucional de esta Villa, en obsequio de los rápidos progresos de las armas aliadas contra el enemigo común, ha resuelto que se den al público dos corridas de novillos embolados, empleando su producto por partes iguales entre los pobres del Hospital General y la dignísima División del benemérito brigadier D. Juan Martín “el Empecinado”, debiéndose celebrar la primera corrida en la Plaza extramuros de la Puerta de Alcalá el domingo 27 del corriente a las cinco de la tarde.

Y se celebró la tal función con la corrida de doce novillos “de las más acreditadas vacadas de Castilla y la Mancha, propios de un adicto a la buena causa... que ofrece gratis dicho ganado. Los cuatro novillos en puntas fueron lidiados y banderilleados, y dos capeados con todo el primor del arte por Alfonso Alarcón “el Pocho” y su cuadrilla compuesta de Cristóbal Díaz “el Manchego”, Ramón García, Antonio Argüelles, Mariano Vilcharaches y José Miranda; quienes inspirados de los mismos sentimientos, se han prestado a contribuir por su parte, sin exigir estipendio alguno...”. Bien, pues, a pesar de tanta generosidad, el festejo lució un beneficio de 13.108 reales y 5 maravedises. Es de observar en el encabezamiento del cartel que es el “Ayuntamiento Constitucional” y no el rey Nuestro Señor -que andaba España huérfana de reyes- quien organiza y autoriza el festejo, como así fue hasta el regreso de Fernando VII.

Una segunda corrida destinada a los mismos fines que la primera fue, por especial gracia, “*De toros picados y embolados*” y se celebró el domingo 11 de julio, con diez toros: Dos de Bañuelos, dos de Vicente Perdiguero y los seis restantes “*de las vacadas del mismo Colmenar Viejo*”, todos ellos regalados por sus criadores a favor de la causa. Los picadores fueron Antonio Herrera, Joaquín Zapata, Julián Díaz y Alfonso Hijosa, y los lidiadores el consabido Alfonso Alarcón “el Pocho” (que toreaba en Madrid desde 1786 y aún lo haría por varios años después de la “francesada”) con toda su cuadrilla, que actuaron gratis. El resto de los toros, embolados, fueron para los “sensatos” aficionados. Concluido el festejo hubo un espectáculo de fuegos artificiales a cargo del consumado polvorista Ramón Zamora (cuya familia venía haciendo fuego de colores desde 1792) destacando “un letrado de cuatro caras transparentes con el nombre de nuestro amado monarca D. Fernando VII”. Hubo unos beneficios líquidos de 15.641 reales y 21 maravedises.

Aún hubo dos festejos más de este o parecido tenor. El 25 de julio y destinada “a la curación y asistencia de los pobres enfermos de los Hospitales de la Villa” hubo una corrida de diez toros de Colmenar Viejo (de Bañuelos y de Zapater) regalados por el aficionado madrileño D. Manuel Díaz Redondo “en beneficio de la humanidad doliente” (¡Ahí queda eso!). Fueron picados por Herrera, Zapata, Díaz e Hijosa,



y lidiados por Manuel Alonso “el castellano” y “el Pocho”. En fin, el equipo taurino habitual. A pesar del regalo de los toros, la asistencia de público fue muy baja y los beneficios exiguos; tan sólo 1.189, 24 reales quedaron de beneficio a “la humanidad doliente” del generoso y espléndido benefactor madrileño.

El calor en Madrid era sofocante y quizá ello fuera la causa -como anteriormente el frío en las novilladas de invierno- de la poca asistencia de público; y eso que, según era costumbre muy madrileña, cuando llegaba la canícula y había toros, se regaba abundantemente la calle de Alcalá y el paseo del Prado, y se cubrían con toldos algunas calles camino de la plaza para aliviar los rigores del estío en los sofocados aficionados.

Pues con toldos o sin ellos aún se celebró otra corrida en el laurentino día 10 de agosto con un tórrido calor canicular, a las cinco de la tarde. En esta ocasión el objeto era, por mitad, los consabidos Hospitales Generales y el “vestuario del escuadrón de Usares Francos de Madrid al mando del capitán D. Fermín González”. ¡Cómo andaría nuestro ejército para tener que recurrir a los beneficios de los toros para poder llevar uniforme...! El cartel rezaba suplicante: “Este sencillo anuncio es la mayor recomendación que puede hacerse a este heroico Pueblo para que concurra a un espectáculo, en que, además de disfrutar una función que le es grata, tendrá la satisfacción de contribuir al logro de tan recomendables objetos”. Seis toros se lidiaron, de Martín Iñigo, de José Rodríguez y de Vicente Perdiguero, que fueron

todos regalados “por unos adictos a la buena causa”. Fueron picados, banderilleados y estoqueados por las mismas cuadrillas de la corrida anterior, y se obtuvo un líquido beneficio, paupérrimo, de 739,32 reales para repartir entre los dos beneficiarios. ¡Pobres “pobres” y pobres “Usares”!.

Con este mismo lema: “pobres y Usares (sic)” se celebró otra corrida más el 26 de septiembre de 1813 cuando los calores hubieron amainado. Con idéntico cartel de picadores, espadas y banderilleros se lidiaron ocho toros: “Uno de la vacada de D. Francisco de Paula Marañón, con divisa encarnada; dos de la de D. Joaquín Martín Iñigo, vecino de Beleña, en Castilla la Vieja, con divisa verde y blanca; uno de la Viuda de Abrojos (debe ser la llamada Dña. María Josefa Fernández Manrique, según dice Cabrera Bonet), con azul; y los cuatro restantes de Vicente Perdiguero, con divisa encarnada y verde”.

Y con destino a paliar el mísero estado de los Hospitales Generales, otra función de toros se celebró el 10 de octubre de ese año “fantasma” de 1813. Ocho toros, de Díaz Hidalgo, de la “Viuda de Baraojos”, de Vicente Perdiguero y de Julián de Fuentes, fueron banderilleados por Herrera, Joaquín Díaz y Joaquín Zapata; pero hubo esa tarde otros alicientes; veamos:

Para proporcionar al público una diversión más varia y agradable, los banderilleros Domingo del Corral y Ramón García, estimulados del deseo de merecer la aprobación y aplauso del concurso, ofrecen poner banderillas a competencia a los tres primeros toros. El acreditado antiguo banderillero Cristóbal Díaz “el Manchego” montará el cuarto toro, aparejándole en la plaza: tocará la guitarra y cantará coplas patrióticas; hará otras variadas suertes, quebrando rejoncillos en el quinto toro, concluyendo con matar en el que va montado. Dicho quinto toro será banderilleado y estoqueado por Mariano Martínez “Picharrache”. Los seis toros de varas serán lidiados por la cuadrilla de a pie, al cuidado de Manuel Alonso “el Castellano”, quien los estoqueará, excepto el último, que lo hará el media espada Alfonso Alarcón “el Pocho.

“Esta corrida de 10 de octubre sería la última que se celebraría en 1813; no obstante, a continuación, se preparó una temporada de novilladas de las que llegaron a celebrarse al menos seis entre los últimos meses de 1813 y los primeros de 1814”. Así lo dice Rafael Cabrera Bonet quien ha tratado este específico tiempo taurino con verdadero y admirable magisterio.

En noviembre de 1813 la Junta de Hospitales, propietaria de la plaza de toros, trata con un tal D. Clemente de Roxas el arrendamiento del coso taurino para dar la

temporada invernal de novilladas a razón de 4.300 reales “en dinero metálico”, por cada corrida de novillos que ejecute, para los dichos Hospitales. Así, el 21 de noviembre se dio la función primera, y el 26 de diciembre la segunda. Obviando los datos y detalles rutinarios y faltos de interés aquí, destacaremos sólo alguna cosa anecdótica. En esta segunda función, por ejemplo, quizá por ser Navidad: “El primero de estos seis novillos, séptimo del a corrida, sacará un gran lazo en el testuz, y al que tenga valor y destreza para quitárselo en la plaza, y de ningún modo desde las barreras, se le dará un premio...”

Aquí se acabó el año taurino de 1813, el último año josefino. Sin embargo, como los franceses aún anduvieron por España un año más desde la marcha del intruso, continuaremos nuestro relato hasta que los gabachos se hayan ido y Fernando VII haya vuelto.

El 27 de junio llegó José Bonaparte a San Juan de Luz con el firme propósito de no volver jamás a repasar la frontera, en toda su vida. Pero se llevó una buena parte de España, si no en el corazón, sí en su equipaje: “... Cuatro mil carros con enseres, artillería, refugiados, empleados de todas clases y enfermos...”. Du Casse escribía que “Los equipajes del rey José no iban en este convoy sino que quedaron en Vitoria con los furgones de la Tesorería, de la lista civil, donde *Ils furent pillés*, olvidando este compilador de los diarios de Bonaparte que el dinero y objetos que contenían aquellos furgones habían sido anteriormente *pillés* por el invasor, como graciosa y oportunamente apuntó Cambroneró.

Mientras se celebraban estas corridas de novillos organizadas por el “Ayuntamiento Constitucional”, el 11 de diciembre de 1813, en Valençay se celebraba un tratado de paz con España. Acuciada el águila imperial -cada vez menos águila y menos imperial- por dar una rápida solución al problema español, los exiliados Pedro Macanaz y el duque de San Carlos fueron enviados en difícil embajada a presionar a Fernando VII para que aceptara el plan de Napoleón. En la fecha indicada, este duque y el conde de Laforest firmaban un tratado por el que “Su Majestad el Emperador de los franceses y Rey de Italia, reconocía a Fernando VII y sus sucesores, según el orden de sucesión establecido por las leyes fundamentales de España, como rey de España y de las Indias”. El “Deseado” quedaba, prácticamente, en libertad; aunque el rey, que fue “dado de alta” por Napoleón el 6 de marzo, no se lo tomó con muchas prisas y no pisó tierra española -Figueras fue su primera parada- hasta el día 23, haciendo su entrada solemne y magnífica en Madrid el día 13 de mayo de 1814.

Anteriormente, en enero de 1841, concretamente el día 23, con un frío horrible entre ventiscas y temporales de vísperas, se organizó una corrida de novillos

En celebridad de la feliz llegada a esta Capital del Supremo Congreso nacional y de la Regencia del Reyno, estará toda la plaza adornada y colgada con la mayor magnificencia, y la función se hará con el debido aparato, y qual corresponde a tal plausible motivo.

Siguieron a esta tres funciones más de parecida entidad (una cuarta función no se celebró por mal tiempo), sin nada extraordinario que traer a estas páginas, todas con mojigangas y final de fuegos de artificio. La temporada de 1814, la de las corridas de toros “Para festejar el regreso de Fernando VII y para los Reales Hospitales de la Corte” que se dieron el 26 de mayo, el 7 y 20 de junio y el 4 de julio de 1814; después continuaría la temporada, diríase que ordinaria, compuesta de ocho corridas de toros -por mañana y tarde- y cuatro novilladas de tarde, todas ellas a beneficio de los tan citados Hospitales.

Y esto es todo. Aquí se acaba nuestra historia sobre las corridas de toros josefinas, las celebradas durante la Guerra de la Independencia bajo el reinado del intruso rey José I Bonaparte, en el período comprendido entre 1808 y 1814, sin que hayamos agotado el filón histórico y documental, ni mucho menos, de este apasionante asunto.

Vinieron un mal día los franceses y un buen día se marcharon porque, tras de mucho guerrear, al parecer se convencieron de que “No había nada que hacer con España”. Pues, ¡au revoir, monsieurs les français...!.

Pero antes de darles el *adieu* vamos a traer a modo de epílogo, unas cuantas impresiones y juicios que ellos mismos, los invasores, anotaron sobre este tema en sus *Mémoires*. Pasen y vean...



Fotograma de la película “Dos de mayo”, de José Buchs.
Estrenada el 5 de diciembre de 1927 y recientemente restaurada en la Filmoteca Nacional,
se rodó en los escenarios auténticos de la gesta madrileña.

CAPÍTULO XIX:

LAS MEMORIAS MILITARES FRANCESAS

La honestidad que debe presidir la realización de cualquier trabajo histórico, de investigación y ensayo, obliga a citar -y a agradecer- las fuentes en las que se bebe, aunque a veces sea el azar y no siempre la búsqueda el causante del hallazgo del siempre refrescante manantial. En nuestro caso, sus aguas frescas han venido a saciar la sed producida por la indagación ardua y el rastreo infatigable de mucho tiempo, ayudados por incondicionales colaboradores informadores como Miguel Darrieumerlou que, desde la Unión de Bibliófilos Taurinos de Francia, tanto han hecho por alentarnos en esta romántica aventura.

Las francesas Memorias Militares sobre la Guerra de la Independencia de España son inmensas, tan magníficas como densas y extensas y en ellas -en las escasas, escasísimas, que hemos tenido a nuestro alcance- hemos rebuscado con auténtica fruición y avarienta premura, como los bateadores buscadores de pepitas de oro en un gran río aurífero, para hallar tan sólo unas pocas, poquísimas, referencias taurinas en tan bélicos diarios. Evidentemente, éramos conscientes de que en unas memorias eminentemente militares y recogidas para cantar y ensalzar las glorias -y desventuras- de las campañas napoleónicas, el tema taurino había de ser mínimo y anecdótico, de apunte somero, aun a pesar de que las fiestas de toros gozaron del general aplauso francés y fueron muy del gusto del hermano del Emperador y de algunos de sus generales y mariscales del Imperio.

Tenemos que apoyarnos, forzosa y gratamente, en el gran historiador francés y excelente taurófilo Alain Maureau para, desde su mano, entrar en ese bosque de *Mémoires Militaires* sin perdernos y encontrar con él la salida. Y a su vez, Maureau, cuenta con su particular fuente, la de Monsieur Jean Tulard (*Bibliografie critique des Mémoires sur le Consulat et l'Empire écrits ou traduits en français. Genève. 1971*), de donde sacó sus principales conclusiones.

En estas memorias hablan por sí solos los hechos contados, claro está, no sólo según el color del cristal... sino según la calidad de la pluma que los describe. Hay relaciones y memorias escritas por soldados, sargentos, médicos de guerra, generales y mariscales, cuyas crónicas dependen muy mucho y difieren del punto de vista y de las circunstancias personales de cada uno y de cada situación militar. De todas formas, el mero hecho de escribirlas ya elimina, en gran parte, las diferencias jerárquicas y humaniza las crónicas vengan de quien vengan.

Hay en casi todas ellas -las que tratan de España, naturalmente- una visión superficial de nuestra nación adobada con unos tópicos constantes sobre la suciedad ambiental, el atraso técnico, los patios típicos -a los que se tacha de “ridículos”-, la odiosa Inquisición y “la dosis de bravura casi obligatoria en las corridas de toros”. Los militares franceses, aunque critiquen las corridas, no escaparon a la impresión de los toros; sin embargo de más de cien espléndidas Memorias completas consultadas por Maureu con este exclusivo fin, sólo una veintena de ellas dedica a esta diversión española unas pocas páginas útiles, de las que tenemos que valernos resignadamente. Hemos de darnos cuenta que estos memorialistas vinieron a España de conquistadores, a hacer la guerra, no a divertirse y que nuestro tema no les servía para su propia gloria militar personal ni nacional.

Soult, sabemos que “pajareó” suficientemente por Andalucía divirtiéndose de lo lindo en aquel su artificioso virreynato; Jorge, intentaba “secuestrar” toreros para su propio deleite y vanidad; Suchet, sin embargo, sólo escribió tratados de cómo tomar plazas fuertes; Macdonald sólo estuvo por muy poco tiempo en Cataluña; Marmont llegó tarde a los toros -ya no se daban corridas cuando él llegó- y Thiébault, gobernador que fue de Burgos y de Salamanca, no dice nada al respecto; igualmente Lejeune que anduvo por Cádiz, Hugo o Bonillé. Reíset, empero, dedicó dos capítulos de sus memorias al baile español, a las representaciones teatrales y a la vestimenta variada y rica de los españoles, sin decir ni una sola palabra de las corridas de toros a las que, desde luego, asistió

Y por otro lado, los soldados y demás clases de tropa, víctimas de todas las miserias -a las que dedicaron cartas y mensajes, en especial los suizos y otros soldados extranjeros mercenarios de Napoleón- acantonados en pueblos aislados, condenados a perseguir guerrilleros inalcanzables, no tenían asueto ni oportunidad alguna -ni ganas- de aplaudir en las escasas fiestas taurinas que realmente se dieron; acaso los de las guarniciones de Madrid, Sevilla, etc...; sus anhelos e inquietudes se limitaban al estrecho horizonte de las escaramuzas cotidianas y a la busca de algo -muchas veces inexistente- que llevarse a la boca. “Es el caso -dice Maureau- de Lavaux, de Rocca, de Rattier, de Marcel, de Castillou, de d’Angebault, de Desboef, de Lauthonnye, de Fleuret, de Sprünglin...” Para éstos “toro” significaba comida y, aunque dejaron memorias, no conocieron las taurinas fiestas españolas; pero sí practicaron el “acoso y derribo” a la caza de carne fresca.

Hay unas noticias tempranas, de 1808, cuando los hermanos Laurillard-Fallot, amigos directos de la duquesa de Abrantes, se lamentan muy enérgicamente de que, como las fiestas de toros están prohibidas por Godoy desde 1805, los toreros “se ejercitan sobre los militares franceses”. Esta circunstancia cierta y la actuación de

los “Lanceros de Jerez” hará que el nutrido grupo de militares memorialistas de Dupont -aquel cuya espada había ganado cien batallas mientras que la de Castaños tan sólo una-, supervivientes de Bailén, no digan ni una sola palabra de las fiestas de toros. Sólo Boulart, a su paso por Burgos confiesa haber asistido a una corrida improvisada por el pueblo para celebrar la forzosa abdicación de Carlos IV; y Tascher dedicará en su Diario unas palabras sobre la plaza de Madridejos (?) a la que encontró muy *chic*.

Las alusiones más abundantes a lo taurino las encontramos en los edecanes y jefes del Estado Mayor de Soult y de Víctor durante la campaña de Andalucía donde vivieron, sin duda, los mejores días de su vida: Saint-Chamans, Baze, Girod de l’Ain, du Pouget, Daudebard, Fée, Vigo-Rousillon, Sallmard y Rossetti, anotaron lo más sustancioso y lo más técnico del espectáculo taurino que contemplaron.

Hay más referencias entre los personajes del rey intruso José I, es natural, por su proximidad al “monarca aficionado” y porque no se perdieron una: Bigarré, Miot de Mélito, Blayney, Dufour, Vivien, Naylies... etc. Y hay todavía otro grupo que Maureau sitúa “A la espera de un problemático convoy, en Salamanca, en Zaragoza, y en pequeñas poblaciones de la Mancha y de Castilla la Vieja”, como Larreguy de Civrieux, Barres, Fantin des Odoards y Boudinhon. Estos, totalmente neófitos -no hay que olvidar la antiquísima tradición taurina del Midi francés-, no ocultan su asombro e impresión por el magno espectáculo que se ofrece a su vista; excepto Blaze que ha asistido a corridas en los alrededores de Aviñón, y el cirujano Dufour que, en su misma ciudad natal, Saint-Sever, ha disfrutado desde niño de las corridas landesas. Esa primera impresión es, generalmente desagradable y no lo ocultan los franceses en sus memorias: “Yo he salido disgustado” -confiesa el capitán De Pouget-, “He visto caballos heridos con las tripas colgando hasta el suelo...”; “O mucho me equivoco o esto es la ferocidad”, escribe Boulart; “Espectáculo tan nuevo para nosotros, que es poco agradable”, precisa Saint-Chamans; “No puedo soportarlo y me retiré antes de acabar”, relata Miot de Mélito; “No hace honor a la especie humana”, concluyó Fantin des Odoards. Se podrían así citar varias decenas de denuestos de cronistas militares que, una vez visto el espectáculo, prometen no volverlo a ver jamás. ¡Pues a su señor José Bonaparte bien que le gustaba, y mucho!. Curiosamente, estos hombres que se horrorizan hasta la náusea del taurino espectáculo -al fin y al cabo, unos bandullos de caballo al aire- no se asustaban de ver y hacer desjarretar a hombres, mujeres y niños en el campo de batalla y en las aldeas, violando, ahorcando, degollando y amputando a miles y miles de españoles. Barres calificó de “interesante” el espectáculo y Fée, que no le agradaba, estimó que “reviste un carácter original no exento de grandeza”.

En estos juicios e impresiones, aún en los positivos, hay que tener en cuenta aspectos varios vistos con el color del cristal... y desde el punto de vista netamente franceses. La época, 1808-1814, arrastra todavía el ilustrado lastre del XVIII; la imagen estereotipada de España -y verdadera, a veces, por qué no- inmersa todavía en algunas costumbres y tradiciones de la Edad Media, la hegemonía de la aristocracia y el Clero, el fanatismo religioso, las supersticiones y la incultura, se aparecen a los ojos franceses, de golpe, condensados, reunidos, como en un gran grabado goyesco, en el magnífico y trágico espectáculo taurino (todavía hoy hay antitaurinos “intelectuales” que siguen opinando igual). Y en esa condensación de conceptos e imágenes, la guerra de España actúa, además, de aglutinante para configurar el bárbaro daguerrotipo español; repulsa, pues, general, hacia aquello que, sin duda alguna, constituye el alma, la esencia de ese pueblo imbatible. Y se olvidan, pese a su cacareada sensibilidad francesa, del colorido, de la sensualidad, de la voluptuosidad, de la ética, estética, física y metafísica de una lidia que es sublime si es bien entendida. “Aúllan los españoles en los toros”, escribiría después Víctor Hugo; quizá se le ocurrió ese civilizado pensamiento cuando abandonaba España en el convoy de la rapiña, junto a su excelentísimo padre el general Hugo...

Y otro aspecto a tener en cuenta es que muchas de estas memorias militares francesas están redactadas sobre diarios de campaña, cuadernos de mochila y viejos recuerdos de la juventud, pero en la vejez de sus autores, cuando el color del cristal ya es turbio o deformante.

La duquesa de Abrantes, dándose las de experta aficionada -lo que impresionaba mucho después en los ambientes parisinos postbélicos- dedica un largo capítulo en sus prolijas memorias -entre militares y mundanas- a una corrida de toros que Junot le dedicó el día de San Lorenzo de 1810 en Ledesma, a seis leguas de Salamanca. En él hace comprometidas consideraciones sobre aspectos tan técnicos como la suerte de varas, la lanzada a pie, la estocada a volapié y todo ello, aduce, según la asesoría del torero Antonio de los Santos con el que, parece ser, intima aquella tarde la ilustre dama. Auguste Lafrent trató muy bien los textos taurinos de esta duquesa. Y aún más, analizó la autenticidad espontánea de memorias como las de Blaze y Dufour que son bastante dudosas, poco veraces, por cuanto tratan, por ejemplo, hechos como el de la muerte de Pepe-Hillo, acaecida en 1801, que ellos no pudieron seguramente conocer.

Es Alain Maureau quien lanza al aire una pequeña lista de testimonios hallados por él en las Memorias Militares sobre festejos taurinos -más o menos fiables, algunos muy discutibles- presenciados por franceses. Es esta:

- Corrida de toros en Burgos organizada el 22 de marzo de 1808, espontáneamente, en la plaza mayor por un pueblo jubiloso por la noticia de la abdicación de Carlos IV; en ella fue gravemente corneado un soldado del ejército francés que había, imprudentemente, saltado la barrera.

- Cuenta de resultados, detallada por Dufour, de una corrida dada el 27 de julio de 1808, en Madrid, en el “*Coliseo*”. Sin embargo, no indica si asistió el nuevo monarca

- El viaje triunfal del rey José I a través de Andalucía que originó, al menos dos corridas. Miot de Mérito menciona que el 16 de febrero de 1810, la corte itinerante fue invitada en el Puerto de Santa María a contemplar una corrida de toros. Esta corrida -de la que hemos dado rendida cuenta en su momento- también la relata Du Casse (*Mémoires et correspondance politique et militaire du roi Joseph. Bayonne*), y Bigarré da noticia de ella. El 4 de mayo siguiente, Málaga ofrecía una fiesta idéntica en honor de José I.

- El 19 de febrero de 1810, el entonces capitán Du Pouget, del cuerpo del general Víctor, vió correr en Ronda un festejo de 14 toros (*Lettres et notes de champagne du General Segismond Du Pouget, marquis de Nadaillac. 1787-1837. “Carnet de la Sabretache”*. 1911). Su documento tiene un interés capital, pues en su carta indica que “el famoso Pedro Romero, el primer matador de España que tiene hoy más de 60 años estoqueó todavía dos toros”; y se preocupa de José Romero, su hermano, del que dice que junto con Pedro “son los fundadores de la tauromaquia moderna”. De paso nos enteramos de que el menor de los Romero, que había sido llamado a la Corte para torear en las corridas josefinas y se excusó por razones de mala salud -eran razones puramente políticas, como es bien sabido-, no pudo sustraerse de hacerlo en Ronda ante la apremiante y personal demanda francesa. Pero lo más importante -y hasta desconcertante, todo un reto- es esa actuación del gran Pedro Romero en esa corrida rondeña de 1810 que no aparece en ningún tratado ni documento consultados y ni siquiera su más moderno biógrafo -el actual director del Museo Taurino de la Plaza de Toros de la Real Maestranza de Ronda, D. José Antonio Guerrero Pedraza- tiene noticia de ella. Creemos ambos será un error entre tantos “Romeros” o una fantasía militar. Lo cierto es que Pedro Romero, que en 1810 contaba 55 años y 3 meses justos (nació el 19 de noviembre de 1754), estaba retirado desde el 20 de octubre de 1799 y no volvió a actuar sino, excepcionalmente, a petición de S.M. la Reina, en 1831, cuando el torero contaba 77 años.

- El mismo Du Pouget evoca también la corrida de toros de 18 de marzo de 1810 -suponemos que no asistiría a ésta y a la de Ronda en tan sólo 24 horas- en Medina Sidonia, presidida por el general Labour-Maubourg, rodeado de su estado mayor. De esta corrida hay también una larga y peregrina narración de Girod de l’Ain.

- Saint-Chamans, aunque no se muestra muy de acuerdo con algunos aspectos desagradables de las fiestas de toros, confiesa que asistió varias veces en Sevilla en marzo y abril de 1810 -realmente no hubo toros, sino novillos, hasta agosto de este año- a la Plaza de la Maestranza. En el dossier de Rossetti se habla de que éste, a su paso por la capital de Andalucía entre el 8 y el 18 de septiembre de 1810, declara haber sido espectador “de tres corridas donde cada vez 12 toros fueron inmolados”. Y añade Rossetti: “... pero cuando los invasores hubieron puesto a veces la entrada libre, les costaba un gran trabajo que el público español asistiera a las fiestas; por esta razón, los graderíos estaban rellenos de dragones, de mameluks y otros cuerpos de fuerza extranjera, que asistían a los combates guardando el más religioso silencio...”

- Hay varias alusiones a las fiestas de toros ofrecidas, durante el sitio de Cádiz, por los pueblecitos del contorno de la célebre rada, a las tropas allí acantonadas; pero no hay fechas concretas. Suponemos que serían festejos menores de becerros y embolados. Vigo-Roussillou habla de una corrida de ocho toros en el Puerto de Santa María durante el mes de mayo de 1810, ratificada también, por su lado, por Fée quien añade que asistió a su vez a otros festejos en Jerez de la Frontera y en Chiclana en esa misma temporada. Y a estas mismas corridas, a buen seguro, hace alusión Sallmard, evadido de Castilla la Vieja.

- Barres, que estuvo de guarnición en Salamanca del 7 al 31 de julio de 1810, admiró desde su balcón oficial de la Plaza mayor varias corridas, según cuenta.

- Vuelve a aparecer la duquesa de Abrantes para añadir respecto a la corrida de Ledesma -ya comentada antes-, que el capitán Bory de Saint-Vincent, el futuro naturalista y geógrafo, no tenía el menor temor de “bajar al ruedo, vestido de majo, para medirse con las fieras”.

- Fantin des Odoards, el 15 de agosto de 1810, en Puente del Arzobispo, sobre el tajo, “sacrifica el color local, y después de la revista de tropas, organiza una corrida de anillas y un combate de toros; verosíblemente se inquietó por una novillada con toreritos de la tierra”. En octubre de 1810, de camino hacia Francia vio, en el curso de una corrida en Madrid, “un torero célebre recibir en el costado un golpe mortal”. No sabemos a qué torero puede referirse, pues el único que sufrió semejante lesión fue el picador Juan Luis de Amisas -que dentro del gremio de los varilargueros sí era célebre-, y ya lo contamos en su momento, pero acaecida el 28 de julio de 1811, de la que murió en diciembre de ese mismo año.

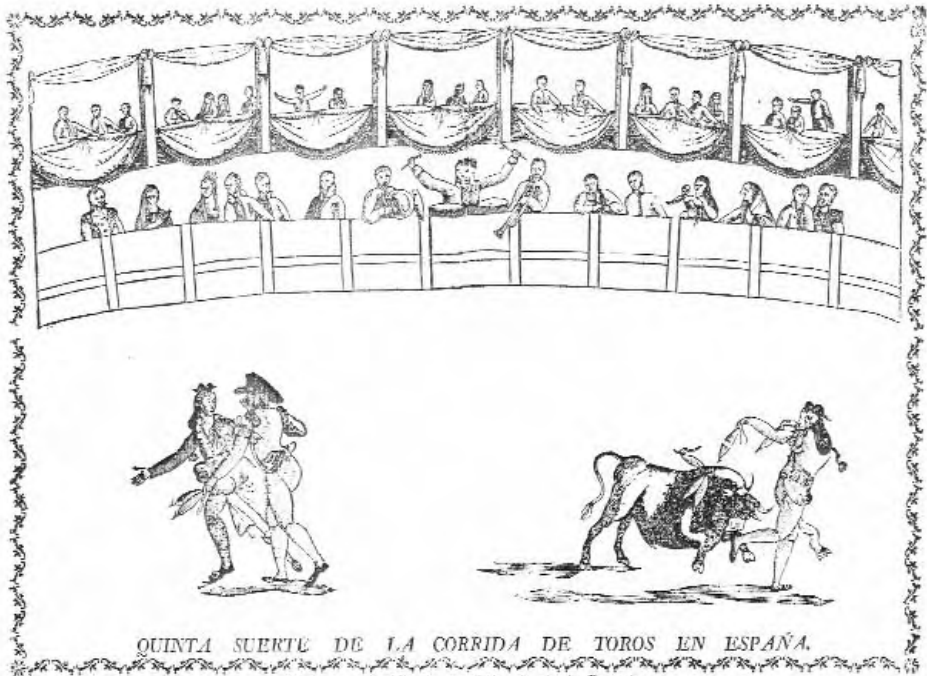
- Lord Blayney, prisionero de los franceses y que permaneció en la capital española hasta finales de 1810, relata una corrida que tuvo lugar durante las fiestas de Navidad, en presencia del rey José I: “Dos toros fueron muertos en las formas reglamentarias por Sentimientos y el espectáculo terminó con unos juegos de reses emboladas ofrecidas a los aficionados”.

- El coronel Boudinhon, cita en sus Memorias una corrida en Arévalo, cerca de Avila, que presencié el 15 de agosto de 1811.
- De Nalves se admira de “una corrida presenciada en Madrid, entre agosto de 1811 y finales de este año, adornada de diferentes intermedios”.
- Larreguy de Civrieux describe una corrida presenciada por él en Zaragoza el 15 de agosto de 1812, para la fiesta del Emperador y en presencia del general Reille, Gobernador de Aragón.

Pone fin Alain Maureau a esta lista que hemos seleccionado y comentado, diciendo que posiblemente la Guerra de la Independencia, en su lado más positivo -si es que las guerras tienen algo de positivo- sirvió para que muchos miles de franceses tomaran conciencia de la existencia de un pueblo vecino, tan mal conocido por ellos en una consideración prejuizada, llamado España, con unos grandes valores ocultos que la guerra descubrió, terriblemente, ante ellos. Y la Tauromaquia, presenciada in situ en toda su cruenta verdad, impresionó la retina de muchos franceses que contribuyeron a su divulgación.

Dice Maureau, más o menos literalmente, que:

Hoy, en que la afición taurina no tiene fronteras, donde los graderíos de las plazas se llenan frecuentemente de un buen número de turistas extranjeros, pocos saben que los soldados de Napoleón fueron, en la materia, unos precursores.



QUINTA SUERTE DE LA CORRIDA DE TOROS EN ESPAÑA.

Véndese en la Librería de Sola calle de la Boquería.



NOTAS

1.- Las etapas más importantes del viaje de entrada en España de José Bonaparte están precisamente reseñadas, fecha a fecha, en la Gaceta de Madrid -tan “mentirosa”- que las registra así:

- San Sebastián, 9 de julio
- Salida de San Sebastián y entrada en Tolosa, 10 de julio.
- Vergara, 11 de julio.
- Vitoria, 12 de julio.
- Miranda de Ebro, 14 de julio.
- Briviesca, 15 de julio.
- Burgos, 16 de julio.
- Aranda de Duero, 18 de julio.
- Madrid, 20 de julio.

2.- José María White y Crespo, “el único español del siglo XIX que habiendo salido de las vías católicas ha alcanzado notoriedad y fama fuera de su tierra... el único que, escribiendo en lengua inglesa, ha mostrado cualidades de prosista original y nervioso” (Menéndez Pelayo. *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid. 1956), entre otras cosas se ocupó de la Fiesta de los Toros, escribió en inglés y su obra ha sido prácticamente ignorada por los bibliógrafos de la Tauromaquia exceptuando a Lester Ziffren, bibliófilo taurino, que en carta dirigida a la publicación American Book Collector, como adición al trabajo publicado en el número de octubre de 1964 de la citada revista sobre bibliografía taurina por los señores Burgos y Bjerklie, cita la obra del autor que aquí comentamos. Nació en Sevilla en 1775, hijo de Guillermo White y de la sevillana María Gertrudis Crespo. Blanco -apellido con el que en España se tradujo literalmente el de White- descende por rama paterna de una de las familias irlandesas católicas que a finales del XVII y principios del XVIII emigraron a consecuencia de las restricciones económicas impuestas por los victoriosos colonos protestantes y cuya mayoría se estableció en ciudades andaluzas.

El currículum de Blanco Crespo es en extremo sinuoso: durante la invasión napoleónica de España defendió la causa de la independencia española como editor del Semanario Patriótico, y a la llegada de los franceses a Sevilla emigró a Inglaterra. Allí perfeccionó el idioma, estudió en Oxford y se hizo anglicano, convirtiéndose posteriormente al unitarismo y publicando algunos opúsculos en contra de la Iglesia católica. Dio vida y fue el último redactor del periódico El Español, desde cuyas páginas defendió el derecho a la independencia de las colonias latinoamericanas.

Esta fue la persona. De toda su obra, lo que para nuestro objeto interesa, son las *Letters from Spain*, que empezó a redactar en 1821; cartas que Ticknor calificó de “*admirables*”. Aquel año se publicaron las diez primeras en *The New Monthly Magazine*. El manuscrito completo lo vendió al editor Colburn y a mediados de 1822 salió el volumen impreso; no con su nombre sino bajo el pseudónimo de Leocadio Doblado (de Blanco -en griego “leucos”-, y Doblado debido a la repetición de su apellido en inglés y en castellano: Blanco White).

Si las cartas de Doblado -sigue diciendo Menéndez Pelayo- se toman en el concepto de pinturas de costumbres españolas, y sobre todo andaluzas, del siglo XVIII, no hay elogio digno de ellas. Para el historiador, tal documento es de oro... completa Blanco el archivo único en que puede buscarse la historia moral de aquella infeliz centuria... Pero aún es mayor la importancia literaria de las *Letters From Spain*. Nunca... han sido pintadas las costumbres andaluzas con tanta frescura y tanto color, con tal mezcla de ingenuidad popular y de delicadeza aristocrática... hoy mismo pasan por cuadros magistrales el de la corrida de toros, que no ha superado Estébanez Calderón ni nadie... Libro tan acabado puso de un golpe a Blanco en la categoría de los primeros prosistas ingleses, hizo que se leyese con interés hasta sus libros de Teología.

Dato curioso: esta afamada obra de White Crespo no ha conocido traducción castellana hasta el año 1972, siglo y medio después de que fuera publicada (Diego Ruiz Morales. *José María White Crespo: otro español que escribe de toros en inglés*. De mi cartapacio. Papeles de Toros. Unión de Bibliófilos taurinos de España. Madrid. 1993).

3.- 25 de julio de 1808. Reseña publicada en la “Gaceta” del día 27:

A las cuatro y media vino a caballo el señor Corregidor desde su casa a las Consistoriales, acompañado del alguacil mayor, veintiún alguaciles también a caballo y seis porteros de vara a pie; subió a las Salas capitulares, donde estaba el cuerpo de caballeros regidores propietarios, honorarios y abogados consistoriales esperando para recibir al Excmo. Sr. Conde de Campo Alange, regidor perpetuo de esta Villa de Madrid, nombrado por S.M. para ejercer el acto de la Real Proclamación, por indisposición del Excmo. Sr. Marqués de Astorga a quien corresponde la propiedad de la dignidad de alférez mayor.

Verificada que fue la llegada de S.E., que fue con un numeroso acompañamiento de los señores generales y oficiales del ejército francés, el Excmo. Sr. Duque de Frías, y el capitán general de esta provincia, llevando enseguida caballos de mano ricamente enjaezados, una magnífica carroza de la Real casa, tirada de seis caballos ricamente adornados, y otros coches de respeto,

bajaron cuatro caballeros regidores a recibirle, quedándose la comitiva en la plazuela de la Villa, y habiendo ocupado el Ayuntamiento los asientos, según su antigüedad, y el Sr. Conde de Campo Alange el que le correspondía, recibió de mano del señor Corregidor el Real estandarte.

Enseguida salieron todos del Ayuntamiento, y puestos a caballo, excepto los señores comisarios de casas de ayuntamiento, que se quedaron a cumplimentar al Consejo, por convite que Madrid le hizo para ver dicho acto de proclamación, se formaron en el orden siguiente:

Iba delante una partida de caballería francesa haciendo calle; enseguida los tímpanos y clarines de las reales caballerizas, a caballo, con armas reales y uniforme de ellas; seguía una escuadra de alabarderos, luego veinticuatro alguaciles del Juzgado de Madrid, a caballo, en traje de golilla con varas levantadas, y el alguacil mayor también con vara alta, a la cabeza de ellos; continuaban los personajes convidados por el Sr. Conde de Campo Alange, que ejercía las veces de alférez mayor, con caballos ricamente enjaezados; sucesivamente los maceros de Madrid, los señores servidores de dicho cuerpo; seguían los cuatro reyes de armas con los uniformes de la Real casa, con cota, y en ellas bordadas con oro y plata las armas reales de Castilla y León, cerrando la comitiva el señor Corregidor, con bastón, y a su derecha el Sr. Conde de Campo Alange con el pendón real en la mano.

En cuya forma se dirigió la comitiva por la calle de la Almudena, Arco de Palacio, el tablado que allí se hallaba establecido, en donde se apearon, y subieron los dos señores secretarios de Ayuntamiento, los cuatro reyes de armas, que se colocaron en los cuatro ángulos, y en el medio dichos señores, Campo Alange se pronunció: “Castilla, Castilla, Castilla, por el Rey Nuestro señor que Dios Guarde, D. José Napoleón I”. Y concluido este acto, por los cuatro reyes de armas, se esparció gran cantidad de moneda al pueblo que presenciaba dicha proclamación.

Igual ceremonia se practicó en los tres tablados que al intento se hallaban establecidos en la Plaza Mayor, plazuela de las Descalzas y la de la Villa, en la que, concluido el acto de proclamación y subiéndose a la sala consistorial todos los expresados señores corregidor, alférez mayor y demás caballeros capitulares, devolvió el Sr. Conde de Campo Alange, el real pendón al señor Corregidor; el que se colocó en el balcón dorado que hay en las Casas Consistoriales, según práctica.

Concluía esta función, que fue muy solemne y lucida, así por el adorno de su carrera, crecida concurrencia, músicas dispuestas en dichos tablados y otros puntos, y bebidas que por generosidad de dicho señor conde de Campo Alange, se dieron al público gratuitamente, convidó a Madrid para que le acompañase a su mesa, que tenía dispuesta en celebridad de la dicha procla-

mación, y demás señores convidados, que le acompañaron a caballo hasta su casa, en donde había un magnífico banquete distribuido en cinco mesas de la mayor abundancia, magnificencia y delicado gusto.

4.- El rosoli -en el decreto de Bonaparte está erróneamente acentuado el nombre- es un licor típico de Italia y Turquía, elaborado a base de aguardiente de anís, canela, azúcar y otros ingredientes aromáticos y edulcorantes, y bajo su denominación popular se incluían el marrasquino, las retacías y los licores frailunos, cartujanos y de hierbas con respetables y temidos niveles alcohólicos. Algunos de estos deliciosos y embriagadores licores -incluso presuntamente afrodisíacos- recibían nombres tan sugestivos y enigmáticos como : “boca de dama”, “aceite de Venus”, “rocío de sol”, “franchipana”, “noyó de guinda”, “hinojo de Berbería”, “flor de cidra”, “menta piperita”, “agua turca”...

5.- La creación de la Orden real de España fue decretada en Vitoria el 20 de octubre de 1808 con una pensión a los galardonados de mil reales al año. En el decreto de Bonaparte se describía así la condecoración : “Sobre una faz de una estrella rubí, suspendida por una cinta color carmesí, que se colgará al botón de la casaca, estará representado el león de España con la siguiente inscripción: *VIRTUTE ET FIDE*, y sobre la otra faz estará representado el castillo de castilla con la inscripción *JOSEPH NAPOLEO HISPANIARUM ET INDIANARUM REX INSTITUIT*”.

Más tarde, el 18 de septiembre de 1809, se modificó el decreto que creaba la condecoración, única y exclusivamente para militares, haciéndola extensiva a los civiles, a fin de que surtiera un doble efecto popular; esta modificación limitaba el otorgamiento del galardón a un número de cincuenta para las “grandes bandas”, a doscientos para los “comendadores” y a dos mil para los “caballeros”. Los comendadores de esta orden, pensionados con treinta mil reales cada uno -la pensión de los 30.000 reales pretendía ser incentivo más que suficiente como sueldo para hacer “josefinismo”-, llevaban la insignia pendiente del cuello, con una cinta de tres dedos de ancho; mientras que los caballeros grandes bandas, la llevaban de cuatro pulgadas, colocada en bandolera desde el hombro derecho hasta la cintura que a su remate pendía la insignia, llevando además, en el costado izquierdo, una placa con rayos de plata en cuyo centro se ubicaba la estrella de rubí orlada con la inscripción de *VIRTUTE ET FIDE*.

La ancestral necesidad que desde la más remota antigüedad se ha tenido de honrar y premiar los servicios y los actos de valor -las más antiguas españolas son las Ordenes Militares-, adquirió en España un notable auge como consecuencia de la Guerra de la Independencia y con el reinado de Fernando VII, que a este respecto



Agustina de Aragón. Óleo atribuido a Juan Gálvez. Museo “Lázaro Galdiano” (Madrid).

instituyó más de setenta condecoraciones militares y civiles. Son de destacar como más antiguas en este reinado -creadas en 1808- la de Bailén y la de la Rendición de la Escuadra Francesa. La de Bailén es de oro aunque existen ejemplares con el centro esmaltado en blanco y en ella van grabados dos sables enlazados con una cinta, de la cual cuelga un águila boca abajo; sobre los sables una corona de laurel y alrededor de ellos una cinta con la inscripción “*BAILEN, 19 DE JULIO DE 1808*”. La de la rendición de la Escuadra Francesa es también de forma ovalada, muy similar a la anterior pero en esmalte blanco y con corona real y la leyenda “*RENDICIÓN DE LA ESCUADRA FRANCESA, 1808*”.

Otras dignas de mención son: La Cruz del Norte -“*LA PATRIA ES MI NORTE*”- creada en 1809 para premiar a las tropas del marqués de la Romana que volvieron a España desde Dinamarca -como ya dijimos- y se negaron a prestar fidelidad a José I como rey de España; de este mismo año es la de la Salida de Gerona, para crearse al año siguiente la del Sitio de Gerona y la Cruz de Talavera. De 1814 pueden

citarse la de la Cruz de Zaragoza, la de San Marcial y la de Ciudad Rodrigo; y de 1815 la de la Fuga de Portugal, la medalla del 2 de mayo de 1808, la del Primer Ejército de Cataluña y la de Sevilla.

Esta somera relación no es más que un pequeño esbozo ilustrativo de acompañamiento al texto, remitiendo al curioso lector interesado en este tema de la “militaria” a otras fuentes más expertas como puedan ser las de los coleccionistas Lozano Liarte, García Albares, Jaime Boguña o Juan Luis Calvo Pascual; este último publicó un libro en 1987 que se añade a los antes publicados por especialistas como Luis Grávalos González, Federico Fernández de la Puente, Julio Guillén y Alfonso de Carlos, sin olvidar que el Museo Español del Ejército alberga la colección de condecoraciones militares españolas más importante del mundo.

6.- Aun hoy, en 2008, los legitimistas franceses defienden los viejos e inquebrantables principios sobre los que se sustenta la monarquía desde el primer rey de Francia, Hugo Capeto, en el siglo X. De acuerdo con estos principios, que se fueron estableciendo con el tiempo, el heredero de la corona francesa debe ser el familiar primogénito, varón y católico, más próximo al rey. Luis XVI fue guillotinado en la Revolución Francesa en 1789. El pariente más próximo era su hermano Luis XVIII, rehabilitado en el trono tras la abdicación de Napoleón, que murió sin descendencia. A este le sucedió su hermano Carlos X que tuvo que exiliarse juntamente con su heredero el conde de Chambord. A la muerte de éste, también sin descendencia, la herencia de la corona francesa pasó a la segunda rama Borbón, la española. Cuando el pretendiente carlista Alfonso Carlos, duque de Anjou y de San Jaime murió, en 1936, la jefatura de la Casa de Borbón y el derecho al trono francés -siempre según la doctrina legitimista- recayeron en Alfonso XIII de España; de él pasaría a su hijo Don Jaime a quien, a su vez, le sucedería su hijo Alfonso de Borbón y Dampierre. Finalmente, y a la trágica muerte de éste, le sucedió en tales derechos dinásticos su hijo Don Luis Alfonso de Borbón y Martínez Bordiú -bisnieto también del general Franco-, quien es, ahora mismo, el “legítimo” Delfín de Francia.

7.- *El príncipe de Asturias al emperador Napoleón.- En El Escorial, a 11 de octubre de 1807.*

Sire: Considero como el día más feliz de mi vida aquel en el cual tengo ocasión de expresar a Vuestra Majestad Imperial y Real, a un héroe destinado por la Providencia para restablecer la tranquilidad, el orden y la felicidad en una Europa amenazada por un total desquiciamiento y para fortalecer los tronos quebrantados, los sentimientos de estimación, admiración y respeto que me

inspiran sus brillantes cualidades. Hace tiempo hubiera tenido esta satisfacción y la de asegurar a Vuestra Majestad Imperial y Real los profundos deseos que tengo de ver aumentar la amistad de nuestras dos casas y la alianza, tan ventajosa, de las dos naciones acrecentada mediante el matrimonio que me uniera con una princesa de la familia de Vuestra Majestad. Pero las circunstancias en que me encuentro me han obligado a guardar silencio, y sólo me han determinado a ello las explicaciones del señor de Beauharnais y el conocimiento que me ha dado de la voluntad de Vuestra Majestad Imperial.

Temo que esta gestión, tan inocente en los términos que la hago y en la situación en que me encuentro, se presente como un crimen si llegara a ser descubierta.

Vuestra Majestad Imperial y Real sabe mejor que yo que los mejores reyes son los más expuestos a quedar víctimas de los artificios de los hombres ambiciosos e intrigantes que los rodean. Nuestra corte no carece de ellos, y el buen corazón, la misma rectitud de mis queridos y respetables padres, los exponen más a ser sorprendidos por tramas desleales. Temo, pues, que los hayan prevenido a favor de cualquier otro proyecto de matrimonio, más a propósito para sus intereses particulares, y me tomo la libertad de pedir los buenos oficios de Vuestra Majestad para abrir los ojos a mis queridos padres y hacerles adoptar la alianza que tengo el honor de solicitaros.

La menor insinuación de Vuestra Majestad bastará para destruir todas las ideas y deshacer todos los proyectos de estos malignos egoístas junto a Sus Majestades, mis augustos padres, que os aman muy sinceramente.

En cuanto a mí, lleno de respeto y obediencia filial hacia Sus Majestades, no podré desempeñar más que un papel pasivo en este asunto, que consistía en negarme a cualquier otra alianza que no tenga la aprobación de Vuestra Majestad, y esperaré de sus buenos oficios la felicidad de mis queridos padres, la de mi patria y la mía, por el matrimonio con la princesa que espero recibir de sus manos y de las de Vuestra Majestad Imperial y Real.

Soy..., etc. (Firmado: Fernando, príncipe de Asturias)”.

8.- De distinguida familia inglesa, Charles Richard Vaughan (1774-1849), fue un incansable viajero que recorrió numerosos países, primero becado por la institución Radchiffe y más adelante como diplomático. Su siguiente comentario está sacado de los manuscritos de su Diario de 1808, época en la que acompañó como secretario a Mr. Stuart, observador político al servicio del Gobierno de Su Majestad británica:

Quando dejábamos El Escorial varios señores subieron a sus caballos y escoltaron el coche de Mr. Stuart durante una legua por la carretera de Madrid. La distancia entre Madrid y El Escorial es de siete leguas, y la carretera en su mayor parte atraviesa un coto de caza, en el que hay algunos buenos bosques,

y a dos leguas de la capital, a la izquierda, está El Pardo, un sencillo y hermoso palacio de los reyes, situado en medio de una extensa finca reservada para la caza. El acceso a Madrid desde El Escorial se hace por una alameda, espacioso paseo inmediatamente debajo del palacio, que se yergue sobre la cima de una colina. Junto a la valla próxima a la entrada a la alameda, que solía ser frecuentada por la corte en ciertas fiestas, habían acampado los franceses en bastante número mientras estuvieron en posesión de Madrid, y muchas de las chozas de los soldados, formadas por ramas de árboles, todavía estaban en pie cuando pasamos nosotros...

Llegamos a Madrid el 16 de septiembre de 1808. La ciudad había sido evacuada por los franceses el 31 de julio. En cuanto desapareció la presión de aquella tiranía, la alegría y el regocijo del pueblo estalló inmediatamente, pero es digno de destacar que, a pesar del sincero aborrecimiento y detestación de los franceses y del cese repentino de todo control del gobierno, en un tiempo en que las pasiones estaban soliviantadas por el recuerdo de los sucesos del 2 de mayo, el pueblo de Madrid no se deshonró a sí mismo con ningún acto de feroz venganza.

Cuando yo llegué allí, el 16 de septiembre, Madrid estaba pacíficamente gobernada por el Consejo de Castilla, y desde mi anterior estancia en 1802 sólo había habido pequeños cambios en el aspecto general de la ciudad y en los modales y ocupaciones de los madrileños.

Los paseos del Prado estaban llenos de gente, igual que antes, a la hora de costumbre por la tarde. Los palacios reales y los de la nobleza no delataban violencia revolucionaria. Se dan corridas de toros en los días de costumbre y supe que el gusto nacional por este espectáculo había sido puesto a prueba por José Bonaparte. Durante los días de alegría a su llegada a Madrid los teatros se abrieron de par en par al pueblo, pero nadie, ni aun los de la clase más baja, se dignó aprovecharse de estas representaciones gratuitas. Después se anunciaron dos corridas de toros públicas, una como es norma, por la mañana, y la otra, por la tarde del mismo día. Durante la exhibición de por la mañana la plaza estuvo casi vacía, pero el pueblo no pudo renunciar a satisfacer su gusto nacional dos veces en el mismo día, y por la tarde los asientos estaban todos ocupados...

9.- El noble francés Alexandre-Louis Laborde (1774-1842), escritor y político de tendencia liberal, que ocupó una serie de cargos administrativos en la Francia napoleónica, estaba enamorado de nuestro país; escribió y dirigió obras tan ambiciosas como *Itinéraire descriptif de l'Espagne* y el *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, auténticos tratados enciclopédicos en los que aportó cartografía e imágenes dibujadas y grabados por los mejores artistas de la época. En su visión ilus-

trada de Madrid, tras una descripción de los accesos a la Villa y Corte y un sabroso análisis del carácter de sus habitantes, hace una mención a las corridas de toros:

... La numerosa concurrencia que cubre las gradas y los palcos presenta el más brillante golpe de vista; allí es donde el viajero observador puede estudiar las costumbres del pueblo, y por las sales y agudezas con que los mismos concurrentes alegran estas funciones, venir en conocimiento de la viveza e ingenio del carácter nacional...

10.- Suerte típica del toreo portugués es la de los pegadores o *mozos de forçado* consistente en una especie de mancuerno, o del mancornar, es decir agarrar al toro por los cuernos con las manos para sujetarlo y dominarlo con algún fin o, simplemente, como acto de destreza, valor y ejercicio físico. La *pega*, como así se llama a esta acción, se realiza con una cuadrilla de mozos -la mocedad, evidentemente, es fundamental-, cuyo jefe, secundado por los demás, es quien mancuerna al toro. Hay que aclarar que, técnicamente, hay muchos matices diferenciales entre *pega* y *mancuerno* que no han lugar aquí. Varias son las formas y estilos de realizar las pegas según sean *de cara*, *de costas*, *de rabo o volta* y *de cernelha*, al decir del erudito portugués Antonio Rodovalho Duro. Su origen es, parece ser, campero donde era preciso reducir a las reses para las distintas operaciones ganaderas; y en la plaza, al decir de algunos tratadistas, bien pudiera ser una suerte, además de gallarda y valerosa, para llevar a los toros una vez rejoneados por los caballeros, ya que en Portugal no hay suerte de matar, a los corrales.

11.- Puede parecer chocante y hasta increíble pero, efectivamente, ha habido corridas de toros en Italia; como las hubo -y en alguno de ellos las sigue habiendo- en ocho países de Europa -Inglaterra incluida-, en más de veinte de las tres Américas, en nueve de Africa, y en otros tan exóticos como Kuwait. Líbano, Filipinas, Indonesia, Las Azores y Macao. ¡Por algo será...!

El caso de Italia es el único que ahora interesa aquí por cuanto es allí donde surgieron las prohibiciones pontificias que tan a maltraer llevaron a nuestro católico rey Felipe II. Y es que por Plinio el Viejo, el naturalista Cayo Plinio Secundo (23-79 d. J. C.), sabemos que fue Julio César el primero que autorizó las fiestas de toros influenciado e impresionado por las que vio en España y sur de Francia de donde las importó. Y aun es más, pues parece ser que fue en España donde César aprendió la destreza de su lidia. Sin embargo no es sino hasta el siglo XII cuando aparece fehacientemente documentado el primer espectáculo taurino italiano. En el XIII estos festejos se celebraban en el romano Campo di Agone (hoy Piazza Navona) y en el XVI en Piazza Fornese, hasta que nuestro querido pontífice Pío V las prohi-

biese. Se celebraron con Alejandro VI y con Julio II, “al cual -según el jesuita José M. March en su obra Razón y Fe- ni el odio profundo que sentía a los Borja ni su antipatía a España impidieron la continuación de una costumbre tenida por genuinamente española e introducida por los Borja”.

Destacaremos una corrida de toros celebrada el lunes de Carnaval de 1519, en la mismísima Plaza de San Pedro a la vista de León X, como muy curiosa.

Se celebraron fiestas de toros en Nápoles, en Sena, en Florencia, en la Arena de Verona, en Trieste y en Cagliari (Cerdeña), siendo las últimas, salvo error u omisión, las celebradas en la localidad de Canale D’Alta, en la provincia de Cuneo, en 1972, aunque éstas más bien fueron moji-gangas al estilo del toreo cómico-taurinomusical español actual.

El tema, muy interesante, desborda el espacio de estas líneas.

12.- Texto íntegro de la Bula de Pío V:

PIO OBISPO, SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS, *Ad perpetuam rei memoriam*.- Cuidando Nos muy solícitamente (según estamos obligados) por nuestro oficio pastoral, sobre la faz del poder cristiano por divina dispensa a nuestras manos encomendado. Procuramos apartar perpetuamente a todos los fieles de los peligros que a sus cuerpos les puedan sobrevenir y a la perdición de sus almas. Por tanto, he abominado del vicio de los desafíos introducidos por el diablo, porque con la cruel muerte de los cuerpos también gane o pierda las almas, lo que está ya prohibido por decreto del Tridentino. No obstante, todavía se usan en muchas ciudades y otros lugares, muchos para mostrar sus fuerzas y osadía en juegos públicos y particulares no cesan de andar a los toros y acometer a otras bestias fieras, donde nacen muchas veces muertes de hombres y cortamientos de miembros y peligros de las almas. Por lo que Nos, considerando estos juegos, donde se corren toros y fieras en circos y en plazas, faltos de piedad y caridad cristiana. Y creyendo que de todos se destacan estos crueles y torpes juegos de los demonios y no de los hombres. Queriendo también tener en cuenta, cuanto a la salud de las almas, contando con la ayuda de Dios podemos. A todos y cada uno de los Príncipes Cristianos eminentes en cualquier dignidad, así eclesiástica como secular, Imperial, Real o cualquier otra de cualquier título, o a cualquiera Comunidad o República. Prohibimos y defendemos por esta nuestra Constitución (para siempre duradera) que bajo pena de incurrir ipso facto en excomunión y extrema maldición, no se permita en sus Provincias, Ciudades, tierras, villas y lugares,

hacerse juegos de esta manera, en donde se corran toros y otras bestias feroces. También vedamos a los soldados y a las otras demás personas, que ni a pie ni a caballo osen hacer los dichos juegos de toros y otros animales fieros. Y si alguno de éstos en tal espectáculo muriera, no sea enterrado en sagrado. De la misma manera también prohibimos a los clérigos, así regulares como seculares que tuvieren beneficios eclesiásticos o fueren constituidos en órdenes sacras, que so pena de excomunión se encuentren presentes en los tales espectáculos. Y desfacemos y anulamos, determinamos y aclaramos que perpetuamente se tengan por deshechas, nulas e irritas todas las obligaciones, juramentos y votos que hacen a los que los hayan hecho y a los que en adelante se hicieren (a los cuales también prohibimos de todos los que se hagan) por cualquier persona, universalidades y colegios sobre el tal correr de toros, puesto que como ellas falsamente cuidan hecha en honra de Santos o cualesquiera otras solemnidades y fiestas eclesiásticas en las cuales se deben celebrar y honrar con divinos loores y alegrías espirituales y obras pías y no con estos juegos. Y mandamos a todos los Príncipes, Condes y Varones feudatarios de la Santa Iglesia Romana, so pena de ser privados de los feudos que tengan de esa misma Iglesia Romana; y a los demás Príncipes Cristianos y sobre dichos señores de las tierras, exhortamos y mandamos en virtud de santa obediencia que por reverencia y honrado nombre Divino hagan guardar exactísimamente las cosas sobredichas en sus señoríos y tierras, para que reciban de ese mismo Dios, Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y otros Ordinarios de los lugares en virtud de santa obediencia en protesta de divino juicio y amenaza de maldición eterna que hagan publicar suficientemente estas nuestras presentes letras, en las Ciudades y Obispados propios. Y procuren que las cosas sobredichas sean guardadas y las eclesiásticas censuras. No obstante, cualesquier Constituciones y Ordenanzas Apostólicas, concedidas a cualesquier personas de cualquiera calidad y condición que sean , bajo cualquier teorías y formas, y con cualquier cláusulas derogatorias, aunque dadas derogatorias de otras derogatorias, y otras más eficaces y de motu proprio, y por cualquier otra manera aprobadas e innovadas, a los cuales derogamos en especial y expresamente, teniendo no preferentes las teorías de ellas por expreso y cualquiera otras cosas en contrario.

Queremos también que las preferentes letras sean publicadas como es costumbre en nuestra Chancillería Apostólica y plaza del campo de la flor, y se escriban antes las Constituciones que han de durar para siempre.

Y queremos que a los traslados de ellas anden impresas suscritas por más de un notario público. Por tanto, a ninguno sea lícito quebrar o con temeraria osadía contradecir a esta carta de nuestra prohibición, interdicto, anulación, decreto, declaración, mandato, exhortación, derogación y voluntad. Y si algu-

no presumiera intentar esto, entienda que incurrirá en indignación de Dios Todopoderoso y de sus bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo. Dada en Roma en San Pedro en el año de la Encarnación del Señor de MDLXVII, el primero de Noviembre, en el 2º año de nuestro Pontificado”.

13.- Y a la llegada de los Borbones, al bajarse del caballo en la plaza, hubieron los aristócratas de volver a sus fincas a torear en privado invitando entonces a los toreros de a pie, guardándose las lides de la caballería para ejercicios de tono campero como las tientas a campo abierto o el acoso y derribo de las reses. Sólo el rejoneo, como más o menos podemos verlo hoy, vino a redimir su condición de clase aristocrática taurinamente postergada.

La aristocracia española fue, desde el principio de sus linajes, tradicionalmente terrateniente y latifundista, propietaria de grandes extensiones de monte y pastizales muy propios para la cría del ganado bravo, dando pronto en cazarlos y lidiarlos para su propio disfrute. “Bajo los Austrias constituyó una perfecta recreación de caballeros de esclarecida estirpe el dar muerte a los cornúpetos, lo mismo a pie que a caballo, en festejos memorables y famosos que consignan y celebran las narraciones de aquellos tiempos”, escribió el ilustre historiador y político Natalio Rivas.

Cuando la aristocracia se apeó del caballo se refugió en el toreo privado, lo cual no era difícil porque muchas de estas linajudas familias poseían lo fundamental: el toro. El toro de lidia, complemento hermoso de nuestro paisaje, es un producto natural - olvidemos ahora, por lejano, el análisis de su origen primigenio- de los campos españoles donde encuentra, en las dehesas inmensas de Castilla, Andalucía, Extremadura y la región navarro-aragonesa, el hábitat ideal para su sustento, crianza y reproducción en un lujoso régimen de vida y paradisíaco ecosistema.

14.- Sin duda que esta alusión tan clara a la “ineptitud de los lidiadores” hace referencia a la serie de muertes que cierran simbólicamente la “época goyesca”: la de Pepe-Hillo en 1801; la de Francisco García “Perucho” en Granada este mismo año y las de los hermanos Romero, Antonio y Gaspar, hermanos a su vez del gran Pedro, en 1802.

Las muertes de los toreros de todas las épocas -véase si no las actuales de “Paquirri” o de “Yiyo”, todavía en boca de todos- han desgarrado el corazón del pueblo creando sentimiento de dolor colectivo, de negro luto nacional, influyendo muchas veces en las decisiones administrativas o gubernamentales.

15.- Relación alfabética de todos los picadores, espadas, media-espadas y banderilleros que aparecen en los carteles de las corridas josefinas:

Alfonso Alarcón “el Pocho”	Manuel López
Manuel Alonso	Bartolomé Manzano
Teresa Alonso	Pedro Martín “Babucha”
Juan Luis de Amisas (o Misas)	Valentín Martín Delgado “el Bravo”
Antonio Argüelles	Mariano Martínez “Picharrete” (“Picharrache” o “Vilchareches)
Agustín Aroca	Juan de Mena
Antonio Badén	Juan Miranda Conde
Lorenzo Badén	Santos Miranda
Manuel Badén	Pedro de Mora “Costritas”
Manuel Barbales	Pascual Montalvo “el Pollero”
Jerónimo José Cándido	Eustaquio Morales “el Gato”
Antonio Cano	Isidro Morales “el Mahometano”
Luis Corchado	Juan Núñez “Sentimientos”
Domingo del Corral (“el Rojo”)	Cristóbal Ortiz
Cristóbal Díaz “el Machego”	Francisco Ortiz
Joaquín Díaz	Ramón Pérez de León “el Calesero Loco”
Julián Díaz	Pedro Puyana
José Doblado	Juan Ramos
Juan Fernández “el Peluquero”	Antonio redondo “el Conejo”
Tomás Fernández “el Chirri”	Francisco Rivillas
Francisco Galán	Simón de Rivas
Juan Gallego	Francisco de Paula Rodríguez
Ramón Gallego “el Ratón”	Antonio de Rueda
Antonio García	Juan José de Rueda
Cayetano García	Pablo Santos “el Pacífico”
Ramón García “Ramoncillo”	Tiburcio de San Juan “Busca Ruidos”
Francisco Hernández “el Bolero”	Silvestre Torres “el Fraile”
Antonio Herrera Cano	Sebastián Valero
Francisco Herrera Rodríguez “Curro Guillén”	Miguel Velásquez de Molina
Alfonso Hijosa	Juan Zapata
Juan López	

Relación de ganaderos de toros de lidia aparecidos en los carteles de las corridas josefinas, por orden de aparición:

José Gabriel Rodríguez	Manuel García Briceño
Joaquín Iñigo	Manuel Jurado
Manuel González	Pedro Rivero
Juan Bañuelos	Marqués de Castrojanillos
Juan José Pérez Asenjo	Francisco J. Guendulain
Clemente Romero	Viuda de Braojos
Antonio Hernán García	Juan Núñez
Manuel Salcedo	José López Pelegrín
Viuda del Pozo	Antonio Calleja
Juan Gutiérrrez	Juan Díaz Hidalgo
Antonio Balandín	Conde de Valparaíso
Pedro de Torres	Magín Martín Moreno
Francisco Vallalaira	Alvaro Muñoz y Teruel
Antonio Hernán Chivato	Manuel Aleas
Antonio Rueda	José Balsa
Duque de Medinaceli	José Jijón
Juan Antonio López	Vicente Perdiguero
Eugenio Colmenarejo	Bernabé del Aguila y Bolaños
Rodrigo Godoyo	Diego Muñoz y Pereiro
Julián de Fuentes	Vicente Bello
Ramón Zapater	Miguel Jijón
Mauricio García de la Puente	Manuel Romero
Manuel Moreno	

16.- Este libro de Dufour, publicado por sus hijos, también médicos, Albert et Gustave en 1888 (París. Rothchild), es una transcripción literal de las memorias de este *savant francais* veintitrés años después de su muerte, a partir de sus manuscritos de campo y de campaña -botánicos y de guerra- que él, minuciosamente, anotara día a día. Las cosas de España debieron impresionarle en exceso y parece ser que



Sitio y toma de Zaragoza por el ejército francés el 27 de febrero de 1809.

negativamente y, aunque fue un adelantado a otros viajeros franceses posteriores, quizá nos hizo un flaco favor con sus escritos. Al menos nos ha servido como acta notarial curiosa de aquella corrida josefina inaugural; aunque no es la única referencia francesa de que echaremos mano pues la abundancia de Memorias Militares de esta infamante guerra es asombrosa.

Se publicó este capítulo de Dufour en la *Gazette de l'Union des Bibliophiles Taurins de France*, nº 19, de noviembre de 1986, gracias al gran escritor y aficionado Miguel Darrieumerlou.

17.- Las tropas francesas, numerosísimas y avitualladas malamente con las raciones de munición, eran capaces de devorar ganaderías enteras, lo que realmente hicieron en muchas ocasiones a lo largo de la guerra en la que tenían, además, derecho a botín. Como en casi todas las guerras. A este propósito viene a las mientes de este autor un artículo referente a la Guerra Civil española (1936-1939) en el que, sobre este mismo tema, decíamos:

Además de la escasez de pastos, la pertinaz sequía y el abandono de muchas fincas, la guerra había hecho estragos en la cabaña brava, aniquilando ganaderías enteras sobre todo las que quedaron en el bando republicano y concretamente las de la zona centro, Colmenar Viejo y Toledo principalmen-

te, y con menor incidencia las de Guadalajara, Cuenca, Albacete y Ciudad Real. Al estallar la guerra, las milicias hambrientas y algunos campesinos sedientos, además, de secular venganza social, se arrojaron sobre una de las despensas más aparentes y mejor surtidas que a mano tenían, matando y diezmado sin conocimiento las ganaderías de lidia. Desde el aire, la aviación republicana ametrallaba indiscriminadamente toros, vacas, novillos y becerros, con más odio que necesidad, en lo que hoy sería calificado de catástrofe ecológica, ofreciendo después el lamentable espectáculo de verse reses enteras muertas flotando en los ríos, sin ningún aprovechamiento. Y gracias a las ganaderías que permanecieron íntegras en la zona sublevada, constituyendo una excelente reserva, no se extinguió para siempre la especie del toro bravo de lidia español.

(Revista "Trébede", nº 4-5, julio-agosto 1997. Zaragoza).

LAMINA LVIII



18.- Independientemente de que cualquier investigación histórica y genealógica de la presencia del toro bravo en España nos llevaría en el túnel del tiempo hasta la misma prehistoria, la existencia de ganaderías establecidas y organizadas como tales para la crianza y explotación de este bóvido con destino a su lidia en pueblos y ciudades, no adquiere carta de naturaleza, con documentación fehaciente y fidedigna hasta el siglo XVII, conformándose y consolidándose en la centuria siguiente.

Y en cuanto a las vacadas de bravo de propiedad Real ya hay constancia documental de una bien importante que la poseyó Felipe IV en el Real Sitio de Aranjuez. En 1623, para las fiestas celebradas en honor del Príncipe de Gales los toros son suministrados por esa Real ganadería, además de otros de Don Rodrigo de Cárdenas y unos “de Lamera”. Siete años antes estas mismas vacadas, la Real y la salmantina de Cárdenas, ya habían competido en bravura e importancia en las corridas celebradas con motivo de la festividad de Santa Ana. En 1646 hay otra constancia histórica documentada de la participación de la Real Vacada en los festejos habituales con motivo del nacimiento del príncipe Felipe Próspero; y así sigue ésta en vigor durante todo el siglo de referencia.

Eran estos toros del Rey los míticos jarameños -“De toro del Jarama, guárte d’él cuando brama”, dice el viejo refranero español-, muy reputados y reconocidos por la afición de la Plaza de Madrid y bien temidos por los toreros: “Los toros de esta tierra, criados en clima frío y en su mayoría como fieras salvajes, por no vaquearlos, son asustadizos. El terreno que pisan les hace duros de patas y el vigor que les da el pasto bajo... les proporciona mucho poder”. En las corridas de la coronación de Carlos IV, en 1789, los dos rivales “Costillares” y “Pepe-Hillo” enviaron un memorial al Corregidor de la Villa y Corte, señor Armona, solicitando “no se corrieran los toros de Castilla por lo resabiados que estaban”.

Ya Felipe V en su prohibición había causado gran daño a la Real Vacada, pero no fue sino su sucesor, Carlos III quien, cuando accedió al trono después del fallecimiento de su augusto hermano Fernando VI -que demostró, a pesar de su genética demencia, ser el más taurino de los primeros Borbones-, tras abandonar el de Nápoles, arremetió definitivamente contra el Real ganado. Al llegar a España en 1760, y tomar conciencia de todas sus posesiones y Patrimonio se encontró, con gran sorpresa, con que también poseía una ganadería de reses bravas. Él había sido obsequiado a su llegada con festejos taurinos en la Plaza Mayor de Madrid, como era de rigor; sin embargo nunca mostró interés alguno por este tipo de fiestas. Al año siguiente, el 30 de julio, dispuso que “Se reduzca la Real Vacada de ese Sitio (Aranjuez) a doscientas cincuenta reses de vientre”. Pero en 1765 decidió la total extinción de la misma según puede leerse en

escrito que dirigió al Gobernador de Aranjuez el día 8 de diciembre: “Respecto que para extinguir la Torada de ese Sitio se van matando las vacas en la carnicería, dispondrá V. M. que conservando para Toros los Novillos que sean ya grandes, se capen a su tiempo todos los demás y se críen para bueyes, a fin de aumentar con ello las yuntas de labor y carretería e ir minorando el número de mulas que sirven para el cultivo”.

Uno de los empresarios de la Plaza de Toros de Madrid, D. Bernardo Delgado, propuso la compra “... de todos los toros chicos y grandes, que han quedado de esta Real Vacada”, sabedor de la gran calidad y prestigio de este ganado, para lo cual se dirigió al Marqués de Grimaldi comprometiéndose a hacerse cargo “de todos los machos de dos años para arriba y a sacarlos del Real Sitio de Aranjuez antes de la próxima jornada de Sus Majestades en el mismo, circunstancia que tendría lugar en la siguiente primavera”. Sin embargo la regia ganadería fue adquirida por los empresarios de la plaza de Aranjuez, Bernardo Isnar y Antonio Penaso, quienes cedieron veinte toros al citado Delgado para Madrid, en 1766.

19.- Muy conocida es la historia de este gran ladrón y su expolio andaluz, concretamente en Sevilla. Cuando en agosto de 1812 los franceses comenzaron a hacer el equipaje -tras la victoria inglesa de Wellington en la batalla de los Arapiles- en el convoy del mariscal Soult se acomodaba una caja muy especial; era la famosa Purísima de Murillo que había sido robada por el duque de Dalmacia del Asilo de los Venerables de Sevilla. El celeberrimo lienzo, después de decorar la casa de su saqueador y una vez fenecido el imperio, fue vendido al Gobierno de la Restauración enriqueciendo la colección y los muros del Museo del Louvre, junto con otros cuatro magníficos cuadros de Murillo que fueron robados por Soult del sevillano Hospital de la Caridad y que hoy cuelgan de los museos de Londres, Ottawa, Washington y Leningrado.

En 1940, cuando el mariscal Pétain vino a España como primer Embajador de Francia ante Franco, visitó la iglesia de la institución sevillana de los Venerables guiado por un cicerone ilustre, Juan Lafita, quien, ante la extrañeza del francés al ver vacía la pared del altar, le explicó con toda corrección y exactitud la razón de aquella ausencia decorativa: un antecesor suyo había robado el lienzo. “¿Un embajador? –preguntó el vencedor de Verdun-. ¿Cuándo fue eso?” “Señor... hace ya mucho tiempo. En 1812 se lo llevó otro mariscal: Soult”. “Comprendo, comprendo...” –sonrió comprensivo el viejo militar que, en un momento muy especial para España y Francia, se aventuró a prometer que el cuadro volvería a España. Y así fue; el cuadro cruzó los Pirineos pero se quedó, provisionalmente, en Madrid. Y allí sigue.

Parece que otro invasor francés, el barón De Darricau, estaba dispuesto a saquear la capilla de la Real Maestranza de Sevilla llevándose la Virgen del Rosario, patrona de los Caballeros Maestranza, y todas sus alhajas, pero cuando llegaron a consumir su exilio hallaron la capilla vacía; los maestrantes habían puesto el tesoro a buen recaudo.

20.- La descripción es tan prolija como curiosa y cursi; de ella entresacamos lo siguiente:

... Se compone (el arco del triunfo) en ambas fachadas de cuatro columnas dóricas de treinta y dos pies de altura por cuatro de diámetro, sobre pedestales de once pies, adornado el cornisamento con las armas de Madrid, águilas, castillos y leones en las metopas. Un arco en medio, de veinte y dos pies de ancho y quarenta y uno de alto. Estatuas de diez pies de altura sobre los pedestales, en los intercolumnios. Baxos-relieves que representan famas con trompas y coronas de laurel, en las enjutas o pechinas del arco. En el zócalo, sobre el cornisamento, a plomo de las columnas laterales, trofeos de guerra. Encima del orden y de las dos columnas del medio, un cuerpo ático de diez y seis pies, y en él una inscripción. Remata el edificio un grupo de escultura de catorce pies. Las inscripciones del ático por ambas fachadas son las siguientes: EN TANTO QUE LA PATRIA ETERNIZA EN MÁRMOLES LA MEMORIA DE TUS BENEFICIOS Y DE SU AMOR, ADMITE BENIGNO VENERADO OPTIMO PRINCIPE EL OBSEQUIO DE TU FIEL MADRID. / SUPERADOS LOS MONTES DISPERSOS ENEMIGOS EJERCITOS, CONFINADOS LOS SEQUACES DEL ERROR ENTRE EL MAR Y LA MUERTE VANDALIA SUMISA LA PATRIA LIBRE HONOR ETERNO AL HERMANO DE NAPOLEÓN EL GRANDE.

21.- Pliego de condiciones para el suministro de los caballos para las corridas:

Aviso al público.- Quien quisiere tomar a su cargo el surtido de caballos para estas fiestas de toros que se han de celebrar en este año... acuda con sus proposiciones... en la inteligencia que el remate se ha de verificar el día 21 del corriente. Madrid, 12 de mayo de 1810.

En 21 de mayo quedó rematado el ramo de caballos para las fiestas de toros, bajo las condiciones siguientes:

1ª.- Que los caballos que ha de tener han de ser de buena presencia y de la alzada correspondiente, y de ningún modo pequeños; que no han de estar cojos de pies ni manos, ni tener otro defecto que se note al público.

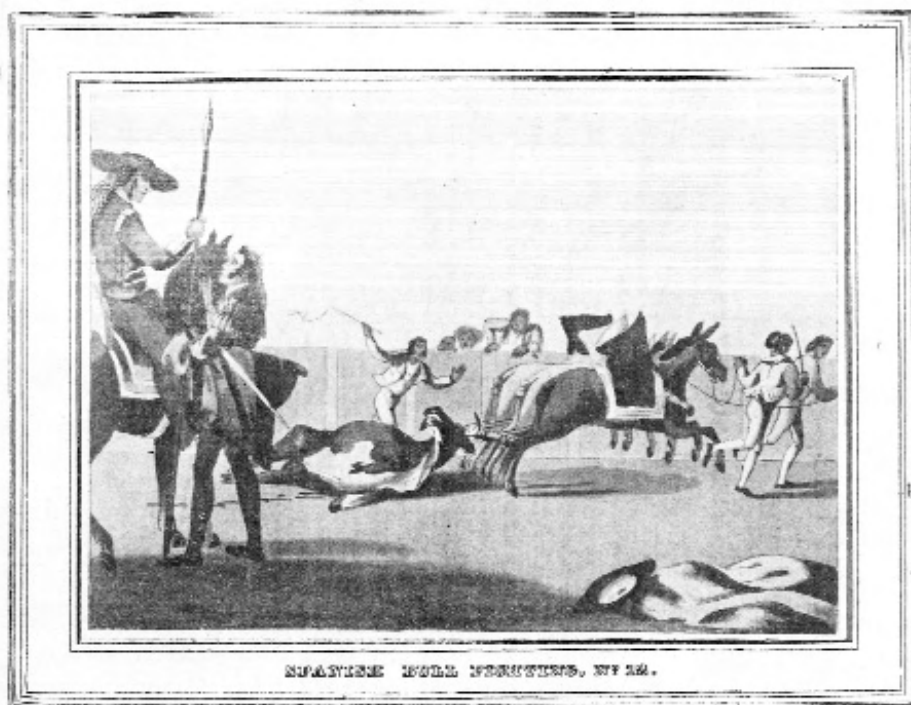
2ª.- Que no han de padecer enfermedad contagiosa que pueda perjudicar.

3ª.- Que los Sres. Comisarios, siempre que lo estimen, han de hacer probar los caballos destinados al objeto, para estar tranquilos y hallarse con la seguridad competente a que no haya falta.

4ª.- Que si algún caballo no hiciese a los toros o tuviese otros defectos, se deberá retirar, poniendo otro en su lugar, sin que el tal caballo sea comprendido en la contrata.

5ª.- Que la manutención, custodia y asistencia de los que enfermasen o hiriesen los toros, han de ser de cuenta y cargo de Rueda, sin quedar Madrid con más obligación que de pagar lo que se capitule.

6ª.- Que los días de corrida ha de tener prontos, limpios y trenzados, en la hora, los caballos necesarios, de forma que si se mata uno, salga otro pronta-



mente al servir al público, sin que haya demora que cause silbas, palmadas u otras demostraciones.

7ª.- Que si por descuido de Rueda hubiese falta de caballos, han de tener facultad los Sres. Comisarios para comprar o hacer comprar los que necesiten, pagándolos al precio que estimen y el que sea, bajo de su dicho, ha de abonar Rueda, u descontarle de lo que deba percibir.

8ª.- Que se le franqueará por el tiempo de las corridas la quadra que se le estaba preparando con las oficinas anejas, y le dará el Soto de Migas Calientes para que disfrute sus pastos, según le acomode, durante las corridas y dos meses después para que los refresque y repase, y pasados los dos meses después de las corridas, le ha de dejar libre para que Madrid disponga.

9ª.- Que por cada caballo que se mate en la plaza o salga herido de muerte, que en caso de duda declararán inteligentes nombrados por las partes, se le pagarán 1.200 reales efectivos, quedando el pellejo para Madrid, y por cada caballo que haya hecho a los toros, y salga con lesión y la herida sea curable por cuenta y riesgo de Rueda, se le dará 700 reales.

Bajo estas condiciones se otorgó escritura por los Sres. Comisarios y Juan de Rueda”.

22.- Una historia de bandidos y toreros, tristemente bonita, tuvo como protagonista a un matador de toros aristócrata, quizá el único dedicado por entero a la profesión de torero, víctima de un atraco: Don Rafael Pérez de Guzmán el Bueno.

Hijo de los condes de Villamanrique de Tajo, acaudalado y culto, abandonó la carrera militar y su destino en la Guardia de Corps del Rey para ser torero. Su vida, como letra de una copla, romántica y novelesca, es digna del más apasionante guión de cine y del más ansioso folletín. Como botón de muestra del arrojo, valor y desprecio de la vida propia que este torero aristócrata sentía, baste decir que, en cierta ocasión, toreando en Aranjuez, uno de sus subalternos sufrió una cogida espeluznante siendo ferozmente corneado por el toro. Guzmán, sin dudarlo un momento y a cuerpo limpio, se arrojó a la cuna del toro abandonándose al instinto de la fiera y a su propia suerte, saliendo muy mal herido para así salvar la vida del hombre de su cuadrilla. María Cristina, la reina gobernadora, que asistía a la corrida, al ver la proeza del noble lidiador que había salido tan mal herido y con la ropa hecha trizas, le obsequió con un vestido de luces en prueba de su aprecio y reconocimiento e hizo costear la curación del subalterno al que donó una buena cantidad de onzas de oro.

Cuando Pérez de Guzmán se hubo repuesto de aquel percance fue recibido en Palacio para recoger el obsequio, un precioso vestido azul turquesa y oro que el torero prometió no usar sino en las corridas a las que asistiera Su Majestad. Como quiera que su destino le impidió su estreno, el rutilante vestido pasó a manos de un caballero amigo de la familia quien lo conservó en una vitrina.

Su muerte, acaecida en circunstancias dramáticas a manos de unos bandoleros que asaltaron su carruaje cuando se trasladaba de Sevilla a Madrid, en cuya plaza de toros debía estoquear una corrida del duque de Veragua alternando con “Paquiro”, no tiene nada que envidiar a la mejor novela de aventuras. Sin embargo, todo es rigurosamente cierto pudiéndose precisar este suceso el día 14 de abril de 1838 y en un lugar próximo al toledano pueblo de La Guardia “allí donde la carretera se enfosca, al atravesar un valle, entre los boscajes tupidos y malezas de la gándara...”. Ese lugar, en memoria del torero aristócrata, se llama Barranco del Torero.

23.- “Instrucciones generales para casos del porvenir.-Para gobierno de los Sres. Comisarios que sean en lo sucesivo, y evitarles angustias como las actuales por falta de noticias exactas, se les pone aquí el pormenor de todo lo que hay que hacer desde que se prepara una corrida hasta después de concluída. De todo lo cual se mandará una copia fiel y exacta a S.M. para que pueda lucirse en su tierra si quiere dar allá corridas de toros, y aun para que su hermano pueda hacer lo mismo cuando, pasado el Beresina y tomada Moscou, hacia donde encamina a estas horas, celebre sus fiestas de la conquista de Rusia y de su proclamación de Emperador, no ya del vasto Imperio, sino de toda Europa y aun del globo terráqueo”.

(Por lo extenso de lo que sigue, citaremos aquí únicamente los títulos de los siete capítulos que contienen estas “instrucciones”):

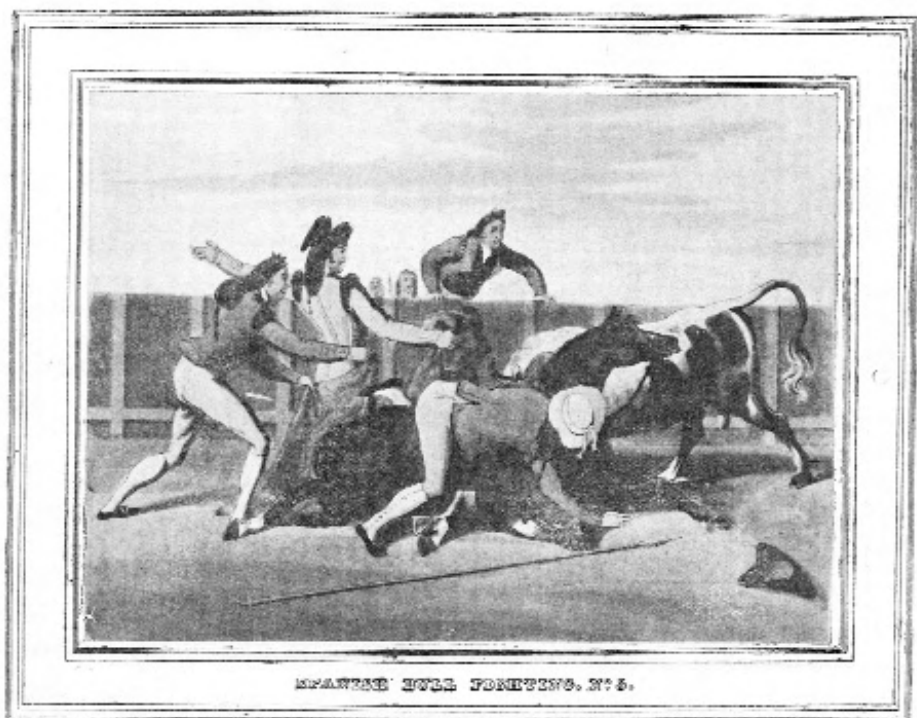
- I.-Cartel de anuncio.
- II.-Vendedores en la plaza y recaudación de localidades.
- III.-Inspección de la plaza.
- IV.-El administrador, los cobradores y la tropa.
- V.-La cirugía y la Santa Unción.
- VI.- Enfermería.
- VII.-Entrega de los talegos.

24.- “Los billetes de asientos para la plaza de toros se hallarán en los puestos de la Puerta del Sol, frente del Buen Suceso, del Real Pósito, antes de llegar a la Puerta de la Cadena, y en la casa del Administrador inmediata a la misma Plaza de Toros, en la que igualmente se darán los de los balcones. El sábado y domin-



go por la mañana, desde las nueve hasta la una, y por la tarde desde las cuatro en adelante, estarán abiertos los expresados despachos: lo que se hace saber al público de orden del Sr. Corregidor. Madrid 21 de junio de 1810. Por mandato de S.S., Juan Villa y Ollier”.

☪ Las ilustraciones marcadas con este símbolo forman parte de la Colección Taurina de Enrique Asín Cormán.



ESPANOLAS EN EL TORREO. N.º 5.

DESCRIPCION DEL TORREO EN EL SIGLO XVIII.

BIBLIOGRAFÍA

- **Abella, Rafael.** *La vida y la época de José Bonaparte.* Planeta, Barcelona, 1977.
- **Alcalde Ibieca, Agustín.** *Historia de los dos Sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón.* Edición facsímil. Editorial Comuniter S.L. Zaragoza, 2005.
- Archivo del autor. Revistas varias.
- **Asín Cormán, Enrique.** *Recortes de Historia taurina.*
- **Asín Cormán, Enrique.** *Historias regaladas.*
- **Artola, Miguel.** *Los afrancesados.* Alianza, Madrid, 1989.
- **Aymes, Jean René.** *Los españoles en Francia (1808-1814). La deportación bajo el Primer Imperio.* Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1987.
- **Balansó, Juan.** *Julia Bonaparte, reina de España.* Planeta-De Agostini, Barcelona, 1996.
- **Balansó, Juan.** *La Casa Real de España.* Mirasierra, Madrid, 1976.
- **Bayod Pallarés, Roberto G.** *El Reino de Aragón Durante el "Gobierno Intruso" de los Napoleón.* Colección Aragón. Librería General, 1979.
- **Blanco White, José María.** *Antología de obras en español.* Edición de Vicente Llorens. Barcelona, Editorial Labor, 1971.
- **Blanco White, José María.** *Obra inglesa,* con un prólogo de Juan Goytisolo. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1974.
- **Belmas, J.** *Zaragoza, 1808 y 1809. Los Sitios vistos por un francés.* Edición de Herminio Lafoz. Ed. Comuniter, 2003.
- **Cambroner, Carlos.** *José Bonaparte el rey intruso: apuntes históricos referentes a su gobierno en España.* Aldebarán, Madrid, 1997.
- **Carr, Raymond.** *España 1808-1939.* Ariel, Barcelona, 1985.
- **Casamayor, Faustino.** *Años políticos e históricos de las cosas particulares ocurridas en la Imperial y Augusta ciudad de Zaragoza. 1772-1832.* Biblioteca Universitaria de la Facultad de Medicina de Zaragoza.
- **Casamayor, Faustino.** *Diario de Los Sitios de Zaragoza.* Edición crítica de Herminio Lafoz Rabaza. Comuniter, Zaragoza, 2000.

- **Casse, Baron du.** *Memoires et Correspondance Politiques et Militaires du Roi Joseph.* Paris, 1855-8.
- **Castro, Adolfo de.** *Combates de toros en España y Francia.* Imprenta de A. Pérez Dubrull, Madrid, 1889.
- **Ciria Nasarre, Higinio.** *Los toros de Bonaparte.* Madrid, 1903.
- **Claramunt y López, Fernando.** *Historia Ilustrada de la Tauromaquia.* Espasa-Calpe, Madrid, 1989.
- Colección Museo Taurino Enrique Asín.
- **Cossío, José María.** *Los Toros.* Espasa-Calpe, Madrid, 1943.
- **Dufour, Jean Marie Leon.** *Souvenirs d'un savant français. A travers un siècle 1780-1865.* Rosthchild, París, 1888.
- **Gómez de Valenzuela, Felipe.** *Notas sobre la vida cotidiana de Zaragoza en los Sitios.* XIV Premio Los Sitios de Zaragoza, Ed. Aqua, 2002.
- **Gómez Imaz, Manuel.** *Inventario de cuadros sustraídos por el gobierno intruso en Sevilla en el año 1810.* Sevilla, 1907.
- **Maestrojuan Catalán, Francisco J.** *Ciudad de Vasallos, Nación de Héroes.* XV Premio Los Sitios de Zaragoza, 2000. Institución "Fernando el Católico". Zaragoza, 2003.
- **Martín, Claudé.** *José Napoleón I, rey intruso de España.* Editora Nacional, Madrid, 1969.
- **Martínez de Velasco, Ángel.** *La España de Fernando VII.*
- **Menéndez Pelayo, Marcelino.** *Historia de los heterodoxos españoles.* Madrid, 1956.
- **Mercader de la Riva, Juan.** *José Bonaparte, rey de España.* CSIC, Madrid, 1971.
- **Mesonero Romanos, Ramón de.** *Memorias de un sesentón.* Madrid, 1880.
- **Palacio Artad, Vicente.** *La España del siglo XIX.* Espasa-Calpe, Madrid, 1981.
- **Pérez Galdós, Benito.** *La corte de Carlos IV.* Alianza, Madrid, 1976.
- **Pérez Galdós, Benito.** *El 19 de marzo y el 2 de mayo.* Alianza, Madrid, 1976.
- **Pérez Galdós, Benito.** *Napoleón en Chamartín.* Alianza, Madrid, 1976.
- **Pérez Galdós, Benito.** *El equipaje del Rey José.* Alianza, Madrid, 1976.
- **Revista del Instituto Napoleón de París.** *Memoires Militaires. Champagne d'Espagne.*
- **Ríos Mazcarelle, Manuel.** *Diccionario de los reyes de España.* Aldebarán Ediciones, Madrid, 1995.

- **Rojas, Carlos.** *Yo Goya.* Planeta, Barcelona, 1990.
- **Ruiz Morales, Diego.** *José María Crespo White: otro español que escribe de toros en inglés.* Papeles de toros. Unión de bibliófilos taurinos de España. Madrid. 1993.
- **Sánchez de Neira, José.** *Gran diccionario taurómico.* R.Velasco, impresor, Madrid, 1896.
- **Thiébault, Paul.** *Memoires.* Librairie Plon, París, 1895.
- **Toreno, José María Queipo de Llano y Rius de Saravia, conde de.** *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España.* Madrid, 1835-37.
- **Vallejo Nájera, José Antonio.** *Yo, el rey.* Planeta, Barcelona, 1985.
- **Vallejo Nájera, José Antonio.** *Yo, el intruso.* Planeta, Barcelona, 1987.
- **Vaughan, Charles.** *Diary os Charles Vaughan in Spain 1808.* Publicaciones del Congreso Histórico Internacional de la Guerra de la Independencia y su época (1808-1815) celebrado en Zaragoza durante los días 14 a 20 de octubre de 1908. Tipografía de E. Casañal, Zaragoza 1909.
- **Velázquez y Sánchez, José.** *Anales de Sevilla de 1800 a 1850.* Hijos de Fe, Sevilla, 1872.
- **Villa-Urrutia, Marqués de.** *El rey José Napoleón I.* Madrid, 1927.
- **Vindel, Pedro.** *Estampas de toros.* Madrid, 1931.

LAMINA LX





Terminóse de imprimir este libro
21 de febrero de 2008
199º aniversario de la Capitulación de Zaragoza

Laudeamus viros gloriosos.



Bicentenario
de los Sitios
de Zaragoza



Asociación Cultural
“Los Sitios de Zaragoza”

